

# MEG

The background of the cover is a deep-sea photograph. A diver in a black wetsuit is swimming horizontally in the center. Below the diver, on the sandy seabed, lies a large, dark, rectangular object, which is a whale skull. The water is a deep, dark blue, and the seabed is covered in sand and some small rocks.

la fosa

**STEVE ALTEN**

Lectulandia

Su apetito es voraz; sus dientes, afilados como bisturís. Y su poder es imparable cuando derriba las puertas de acero que le tienen encerrado en un acuario de Monterrey. Por primera vez, Meg, el megalodon cautivo de veinte toneladas, ha saboreado la sangre humana, y ahora quiere más. Empieza la carnicería. Al otro lado del mundo, en las silenciosas profundidades del océano, descansa la Fosa de las Marianas, donde el megalodon se ha refugiado desde el principio de los tiempos. El paleobiólogo Jonas Taylor una vez se aventuró a entrar en su peligrosa cueva. Y aún lleva las dolorosas cicatrices de aquel terrible encuentro. Pero el balance de muertos y los ataques del monstruo hacen crecer el terror entre los habitantes de la costa de California, de modo que Jonas se ve obligado a empezar la caza de nuevo. Y eso significa regresar al oscuro terror de la fosa... donde MEG le aguarda todavía. Jonas se convertirá en cebo humano para librar esta última batalla, una lucha a vida o muerte entre el hombre y la bestia, en los confines más oscuros del océano. Una lucha que también deberá librar consigo mismo si quiere recobrar la cordura y emerger de las profundidades a las que le ha arrastrado su propia alma atormentada.

**Lectulandia**

Steve Alten

# **MEG: la fosa**

**MEG - 02**

ePub r1.0

Titivillus 18.09.15

Título original: *The Trench*  
Steve Alten, 1999  
Traducción: Purificación Meseguer Cutillas  
Diseño de cubierta: Harishka

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRESIONES MARINAS

*Fosa de las Marianas*

*12°, latitud norte; 144°, longitud este*

*22 de marzo*

El piloto de sumergibles de grandes profundidades, Barry Leace, antiguo miembro de la Marina, se secaba el sudor de las palmas de las manos mientras comprobaba el indicador de profundidad del *Proteus*. 10 582 metros. Aquello suponía cerca de once kilómetros de agua sobre sus cabezas, mil ciento veinticinco kilogramos por centímetro cuadrado de presión rodeándolos.

«Simplemente deja de pensar en eso...».

Leace miró alrededor de la estrecha cabina del sumergible de cuatro tripulantes.

Rodeado por estanterías llenas de monitores de ordenador, aparatos electrónicos y una maraña desconcertante de cables que ocupaban el casco presurizado del barco, aquel féretro hermético apenas tenía capacidad para la tripulación.

Bajo la mesa de navegación, el jefe de equipo Ellis Richards y su ayudante Linda Heron se encontraban en aquel momento clavando los ojos a través de las portillas, en el fondo de la proa del *Proteus*.

—¿Ves esos animales con la piel peluda y de color verde? —preguntó Linda—. Se llaman gusanos de Pompeya, capaces de soportar variaciones de temperatura que pueden oscilar entre los 22 °C y los 81 °C. Las fuentes hidrotermales suministran el azufre que las bacterias necesitan para vivir y a la vez estas son metabolizadas por los gusano de tubo...

—Linda...

—... que son una fuente de alimento para todo tipo de formas de vida de aspecto singular.

—Linda, para ya con la maldita lección de biología —dijo Ellis.

—Lo siento —avergonzada, la pequeña geóloga volvió a la portilla, protegiéndose los ojos con las manos para amortiguar el efecto de las luces cegadoras.

Khali Habash, el cuarto tripulante del sumergible, miró de reojo a Linda desde la mesa de control, sonriéndose a sí mismo. A la chica le encantaba hablar, sobre todo cuando estaba nerviosa, y aquella cualidad ofrecía oportunidades de las que el hombre árabe nunca dudaba en aprovecharse.

El verdadero nombre de Habash era Arie Levy, un judío nacido y criado en Siria. Ya hacía casi diez años desde el día en que Arie había sido reclutado por MOSSAD, la agencia secreta de inteligencia de Israel. Desde entonces, él llevaba una doble vida, pasando la mitad de su tiempo en Israel con su mujer y sus tres hijos, mientras que el resto lo ocupaba en viajar por tierras árabes y rusas, presentándose como físico del plasma. A los agentes, les había costado infiltrarlo en la organización Benedict Singer cuatro duros años de sacrificio y, sin embargo, ahí estaba él, a doce kilómetros bajo el

Pacífico, a punto de aprender los secretos que podían cambiar el destino de la humanidad para siempre.

Arie comprobó el indicador de temperatura externa.

—Eh, Linda, ¿puedes creer que el agua está a 78 °C?

La chica volvió a estar de ánimo.

—Es increíble, ¿verdad? Lo llamamos megaplumas hidrotermales. El agua caliente rica en minerales que sale de esos humeros negros es de 700 °C. A medida que asciende, va calentando la columna de agua marina helada hasta que alcanza una flotabilidad neutral aproximadamente a unos cuatro kilómetros sobre el lecho de la fosa oceánica. Después, las corrientes extienden la megapluma de manera lateral. Las capas flotantes de hollín creadas por los minerales suponen una especie de techo que actúa como aislamiento, sellando la capa tropical de agua a lo largo del fondo del cañón.

—¿La capa nunca llega a enfriarse?

—Nunca. Las aperturas hidrotermales son plumas *crónicas*. Han estado activas desde el periodo Cretácico.

Ellis Richards volvió a mirar el reloj una vez más. Como jefe de equipo del proyecto, estaba constantemente preocupado por cumplir con la agenda y no retrasarse.

—Dios, tres horas y parece como si apenas hubiéramos hecho ningún progreso. Linda, ¿soy yo o es que este piloto no tiene ni idea de lo que está haciendo? —Barry Leace ignoró aquel comentario. Comprobó el sonar y maldijo para sus adentros. Se habían alejado demasiado del *Benthos*, el sumergible que actuaba como estación de laboratorio móvil de las industrias Geo-Tech y como atracadero para submarinos. El buque nodriza de mil millones de dólares parecía un palacio de deportes en forma de cúpula, con una superficie plana en su parte inferior y tres gigantescos amortiguadores que colgaban como piernas. Sobrevolando el turbulento lecho marino en flotabilidad neutral, la estructura de titanio de 1200 kilómetros cuadrados le recordó a Leace a un gigantesco buque de guerra mientras se aproximaban a él desde el norte y a través del entorno más hostil de todo el planeta.

Barry Leace había servido en tres diferentes sumergibles durante su ejercicio en la Marina. Hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a vivir en espacios claustrofóbicos bajo las olas. Como submarinista, no todo el mundo era capaz de hacerlo. Era necesario poseer una buena forma mental y psicológica, ser capaz de actuar bajo la presión de ser consciente de que el más leve accidente podría llevarlo a uno a acabar ahogado en un barco de acero bajo cientos de metros de la superficie.

Leace poseía esa fortaleza, esa resistencia mental, que había puesto a prueba una y otra vez durante veintiséis años de servicio. Aquella era la razón por la que se había sorprendido tanto al ver la facilidad en la que su mente divagaba en la fosa de las Marianas. La confianza alimentada por miles de horas de deber submarino había desaparecido repentinamente en el momento en el que el *Proteus* dejó su estación de

atracada a bordo del *Benthos*.

En realidad, no eran las profundidades lo que lo ponían nervioso. Hacía cuatro años, durante una intervención, un *Carcharodon megalodon*, una especie prehistórica del gran tiburón blanco de unos dieciocho metros emergió de su fosa haciendo estragos.

Aunque finalmente lograron destruir a la muerte blanca y capturar las crías que quedaban, al menos una docena de personas murieron entre sus mandíbulas de dos metros. Pero si había existido una criatura así, puede que quedaran más. A pesar de todas las precauciones del Geo-Tech y de las innovaciones técnicas, el piloto del sumergible estaba todavía hecho un manojo de nervios.

Leace tiró de la válvula del panel de control, reduciendo la velocidad del motor principal de propulsión. No deseaba alejarse demasiado de aquella escolta abisal.

—¿Qué pasa ahora, capitán? —preguntó Richards— ¿por qué aminoramos?

—La temperatura está volviendo a aumentar. Debemos estar acercándonos a otra serie de fuentes hidrotermales. Lo último que quiero es colisionar con una de esos humeros negros.

Richards cerró los ojos con fuerza por la molestia que le causaba aquello.

—Maldita sea.

Leace presionó la cara contra la portilla, ignorando la diatriba de Richard.

Las luces del sumergible iluminaron un bosque petrificado de azufre y depósitos de mineral, una pila altísima que se elevaba nueve metros o más del fondo. Nubes oscuras y ondeantes de agua sobrecalentada y rica en minerales emanaba de las bocas de las extraordinarias chimeneas.

Arie observó cómo Richards se movía amenazadoramente hacia el panel de navegación del piloto.

—Capitán, vamos a aclarar algo. Yo soy el que está a cargo de esta misión, no tú. Mis órdenes son no cubrir menos de veinte millas al día, algo a lo que nunca nos acercaremos a este paso de tortuga.

—Más vale prevenir que curar, Mr. Richards. No quiero alejarme demasiado del *Benthos*, no al menos hasta que me familiarice con este sumergible.

—¿Familiarizarse? Pensaba que era un piloto con experiencia.

—Lo soy —dijo Leace— esa es la razón por la que estoy aminorando.

Linda miró a través de su portilla.

—Exactamente, ¿a cuánta distancia estamos del *Benthos*, capitán?

—Solo a unos seis kilómetros.

—¿Seis kilómetros? ¿Eso es todo? Benedict Singer va a ponerse hecho una furia —Richards parecía estar a punto de tener una aneurisma—. Mire, capitán, se espera que el *Prometheus* y el *Epimetheus* lleguen a la superficie a principios de la semana que viene. Ningún sumergible puede ni siquiera empezar con su trabajo hasta que nosotros completemos el nuestro.

—Ya lo sé.

—Debería saberlo. La GTI está pagándole una gran cantidad de dinero por pilotar el *Proteus*. No podemos esperar que el *Benthos* juegue a alcanzarnos cada vez que salimos. Eso nos hará añadir otros treinta días o más a nuestra agenda, lo que es totalmente inaceptable.

—También lo es morir, Mr. Richards. Mi trabajo es mantener a la gente a salvo en este maldito agujero infernal, no correr riesgos para que usted pueda embolsarse una bonificación por llegar antes del horario previsto.

Richards lo miraba fijamente.

—Está asustado, ¿verdad, capitán?

—Ellis...

—No, Linda, estoy bien.

Arie observaba cómo evolucionaba la dinámica de la situación. En las pocas semanas que llevaban en el abismo, el agente MOSSAD se había dado cuenta de que Ellis Richards era un hombre obstinado que prefería el uso de la táctica de la intimidación antes de reconocer poder no estar en lo cierto. Aunque la humanidad sabía más acerca de otras galaxias que de la fosa de las Marianas, Richards se proclamaba como un experto en el abismo, de alguna manera conociéndolo todo, desde su geología oculta hasta sus formas de vida más misteriosas.

Para Arie, la actitud pomposa de Richards le hacía un hombre peligroso.

El capitán Leace volvió a mirar a Richards.

—Tengo una saludable dosis de miedo dentro de mí, si es a eso a lo que te refieres. Es obvio que ninguno de vosotros se da cuenta realmente de los peligros que supone trabajar a 11 000 metros bajo el agua. Intente comprender que si algo va mal, si accidentalmente colisionamos con algo... o algo nos golpea a nosotros, no hay puertas herméticas que sellar ni procedimientos operativos estándar que seguir. En el caso de que suframos una brecha en el casco, no tendrá ni siquiera el tiempo suficiente para inclinarse y darle un beso de despedida a su propio culo.

—Pues a mí me parece como si hubiera perdido los nervios —dijo Richards.

—¿Qué ha dicho?

—¿Qué dice usted, Habash? ¿Ha perdido los nervios nuestro Capitán?

—Considerando que la descendencia superviviente del *Carcharodon megalodon* viven aún en algún lugar de esta garganta, debo respetar la opinión del capitán —dijo Arie—. Además, tenemos más de 150 000 kilómetros cuadrados de suelo que rastrear. El dispositivo de sonar que llevamos en el remolque de la superficie de nuestra nave está diseñado para alertarnos de cualquier forma de vida cercana con la suficiente antelación como para volver a ponernos a salvo en el *Benthos*.

—¿La suficiente antelación? —Leace negó con la cabeza, con asombro—. ¿Y cómo demonios sabemos a la velocidad a la que se acerca la forma de vida? Además, el *Goliath* está en mitad de unas aguas que sufren fuertes temporales. Las interferencias de la superficie están desestabilizando las comunicaciones.

—En ese caso, sugiero que recojamos nuestras primeras muestras aquí y demos al



*Benthos* la oportunidad de alcanzarnos. Una vez que el viento se estabilice, estoy seguro de que encontraremos una manera de recuperar el tiempo perdido.

Leace dedicó a Linda una mirada de irritación antes de volver a su panel de control. Verificó dos veces el transmisor acústico, volvió a echar un rápido vistazo a la ventana de observación y después engranó los propulsores laterales. Maniobrando entre varias chimeneas negras, el *Proteus* descendió lentamente, estableciendo la flotabilidad neutral justo encima de un grupo incandescente de brillantes gusanos de tubo. El enredo de formas de vida sin boca, de más de cuatro metros se retorció en la corriente como las serpientes de la cabeza de *Medusa*.

—Estoy iniciando nuestros detectores de cromatografía de gases —dijo Arie—; podemos acortar nuestra misión a la mitad el tiempo si llegamos a detectar isótopos de helio que se escapan por esas fuentes hidrotermales.

—Bien, bien, simplemente hazlo —dijo Richards, luchando con los controladores del ordenador que manejaban los brazos robóticos del sumergible.

Utilizando la cámara submarina para ver, Richards empezó a manipular los dos botones de control centrales, haciendo que los brazos robóticos gemelos se extendieran bajo el sumergible. Cautelosamente, dirigió las tenazas del brazo izquierdo, engancho la cesta de muestras isotermas que descansaba en el área de almacenamiento.

El capitán Leace observaba los brazos robóticos extendiéndose sobre el lecho marino, cuyos movimientos agitaban el fondo y lo convertían en nubes de barro. Cerró los ojos e intentó relajarse, escuchando el gemido hidráulico de las tenazas.

—Muévelo a tu izquierda —dijo Linda, que dirigía a Richards desde la ventana de observación— y pasa justo a ese grupo de gusanos de tubo.

Los pitidos estridentes de aviso del sonar hicieron que el corazón del piloto le diera un vuelco. Cogió el escrito acústico de la impresora y entonces comprobó la pantalla del sonar con perplejidad.

Un grupo apretado de objetos se había materializado. Objetos grandes.

Leace sintió cómo se le empequeñecía la garganta. Los otros continuaron trabajando, sin ni siquiera molestarse en mirar hacia arriba.

—Habash, tenemos compañía.

Arie se dio la vuelta.

—¿De qué se trata?

—El sonar informa de tres objetos no identificados, con un rumbo cero-uno-cinco. En un alcance de 7,4 kilómetros. Velocidad, 15 nudos y acercándose. Viene directamente hacia nosotros.

—¿Tenemos noticias desde la superficie?

—Lo estoy intentando. No responden. Estamos solos frente a esto.

—¿Qué sugiere? —De repente, Arie también sintió algo de claustrofobia.

Leace miró hacia la consola del sonar. —Yo digo que salgamos echando leches de aquí. Richards, repliegue los brazos robóticos, volvemos inmediatamente al *Benthos*.

—Tienes que estar bromeando.

—Capitán, ¿está seguro? —Linda daba a entender el nudo de miedo que le encogía el estómago.

—Miradlo vosotros mismos. Sean lo que sean esas criaturas, están acelerando por la fosa en nuestra dirección. Richards, he dicho que repliegue los brazos mecánicos.

—Y yo estoy diciendo, que te jodan. Me ha llevado veinte minutos recoger esas muestras y que me maten si me voy a algún sitio antes de que traiga a bordo esa cubeta.

Arie se dirigió hacia la pantalla del sonar y observó las tres imágenes. Recordó sus sesiones de entrenamiento. «¿Eran los *megalodones* cazadores en grupo?».

—Quizás Solo sea un banco de peces —sugirió Linda— intentemos calmarnos...

—¿Un banco de peces? Límitate a la geología, Linda. El sonar indica que esas cosas miden más de doce metros. Fuera de mi vista...

Leace encendió los propulsores laterales. «Con cuidado. No demasiado rápido. No golpees nada o romperás el casco». El sumergible dio vueltas en sentido opuesto al de las agujas del reloj. Una sacudida estrepitosa agitó el *Proteus*.

—Maldita sea, Leace —gritó Richards— casi arrancas el brazo mecánico. He perdido todas las muestras.

—Te dije que replegaras los brazos —Leace aceleró el *Proteus* a su velocidad máxima, 1,8 nudos. Sabía que el *Benthos* se dirigía hacia ellos desde algún lugar en la oscuridad.

Los pitidos se volvieron más fuertes.

«Tiempo estimado para la llegada treinta y dos minutos —pensó Arie—. Estamos muy lejos de...».

—Capitán, escúcheme —dijo Linda, cogiéndole del brazo— no son tiburones.

Leace la miró a los ojos.

—Así que ¿eres bióloga ahora?

—Creo que Linda tiene razón —dijo Arie intentando discernir con su propio miedo.

—Escuche, Habash, sean lo que sean esas cosas, son mucho más grandes y mucho más rápidas que el *Proteus*.

Los pitidos volvieron a hacerse más fuertes. Los latidos del corazón de Arie volvieron a retomar su velocidad.

—Esto es absurdo —dijo Richards.

Leace lo ignoró y se inclinó hacia delante, mirando a través de la portilla en el abismo. El humo que ascendía desde las chimeneas hidrotermales hacía difícil ver más allá del perímetro. Él se protegió los ojos e intentó concentrarse.

Pasaron unos minutos en silencio.

Un movimiento veloz hacia delante. Otro a estribor. Muy rápido. Muy grande.

—Están aquí —susurró el Capitán, con un nudo en la garganta. «Veloces mamones...».

Durante un momento, nadie dijo una palabra, los únicos sonidos venían de las hélices del *Proteus*.

Con una repentina sacudida, el sumergible se inclinó hacia estribor. Leace se golpeó la cara con los mandos de control.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Richard— ¿con qué has chocado?

—Yo no he chocado con nada. Lo han hecho ellos —Leace luchaba con los mandos de navegación—. No está respondiendo, algo va mal.

—Silencio. Escuchad —susurró Linda.

Por encima de sus cabezas, escucharon un sonido impreciso, un gemido metálico.

—Oh, Dios mío, uno de ellos está encima de nosotros.

Arie escuchó el sonar, estudiando la pantalla.

—Leace, haga algo —ordenó Richards.

—Agarraos —el piloto columpió con fuerza el sumergible hacia babor, después volvió hacia estribor, intentando deshacerse de la criatura.

—Capitán, deténgase —gritó Linda— ¡la chapa está cediendo!

El sonido de crujido metálico chirrió por encima del casco. Leace se estiró y alcanzó uno de los rebordes de titanio soldados en la chapa que había encima de su cabeza. La tocó y la sintió húmeda, entonces, saboreó sus dedos.

—Es agua marina —se lamentó. Se inclinó hacia delante, rezando por que el *Benthos* apareciera a babor.

El sonido del metal rechinó en sus oídos a medida que el *Proteus* se hundía a un lado.

—Hijo de puta —Leace secó el sudor de la cara— están desgarrando la aleta de cola para desprenderla.

Linda empujó la cara contra la ventana de observación.

—¿Dónde está el *Benthos*?

Algo enorme golpeó el costado del sumergible, lanzando pilas de equipo de registro contra la pared opuesta.

—Capitán, creo que sé lo que están haciendo —gritó Arie— los dos más pequeños nos están conduciendo hacia el más grande.

—¿Esas cosas son inteligentes?

—Mirad —gritó Linda, señalando hacia la portilla.

Leace solo pudo distinguir una forma siniestra dirigiéndose hacia ellos.

—Es el *Benthos*.

—No tienes tiempo de atracar —le avisó Arie—. ¡Haz señales al *Benthos* para que abra las puertas hangar!

—Lleva cinco minutos inundar la sala —gritó Linda.

Leace cogió la radio. —SOS... SOS... *Benthos*, aquí el *Proteus*, solicitamos que abran las puertas del hangar inmediatamente...

—Avancen al área de atraque *Proteus*...

—Maldita sea, abran las puertas del hangar ahora mismo.

De pie, al lado de los rebordes aflojados, con los brazos encima de la cabeza y presionando contra el techo, Arie Levy sintió la chapa de titanio resonando sobre las sudorosas palmas de sus manos.

—Esas cosas están desgarrando la sección entera...

Un silbido se infiltró en la cabina.

—¿Qué es eso? —susurró Richards.

Leace miró hacia arriba.

—Estamos perdiendo integridad en la chapa.

—Capitán —gritó Arie— la tercera criatura...

Una fuerza enorme golpeó la proa del sumergible, lanzando al suelo a Linda y a Richards. Leace se desplomó sobre la mesa de navegación, golpeándose la cabeza con el cristal de la ventana de observación. La sangre fluía de la ceja. Se limpió y observó con horror.

Un ojo brillante y de color carmesí se entornaba a través del cristal.

Arie empujó con las manos inútilmente contra la chapa de titanio que crujía sobre su cabeza. Intentó recordar la información que había luchado tanto tiempo por adquirir, pero no era capaz de acordarse. Pensó en su mujer y sus hijos a los que había abandonado en el cumplimiento del deber.

El sonido chirriante sobre su cabeza se detuvo. Un par de rebordes torcidos cayeron en la cabina como balas de una pistola de calibre cinco.

La cabeza del agente del MOSSAD estalló antes de que los remaches golpearan el suelo.

## PESADILLA HECHA REALIDAD

*Los parpadeantes rayos de sol penetraron las profundidades grises y verdes.*

*Jonas Taylor se desplomó de boca al vacío, luchando por una bocanada de aire, con el pecho constreñido y la garganta ardiéndole. Abrió los ojos de par en par, presionando sus manos contra la cápsula de lexan.*

*El océano se había vuelto negro. Él continuaba descendiendo, moviéndose en espiral hacia abajo, dentro de la garganta, al mismo tiempo que buscaba en la oscuridad que se abría a sus pies.*

*Un torbellino de hollín apareció en los focos del sumergible. Un objeto ascendió de entre la corriente enlodada, otra cápsula de lexan. Su luz reveló la silueta de una mujer tumbada dentro. Su cara estaba oscurecida por las sombras, pero Jonas pudo diferenciar su largo cabello negro ondeando como la seda. Por un breve momento pudo captar un brillo de sus ojos oscuros en forma de almendra, ojos distraídos que le miraban a él.*

*Terry...*

*Él acelero hacia ella, con el sumergible que apenas se movía, luchando contra la fuerte corriente. Volvió a gritar su nombre otra vez, mientras un sentimiento de terror lo inundaba.*

*Desde la corriente arremolinada de escombros tras ella, un brillo luminiscente apareció. La luz sobrenatural teñía los rasgos de Terry en sombras grises.*

*Jonas dejó de respirar mientras la cabeza del monstruo de Angel aparecía. La sonrisa demoniaca se abrió, una boca cavernosa revelaba una expansión de encías rosadas e hileras de dientes aserrados y triangulares.*

*Jonas intentó gritar, pero no podía mover los labios.*

*Ella abrió los ojos, su mirada reflejaba que era consciente de lo que pasaba, que estaba aterrada.*

*—Jonas —susurró ella, mientras la bestia se metía el módulo entero en la boca.*

*—Jonas.*

*—¡No! —Jonas se levantó erguido en la cama, con una sensación de pesadez en el pecho, con las manos que le temblaban de forma incontrolada.*

*—Cariño, tranquilo, tranquilo. —Terry se sentó, le acarició el pelo, su propio corazón acelerado seguía los gritos repentinos de su marido.*

*La luz de la mañana fluía por las persianas de madera, iluminando la habitación familiar, a medida que Jonas se recuperaba de una noche de terror. Se dio la vuelta y besó la mano de Terry.*

*—¿Estás bien? —le preguntó ella.*

*Él asintió, esforzándose por encontrar su voz.*

—¿Era el mismo sueño? ¿Ese en el que vuelves a la fosa?

—Sí —Jonas se tumbó en la cama, permitiendo que su mujer utilizara su pecho como almohada. Él le acarició su pelo largo, negro y sedoso y, después, dejó que su mano recorriera su pequeña espalda hasta su suave y desnudo trasero.

—No está yendo a mejor —dijo ella— deberías ver al Dr. Wishnov antes de provocarme un ataque al corazón.

—Trastorno de estrés postraumático... Ya sé lo que va a decirme. Me dirá que deje el Instituto.

—Quizás deberías hacerlo. Cuatro años estudiando ese monstruo es suficiente para provocarle a uno pesadillas, especialmente después de lo que has pasado.

El sonido del teléfono hizo que ambos saltaran de la cama. Se sonrieron.

—Supongo que los dos estamos al borde de un ataque —dijo Jonas.

Ella se dio la vuelta y se acurrucó desnuda contra él.

—No lo cojas.

Jonas tiró de ella hacia sí, acariciándole el cuello con la nariz mientras sus manos se deslizaban por sus senos.

El teléfono seguía sonando.

—Joder —Jonas lo cogió—. ¿Qué?

—Doctor, soy Manny. Siento molestarle pero creo que debería regresar a la laguna.

El tono de la voz de su asistente hizo que Jonas se sentara.

—¿Cuál es el problema?

—Es Angel. Le pasa algo malo. Será mejor que venga a verla.

Jonas sintió que el corazón le palpitaba en la garganta.

—Dame veinte minutos —colgó y después se bajó de la cama para vestirse.

—Jonas, ¿qué pasa?

Se dio la vuelta hacia su mujer.

—Manny dice que algo malo le pasa a la hembra. Tengo que irme...

—Cariño, tranquilízate. Quizás deberías comer algo, estás pálido —para su sorpresa, él dejó de vestirse y se sentó al borde de la cama para abrazarla.

—Te quiero —le susurró.

—Yo también te quiero. Jonas, dime qué es lo que te pasa. Puedo sentir cómo te tiemblan los brazos.

—No lo sé. Simplemente creo que he tenido un *dejà vu*, como si mi peor pesadilla estuviera a punto de hacerse realidad.

Ya habían pasado once años desde la primera vez que Jonas se había encontrado con el *Carcharodon megalodon* el depredador más feroz que nunca ha existido. Él estaba casi a siete millas debajo de la fosa de las Marianas, el punto más profundo y a la vez menos explorado de todo el planeta, pilotando un sumergible de la Marina, con

capacidad para tres tripulantes, el *Seacliff*.

En la última de las expediciones de alto secreto, el cansado argonauta había estado observando la pendiente de aguas negras cuando un fulgor sobrenatural de color blanco apareció. Hipnotizado por lo que en un principio tomó como una anomalía, sus pensamientos dieron rápidamente paso al miedo cuando vio cómo la cabeza en forma de torpedo luminiscente de un gran tiburón blanco de dieciocho metros empezaba a levantarse desde las profundidades, con una sonrisa demoniaca que se abría para revelar unos dientes de diecisiete centímetros.

Una sensación primitiva de pánico se había apoderado de él, cambiando su vida para siempre. A pesar del protocolo, se había deshecho del lastre de la nave y se había dirigido apresuradamente de vuelta a la superficie, un ascenso tan rápido que provocó un fallo en el sistema de presurización. Los dos científicos que lo acompañaban a bordo del sumergible habían muerto y la carrera de Jonas como argonauta estaba acabada. O eso era lo que él creyó entonces.

Durante los siete años siguientes, Jonas llegó a obsesionarse con la idea de demostrar al mundo que la criatura existía realmente. Volvió a la universidad, donde consiguió títulos superiores en paleobiología, mientras su primera mujer los financiaba.

La investigación acerca de la misteriosa desaparición de las especies de *megalodon* pronto lo llevó a una teoría polémica y a varias publicaciones. Jonas sostenía que muchos de aquellos grandes tiburones blancos prehistóricos habían migrado a las aguas más cálidas de los abismos de la fosa de las Marianas para evitar así las temperaturas más frías de la superficie que había traído la última Edad de Hielo. A pesar de la base científica de sus conclusiones, su investigación fue desechada por sus colegas como una fantasía pura y sus publicaciones fueron prohibidas por muchas instituciones.

Cuatro años más tarde, la oportunidad de volver a la fosa de las Marianas vino de la mano de Masao Tanaka, su viejo amigo y mentor. El fundador del Instituto Oceanográfico Tanaka no había mostrado interés en los *megalodones* o en las teorías de Jonas sobre la posible existencia de tales criaturas. Masao estaba construyendo una laguna artificial fuera de la costa de Monterrey, un hábitat hecho por el hombre para estudiar a las ballenas. Para financiar el proyecto, se había embarcado en un acuerdo de asociación de empresas con el gobierno de Japón a fin de desplegar una serie de robots de detección de seísmos, llamados UNIS, que pasearían por el lecho marino de la fosa de las Marianas. Algo había ido mal con varios de los equipos y Masao necesitaba la ayuda de Jonas para recuperar uno de los instrumentos. Al principio, el piloto de aguas profundas había rechazado la oferta, incapaz de enfrentarse a sus miedos. Pero con su primer matrimonio al borde del fracaso y su carrera alterada, la idea del reembolso se convirtió en demasiado seductora como para dejarla pasar.

Y después, vino Terry.

La única hija de Masao Tanaka era tan preciosa como rebelde. Si Jonas no

hubiera acompañado a su hermano a la misión, ella hubiera ido en su lugar. Y fue así como Jonas volvió a la garganta, esta vez descendiendo en un sumergible de un solo tripulante. Una vez más, el destino le hizo cruzarse en el camino de una de las máquinas de matar más prolíficas de la naturaleza. El hijo de Tanaka había muerto entre las mandíbulas de una de las criaturas, mientras una enorme hembra embarazada se las había arreglado para salir de su purgatorio en las profundidades. Al final, Jonas se había visto obligado a matar a cada una de las criaturas que él había querido salvar y su heroicidad se había convertido en un asunto de leyenda. Después de haber sido el objeto de burlas y desprecios de sus compañeros, el paleontólogo vio de repente cómo su carrera salía expurgada y literalmente de la noche a la mañana se convirtió en una celebridad internacional. *El hombre que había logrado parar el corazón del meg.*

Entrevistas, programas de televisión, reportajes, parecía como si todo el mundo quisiera un trozo de él, así como un atisbo de la cría de *megalodon* hembra que había sido capturada en la laguna de Tanaka.

Terry y él se casaron. Masao Tanaka convirtió a su nuevo yerno en socio del Instituto y un año más tarde, la exhibición viva más popular del mundo había abierto sus puertas en Monterrey.

Pero la fama es efímera y la celebridad, con todos sus privilegios adicionales, también hacía de uno un objetivo fácil. Ocho meses después de que la laguna hubiera abierto, Jonas y el Instituto Tanaka se encontraron acusados en un juicio de acción popular de doscientos millones de dólares, presentado por los parientes dolidos de aquellos que habían fallecido en las mandíbulas del *megalodon*. Terry estaba embarazada de cuatro meses cuando el proceso empezó, con un frenesí mediático que bien podía haber competido con las vistas de O. J. Simpson.

—¿Profesor Taylor, puede explicar al tribunal por qué arriesgó tanto para capturar a una criatura a la que lo hemos oído describir como el depredador más peligroso de todos los tiempos?

—Teníamos los medios para atrapar el *megalodon* y estudiarlo.

—Díganos, profesor, cuando finalmente consiguió sedar y capturar al monstruo en su red de carga, ¿consideró alguna vez matarlo?

—No. Lo teníamos todo bajo control. No había razón...

—¿No había razón? ¿No sería más apropiado decir que el Instituto Tanaka y usted simplemente tomaron una decisión de negocios para no acabar con él? Dinero, profesor, todo fue por dinero, ¿no es así? Ustedes decidieron no asesinar a la gallina cuando tenían la amplia oportunidad de hacerlo. Solo porque querían sus huevos de oro. Al final, su avaricia le costó la vida a gente inocente. Y ahora, la descendencia de la criatura que violentamente despedazó a los amados familiares de mis clientes está cosechando millones de dólares en provecho del Instituto Tanaka. ¿Es esa su idea de la justicia, profesor?

Finalmente, el jurado adjudicó unos daños que excedían las expectativas de



cualquiera. Cuando el tribunal rechazó la apelación, el Instituto Tanaka se vio forzado a la bancarrota. Entonces, como llovido del cielo, JAMSTEC, el Centro Japonés de Ciencia y Tecnología Marinas, que había atraído primero a Masao Tanaka hacia la fosa de las Marianas, ofreció al Instituto una salida a su apuro financiero. Preocupados por el incremento de actividad sísmica en las placas tectónicas pacífica y filipina, los japoneses le daban otra vez al Instituto Tanaka la oportunidad de desplegar una serie completa de robots UNIS por todo el lecho marino de la fosa de las Marianas. El contrato era lucrativo, pero los peligros que entrañaba volver al abismo obligaron a Masao Tanaka a buscar la ayuda del multimillonario magnate de la energía Benedict Singer, que estaba construyendo su propia flota de sumergibles de gran profundidad para explorar las fosas oceánicas del mundo. Se creó una asociación y Masao se vio obligado a ceder la participación mayoritaria de su amado Instituto para cumplir con el contrato JAMSTEC y mantener las puertas de su atracción abiertas.

Jonas condujo pasando la gigante valla publicitaria que anunciaba al *meg*.

VEAN A ANGEL, LA MÁQUINA DE MATAR MÁS PROLÍFICA DE LA NATURALEZA. TRES ESPECTÁCULOS AL DÍA.

Giró por la carretera de acceso de empleados, hizo señales al guarda y después aparcó el coche.

El sonido inquietante del barítono empezaba a aporrear los altavoces del pabellón exterior, Jonas comprobó el reloj y vio que el espectáculo de las diez estaba a punto de empezar.

Vista desde arriba, la laguna Tanaka creada por el hombre aparecía como un lago oval rodeado por un estadio de hormigón, que recorría la costa del océano Pacífico.

Enlazando el enorme acuario con el mar había un canal de veinticinco metros de profundidad y trescientos metros de longitud, situado al centro de la pared oeste del muro. El canal estaba formado por dos diques de hormigón que corrían paralelos el uno al otro y estaba separado del océano por una serie de gigantescas puertas dobles de acero reforzado, que prevenían que la estrella de la atracción de la laguna pudiera escapar.

Al mismo tiempo que Jonas entraba al estadio de diez mil asientos, un silencio apagó la impaciencia de la multitud. Todos los ojos, todas las lentes de las cámaras de fotos, se giraban para concentrarse en la parte sur del acuario donde una carcasa de vaca sin cabeza de unos doscientos treinta kilos estaba ahora atada a una gruesa cadena que colgaba de un enorme marco en forma de «A». En algún lugar dentro de aquella laguna de medio kilómetro, todavía fuera del alcance de la vista, se ocultaba

Angel, el monstruo por el que todos habían pagado una entrada para poder echar un vistazo. El momento que habían esperado estaría pronto ante ellos. El desayuno había sido servido.

Jonas siguió el paseo circular del estadio hasta llegar a la plataforma de hormigón que sostenía el torno de acero. Echó un vistazo hacia arriba para ver a su ayudante, Manny Vázquez, meciendo con cuidado la carcasa hasta colocarla encima de la tranquila agua azul.

Bajo la plataforma de hormigón había una puerta de acero, señalizada como « SOLO PERSONAL AUTORIZADO ». Jonas se dio cuenta de que la protección de acero que guardaba el mecanismo de cierre había sido parcialmente manipulada.

Malditos críos... Hizo una nota mental para repararla, y después abrió la puerta, entró en un húmedo hueco de la escalera, y esperó un momento, antes de que sus ojos se adaptaran a la tenue luz. Descendió los dos tramos de escaleras lentamente, mientras los toques de tambor, como un ritual de vudú, se hacían más fuertes, a medida que se movía más profundamente en las entrañas de la instalación.

El hueco de la escalera daba a un pasillo semicircular subterráneo que recorría el perímetro sur del enorme tanque. Espeluznantes reflejos de una luz azul verdosa iluminaban la otra parte del oscuro pasillo. Jonas se movió lentamente hacia la fuente de luz, girando la cara hacia una de las ventanas del acuario de lexan de un grosor de doce metros y una altura de ciento cincuenta metros.

Ahora estaba a más de nueve metros bajo la superficie, mirando dentro de las aguas cristalinas de la laguna artificial. Jonas miró hacia arriba, leyendo una nueva señalización erigida sobre su cabeza.

PELIGRO. NO MOVERSE MIENTRAS EL *MEGALODON* ESTÉ EN LA ZONA.

Presionó las palmas de sus manos contra el cristal de lexan. Su fría superficie temblaba bajo la acústica submarina que estaba bombeando dentro del tanque, llamando a la bestia para que fuera a comer. Gotas de sangre carmesí de la carcasa colgante se dispersaban a lo largo de la superficie de agua que se extendía sobre su cabeza.

Jonas se agarró a la barandilla.

En las profundidades, dentro de los confines más alejados del canal de acceso al océano, una cabeza triangular de color blanco puro del tamaño de una pequeña casa seguía el ritmo del mantra de un lado a otro, frotando su hocico cónico y en carne viva contra la puerta porosa de acero. Mientras la corriente de agua del Pacífico fluía hacia adentro, pasando a través de los poros de la puerta, los movimientos a lo largo y ancho de la cabeza de la criatura extraían las fragancias del mar hacia su cápsula

nasal. A millas de distancia, manadas de ballenas migraban al norte a lo largo de la costa de California. La prehistórica hembra de tiburón blanco de veintidós metros podía distinguir su olor dulce y mordaz.

Los graves profundos de la acústica submarina se intensificaron, estimulando las células ultrasensibles que corrían a través de la línea lateral de la criatura. Aquella resonancia significaba comida. La hembra se dio la vuelta, alejándose de la puerta, y se quedó en la parte más profunda del canal para evitar el campo eléctrico que se descargaba por una serie de tuberías que se extendían por la longitud interior superior del dique, cuya misión era prevenir que la bestia de veintiocho toneladas simplemente saltara por algún lado del canal.

Un gran rugido salió de la multitud cuando una estela prodigiosa se aceleraba por la laguna. Diez mil corazones latían con fuerza mientras la aleta dorsal de dos metros y de color marfil aparecía finalmente, cortando la superficie. La circunferencia en movimiento de la gigante sumergida enviaba olas de cuatro metros que iban a chocar contra las paredes al este del tanque.

La aleta desapareció a medida que el pez descendía para hacer círculos por debajo.

La audiencia soltó un suspiro colectivo.

—«Señoras y señores, saluden a Angel, ¡nuestro propio *Ángel de la Muerte* blanco!».

Con un sonido grave, la bestia saltó repentinamente del tanque, revelando unas mandíbulas asesinas, que medían unos tres metros, y unas hileras de dientes de quince por veintidós centímetros, que se desplegaban de su boca en un movimiento lento, lo que provocó que la multitud ahogara los gritos. Por un momento emocionante, la parte de arriba de su torso quedó flotando fuera del agua, desafiando a la gravedad, mientras el monstruoso tiburón se cerraba sobre la carcasa entera en un mordisco horrible.

El marco en forma de «A» chirrió, doblándose a medida que la criatura se movía de un lado a otro en unas sacudidas exageradas de su cabeza enorme, intentando liberar su comida del cepo de acero. Montañas de olas espumosas de color rosa se cerraban contra los vidrios plastificados que protegían a los espectadores. Y entonces, la carcasa cayó libre, el soporte de acero chasqueó y volvió a su lugar mientras el depredador prehistórico y fantasmal cobraba su premio.

La multitud desfallecía al mismo tiempo que la pálida monstruosidad caía de nuevo al tanque y se sumergía. El cepo limpiamente rasgado seguía bailando al final de la cadena colgante y las vigas de acero del marco en forma de A resonaban como un diapasón gigante por la fuerza del ataque.

A través de la miriada de burbujas y el torbellino de pedazos de vaca, Jonas observó el vientre horriblemente blanco de la criatura mientras masticaba la comida; una contracción muscular violenta de sus mandíbulas envió grandes ondas que rotaban en la parte inferior y en las agallas.

Las olas creadas por el alimento de la bestia golpeaban en el cristal, haciendo que las láminas de lexan traquetearan en el marco. Jonas miró con sobrecogimiento la gordura de la hembra que había superado incluso a su padre muerto. La existencia de Angel en aguas con una superficie altamente oxigenada había influido obviamente en su tamaño, tanto como en su apetito. Como su padre, su piel era toda de un color blanco incandescente, una adaptación genética que los antecesores del tiburón habían adquirido para atraer a las presas en las aguas perpetuamente oscuras de la fosa de las Marianas.

Jonas se quedó quieto, mirando su pesadilla viviente. El ojo desangelado de color gris volvió a su sitio cuando había terminado de devorar el último trozo.

El teléfono rojo de la pared sonó. Jonas se inclinó para cogerlo.

Detectando el movimiento, el *megalodon* arqueó la espalda. Impulsándose hacia delante, empujó el hocico contra el cristal de lexan como si estuviera mirando a través de él.

Jonas se quedó helado. Nunca había visto a la hembra tan agitada.

—¿Hola? Doctor, ¿está usted ahí?

El sudor descendía por la axila de Jonas mientras Angel continuaba presionando contra las ventanas saledizas submarinas, mirándole. El lexan empezó a doblarse.

Jonas recordó las palabras del ingeniero de instalaciones. «Es normal que se doble. Las capas flexibles se hacen en realidad más resistentes cuando se doblan. Si la ventana se hace añicos, las puertas del pasillo externo se sellarán automáticamente».

Angel presionaba el lateral de su enorme cabeza contra la ventana. El ojo gris catarata estaba fijo en él.

Jonas sintió un espanto superlativo. Solo quince centímetros de lexan le separaban de la muerte. ¿Qué pasaba si el ingeniero no estaba en lo cierto? Después de todo, el tanque había sido diseñado originalmente para hospedar a ballenas.

El *meg* se dio la vuelta y desapareció en la laguna, dirigiéndose hacia el canal.

Jonas relajó su respiración, el temblor de sus extremidades. Se hizo hacia atrás, contra la pared, fuera del campo de visión, intentando sondear lo que acababa de ocurrir.

—Doctor, ¿está usted ahí?

—Sí, Manny. Dios, sé a lo que te refieres cuando dices que nuestra chica está un poco tensa.

—Será mejor que se una a nosotros en la sala de control, jefe. Va a querer ver esto.

Jonas salió del área de visión submarina, y se dirigió por el estadio al aire libre hacia el ala administrativa. No se molestó en esperar al ascensor, subió los tres tramos de escalones de dos en dos, y empujó las dobles puertas de la sala principal de control de la laguna.

Manny Vázquez estaba de pie, junto a otros dos técnicos sentados en un tablero

de mandos computarizado. Desde ahí, los operarios podían supervisar el ambiente de la laguna, los aparatos electrónicos, la seguridad y los sistemas de sonido. Seis monitores de televisión de circuito cerrado estaban situados encima del panel.

Manny señaló una imagen submarina que aparecía en uno de los monitores.

Jonas podía ver la silueta de una gigantesca puerta doble de acero que aseguraba el canal del Pacífico.

—¿Qué es lo que estoy mirando?

—Siga haciéndolo.

Jonas miró el monitor. Después de un minuto, vio cómo una mancha blanca pasaba por la cámara dirigiéndose apresuradamente contra la puerta con más velocidad que un camión articulado, y moviéndose a más de treinta metros por segundo. La cabeza de la gigante se cerraba de golpe contra las dobles puertas selladas, haciendo que la imagen televisiva temblara violentamente.

—Oh, Jesús, está atacando la puerta.

Manny asintió.

—No hay duda de ello, doctor. Ese pez suyo quiere salir fuera.

# PREPARACIONES

*Instituto Tanaka*

Sadia Kleffner paseaba por las ventanas saledizas de la oficina del presidente y tiró bruscamente hasta abrir las persianas venecianas, revelando un acuario del tamaño de un lago con tres resplandecientes pisos. Volvió al centro de la habitación y por un momento se quedó mirando a su jefe.

—Profesor Taylor, ¿está usted bien?

Jonas miró por encima de sus papeles.

—Sí, ¿por qué?

—Tiene círculos negros bajo los ojos.

—Solo estoy cansado. Hágame un favor y mande a llamar a Mac de mi parte, necesito hablar con él ahora mismo.

—De acuerdo, jefe —su secretaria empujó las dobles puertas que se cerraron tras ella.

James *Mac* Mackreides irrumpió sin anunciarse diez minutos más tarde. Con casi rozando el metro noventa, Mac era un ex navegante de la Marina de cuarenta y cinco años que tenía una mandíbula de rasgos cuadrados, un corte de pelo rapado y una parte superior del cuerpo fibrosa que le daban la sensación de que estaba todavía en servicio activo. Irónicamente, fue solo después de que le echaran del cuerpo cuando el inconformista piloto de helicóptero había decidido trabajar seriamente y afeitarse regularmente.

Mac se tumbó sobre el sofá de Jonas.

—¿Me has llamado?

—Tenemos un problema, Mac. El *meg* está intentando escapar por el canal otra vez. Ha estado golpeando la puerta con la cabeza toda la mañana.

—¿Qué necesitas que haga?

—Estoy terminando una propuesta. Quiero que la Geo-Tech refuerce la puerta como acordamos hacer hace muchos años.

—¿Cuánto dinero necesitarás para hacer el trabajo?

—Cerca de tres millones. También tenemos que encerrar al *meg* y sedarlo durante diez días.

—Celeste nunca lo aprobará. A ella no le importa una mierda la seguridad, o su Instituto, de hecho. Joder, ha pasado un año desde que Benedict la hizo presidenta y ¿cuántas veces se ha molestado ella en venir a visitarnos?

—Entonces, necesitamos tomarnos la justicia por nuestras manos.

—¿Como dijimos el año pasado? —Mac sonrió—. Ya es hora de hacerlo.

—¿Cuánto tiempo te llevará hacerte con el equipo necesario?

—Voy a llamar a mi colega ahora mismo. El transmisor no debe ser un problema. El arma puede llevarnos una semana o dos.

El interfono los interrumpió.

—Profesor, Masao necesita verlo en su oficina ahora mismo.

Jonas se levantó para irse.

—Hablaré con Masao sobre el *megalodon*, pero guardemos esta conversación entre tú y yo.

Masao Tanaka terminó de releer el fax por tercera vez cuando su yerno entró en su oficina.

—Buenos días Jonas. Por favor, siéntate.

Jonas escuchó el tono sombrío en la voz del viejo japonés.

—¿Qué pasa?

—Acabo de recibir un fax de Benedict Singer que dice que el *Proteus* ha explotado en la fosa. Han muerto cuatro personas en el accidente.

Jonas sintió que se le helaba la sangre.

—Singer insiste en que te encuentres con él a bordo del *Goliath* inmediatamente. Está mandando un *jet* privado para que te lleve a Guam. Su helicóptero te esperará allí...

—Masao, no puedo, no puedo ir. Tenemos una urgencia propia aquí. El *meg* está intentando escapar.

Masao inhaló un aliento profundo.

—¿Estás seguro? Creo que ya hablamos de eso el año pasado. Una vez que las ballenas habían completado su migración hacia el norte, la criatura se calmó.

—Ahora es mucho más grande. Es hora de que sellemos las puertas permanentemente.

—¿Estás planeando una inspección de la puerta?

—Mañana por la mañana.

Masao cerró los ojos, ensimismado en sus pensamientos.

—Jonas, también he recibido una llamada esta mañana del Dr. Tsukamoto. El JAMSTEC insiste en que llevemos a cabo nuestra propia investigación acerca del accidente del *Proteus*. Piden específicamente que seas tú quien vaya a bordo del *Goliath* y analice todas las grabaciones del sonar de aquel momento. Un fallo para completar nuestro informe a tiempo puede llevarnos al punto final de nuestro contrato UNIS.

—Dios.

Masao abrió los ojos.

—Ahora, podrás entender la importancia de tu viaje. ¿Puedo contar contigo?

—Entiendo que el JAMSTEC quiera mi contribución como piloto de sumergibles, pero ¿por qué insiste Benedict Singer en que tenga que ir yo?

—No lo sé. A decir verdad, puede llegar a ser un poco excéntrico. Creo que será mejor no preguntar.

Jonas negó con la cabeza.

—No puedo ir, Masao. Ahora no.

—Jonas, nadie te está pidiendo que bajes a la fosa, simplemente que te encuentres con Singer a bordo del *Goliath* y analices los datos del barco.

—Lo entiendo, pero simplemente no puedo ir.

—¿Te das cuenta de la situación difícil en la que me estás poniendo?

Jonas lo miró directamente a los ojos.

—Lo sé.

Masao paseó alrededor de su mesa, poniendo una mano en el hombro de su yerno.

—Entiendo que dudes en aceptar la invitación de Benedict. Terry me ha contado lo de tus pesadillas. Pero en algún momento, tendrás que dejar de vivir atemorizado.

Jonas sintió cómo llameaba su estado de ánimo. Se levantó y caminó hacia las ventanas saledizas y subió las persianas venecianas, revelando la laguna de abajo.

—¿Quieres que deje de vivir atemorizado? Drenemos la laguna y matemos al maldito monstruo antes de que se escape. Haz eso y dormiré mucho mejor entonces.

Masao negó con desaprobación.

—Matar al tiburón no es la solución a tus problemas. Los demonios que persiguen tus sueños vienen de tu pasado. Cuanto antes te des cuenta de eso, antes podrás seguir adelante con tu vida, —Masao se sentó en su silla— sin embargo, ya que te niegas a hacer el viaje, tendré que ir yo en tu lugar.

Jonas asintió.

—Lo siento, Masao.

Masao lo vio irse.

Una hora después, Jonas todavía estaba pensando en la petición de Masao, mientras conducía hacia el sur por la autopista de la costa del Pacífico. Durante los últimos cuatro años, le había ofrecido no menos de una docena de oportunidades para volver a la fosa de las Marianas. Algunos trabajos eran como piloto de sumergible, otros simplemente para aparecer en documentales a bordo del barco en superficie. No importaba cuál fuera la petición, él siempre las rechazaba todas.

Después de todo lo que había pasado, nadie podía culpar al paleobiólogo de tener miedo de los abismos. Pero los temores de Jonas iban más allá. Ningún psiquiatra había logrado aliviar sus ansiedades, así como ninguna medicación o hipnosis había podido contener sus continuas pesadillas. Incluso la petición de Masao de encontrarse con Benedict Singer a bordo del barco en superficie iba más allá de su fobia. La verdad era bien sencilla: Jonas Taylor estaba convencido de que su destino era morir en la fosa de las Marianas. Después de lo miserable en lo que se había convertido su vida, no tenía ninguna intención de poner a prueba aquella teoría.

Tirando hacia el camino de entrada, se sorprendió al ver que un taxi esperaba delante de su puerta. El conductor salía de la entrada de su casa, llevando dos



maletas.

Jonas pasó tras él y se encontró con su mujer.

—Terry, ¿qué está pasando? ¿A dónde vas?

—No te enfades...

—¿Enfadarme?

—Me voy con Masao a ver a Benedict Singer.

Por segunda vez en el día, Jonas se sintió abrumado por una sensación de ansiedad.

—Terry, escúchame, no quiero que vayas allí. Por favor, ¿podemos hablar de esto?

—¿Qué es lo que hay que hablar? Ya le has dicho a mi padre que te niegas a ir, a pesar del hecho de que Benedict Singer haya pedido específicamente que fueras tú quien se encontrara con él.

Jonas escuchaba el tono de enfado en su voz.

—¿Se le ha ocurrido a tu padre mencionar la razón por la que no puedo ir?

—Sí, ya me lo ha dicho. Y ambos creemos que estás exagerando. Ya pasamos por lo mismo el año pasado. La criatura golpeó la puerta durante una semana y después se calmó. —Negó con la cabeza—. Tengo que decírtelo, Jonas, estoy realmente decepcionada contigo. Sabes que papá es demasiado mayor para hacer ya este tipo de viajes por sí solo. ¿Dónde está tu sentido de la responsabilidad? Mi padre te trata como si fueras su hijo.

—¿Sentido de la responsabilidad? —Jonas sintió cómo empezaba a enfadarse—. Déjame que te diga algo, es solo porque tengo sentido de la responsabilidad por lo que me he quedado tanto tiempo en el Instituto.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso?

—Quiere decir que llevo mucho tiempo queriendo dejarlo, pero he estado pegado a ese sitio porque sé que Angel se está haciendo muy grande como para manejarla. La combinación de aguas superficiales ricas en oxígeno y la cantidad ilimitada de comida han permitido que alcance una talla a la que nunca se hubiera acercado si hubiera nacido en la fosa de las Marianas. La laguna simplemente no es lo suficientemente fuerte como para retenerla y hay que hacer algo antes de que se escape.

—Entonces, vuela al Pacífico oeste y discute el problema con Benedict Singer. Ahora es su tiburón.

—¿Y qué pasa si no está de acuerdo?

—Jonas, ese no es tu problema. El *meg* pertenece a Singer, no a ti.

—Entonces, la mataré antes de que pueda escapar. Dejémosle que ponga una demanda...

Terry lo miró con perplejidad.

—¿Quieres matar al tiburón?

—Mejor al tiburón que... mejor que permitirle escapar.

—Jonas, escucha lo que estás diciendo. Esa obsesión tuya es...

—¿Es qué? ¿Me está volviendo loco? Continúa, dilo.

—Jonas, está bien estar asustado. Mira por todo lo que has pasado.

—No es mi muerte la que me asusta, es la idea de perderte a ti. En mis pesadillas, tú estás en la fosa. Angel aparece...

—¡Ya es suficiente! —Terry le cogió por los hombros—. Aquí va una noticia de última hora, Jonas. Ya *estás* perdiéndome.

Aquellas palabras parecieron clavársele en el alma.

—¿Qué quieres decir?

Ella evitó sus ojos, preguntándose cuánto habría revelado.

—No soy feliz, Jonas. Siento como si nos estuviéramos distanciando.

—Terry, te quiero...

—Sí, pero pasas más tiempo con ese maldito tiburón que conmigo. ¿Qué nos ha pasado? Estos últimos años han sido un infierno, y no es solo porque perdiéramos el bebé. Incluso cuando estamos juntos, tu mente está en otro lugar. ¿Qué tengo que hacer para ser la única mujer en tu vida?

Por un largo momento, él se quedó en silencio, permitiendo que sus palabras le penetraran.

—Tienes razón. ¿Quién querría estar con alguien que piensa constantemente en la muerte?

—Jonas, no es que no te quiera —el claxon del taxi los interrumpió. Ella miró hacia atrás—. De veras, tengo que irme.

Jonas la cogió del brazo.

—¡Terry, espera, por favor! Mira, lo siento. No quiero perderte. Puedo cambiar. Simplemente dime qué es lo que tengo que hacer y lo haré.

Ella retiró una lágrima de su mejilla con la mano.

—Para empezar, pide cita con ese psiquiatra.

—Hecho. La concertaré ahora mismo. ¿Qué más?

—Creo que es hora de que reorientes tu carrera. Once años estudiando a ese monstruo es más que suficiente.

—Estoy de acuerdo. Dejaré el Instituto. Tan solo deja que me asegure de que el *megalodon* no escapará nunca.

Ella se apartó de su lado.

—Maldito seas, Jonas, eres imposible, ¿lo sabes? —lo empujó y pasó tras él, caminando hacia el taxi.

—Terry, espera...

—No puedo hablar más. Tengo un avión que coger.

Él caminó a grandes zancadas tras ella.

—Al menos, prométeme que te quedarás a bordo del *Goliath*.

—Déjame en paz. Ve a jugar con Angel...

Él la agarró, dándole la vuelta.

—Terry, por favor...

Ella lo miró, con la ira destellando en sus ojos.

—Vale. Te prometo que no descenderé con Singer a la maldita fosa de las Marianas. Si estás tan preocupado, puedes venir conmigo.

—No puedo. Ahora no, esta vez no...

El claxon del taxi sonó otra vez, y el conductor gritó:

—¿Está usted bien, señora?

—Sí —ella se deshizo de su agarrón y subió al asiento trasero, negándose a mirar hacia atrás.

Jonas la observaba alejarse, con el pecho contraído.

# BENEDICT

*Oeste del océano Pacífico*  
*13° latitud norte*  
*143° longitud este*

Terry Taylor caminó hacia la parte trasera del helicóptero *Sikorsky AS-61* en donde su padre, Masao Tanaka, permanecía tumbado sobre los dos asientos.

—Bébetelo, papá. —Terry le tendió la lata de *ginger ale* mientras se sentaba

—¿Te sientes algo mejor?

—Un poco. Odio volar en estos aparatos. ¿Cuánto tiempo queda para que lleguemos al *Goliath*?

—El copiloto dice que otros quince minutos.

—No he sido una buena compañía de viaje, ¿verdad? —preguntó Masao.

—Está bien. Necesitabas descansar y yo necesitaba tiempo para pensar.

—No seas tan dura con Jonas. Ha pasado mucho.

—Todos nosotros lo hemos pasado. Creo que está atravesando una depresión nerviosa.

—Necesita tu amor y tu apoyo.

—Yo lo quiero. Solo que no estoy segura de cuánto tiempo más puedo soportar esto. De hecho, me alegro de que me invitaras a venir contigo. Creo que Jonas y yo necesitamos un respiro.

Masao negó con la cabeza tristemente.

—Por cierto, Celeste estará a bordo del *Goliath*.

Terry gimió.

—Demasiado para mi periodo de descanso.

—¿No te gusta esa mujer?

—No puedo soportarla. La manera en la que anda pavoneándose, haciendo ostentación de su imagen, da la impresión de que una cámara de fotos está encima de ella las veinticuatro horas del día. Trata a los empleados como mierda y después flirtea con cada hombre que se cruza en su camino.

—Incluyendo Jonas, supongo.

—Con Jonas más que con ninguno. ¿Por qué demonios tiene Benedict que nombrar presidenta a esa concubina rusa?

Masao sonrió.

—Benedict se refiere a ella como su protegida.

—No sé lo que es, pero no puedo soportarla, o puede que sea ese pelo teñido que lleva.

—Sería mejor para todos si hicieras un esfuerzo para llevarte bien con ella.

—Es degradante...

—Inténtalo. Por mí...

—Vale, lo intentaré —miró por la ventana hacia la superficie cristalina del

Pacífico— ¿sabes? De hecho estoy deseando conocer a Benedict. ¿Qué aspecto tiene?

—¿Benedict? Es un hombre brillante, un europeo. Un hombre de gran salud y poder que tiene bastante habilidad en el arte de la manipulación. Tiene fluidez en una docena de lenguajes, aunque prefiere impresionar con citas del latín y del francés. Yo lo encuentro algo excéntrico, con una afición prodigiosa a oírse hablar a sí mismo. Algunos pueden decir incluso que está loco. Tenemos que tener tacto, Terry, ser muy diplomáticos. No podemos permitirnos provocarlo más, así como no podemos ignorar las peticiones de los japoneses.

—¿Cómo crees que va a reaccionar cuando le digas que el JAMSTEC está amenazando con cancelar nuestro contrato a no ser que investiguemos el accidente del *Proteus*?

—Eso depende de nosotros. Los resultados están a veces determinados por la manera en la que algo se presenta.

El helicóptero se inclinó repentinamente. Terry miró por la ventana mientras un enorme barco de guerra gris aparecía frente a ellos.

El *Goliath* era una fragata lanzamisiles de la clase Kirov fuera de servicio que había sido donada por el gobierno ruso a las Industrias Geo-Tech como parte de un contrato de veinte años para desarrollar y alimentar las fuentes de energía alternativa. El barco estaba apropiadamente bautizado: con doscientos cuarenta y ocho metros de eslora, con una anchura de veintiocho metros, era la nave de investigación más grande del mundo.

Empotrada en una planta de energía híbrida, el *Goliath* combinaba energía nuclear y vapor para conducir sus dos series de turbinas y propulsores gemelos. Con el acorazado de batalla quitado, la nave era capaz de mantener velocidades de treinta y tres nudos. Y más importante que eso, el *Goliath* tenía la talla y el poder necesarios para transportar y desplegar el enorme laboratorio marino de la Geo-Tech, el *Benthos*.

El *Sikorsky* rebotó dos veces antes de establecerse en la plataforma para helicópteros localizada en popa. Terry siguió a su padre y al copiloto tras salir del vehículo y se encontró a una mujer bellísima de unos *veintitantos* que estaba esperándolos impaciente. Poseía un intenso bronceado, resaltado por un traje blanco ajustado que además revelaba su atlética figura. Un pelo largo de color rubio platino ondeaba salvajemente con el viento, y dejaba al descubierto unos rasgos altos y eslavos.

—Llegas tarde —le dijo Celeste al copiloto, gritando para que pudiera oírse a través del viento.

—Nos topamos con un temporal...

—Ahórrate las gilipolleces. Ya salisteis tarde de Guam. Lleva sus cosas al módulo de invitados y baja a la cocina. Tienes treinta minutos para comer antes de regresar.

—¿Esta noche?

Celeste se dio la vuelta para mirar a Masao.

—*Dobryi dyen*, Mr. Tanaka, estábamos esperándolo. ¿Dónde está Jonas Taylor?

—Ha mandado a su mejor mitad en su lugar —dijo Terry saliendo del helicóptero.

Los ojos de Celeste destellaban ira.

—Benedict insistió en que Jonas viniera. Esto no es bueno.

—El *megalodon* está atacando la puerta otra vez —dijo Masao—. Jonas sintió la necesidad de quedarse en el Instituto. Nos ha pedido traer una propuesta que le gustaría que consideraran.

—Muy bien. Benedict está esperando encontrarse con nosotros en el camarote.

Sin esperar una respuesta, Celeste empezó a caminar por la puerta de la terraza de popa, dirigiéndose por una superestructura de acero gris con múltiples cubiertas y torres encrespadas por los sensores.

Masao miró dos plataformas desérticas localizadas al otro lado de la cubierta.

—Celeste, ¿podrías decirme qué son esas estructuras?

Sin darse la vuelta, le dijo:

—En otro tiempo se utilizaron para sostener las dos armas de doble uso de 100 mm del barco. Los rusos quitaron todos los sistemas de armamento, pero cuando esta nave estaba armada, era una vil bruja.

«Justo como tú...» —pensó Jenny.

Celeste los llevó por un pequeño tramo de escalones que llevaba a la segunda cubierta del barco. Siguieron un estrecho pasillo de acero hasta una escalera de caracol y subieron dos niveles más, parándose en la cubierta C.

—Desde aquí fuera, la mayoría de lo que pueden ver ha sido destripado y rehecho —dijo Celeste—. A diferencia de los pasillos herméticos por los que acaban de venir, la cubierta C había sido remodelada con un amplio pasillo con paneles, cuyo suelo se había cubierto con una moqueta intemporal de color azul marino. —El interior parecía una oficina más que una nave de investigación. Celeste caminó hasta el final del pasillo. Llamó a la puerta y entonces abrió una serie de puertas de madera de color cereza, mientras los llamaba por señales.

Benedict Singer les daba la espalda, con la corona de su cabeza limpiamente afeitada, justo visible por encima de una silla de ante marrón. Terry y Masao se sentaron en un sofá similar de una de las paredes, escuchando cómo el presidente multimillonario de las Industrias Geo-Tech completaba una llamada de negocios en ruso.

Benedict colgó y, entonces, se levantó para dar la bienvenida a sus invitados.

—Ah, lord Tanaka, *¿ogenki desu ka?*

Masao sonrió.

—Bien, ¿y usted?

—Vivo, lo que siempre es mejor que nada. Pero ¿dónde está el profesor Taylor?

—Por un breve momento, la rabia se dibujó en la cara de Benedict.

—Le ha sido imposible venir, pero os manda sus más sentidas disculpas. Esta es mi hija...

—La preciosa Terry Taylor. *Bonjour, Madame*, qué alegría poder conocerla finalmente —dijo Benedict, recuperándose rápidamente. Él le cogió la mano y la besó mientras se inclinaba—. Benedict Singer, a sus pies —le destelló con una sonrisa amarillenta. Su perilla grisácea blanca, él único pelo de su cabeza, titilaba hacia arriba en las esquinas.

Terry lo miró a sus ojos sobrehumanamente esmeraldas que parecían cerrarse sobre los suyos propios, negándose a dejarlos ir.

—Se estará preguntando acerca del color inusual de mis ojos. Es el resultado de un accidente industrial que sufrí hace algunos años. Las lentes de contacto son permanentes, tiñendo lo que una vez fueron de color iris azul. Me di cuenta de que me gustaba el color esmeralda. Por desgracia, como puedes ver, el accidente también me quitó permanentemente el pelo de las pestañas y cejas.

Se volvió hacia Masao.

—La cena estará lista en una hora, pero creo que deberíamos hablar antes. Celeste, ¿has ofrecido algo de beber a nuestros invitados? ¿Algo de vino tinto, quizás? Château Neuf du Pape, 1936.

—Nada para mí —dijo Masao.

—El vino suena bien —Terry observó cómo Celeste se deslizaba bajo la barra, molesta por si casualmente estropeaba su físico perfecto.

—Entonces, mi amigo, hablemos. Como podrá imaginar, todos nosotros estamos aún conmocionados por la tragedia que aconteció al *Proteus*. Perdimos a cuatro de nuestros amigos y personal cualificado. Uno era el director del proyecto. Lo echaremos de menos enormemente.

—¿Tiene alguna idea de cómo sucedió todo? —preguntó Masao.

—El último informe que recibimos era del piloto informando sobre una brecha en el casco. Celeste cree que el accidente fue a causa de un error del piloto, más que de una disfunción de la nave.

—El hombre perdió los nervios, —dijo Celeste, obviamente disgustada— probablemente le entró el pánico ahí abajo y colisionó con un humero negro.

Benedict negó con la cabeza.

—*De mortuis nil nisi bonum*, querida mía. De los muertos no se dice nada que no sea bueno.

—Entonces, no diré nada. La pérdida del *Proteus* no ha hecho más que doblar la agenda prevista del proyecto entero.

—Desafortunadamente, Celeste tiene razón. Sin el *Proteus*, el *Prometheus* y el *Epimetheus* tendrán que completar su propia inspección geológica del lecho marino antes de que los detectores de movimiento sísmico UNIS puedan desplegarse por la fosa. Quería hablar directamente con su yerno dadas sus experiencias, anticipando que su visión nos ayudaría a ahorrar algo de tiempo. Espero que sus amigos del centro japonés de ciencia y tecnología marinas sean capaces de comprender nuestro retraso.

Masao se aclaró la garganta. —Estoy seguro de que lo harán, una vez que reciban un informe completo acerca del incidente.

Terry vio cómo los ojos de Celeste destellaban veneno.

—La GTI les hizo llegar un informe dos días después de que ocurriera el accidente —dijo Celeste— ¿qué más quieren de nosotros?

Masao levantó la mano. —Por favor, no la paguéis conmigo. Este es un tema sensible que nos atañe a todos. Como sabrás, esta área de la fosa de las Marianas es parte de una zona económica exclusiva, bajo jurisdicción americana. Solamente gracias a nuestro contrato actual con el JAMSTEC el Instituto Tanaka ha obtenido el permiso para entrar de nuevo en la fosa.

Benedict se levantó.

—¿Has viajado a través del Pacífico para insultarme, Masao? Mi organización invirtió más de mil millones de dólares para crear el *Benthos* y su flota de sumergibles para que los hombres pudieran acceder finalmente a la última frontera no explorada de este planeta ¿y el JAMSTEC exige que les rinda homenaje? Quizás, deberíamos simplemente romper nuestro acuerdo de empresa conjunta. La GTI utilizará el *Benthos* para explorar otras fosas marinas mientras los japoneses esperan que se suceda otro terremoto sin previo aviso.

Masao dejó de mirar.

—Ese no es nuestro deseo, ni nuestra intención, Benedict san. Los japoneses aprecian nuestra generosidad e ingenuidad por ser capaces de acceder a la fosa de las Marianas. Necesitan que nuestros sistemas UNIS sean desplegados, pero solo quieren un informe más detallado de nuestra parte sobre el incidente. Lo último que ninguno de nosotros quiere es insultarte ni a ti ni a tu gran compañía. Sin embargo, si no deseas acceder a la petición del JAMSTEC, entonces lamentablemente tendré que transmitir tu respuesta a los japoneses, que seguro darán por finalizado nuestro acuerdo.

Benedict se acercó a la barra y se sirvió otro vaso de vino.

—¿Exactamente qué es lo que está pidiendo el JAMSTEC?

—Un examen de los restos...

—Hay pocos restos que ver —dijo Celeste—, el sumergible explotó. Las corrientes han dispersado los escombros.

«Está mintiendo —pensó Terry—. Unas lentas corrientes movedizas no pueden transportar pedazos de titanio a ningún sitio».

—Entonces, querrán examinar todos los documentos grabados por el *Benthos* y el *Goliath*, incluyendo los datos del sonar grabados por nuestro vector de datos de remolque —dijo Masao.

Benedict miró a Celeste, que se encogió de hombros.

—*Nivazhna*, no importa.

—Muy bien, Masao. Danos un día o dos para recopilar las grabaciones del *Goliath*. Pero no podemos bajar el *Benthos* hasta que el *Prometheus* y el *Epimetheus*



lleguen aquí.

—¿Cuándo será eso? —preguntó Terry.

—No hasta finales de semana —dijo Benedict—. Por supuesto, ambos sois bienvenidos a quedaros el tiempo que deseéis.

—Muy amable de tu parte —dijo Masao.

—Ahora que hemos apartado esto, hablemos de Angel. Por lo que me ha dicho mi protegida, el espectáculo sigue vendiéndose al mismo ritmo que el monstruo sigue creciendo.

—Es una criatura increíble.

—Tu yerno parece pensar que es demasiado peligrosa, incluso en la laguna —dijo Celeste, sosteniendo la propuesta de Jonas—. Está pidiendo a la GTI otros tres millones de dólares para reforzar la puerta.

—Jonas puede ser un poco paranoico —dijo Terry— ha pasado mucho.

—Espero que todo vaya bien en casa —Celeste le dedicó una sonrisa.

—No podía ir mejor —Terry no perdió el ritmo— gracias por preguntar.

Benedict rio a carcajadas.

—Ah... *Amor vincit omnia*, ¿eh Masao?

—¿Perdona?

—Realmente deberías repasar tu latín, amigo mío —le dijo, sirviéndose otro vaso—. El amor lo vence todo.

# JUEGO DE NIÑOS

*Parque Bruceport, Washington*

El supervisor del cuidado de los animales del Sea World, Pete Soderblom le dio una palmadita a Tootie en su hocico desigual cariñosamente, después se levantó en su receptáculo de dieciocho ruedas para estirar las piernas.

—Eh, Andy, parece que estamos llegando al Bruceport Park.

El zoólogo Andrew Furman continuaba fijando los primeros dos transmisores a la ballena gris de nueve metros y medio y nueve toneladas.

—Ya era hora —dijo él— he estado mareado las últimas dos horas.

—Será mejor que no enfermes ahora, hay como dos docenas de camionetas nuevas esperándonos en el muelle —dijo Pete—. Eh, recuérdame que ponga la pancarta RESCATE SEA WORLD antes de que empecemos a filmar.

—¿Has visto las camisas Anheuser-Busch que han hecho para el evento de hoy? Hay una foto de Tootie en la parte de delante, sobre un encabezamiento, «AYUDÁNOS A SALVAR A LAS BALLENAS». El logo del Sea World está detrás. Quieren que las pasemos a las primeras doscientas personas que esperen.

—Al menos no es una foto de Tootie bebiéndose un pack de seis latas de cerveza.

El camión maniobró el carguero bajo una grúa elevada que estaba al borde del muelle. El barco de la Guardia Costera que iba a escoltar a Tootie fuera del agua ya estaba en su posición, y una flotilla de embarcaciones de recreo estaba esperando a treinta metros de la orilla.

Pete observó cómo un hombre regordete que llevaba una cazadora de NBC Today Show se acercaba al camión.

—Hola. Soy Brian Dodds. ¿Quién de vosotros es Pete Soderblom?

—Aquí mismo.

—Encantado de conocerte, Pete. Esto es lo que va a pasar: quiero que grabéis secuencias de la ballena dentro del camión por lo que nuestros espectadores podrán tener una buena panorámica de... ¿cómo se llama la ballena?

—Tootie.

—Tootie —Dodds anotó el nombre— bien. Bueno, continuaremos grabando hasta que la liberen. ¿A cuánta distancia vais a sacar el ballenato al océano?

—A unas dos millas.

—Vale. Creo que vais a salir en avión hasta nuestros estudios en Nueva York desde aquí, ¿verdad?

—Sí, se supone que yo tengo que hacer una entrevista en directo con Matt Lauer mañana por la mañana. He de confesar que estoy bastante nervioso por ello.

—Lo hará bien, Matt es un tío increíble. Antes de que empecemos, ¿qué tal si

hacemos una rápida pre entrevista? Así puedo tener algo de información previa acerca de toda la operación de rescate —Brian puso la cámara abajo— no mires a la cámara, simplemente habla conmigo. ¿Estás preparado?

—Eh, supongo...

—Brian Dodds, Today Show, entrevistando a Pete Soderblom, supervisor animal del Sea World. Pete, ¿cómo ha tenido lugar esta operación de rescate?

Pete se esforzó por no mirar a la cámara.

—Hace aproximadamente catorce meses, Tootie, así es como llamamos al ballenato, fue encontrada a unas quince millas al sur de aquí, en el Ocean Park. Estaba realmente en mala forma, probablemente tenía menos de un mes. Los socorristas y los bañistas la cargaron en una especie de camión de mudanzas y la llevaron a nuestras instalaciones en Seattle.

—¿Y cómo era de grande la primera vez que la encontrasteis?

—Solo pesaba unos siete kilos. De hecho, cuando finalmente llegó al Sea World, estaba en estado comatoso. Afortunadamente, nuestros especialistas de cuidado de animales fueron capaces de reanimarla. En unos días la tuvimos comiendo otra vez. Desde entonces hasta ahora, ha ido ganando un kilogramo al día.

—¿Y ahora cuánto pesa?

—Ahora pesa nueve toneladas. Para cuando se haya desarrollado completamente, debería pesar cerca de las veintisiete.

—¿Cuál es la razón de ponerla en libertad ahora?

—Creemos que es lo suficientemente fuerte y es la época idónea. Durante los próximos meses, miles de ballenas grises estarán migrando hacia la costa Pacífica para pasar los meses de verano y alimentarse en el mar de Bering. Liberar a Tootie en este momento le da la oportunidad de unirse a una de esas manadas de ballenas.

—¿Correrá algún peligro?

—Si se queda en las manadas, debería estar bien. Con suerte, aprenderá a alimentarse con bastante rapidez y a evitar a las orcas. Mi ayudante está poniéndole dos transmisores a Tootie, lo que nos permitirá vigilarla de cerca durante varios meses.

—Genial, sin duda deberían hacerlo. ¿Alguna cosa más que le gustaría añadir?

—Sí —dijo Pete, algo avergonzado— ¿podría asegurarse de que nuestra pancarta está en el plano cuando empiece a filmar? Nuestro patrocinador empresarial está impulsando una nueva campaña de *vuelta a la naturaleza*. Creo que quieren que Tootie se convierta en el próximo Spuds MacKenzie, ya sabe, el famoso perro de la cerveza Bud Light.

*Laguna Tanaka*  
*Al anochecer*

En la zona de playa al lado del estadio, Jake Howell, un chico de dieciséis años,

daba una larga calada al porro antes de pasárselo a su colega, David Caine. Los dos adolescentes estaban sentados en un área privada situada directamente detrás del estadio de la laguna Tanaka. A cuarenta y cinco metros al norte, el dique de hormigón del canal de acceso se estrechaba dentro del Pacífico como el carril de desaceleración de una autopista.

—Poli...

Caine enterró el porro en la arena mientras el guardia de seguridad pasaba detrás de ellos.

—Gilipollas, eso no es un poli. Mira lo que me has hecho hacer.

Jake rio por lo bajo, tumbándose sobre su espalda.

El guarda de seguridad se dio la vuelta.

—Chicos, no deberías estar aquí.

Jake sonrió.

—Estamos esperando a nuestros padres, agente.

—Moveos, o seré yo quien os mueva.

Jake se puso de pie, sacudiendo la parte de atrás de su cabeza rapada con el dedo corazón. Los dos chicos siguieron la playa hacia el sur, pasando el estadio hasta perder de vista al guarda.

—Eh, gilipollas...

Se dieron la vuelta para ver al primo de Caine, Doug, corriendo hacia ellos.

Sostenía una palanca en la mano.

—Vamos, he encontrado un camino por el que colarnos.

Jonas miraba cómo el brillo carmesí de la puesta de sol se desvanecía detrás del iluminado estadio. Desde la ventana salediza abierta, podía escuchar cómo se hacía más fuerte el ruido de la multitud mientras las luces del tanque submarino se encendían volviendo la oscura laguna en un azul verdoso brillante.

Se dio la vuelta para mirar a uno de los técnicos.

—¿Todavía está en el canal?

—Sí, pero dejó de golpear la puerta hace una hora. Probablemente tenga dolor de cabeza.

Jonas se llevó los prismáticos a ojos. No había luces en el canal, lo que hacía imposible ver al *meg* bajo el agua. Se giró hacia su izquierda, viendo cómo Manny y otros ayudantes luchaban por colgar un trozo inmenso de vaca en la cadena del marco en forma de «A».

Momentos más tarde, las luces externas estaban encendidas y el barítono que reproducía el tamborileo de timbales empezó, para guiar a los visitantes a sus asientos.

Mac tomó asiento cerca de Jonas.

—He hablado con mi hombre. Tendré el transmisor mañana por la mañana. Aquí

viene tu pez.

Una masa gigante y fosforita se deslizaba por la laguna.

Los tres adolescentes escucharon cómo la multitud rugía con más fuerza antes de abrir la puerta de incendios. Corrieron despacio atravesando las tiendas de recuerdos y ya habían entrado por la puerta externa del estadio antes de que el primer guarda se diera cuenta de que la alarma había comenzado a sonar.

En el extremo sur de la laguna, se levantaban las olas que iban a chocar contra las barreras de plexiglás.

Jake señaló la estructura de hormigón que sostenía el marco en forma de «A».

—¿Veis esa puerta? Lleva a una sala de observación bajo el agua, justo debajo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto en la televisión. Doug, dame la palanca.

Jake condujo a Caine y a su primo hacia la puerta de acero. Ellos estaban de pie tras él, protegiendo sus movimientos de la multitud mientras curioseaba hasta abrir la cerradura.

Jonas dirigió los prismáticos hacia la pálida bestia al mismo tiempo que esta desgarraba viciosamente los restos de su comida de la cadena. Cuando se dio la vuelta para localizar a Manny, algo atrajo su atención.

Llevó las lentes hacia la puerta de la sala de observación.

—¿Qué es eso? —preguntó Mac.

—No lo sé. Probablemente no sea nada. Creí haber visto la puerta que lleva a la sala de observación abierta —Jonas le pasó los prismáticos.

—Es difícil de decir desde este ángulo. ¿Quieres echar un vistazo?

—Sí, quizás sea lo mejor.

Los adolescentes corrieron bajando las escaleras hasta llegar al pasillo.

—Vaya, Jake, mira esto.

Los tres chicos se levantaban ante las ventanas saledizas bajo el agua, mirando dentro de las profundidades de la laguna.

Caine presionó la cara contra el cristal.

—¿Dónde está el tiburón?

—Se ha ido, estúpido. El espectáculo ya ha terminado.

—Gilipollices —dijo Jake— este espectáculo está a punto de empezar —empezó a golpear el cristal de lexan y los otros se le unieron—. ¡Aquí, Angel! ¡Aquí chica!

Jonas siguió a Mac hacia abajo, por las escaleras de hormigón de la terraza superior. Miró hacia arriba para ver cómo el *megalodon* se deslizaba lentamente hacia el canal. Mientras caminaban hacia la zona sur del estadio, la criatura se giró repentinamente.

—¡Aquí viene! —gritó Doug.

—Eh, Caine, mira eso —Jake se bajó sus holgados pantalones cortos y sus calzoncillos y presionó el trasero contra el cristal.

Caine y Doug cayeron al suelo riéndose a carcajadas, mientras el *meg* se dirigía apresuradamente hacia la ventana de observación. Jake se agachó por el marco de la ventana, riéndose mientras daba vueltas sobre sí por el húmedo suelo de hormigón.

La criatura se calmó y, entonces, se inclinó bruscamente, golpeando con fuerza su gran aleta caudal contra el vidrio reforzado. El lexan rechinó entre el marco.

—Eh, Jake, mira este cartel. No hacer ningún movimiento mientras el *megalodon* esté en la zona.

Jake se levantó, presionando la cara contra el cristal. La criatura estaba dando círculos, con la espalda arqueada.

—Creo que quiere jugar.

Jake y Doug golpearon otra vez el cristal, mientras Caine sacaba una lata de pintura negra en spray, riéndose histéricamente.

Mac condujo a Jonas a través de una multitud que se congregaba en el extremo sur de la laguna. En lugar de irse, la gente parecía estar moviéndose hacia el tanque, empujándose unos a otros para tener una mejor vista de lo que estaba sucediendo.

—Jonas, ¿qué está pasando?

—No lo sé. Algo ha conducido de vuelta a Angel hasta el tanque principal. Oh, mierda, mira la puerta. Alguien la ha roto. De acuerdo, será mejor que traigas a los de seguridad aquí abajo.

Caine se levantó otra vez y admiró su obra.

—Aquí viene.

Los tres chicos se levantaban delante del cristal, con los ojos abiertos de par en par y la adrenalina por las nubes. El *megalodon* se dirigía a ellos como si fuera un Boeing 747.

—¡Ahora!

Los jóvenes se dejaron caer al suelo.

Perdiendo de nuevo su presa, la criatura redujo la velocidad, golpeando la barrera de cristal con su hocico y la hilera superior de dientes y encías.

—Oh, tío, ¡vaya prisa tiene!

Caine se levantó y entonces, dejó de reírse.

Justo encima de las palabras recién pintadas *Muérdeme*, un ojo resplandeciente, de color rojo teja lo miraba directamente.

El *meg* se dio la vuelta, y se fue de nuevo hacia la laguna.

Jake y Doug se pusieron de pie, preparados para jugar otra vez.

—No, esperad —dijo Caine— quizás deberíamos irnos.

—Vete tú. Tengo que hacer esto por lo menos una vez más. ¿Estás conmigo, Doug?

—Joder, sí. Vamos tío. No seas coñazo —empezaron a aporrear el cristal.

Caine observó cómo la criatura empezaba a acercarse. Sintió cómo le temblaban las piernas. Lo que había empezado como diversión y juego estaba convirtiéndose por completo en algo peligroso. Aun así, no quería rajarse.

—Esta es la última vez, ¿vale?

—Vale —dijo Jake— esperemos hasta el último segundo, esperemos hasta ver sus horribles y estúpidos ojos —los tres chicos se prepararon, con el corazón acelerado, mirando a la cara sobrecargada del monstruo de veintiocho toneladas.

—¡Ahora! —Los chicos se escondieron tras la ventana, riendo.

El *megalodon* chocó contra la ventana de lexan como una locomotora abriéndose camino a través de las astillas. Fragmentos de vidrio y agua gélida explotaron dentro del pasillo mientras el hocico de la criatura y su mandíbula superior se cerraban de golpe en el muro trasero, revelando una docena de dientes.

Caine y su primo pudieron registrar el torpedo blanco un segundo antes de que su demoledora masa los condujera contra la pared de hormigón.

Un torrente helado levantó a Jake de sus pies. Cerró los ojos con fuerza y se hizo un ovillo, mientras su cuerpo era arrojado al pasillo como si fuera una pelota de ping pong en una lavadora.

Jonas bajó corriendo los escalones cuando un estruendo ensordecedor hizo balancear el hueco de la escalera. Cuando descendía por el pasillo, una pared de agua helada le dio la bienvenida como un muro saliente. Se dio la vuelta y lo esquivó, mientras la ola de dos metros y medio lo golpeaba contra el suelo de hormigón, llevándolo de vuelta al hueco de la escalera. Antes de poder darse cuenta de lo que estaba sucediendo, la corriente cesó. Él abrió los ojos, tumbado sobre su estómago en una piscina de agua, jadeando por recuperar el aliento.

Unas luces amarillas se encendieron por todo el pasillo.

Jonas se levantó, completamente empapado. Las puertas de emergencia se habían activado, sellando la zona de observación del resto del pasillo. Chapoteó hasta la

puerta de acero, mirando a través de su mirilla de veinte centímetros.

«Angel, ¿qué has hecho?».

Lo que vio le dio ganas de vomitar.

Jake sintió que los pulmones le ardían, y que sus extremidades le pesaban como el plomo. Notó cómo su cuerpo flotaba sobre el suelo y abrió los ojos.

La imagen lo sacudió hasta despertarlo como si hubiera sido golpeado por un resplandor. Abrió la boca para gritar, silenciado por el agua marina mientras una boca cavernosa lo rodeaba. Batiéndose a golpes, remó y pateó furiosamente, para deslizarse fuera de las mandíbulas cerradas del monstruo, e intentar llegar a la superficie.

Jake se golpeó la cabeza con el techo. La comprensión de su apuro le envió una oleada de pánico a través de las extremidades. Aun con la visión borrosa, intentó buscar el pasillo inundado, solo para encontrarse a sí mismo apuntalado contra el muro trasero.

El *megalodon* empujaba hacia delante, dirigiéndose hacia las vibraciones que él emitía.

Jake sintió cómo su cuerpo era absorbido hacia atrás en una aspiradora de agua.

Con ningún espacio para maniobrar, esquivó instintivamente una boca de tres metros que sobresalía hacia delante y lo sujetaba cerrándose sobre su cabeza.

En la zona oscura, jadeó un putrefacto aliento a medida que el agua momentáneamente se reducía de su cara. Él se quedó en silencio y, entonces, escuchó sus propios gritos apagados dentro de la boca de la criatura mientras bisturís inadvertidos se deslizaban y convertían su cuerpo en carne picada.

A pesar de los remolinos espumosos de color rosa, Jonas pudo ver a la criatura sacudiendo su enorme cabeza, retirando su cuerpo de la sala de observación bajo el agua.

—¡Maldita sea! Jonas subió corriendo las escaleras, y salió fuera justo en el momento en que Angel estaba en la superficie, con los restos de la parte inferior de un cuerpo colgando en lo alto de sus mandíbulas.

Los gritos desgarraron la noche. Nueva gente se daba empujones por conseguir un ángulo bueno para la cámara, casi empujando a la otra hacia el tanque. Levantándose sobre la superficie, Angel sacudió la cabeza de un lado a otro como un perro rabioso, derramando la carcasa mientras retorció la parte superior de su torso y mandaba enormes olas en todas direcciones.

La bestia desapareció, sumergiéndose en algún lugar bajo la piscina flotante de sangre y extremidades despedazadas. Entonces, unas mandíbulas enormes emergieron majestuosamente del tanque y en un terrible bocado engulló los restos



desde abajo.

## CAMBIO DE PLANES

*Pacífico oeste*

Situados paralelos el uno al otro de las dos enormes rampas hidráulicas de la popa del *Goliath*, estaban los sumergibles hermanos, *Prometheus* y *Epimetheus*. Las idénticas naves en forma de cigarro, ambas pintadas con adornos en blanco y rojo, tenían más de veinte metros de eslora, anchura de cinco metros y torres de mando de dos metros. A diferencia de la superficie dorsal de alguna manera estéril, la parte inferior del sumergible contenía una serie de artilugios de alta tecnología, que ocupaban el punto central de un puesto de observación esférico. Desde su estructura de dos metros y medio, un solo operador podía manipular un par de brazos robóticos, cámaras, luces y una manguera aspiradora para recoger muestras en el fondo marino.

Terry y Masao observaban desde la popa cómo la rampa hidráulica ponía al *Epimetheus* en posición, bajo un torno enorme, delante del travesaño del *Goliath*.

Benedict Singer se les unió.

—La tardía llegada de nuestros submarinos nos obligan a hacer un cambio de planes —dijo Benedict—. Los purificadores de aire y los de gases a bordo del *Benthos* deben ser cambiados antes de que los niveles de dióxido de carbono empiecen a ser demasiado altos. El *Epimetheus* descenderá inmediatamente con provisiones y un equipo de sustitución parcial, y volverá a la superficie en dos días con nuestro equipo A. El resto del equipo B, junto conmigo mismo, descenderemos a bordo de su nave gemela, el *Prometheus*, siguiendo su vuelta. Hemos programado empezar una misión durante una semana en los abismos para desplegar no menos que tres de nuestros robots UNIS.

—Informaré al JAMSTEC —dijo Masao, admirando el *Epimetheus* mientras avanzaba—. Dime, la inscripción bajo los nombres del sumergible...

—«*Resurgam*»: Me volveré a levantar.

—¿Y el nombre de las naves? —preguntó Terry.

Benedict sonrió, disfrutando de la oportunidad que se le presentaba para hacer gala de su pomposidad.

—Según la mitología griega, el Dios Titán, Epimetheus, se encargaba de distribuir dones a todos los animales del mundo, los dones necesarios para su supervivencia. Por desgracia, Epimetheus se quedó sin dones para cuando fue el turno de la humanidad. Entonces, su hermano, Prometheus, robó la energía solar y se la dio al hombre. Zeus estaba tan enfadado que encadenó a Prometheus a una montaña donde los buitres le despedazaron el hígado durante mil años. Prometheus significa precaución; Epimetheus, reflexión.

—¿Estará de vuelta el *Epimetheus* con la información que pide el JAMSTEC?

—Esas son mis órdenes. Masao, pero supongo que te sentirás decepcionado. Dudo de que las grabaciones del *Benthos* revelen algo más que las del *Goliath*.

—BENEDICT SINGER, POR FAVOR PÓNGASE EN CONTACTO CON LA SALA DE OPERACIONES DE INMEDIATO —el anuncio metálico de Celeste resonaba por la cubierta.

—Perdonadme —Benedict sacó su walkie-talkie, y se alejó de ellos mientras hablaba.

Masao observó la cara del hombre con más detenimiento. —Algo va mal.

Terry se inclinó sobre la barandilla, mirando cómo un equipo de buceadores metía al *Epimetheus* al agua.

—Papá, ¿hasta qué punto confías en Singer?

—¿Tienes sospechas?

—Creo que está ocultando algo. ¿Por qué razón un multimillonario magnate de la energía está tan interesado en sacar de sus apuros al Instituto Tanaka, sin mencionar cumplir con el contrato UNIS?

—Le pregunté a Benedict lo mismo la primera vez que nos conocimos. Él afirmó haberse encontrado a sí mismo fascinado por el completo poder y la gracia del *megalodon*. Dice que se desafió a sí mismo con la idea de construir una flota de naves capaz de explorar la fosa en la que habita la criatura.

—¿Y tú le creíste?

—La GTI ha invertido más de mil millones de dólares para la exploración marina...

Benedict volvió, parecía sombrío.

—Tenemos un problema. Ha habido un accidente terrible en la laguna Tanaka. La criatura atacó y mató a tres chicos adolescentes que habían entrado en el pasillo de observación.

Terry vio cómo su padre se ponía pálido.

—El caos abunda, Masao y los medios de comunicación están acechando. Como presidente del Instituto te sugiero que regreses con Celeste a Monterrey de inmediato. Terry puede quedarse a bordo para obtener la información que requiere el JAMSTEC.

A Masao le flaqueaban las rodillas.

—Papá... —Terry lo cogió del brazo, pues notó que temblaba con convulsiones.

Benedict pudo alcanzarlo mientras se desplomaba sobre la cubierta.

Cuatro horas más tarde, Celeste se unía a Benedict en la cubierta más alta del *Goliath*, bajo un mar de estrellas.

—El médico dice que el viejo debe de recuperarse pronto. Nos iremos a Monterrey al alba.

—Qué noche tan preciosa —Benedict miraba hacia arriba, al cielo brillante.

—Es divertido cómo las cosas evolucionan, ¿verdad?

—Estamos gobernados por el destino. Aun así, estoy preocupado por nuestra agenda. El JAMSTEC y los americanos ya albergan sospechas. Si nos quedamos en la fosa más de un mes, puede que investiguen ellos mismos. No podemos

arriesgarnos a que nadie suba a bordo del *Goliath*.

—¿Cuánto tiempo serás capaz de mantener a Terry a bordo sin levantar sospechas?

—Se irá solo después de que le saques toda la información a Jonas Taylor.

—Unos pocos días, quizás una semana como mucho.

Benedict sonrió.

—*Festina lente*, Celeste. Apresúrate lentamente.

Celeste inclinó la cabeza contra el pecho de su mentor, deslizando los dedos por su estómago.

—Le encuentro más que atractivo. ¿Te pone eso celoso?

Benedict la cogió del pelo, tirando bruscamente de ella hacia atrás, forzándola a mirar dentro de sus ojos penetrantes verdes esmeralda.

—¡No olvides nunca cuál es tu sitio!

—*Prastitye...*

Benedict la liberó. —Gánate la confianza de Taylor y obtén toda la información. Pero si sospecha la verdad, mátalos.

# DIFERENCIA DE OPINIÓN

*Instituto Oceanográfico Tanaka*

El chaparrón de última hora de la noche provocó ondas alrededor de las aguas verdes de la laguna Tanaka. Jonas observaba la lluvia desde la oficina de la tercera planta. El estadio estaba vacío, las instalaciones cerradas, pendientes de los resultados de la investigación policial.

Cada pocos minutos, un boom metálico y profundo sonaba en el lago artificial.

«Con este son tres. Si se adhiere a su patrón normal, hará círculos en el tanque principal y esperará otros diez minutos hasta golpearlo otra vez».

En el momento preciso, la estela de dos metros y medio llegaba desde el canal, una mancha blanca que brillaba en la laguna.

El interfono sonó.

—Ms. Singer y Mr. Tanaka están preparados para verlo.

Jonas abandonó su oficina, caminando rápidamente por el pasillo hacia la oficina de Celeste Singer. La secretaria le dedicó una sonrisa antiséptica.

—Entre. Lo están esperando.

Masao le dio la bienvenida cuando entró en la habitación. Jonas no lo había visto desde que había regresado temprano por la mañana. Parecía como si hubiera envejecido diez años.

—Masao, ¿cómo te encuentras?

—Sobreviviré. Ven, siéntate. Tenemos mucho de qué hablar.

Celeste salió de su baño privado llevando una falda negra y una camisa blanca, con su pelo rubio platino recogido en un moño tirante.

—Jonas, querido, me alegra tanto verte otra vez —le dio un beso en la mejilla y después tomó asiento presidiendo la mesa oval de conferencias, donde un hombre fornido que rozaba los cuarenta años ya estaba sentado. Tenía los ojos como el acero, era todo negocio. Una libreta y una grabadora diminuta estaban en la mesa delante de él.

—Jonas, este caballero es Lee Udelsman, socio del bufete de abogados de Krawitz, Udelsman, Kieras y Pasquale. Dado que podemos anticipar que nos vayan a dar un palo con un juicio de los padres de los adolescentes muertos, he pensado que sería mejor estar preparados.

—Profesor, soy bien consciente del juicio de acción popular por el que Tanaka y usted debieron pasar durante los últimos dieciocho meses. Quiero empezar por tranquilizarlos acerca de este incidente. Los tres adolescentes implicados son jóvenes que tienen suficientes hojas de antecedentes como para llenar toda la mesa. Sabemos que no pagaron por entrar al estadio y tenemos una docena de testigos que los vieron romper la cerradura donde el ataque tuvo lugar. Estamos barajando el caso claro de una concurrencia de culpa y asunción de riesgo...

—Lo que viene a ser simplemente nuestra defensa —interrumpió Celeste—. Esos pequeños bastardos no solo entraron ilegalmente, sino que sus acciones le van a costar a nuestra compañía más de un millón de dólares de ingresos por daños y pérdidas. Le he dicho a Lee que quiero ir a por sus padres y contrademandar.

—Por supuesto, esa es su decisión —dijo Lee— estamos buscando una violación del deber de supervisión. Como último recurso, una reclamación de supervisión negligente.

Jonas negó con la cabeza.

—Esos chicos ya han pagado con sus vidas. ¿No es suficiente?

—No —dijo Celeste— perdisteis doscientos millones de dólares antes de que la GTI se encargara de todo solo porque no estábamos preparados. Hay docenas de abogados dando círculos como tiburones, esperando a llevarse un trozo del negocio Tanaka. Yo digo que vayamos a por ellos.

Jonas miró a su suegro.

—Masao, ¿qué dices tú?

—Masao está de acuerdo —respondió Celeste—. Lee, hablemos del discurso. Tengo que dirigirme a los medios de comunicación dentro de una hora para anunciar la reapertura del estadio mañana por la mañana. Quiero que me acompañes. Preparemos unos pocos comentarios cuidadosamente elaborados sobre cómo esos niños entraron en nuestras instalaciones. Menciona lo de sus antecedentes y cómo provocaron a nuestra pequeña Angel, incitándola a atacar.

Lee escribió furiosamente en la libreta.

—Puedo hacer eso, Celeste, pero creo que deberíamos tener cuidado...

—Olvídate de la precaución. No puedes ganar con la defensa, tienes que atacar.

—¿Es realmente necesario todo esto? —preguntó Masao—. Las ventas de los billetes han subido desde el incidente. Lo tenemos todo agotado para el mes de agosto.

—Celeste, hay algo más importante, mucho más urgente que necesitamos discutir —dijo Jonas.

Lee se levantó.

—Permitidme concederos algo de intimidad. Necesito tiempo para redactar algunas notas de todas formas.

Jonas estrechó la mano de Lee, y esperó a que la puerta se cerrara antes de empezar. —Celeste, tenemos un problema más grave y no estoy hablando de ningún juicio. Has leído mi informe y propuesta. El *meg* ha estado intentando escapar. A no ser que hagamos algo rápido, escapará y entonces...

—*Padazhditye*, espera, tranquilo. ¿Has dicho escapar? Jonas, querido, ¿has llevado siquiera a cabo una inspección visual de las bisagras externas?

—No, todavía no. Pensaba hacerlo ayer, pero la policía tiene otras ideas en mente. Tiene que ser lo primero que hagamos mañana por la mañana.

—¿Y qué conlleva tu plan de reforzar las puertas?

—Otra vez, todo está en mi propuesta. El trabajo de construcción se llevará a cabo a lo largo de la parte exterior de la puerta. El pilotaje se dirigirá hacia el lecho marino para evitar que las puertas se abran. Entonces, una pared de hormigón de un metro de ancho será vertida por secciones a lo largo de las puertas externas y de los pilotajes.

—¿Y la propuesta que haces es de tres millones de dólares?

—Tres millones, dos. Angel también tendrá que permanecer sedado durante al menos una semana para que podamos completar el trabajo. Probablemente tendrás que cerrar el estadio.

Celeste miró la propuesta de nuevo.

—Creo que quiero oír más acerca de esto antes de decir simplemente sí. Masao, ¿puedo robarle a su yerno para una cena de negocios?

—Lo siento, no puedo —dijo Jonas— tengo demasiado trabajo.

—Está bien —dijo Masao— yo me ocuparé de las cosas aquí.

—Excelente. —Celeste apretó un botón de su teléfono— Margaret, haz que me traigan el coche.

Jonas le dedicó a Masao una mirada larga e intensa.

El dueño les mostró una mesa con vistas al mar. Celeste pidió las bebidas y entonces se disculpó con Jonas para ir a los aseos de señoritas.

Jonas miró a través del salón victoriano, viendo la sonrisa de unas parejas, y las carcajadas de otras. Deslizó la punta de sus dedos sobre las llamas de las velas, observando su anillo de boda. Pensó en Terry y sintió un dolor en el pecho. Le había pillado por sorpresa el otro día cuando ella le había dicho que no era feliz. ¿Realmente iban las cosas tan mal? ¿Cómo podía haberse perdido todas las señales que ella le mandaba?

«Te has perdido las señales porque eres un egoísta...».

Intentó acordarse de la última vez que Terry y él se habían reído juntos o habían hecho el amor cuando no había parecido una obligación conyugal. ¿Cuándo había sido la última vez que habían estado juntos fuera del trabajo?

Jonas sintió un nudo en la garganta. Su obsesión con el *megalodon* lo había cegado.

Detectó a Celeste por su fragancia de jazmín momentos antes de que ella lo acariciara pasando tras él hasta su silla. Le sonrió, con la luz de las velas bailando en sus ojos.

«Esta es veneno con una envoltura de un millón de dólares».

—Estoy cansada —arrulló ella, quitándose las sandalias— podría recibir un masaje —llevó los dedos de los pies hasta la pierna de Jonas—. Entonces, ¿qué te apetece comer? Apuesto a que tienen una langosta increíble aquí.

—Para.

Ella sonrió a su retirada brusca.

—Celeste, se supone que esto es una cena de negocios.

—Así es. Estoy trabajando la moral del empleado.

Él volvió a empujar su pie otra vez.

—La moral del empleado. Eso me da risa. La última vez que viniste a la ciudad no mostraste nada excepto desprecio por toda la plantilla.

—No por ti —bebió un largo trago de su cóctel— quizás puedas ayudarme a suavizarme.

—Lo dudo. Creo que escapas del control de la gente.

Aquellas palabras parecieron afectarla. Miró el viento que se levantaba, absorta en sus pensamientos.

—Tienes razón, Jonas, puedo ser muy severa. *Oderint dum metuant...*

—¿Qué significa eso?

—Es una de las expresiones favoritas de Benedict. «Déjales odiarte, tanto como temerte». Yo solo conozco una manera de hacer las cosas y esa es la manera en la que mi mentor me ha enseñado. He pasado más de la mitad de mi vida siendo modelada por Benedict para que pueda encargarme de su organización cuando se él retire. Me está dando una serie de, como lo dirías tú, pelotas de acero. Soy su socia y confidente, el hijo que nunca ha tenido, la amante con la que nunca se casará.

—¿Cómo os conocisteis Benedict y tú?

—Mi padre era un ingeniero nuclear ruso. Benedict y él se conocieron en un seminario en Oxford en 1970 y se hicieron amigos. Mi madre era una mujer rusa preciosa. Benedict de hecho fue quien se la presentó a mi padre. Nací en Inglaterra pero mi padre nos mudó a Bielorrusia cuando yo tenía ocho años para ocupar una posición en Chernobil.

Ella lo miró, con las lágrimas humedeciendo sus ojos.

—El 26 de Abril de 1986 fue el último día que vi a mi padre con vida. Mi madre y yo fuimos realojadas después del accidente, pero Benedict fue quien nos salvó realmente. Nos trasladó a un pequeño apartamento en Moscú. Nos visitaría cada vez que fuera a la ciudad por negocios, lo que fue bastante frecuente.

»Un tiempo después, Benedict presentó a mi madre a otro hombre, un poderoso miembro del *Politburó* a quien muchos pensaban que se convertiría en el nuevo Ministro del Interior. Empezaron a verse discretamente. El hombre estaba casado con una mujer y tenía familia. Dos días antes de que cumpliera los once años, fui del colegio a casa y vi que alguien había disparado a mi madre y a su amante del *Politburó* mientras hacían el amor en su cama.

—¿Llegaron a saber quién lo hizo?

—Tengo mis sospechas. Recuerdo que hubo un enorme escándalo policial. Pero mi mayor preocupación entonces fue intentar sobrevivir en las calles de Moscú, solo con doce años, sin familia ni dinero. Benedict me encontró ocho meses más tarde. Estaba trabajando como prostituta. Me mandó a América a un internado. En



vacaciones, volvía a una de sus casas en California, aunque normalmente nunca estaba, volando de un país a otro por negocios.

»Entonces, cuando cumplí los catorce años, todo cambió. Estaba en casa durante las vacaciones de verano, justo sentada fuera de la piscina, cuando lo vi mirándome dentro de la casa de invitados. Por entonces, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero recuerdo que le gustó el hecho de que finalmente captara su atención. Incluso intenté bromear con él, quitándome la parte de arriba del bikini, poniéndome aceite en los pechos.

»Nunca hablamos de lo que pasó, pero me sacó de la escuela para viajar con él alrededor del mundo. Contrató a una mujer para que me instruyera. Su nombre era Anne Barry. Recuerdo que tenía uno de esos acentos gangosos de Tennessee. De todas maneras, Anne viajó con nosotros a todas partes. Al principio, pensé que simplemente podía ser la amante de Benedict. Entonces, una noche, justo después de cumplir quince años, Anne se coló en mi habitación y se arrastró a la cama conmigo.

—¿Qué hiciste tú?

—Bueno, realmente no me iban las mujeres, pero estaba confusa. Anne era la primera persona que me mostraba algo de cariño desde que mis padres habían muerto. Ella me deseaba y era muy tierna, y yo necesitaba el calor de otro ser humano, así que, dejé que me utilizara. De todas maneras, aquellas pequeñas visitas conyugales continuaron hasta que Benedict nos encontró juntas, desnudas en la cama.

—¿Y qué hizo él?

—Benedict es un oportunista y nunca deja que sus emociones perjudiquen su juicio. Estaba furioso con Anne, pero la utilizó para enseñarme una de las lecciones más importantes de la vida, cómo tratar con los enemigos de uno. A la mañana siguiente, nos metimos a bordo de su *jet* privado para volar a Inglaterra. En el camino, uno de sus ayudantes privados, un ex agente de la KGB, llevó a Anne a un compartimento privado y trabajó su bonito...

—¿Delante de ti?

—No. A Sergei le gustaba la intimidad. Probablemente le dio a Anne la primera experiencia heterosexual que no había tenido antes. A medio camino del Atlántico, el moscovita la sacó, con los brazos tras la espalda y moratones por todos lados. Benedict retiró la mordaza de su boca y le dijo que me pidiera disculpas. Nunca olvidaré sus ojos, los de un animal atemorizado y enloquecido. La siguiente cosa de la que me acuerdo es de Sergei abriendo la puerta exterior, con el *jet* a novecientos metros de la tierra.

Benedict cogió a Anne del pelo y me dijo: «Celeste, cariño, recuerda siempre tener cerca a tus enemigos, para que puedas disponer de ellos correctamente cuando se te presente el momento justo». Después se hizo hacia atrás y le dio una patada a Anne, arrojándola de su *jet*.

—Dios mío... ¿la asesinó? ¿Simplemente así? «¿Está jugando conmigo otra vez? No podría decirlo».

—Sí, Jonas, simplemente así. Frío, calculador y eficiente, ese es mi tutor. La verdad es que me sentí halagada. Era la tercera vez que Benedict había venido en mi ayuda. Tal como yo lo veía, Anne había cruzado la línea y merecía morir. Incluso recuerdo cómo corrí a la ventana, esperando captar la imagen de su cuerpo golpeando contra el agua. Después, le di un abrazo a Benedict. ¿Qué? ¿Vas a decirme lo que piensas?

Jonas dio un suspiro.

—No sé qué pensar. Supongo que has tenido una infancia bastante retorcida.

—Quizás, pero ¿no es eso mejor que una madurez retorcida? *Nivazhna* —agotó su bebida— resulta que la verdadera razón por la que Benedict estaba tan enfadado con Anne era porque él me quería solo para él. Vino a mí dos noches después de aquello. Desde aquel momento, nuestra relación cambió. Me convertí en su confidente principal. Y él se dio cuenta de que no solo había heredado la belleza de mi madre, sino también la inteligencia de mi padre. Benedict se convirtió en mi tutor personal en la escuela del mundo real. De día, me enseñaba cómo ser despiadada en un mundo empresarial dominado por los hombres. Por la noche, me enseñaba el arte del amor. Soy un producto de Benedict Singer, su creación.

—¿Te permite él ver a otros hombres?

—Me he acostado con otros hombres, si es a eso a lo que te refieres, pero solo por negocios. Benedict no está tan loco como para compartir sus juguetes si no recibe algo a cambio —lo miró con una triste sonrisa—. Nunca he estado enamorada, en el caso de que te lo preguntes. Nunca me ha dado la oportunidad de hacerlo.

—¿Por qué cambiaste tu apellido por el de Singer?

—Fue idea de Benedict. Sabía que sus hombres me respetarían más como Celeste Singer que como Celeste Alekseyev —le hizo señas al camarero para que le trajera otra bebida—. Ahora hágamelo tú. He oído que una vez fuiste el número uno de los pilotos de los sumergibles de grandes profundidades en el mundo hasta el accidente de la Marina que ocurrió en la fosa de las Marianas.

Jonas le dedicó una mirada helada.

—Querido, danos algo de reconocimiento. Hicimos una inspección minuciosa de cada director envuelto en el Instituto Tanaka antes de acceder a comprarlo. Te sorprenderías de lo que sabemos.

—Eso fue una vida diferente. Mis días como piloto se acabaron hace mucho tiempo.

—Te acabo de contar mis secretos más profundos y oscuros. Ahora quiero saber los tuyos. ¿Qué le ha pasado a ese piloto de sumergibles joven y arrogante que recuerdo vi en el *PBS* cuando tenía diecisiete años?

—Dios, ahora me siento realmente mayor.

—Venga.

Se inclinó hacia delante.

—Hace unos once años, estaba pilotando un sumergible con capacidad para tres

tripulantes en una misión para la Marina. Fue una inmersión supersecreta, casi a doce kilómetros hacia abajo en la fosa de las Marianas. Estaba cansado, era mi tercera inmersión en una semana y sabía que no debería haber bajado ahí, pero ellos no tenían a nadie más. Es un largo descenso de cinco horas en la más absoluta oscuridad, así que tu mente tiende a divagar. Recuerdo mirar en el campo, a varios miles de pies del lecho marino, cuando una incandescencia blanca apareció y después desapareció antes mis ojos. Los otros dos científicos a bordo no dijeron nada. Yo continué observando cuando, de repente, aquella cabeza blanca monstruosa apareció de no sé qué sitio, saliendo de los abismos...

—¿El *megalodon*?

—Por entonces, nunca había oído hablar del *megalodon*. Todo lo que sabía era que estábamos a punto de morir, así que me deshice de todas nuestras capas de peso y conduje el sumergible a la superficie. De camino hacia arriba, algo fue mal dentro de la cabina y perdimos presurización. Un hombre se golpeó la cabeza, rompiéndose un vaso sanguíneo del cerebro. Se desangró hasta morir antes de que pudiéramos alcanzar la superficie. El otro hombre murió en la enfermería. Yo pasé tres semanas recuperándome, y entonces fui enviado a una sala psiquiátrica para evaluación. Fue ahí donde conocí a Mac.

—Entonces, ¿tu carrera dio un giro?

—Sí, durante los siete años siguientes, me consumí intentando demostrarme a mí mismo y a cada persona que me rodeaba que la criatura existía realmente, que no era ninguna anomalía de las profundidades, como había dicho la Marina. Así que, dejé de pilotar sumergibles, la única cosa que realmente amaba, para convertirme en paleobiólogo.

—Pero volviste a remontar. Le probaste a todo el mundo que estaba equivocado.

—Fui un temerario. Permití que mi ego y mis emociones perjudicaran mi juicio. *Meg* o no, entrar en el abismo en un sumergible para una solo tripulante fue simplemente una estupidez. Masao Tanaka me convenció para que fuera. Necesitaba que escoltara a su hijo hacia la fosa para recuperar un robot UNIS que se había estropeado. Le dejé llevarme, joder, la verdad era que quería ir.

—Y volviste a tropezarte con la criatura.

—Con dos de ellos. El primero nos atacó, y mató al hijo de Tanaka. Se enredó con el cable del sumergible y el barco de superficie sin saberlo empezó a tirar hacia arriba. Y entonces, una segunda criatura apareció, una hembra enorme, que empezó a devorar a su compañero indefenso, ascendiendo de las aguas gélidas hasta el calor de la sangre del macho muerto.

—¿La madre de Angel?

Jonas asintió.

—Intentar capturar al *megalodon* en lugar de matarlo fue el mayor error que he cometido nunca.

—Tonterías. Si no fuera por ti, no tendríamos a la estrella de nuestra atracción.

Eres responsable del espectáculo más grande del mundo.

—¿Y qué pasa si soy el responsable de que un montón de gente inocente muera, como esos tres chicos? —Jonas sintió cómo su paciencia se desgastaba—. Celeste, necesito saber, ¿vas a reforzar la puerta o no?

—Mañana determinarás si las puertas están dañadas. Esta noche, será mejor que no entremos en detalles —se quitó la sandalia y le acarició la pierna con los dedos de los pies.

Jonas se levantó.

—Ya que me has comprobado a fondo, creo que prefiero una buena noche de descanso. *Da-svidan'ya*.

Celeste maldijo para sus adentros mientras Jonas se dirigía a la puerta.

# TOKAMAK

*Este del océano Pacífico*

Terry echó a un lado las sábanas, vencida por la frustración. A pesar de haberse ido a la cama hacía más de tres horas no conseguía conciliar el sueño, la preocupación por su padre se negaba a permitirle a su mente descansar.

Miró su reloj digital. Las dos y treinta y ocho.

*A la mierda...*

Saltó de su cama y levantó el picaporte de la portilla, respirando la fresca brisa de la noche.

«Ve a dar un paseo. Aclara la mente y refréscate».

Se deslizó dentro de su chándal y, llevando sus zapatillas de deporte en la mano, abrió la puerta de su camarote. Descalza, entró en el desértico pasillo, y cinco minutos después emergió en la cubierta de estribor del *Goliath*.

Se puso los zapatos y empezó a caminar por el fresco lugar. Un tapiz de estrellas resplandecía contra el cielo negro como el terciopelo, aliviándole el alma. Cuando inesperadamente la brisa del océano azotó la cubierta, le mandó escalofríos por la columna vertebral, que rompieron el trance del momento. Subiéndose el cuello de su chándal hasta taparse las orejas observó la superestructura en forma de pirámide del *Goliath*, que se levantaba sobre su cabeza, y escuchó el frío viento mientras aullaba a través del laberinto de acero.

Pasó una torreta de hierro, lo que quedaba de lo que había sido una vez una fragata de misiles con metralletas Gatling de 30 mm. Continuando hacia delante, cruzó el espacio abierto de la cubierta que llevaba a la impresionante proa del *Goliath* la única estructura visible era una serie de escotillas de hierro que una vez habían cubierto una docena de silos de misiles.

Terry se apoyó contra la barrera de protección de proa, mirando el mar gris plomo. Hacía cuatro años, su hermano D.J. había descendido a la fosa con Jonas, solo para ser devorado por una especie de tiburón con el que su familia ahora sacaba provecho. Su hermano y ella habían estado muy unidos. ¿Cómo podían haber cambiado las cosas con tanta rapidez?

El viento se llevó las lágrimas de su cara. Pensó en su padre, en cómo los últimos años lo habían envejecido. La laguna Tanaka había sido el sueño de su vida, un acuario lo suficientemente grande como para que una manada de ballenas pudiera nadar de un lado a otro sin ninguna restricción. La instalación no solo no había hospedado nunca a un cetáceo, sino que las dificultades económicas que habían significado la captura del *megalodon* habían obligado a su padre a ceder el control de su organización a Benedict Singer. Había sido el golpe final que había destrozado su ánimo.

Pensó en Jonas, y se dio cuenta de que probablemente había sido un poco dura

con él. Su marido había sufrido más que nadie, y aun así, por alguna razón, su amor por él se había enfriado en el último año. En su interior, ella sabía que todavía lo culpaba por la pérdida de su hijo nacido muerto, así como del deterioro de la salud de su padre.

Se preguntaba si su relación podría llegar a salvarse.

Los dientes de Terry empezaron a castañear por el frío. Volviendo la cabeza hacia atrás, pudo escuchar el sonido de los hidráulicos viniendo de una de las escotillas de acero. Escondida tras una pila de botes salvavidas, observó cómo tres hombres con abrigos blancos emergían de lo que parecía ser un hueco de escalera construido dentro de uno de los silos de los misiles.

Los hombres se estiraron, inhalando la brisa nocturna como si hubieran estado ahí abajo durante mucho tiempo. Terry escuchó un dialecto que le sonaba a ruso. Uno de ellos sacó una botella de vodka de su chaqueta de laboratorio, dio un trago enorme y después se la ofreció a sus compadres. Ambos la rechazaron, dirigiéndose a popa sin él.

El hombre del vodka manchó las pilas de botes salvavidas. Apenas capaz de tenerse en pie, sacó un pequeño aparato del bolsillo de su pecho y apuntó hacia el hueco abierto de la escalera, maldiciendo en voz alta hasta que la escotilla se cerró. Entonces, agotó los restos de la botella y se tambaleó hacia la mancha, donde Terry se escondía.

Ella se movió hacia el lado opuesto de la pila, quedándose fuera del alcance de su vista. El ruso se desplomó sobre la cubierta, inclinándose contra una de las pilas de botes.

Pasaron varios minutos. El hombre empezó a roncar. Terry salió de su escondite y se inclinó sobre él silenciando su respiración. Observó la cicatriz espantosa que atravesaba horizontalmente la base de su garganta. Entonces vio el aparato de control remoto que sujetaba en su mano.

Suavemente, fisgoneó abriéndole los dedos. El hombre se movió. Ella se quedó helada cuando este entreabrió los ojos y le dedicó una sonrisa ebria.

—*U minya tasnit* —se desmayó.

Terry le quitó el aparato de la mano y echó un vistazo a su alrededor. La cubierta de proa estaba desierta. Moviéndose hacia la escotilla sellada, presionó el botón verde del control remoto. La escotilla se levantó revelando un hueco de escalera de acero que desaparecía bajo la cubierta. Una inyección de adrenalina inundó su cuerpo. Se acordó de las palabras que había tenido con su padre unos días antes.

«Papá, ¿hasta qué punto confías en Singer?».

Tras bajar varios escalones, dio una vuelta y presionó el botón rojo, con lo que selló la escotilla tras ella.

El zumbido de un generador poderoso llenó sus oídos: el ruido venía de alguna parte de abajo. Bajó dos tramos de escalones, y llegó a una puerta cerrada. Terry aflojó los picaportes a cada lado de la puerta hermética y la abrió, descubriendo un

pasillo brillante y de color blanco antiséptico.

Aseguró la puerta tras ella y se movió rápidamente por el pasadizo. Al final de la entrada había una puerta de seguridad de hierro impresionante. Se sintió decepcionada, pues se dio cuenta de que necesitaba una tarjeta de identificación personal para entrar.

Maldiciendo para sus adentros, se dio la vuelta para dirigirse de nuevo al pasillo cuando un alto zumbido la sobresaltó. La puerta hidráulica empezó a abrirse hacia fuera.

«Oh, mierda, en qué lío te has metido...».

Totalmente expuesta, sin tiempo para escapar, Terry se puso fuera del alcance de la vista tras la puerta de acero, mientras esta se abría haciendo un siseo metálico. Se aplastó a sí misma contra la pared adyacente, la parte de atrás de la puerta presionaba con fuerza sobre su cara y su pecho. Oyó las voces de unos hombres hablando en un dialecto árabe, mientras disminuía a medida que avanzaban por el pasillo.

Terry sintió cómo la puerta de seguridad le aplastaba la caja torácica cuando, de repente, la presión cesó, y la puerta se separó de su cara. Sin dudar, se coló dentro, mientras la puerta se cerraba tras ella.

Entró en una gran sala. A su izquierda, había varias sillas y sofás que estaban delante de una gran pantalla de televisión y un aparato de vídeo. A su derecha, vio una cocina pequeña con fregadero, microondas y frigorífico. Directamente enfrente de ella había una puerta cerrada.

La abrió suavemente. Una ráfaga de humedad le golpeó directamente en la cara.

Para su sorpresa, se encontró delante de un gran vestuario con taquillas. Los lavabos y aseos a su izquierda, las taquillas a la derecha y un pasillo que llevaba a las duchas justo hacia delante.

Oyó voces de hombres en las duchas.

Terry salió de los vestuarios solo para oír el zumbido familiar de la puerta de seguridad de acero reabriéndose. Al volver a los vestuarios, se escondió en uno de los aseos y cerró la puerta. Con el corazón acelerado, se sentó en la tapa y, llevándose los pies al pecho, rezó porque nadie se diera cuenta de que estaba allí.

Pasaron varios minutos. Terry escuchó el sonido de los pies desnudos contra la losa. Mirando con los ojos entornados a través de la grieta entre la puerta y el marco, vio a un hombre desnudo de pie justo delante de su aseo, de cara a los lavabos. Tenía un cutis oscuro, con gruesas matas de pelo negro que le cubrían la espalda, abrió el grifo y empezó a afeitarse. Otro hombre le hablaba en árabe desde la zona de los vestuarios.

El árabe terminó de afeitarse y se movió, alejándose de su vista. Los hombres siguieron hablando, riéndose de vez en cuando. Momentos más tarde, Terry los escuchó salir por la puerta de la sala.

Esperó otros pocos minutos. Entonces, empapada en sudor, abrió la puerta del aseo y salió de puntillas del cuarto de baño. Los vestuarios estaban vacíos, pero pudo

oír el ruido de la televisión encendida en la habitación.

«Mierda...».

Atrapada, caminó pasando las duchas y entró en un pequeño hueco que terminaba en una puerta hermética montada bajo un marco con aislamiento de caucho.

Sobre la puerta había un cartel en blanco con letras rojas, el mensaje estaba escrito en inglés, ruso, alemán y árabe.

AVISO: TODO EL PERSONAL DEBE DUCHARSE ANTES DE ENTRAR EN EL LABORATORIO

Terry empujó con fuerza la puerta, que se abrió hacia fuera, con un poderoso siseo de aire empujándola hacia atrás. «¿Qué tipo de laboratorio está diseñado para prevenir que el aire escape? ¿Está Benedict manejando virus?».

Entró en una primera habitación que parecía ser una zona de vestuarios. La baldosa blanca alineaba el suelo, paredes y techo. Pilas de toallas limpias se acomodaban en las estanterías sobre dos grandes cestas de colada y una serie de bancos.

Suspendidos de los ganchos, había docenas de trajes presurizados.

Al final de la habitación había otra puerta presurizada con una señal de aviso puesta encima.

NADIE PUEDE ENTRAR EN EL LABORATORIO TOKAMAK SIN LLEVAR UN TRAJE PRESURIZADO

El sudor le caía por la cara, le temblaban los nervios de la tensión. Se maldijo a sí misma, deseando haberse quedado en la habitación. También se dio cuenta de que debería haber orinado en uno de los aseos.

«Has llegado demasiado lejos. Detente».

Buscando entre las perchas, localizó uno de los trajes de presurización más pequeños y lo puso en el suelo. Se quitó los zapatos, se metió en el traje, deslizando los pies en las botas de goma del mismo. Se puso el resto del traje abultado sobre los hombros, guardó los zapatos en los bolsillos de su chándal y, después, deslizó los brazos por las mangas, esforzándose por meter los dedos en los guantes de goma adjuntos.

Terry estiró la mano hacia el cuello y puso en su lugar el casco con capucha, después se subió la cremallera que había en la parte delantera del traje. Un gas le llenó los oídos. La placa frontal se levantó, cegándola. Ella se desabrochó el traje, jadeando, y, entonces, se dio cuenta de que una manguera naranja estaba pegada a una máquina en la pared. Volvió a asegurar la cremallera, cogió la parte final de la manguera y la conectó a una válvula de su traje.

Una corriente de aire le llenó los oídos mientras el traje se inflaba, aclarando la visera. Se separó de la manguera y abrió entonces la puerta presurizada, colándose dentro.

Terry miró estúpidamente lo nuevo que le rodeaba. Estaba en una pasarela



estrecha que soportaba cinco pisos sobre un enorme interior que abarcaba el compartimento entero del *Goliath*. Lo que una vez había sido un silo de lanzamiento vertical había sido destripado, y en su lugar había una sala de alta tecnología de unos novecientos treinta metros cuadrados, cuyo punto central era un objeto enorme, en forma de un gigante y metálico anillo.

Terry se agarró a la barandilla que tenía delante, sin estar muy segura de lo que iba a hacer después.

Dos técnicos salían del extraño objeto. Ambos llevaban trajes de presurización y tanques de aire. Uno de ellos miró en su dirección. Terry los saludó mientras se movía.

Procedió a bajar por el tramo de escalones en forma de caracol, preguntándose cómo había llegado a meterse en aquel lío.

Se acercó a una sala vacía en forma de *donut* un tubo gigante y circular de acero se levantaba a seis metros del suelo. Bobinas de cobre gruesas rodeaban su casco exterior. Numerosos cables salían de la máquina, conectados a terminales de ordenadores y equipos de alta tecnología situado alrededor del perímetro. En el desvío más alejado del laboratorio había generadores enormes, que con sus profundos tamborileos hacían que el suelo de acero vibrara bajos sus pies.

Terry echó un vistazo a su alrededor. Los dos técnicos no estaban en ningún lugar que ella alcanzara a ver. Localizó la terminal de un ordenador cuya pantalla estaba encendida y, entonces, se sentó, conectando el ratón. Un programa de menú apareció en la pantalla.

GTI Tokamak  
Partículas Alfa Fuerza electromagnética  
Modo H Cámara de ionización  
Pozo magnético Inyección de haces neutros  
Absorción de Energía de neutrones Programa de Partícula en célula (PIC)  
Corriente de sistema de seguridad pasiva  
Plasma campo poloidal  
Transformador Primario Combustible de reactor:  
Deuterio, Tritio  
Imanes superconductores  
Sala objetivo Buscador de campo toroidal  
Turbulencia Recipiente isotérmico

Terry miró hacia arriba del monitor. Los técnicos habían vuelto y estaban mirándola a través de la sala. Uno le indicó algo con la mano al otro. Ambos se acercaron.

Terry se levantó, y se dio cuenta de que estaba perdiendo el aire dentro de su traje presurizado. Caminando con aire despreocupado hacia la escalera de caracol, mantuvo agachada la cabeza para esconder su cara. Los hombres la siguieron. Cuando se acercaba hacia las escaleras, empezó a correr, trepando los escalones de dos en dos.

Las voces de los hombres gritaban en el casco, primero en ruso, luego en inglés.

—¡Quienquiera que seas, detente ahora! ¡Identifícate!

Terry alcanzó la pasarela, sin respiración. Se abalanzó sobre la puerta presurizada y al abrirla, tropezó torpemente con las duchas, sus botas de goma la hicieron patinar. Se cayó con fuerza sobre la espalda y se deslizó por el suelo húmedo.

Voces rusas le llenaron los oídos.

—Levántate chica... ¡mueve el culo!

Se puso en pie y corrió hacia la sala. Cuatro hombres, todos vestidos con trajes ortopédicos estaban mirando la televisión.

Terry se tapó la cara con sus manos enguantadas y se precipitó por la sala hasta la puerta de seguridad, buscando desesperadamente los medios para abrirla. Localizó un botón verde y lo empujó en el momento en el que los técnicos rusos venían cerrando la puerta del vestuario.

Terry se escurrió por la puerta y corrió por el pasillo de enlace. Abrió la puerta hermética y se coló dentro, aunque se golpeó dolorosamente la frente contra el revestimiento de acero. Cuando cerró la puerta tras ella, aseguró los picaportes a la vez que voces rusas gritaban con fuerza en sus oídos.

Mientras se arrastraba por los dos tramos de escaleras, Terry empezó a quitarse el traje presurizado del cuerpo. Le dolían los pulmones por el esfuerzo físico, su corazón le palpitaba en las orejas. Al final de las escaleras, jadeando, cogió el control remoto de su chándal, mientras lo sintió deslizarse dentro de la bota derecha.

Terry podía oír a los técnicos rusos resoplando en los altavoces del casco. Tras liberar sus piernas del traje presurizado, alcanzó el control remoto que se había colado en su bota y después pulsó el botón verde. La escotilla se abrió sobre su cabeza.

Los rusos empujaron la puerta hermética y subieron las escaleras mientras Terry emergía en la cubierta. Se dio la vuelta y selló la puerta tras ella, todavía arrastraba el traje presurizado.

«¡El borracho!».

Corrió hacia la pila de botes salvavidas, aliviada al encontrar al hombre desvanecido en la cubierta. Le quitó los zapatos, metió sus pies en las botas, y le subió el traje por la espalda.

Oyó cómo se abría la escotilla.

Terry coló los brazos del hombre bruscamente en las mangas del traje mientras media docena de hombres emergía de la escotilla abierta.

Se escondió tras la pila de botes y miró a su alrededor desesperadamente. La cubierta de proa estaba en espacio abierto. Sin ningún sitio donde esconderse, se fue hacia la barandilla y trepó por ella, agarrándose con fuerza a la más baja de las barras, mientras se balanceaba precariamente por el casco exterior del *Goliath*, a doce metros sobre el oscuro Pacífico.

Los hombres gritaron. Habían encontrado al borracho.

Terry presionó sus pies desnudos contra la chapa de acero. Mano sobre mano, se

deslizó a popa por el casco, su objetivo era llegar a la inmensa torre de acero, todo lo que quedaba de uno de las grandes armas de la fragata de misiles.

Tenía entumecidos las manos y los pies, sus dedos eran demasiado pequeños para agarrarse por completo alrededor de la barandilla. Después de seis metros tuvo que detenerse. Levantándose hacia arriba entre la barandilla, escuchó a los hombres correr por la cubierta.

Terry se arrastró por la parte de atrás de la torreta, quedando fuera del alcance de la vista. Ahora solo doce metros de cubierta abierta la separaban de la superestructura del barco.

Gateando sobre manos y rodillas, alcanzó el laberinto de acero y trepó hacia la siguiente cubierta. Escuchando la actividad abajo, entró en la nave, y después descendió otro nivel.

Cinco minutos después, llegó a la entrada de la cubierta C. Oyó voces, miró con los ojos entrecerrados a lo largo del pasillo. Benedict Singer, cubierto por su bata, hablaba con dos de los técnicos del laboratorio. Estaban de pie, delante de su camarote, mirando hacia su puerta.

Terry se dirigió a toda velocidad hacia el exterior y se arrastró por una estrecha cubierta situada debajo de su cabina. Al mirar hacia arriba, verificó que la portilla de su camarote todavía estaba abierta.

«Vale, puedes hacer esto...».

Saltó, haciendo una mueca de dolor mientras sus dedos entumecidos y en carne viva lograban agarrarse al borde exterior de la portilla abierta. Empujando los pies contra la barandilla para ganar altura, metió la cabeza por el agujero, con el resto de su cuerpo todavía colgando fuera.

Sus hombros eran demasiado amplios para hacerlos pasar.

Escuchó cómo llamaban a su puerta.

Terry sacó de nuevo la cabeza, deslizó uno de los brazos por la portilla y después empujó su cabeza de nuevo por la abertura. Contoneando y retorciendo los hombros, se las arregló para colarse dentro, pero cayó de cabeza sobre el suelo de la cabina.

La llamada vino otra vez, esta vez más fuerte, más urgente.

—Un momento...

Cerró la portilla y después se quitó el chándal. Desnuda, se puso una sábana de la cama alrededor del cuerpo, ocultando sus dedos ensangrentados y sus pies sucios.

Abrió la puerta, aparentando embobamiento.

—¿Es hora de irse ya?

Benedict y los dos técnicos la miraron.

—No, querida, todavía no —dijo Benedict— tuvimos un alboroto antes y solo quería asegurarme de que estabas bien.

—¿Qué tipo de alboroto?

Sus ojos esmeralda, penetrantes, le dedicaron a Terry una mirada helada y después se dirigieron a la pared trasera.

—No es importante. Vuelve a la cama.

Terry dibujó una sonrisa cansada y cerró la puerta. Se detuvo para escuchar, y oyó cómo Benedict daba órdenes en ruso a sus hombres antes de cerrar su propia puerta.

Satisfecha, trepó hacia su cama, fría, dolorida y sintiéndose enormemente cansada.

«¿Qué estaba ocultando Benedict?».

Demasiado cansada como para preocuparse, se tumbó sonriendo a su propio atrevimiento. Justo antes de dejarse llevar por el sueño, alcanzó un bolígrafo y un trozo de papel de la mesita de noche. Garabateó la palabra Tokamak y después echó a un lado las sábanas, a la vez que estrujaba el papel dentro de uno de sus zapatos.

Un minuto después, cayó en un sueño agitado, inconsciente del resto de huellas negras que había dejado por toda la pared de la portilla.

# TRASTORNADO

*Instituto Oceanográfico Tanaka  
Monterrey, California*

—¿Te he dicho alguna vez que has perdido la cabeza?

—Sí, Mac. Varias veces. Para las máquinas. No quiero asustar al *meg*.

—¿Asustar al *meg*? ¡Que le follen al *meg*! Tío, estás asustándome a mí.

Mac desactivó el fueraborda *Mercurio* permitiendo que el pontón de nueve metros se moviera hacia el borde exterior del muro del canal. Él lo alcanzó y agarró la repisa expuesta de la barrera de hormigón sumergida, asegurando la embarcación de poco calado contra él.

El diseño del canal de acceso al océano consistía en un conducto de dos metros y medio de profundidad rodeado por dos diques de hormigón paralelos el uno al otro, a sesenta pies de distancia. Recorriendo el muro oeste de la laguna, el canal se extendía como un carril de desaceleración de autovía a través de una expansión corta de playa, y continuaba hacia el Pacífico otros dos kilómetros y medio más. Las puertas de acero de veinticinco metros de altura que sellaban el canal se inclinaban a tres cuartos del marco, a setecientos cincuenta pies de la orilla.

Cuando la marea estaba baja, se veían de sesenta a noventa centímetros de la parte de arriba del dique, por lo que parecía una acera estrecha que conducía al mar.

Pero con la marea alta, el dique quedaba sumergido, su presencia identificable solo por una docena de boyas naranjas y señales de aviso que mantenían fuera a los intrusos.

Jonas señaló una doble hélice de alambre de espino que se disponía entre los dos diques.

—El alambre de espino marca la localización de la puerta.

—Dios, aquí viene —dijo Mac. Una ola de dos metros y medio surgió a lo largo del canal, y se dirigió hacia el alambre de espino. Con un estruendo, la criatura golpeó las puertas, de tal manera que el impacto desencadenó vibraciones poderosas por ambos diques.

Mac se frotó las manos nerviosamente sobre su pelo rapado.

—Maldita sea, Jonas... ¿estamos a salvo sentados aquí?

—Eso es lo que intento averiguar.

—Me lo confirmarás antes de que el pez se escape, ¿de acuerdo? Solo por curiosidad, ¿hacia qué lado están diseñadas las puertas para abrirse?

—Afortunadamente, hacia dentro. Masao las diseñó originalmente para atraer a las ballenas jorobadas y grises en migración dentro de la laguna para criar. Las puertas son porosas, por lo que el agua del océano se mueve libremente dentro y fuera del tanque.

El sonido distante del tamborileo de timbales atravesó el canal.

—El espectáculo de esta noche está preparado para empezar —dijo Jonas— será mejor que me dé prisa.

Mac observó cómo su amigo se apretujaba dentro de su traje de neopreno.

—Jonas, sé que la vida ha sido una mierda últimamente en tu cabeza, pero lo que estás a punto de hacer... bueno, es simplemente peligroso.

—Si conoces otra manera de evaluar los daños de la puerta, soy todo oídos.

El graznido del *walkie-talkie* los interrumpió.

—Adelante, Manny.

—Doctor, acabamos de subir la acústica submarina. Te avisaré en el momento en el que ella entre en el canal.

—Gracias.

La percusión se volvió más fuerte. Jonas se dio cuenta de que su corazón estaba latiendo en sincronización con la cadencia del vudú.

—Jonas, ¿cuánto tiempo llevamos siendo amigos, hace once años? Sabes que eres mi amigo más íntimo.

—Aquí, pensaba que era tu único amigo —Jonas sonrió— ¿qué tienes en la cabeza?

—De hecho, es lo que hay en tu cabeza lo que me preocupa. Terry tiene razón. Te has obsesionado con ese maldito monstruo. ¿No has tenido suficiente ya?

Jonas miró a través de la cabeza del puente, concentrándose en el estadio al aire libre.

—Más que suficiente.

—Entonces, sal de aquí. Apuesto a que esas pesadillas tuyas se irán una semana después de que dejes el Instituto.

—Voy a hacerlo, muy pronto. Pero primero, hay todavía un cabo suelto de treinta y una toneladas del que necesito encargarme. ¿Tienes el transmisor?

—Justo aquí —Mac sacó un objeto de quince centímetros en forma de dardo de una caja de aparejos. El estuche del objeto no era más ancho que una bala. Un arpón afilado de diez centímetros sobresalía de un extremo.

—Parece algo pequeño. ¿Cuál es su alcance?

—Es variado, depende de la profundidad del océano y de la topografía. Supongo que de trescientas a quinientas millas. Emite un sonido por debajo de lo audible que puede ser identificado instantáneamente por el SOSUS, lo que nos permite rastrear a nuestro monstruo hasta cualquier lugar del mundo.

Jonas inspeccionó el instrumento, impresionado. SOSUS era el sistema de vigilancia de sonido marino de la Marina, con un coste de quince mil millones de dólares que, durante décadas, había sido utilizado exclusivamente para rastrear los barcos enemigos y submarinos. Constaba de más de cuarenta y ocho kilómetros de cable submarino y micrófonos, el vector de datos global era ahora utilizado por científicos para escuchar el canto de las ballenas, monitorizar los maremotos o detectar fracturas de icebergs a miles de kilómetros de distancia.

Jonas le pasó a Mac el dardo negro.

—¿Cuánto tiempo dura la batería?

—El transmisor contiene una batería primaria de litio con un impulsor de níquel y cadmio. Debería durar de aquí a seis meses.

—¿Dónde está el arma?

Mac sacó del bolsillo de la chaqueta una pequeña pistola que parecía el revólver de un principiante. Enroscó un adaptador de plástico al final del cañón, después cargó el transmisor dentro del adaptador y se lo dio a Jonas.

—Para ser una pistola, esta arma provoca un impacto hacia atrás cuando se dispara. Asegúrate de apuntar y disparar utilizando ambas manos. Por desgracia, el arma solo tiene un alcance efectivo de unos noventa metros. Más allá de eso, dudo que el transmisor sea capaz de atravesar la gruesa piel del *megalodon*. Si me das otras dos semanas, puedo encontrar algo que pueda encajarse con un rifle.

—No tenemos mucho tiempo. Tengo que marcarla hoy.

—Doctor, adelante.

Jonas cogió el *walkie-talkie*.

—Continúa Manny.

—Angel acaba de entrar en la laguna. Si va a hacer esto, será mejor que se mueva ahora.

Jonas cogió sus aletas.

—Mantén el barco aquí. No quiero que el *meg* lo vea cuando vuelva. Después de inspeccionar las bisagras, nos pararemos fuera del canal y la etiquetaremos.

—Sí, lo que sea. Eh, Jonas, ¿sabes cuál es la definición de «tarado»?

Jonas se puso la máscara de oxígeno, mirando el agua azul.

—No, ¿cuál es?

—Un «tarado» es alguien que ve una pila de mierda en el suelo, sabe que es mierda, pero la pisa de todas maneras. Ve a jugar con tu maldito tiburón, tarado.

Jonas miró hacia atrás a su amigo, y después saltó del barco. Cayó con los pies por delante, con una cortina de burbujas que le cegaron momentáneamente mientras se sumergía en las aguas turbias y verdes.

Nivelándose a diez metros, se quedó cerca del interior del dique a su derecha, con el hormigón delante camuflado bajo un lecho grueso de vegetación. Una corriente fuerte lo empujó hacia el canal. En unos momentos, estaba en la puerta.

Surgiendo por el mar azul neblinoso, un par de puertas de acero selladas empequeñecieron su presencia. Oscura y siniestra, la barrera sumergida corría tan lejos como sus ojos alcanzaban a ver, y desaparecían a veinticinco metros entre las tinieblas de abajo.

Un grueso velo de óxido y caracolillos se extendían por la pared vertical de metal. Jonas se inclinó e hincó tres dedos dentro de los poros. Unos buenos trece centímetros de acero. Incapaz de resistirse, miró con los ojos entrecerrados a través de la abertura de diez centímetros, al otro lado del canal.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. «Deja de perder el tiempo, tarado...»

Jonas se acercó al dique hacia su derecha y encendió su poderosa linterna sumergible. Apuntó con el faro las bisagras que conectaban el marco de la puerta con la pared del canal de hormigón.

El daño empezaba tres metros abajo, haciéndose más pronunciado mientras él descendía. Las bisagras de acero de un metro ya habían empezado a ceder hacia fuera bajo la fuerza de los golpes frontales de la criatura. Aunque permanecían en su sitio, Jonas sabía que solo era cuestión de tiempo hasta que las juntas se soltaran. Una vez que se fueran las primeras, el resto las seguirían rápidamente.

Empezó a inspeccionar las otras puertas cuando un destello de movimiento captó su atención.

A cuatro metros y medio por debajo, un dorso ancho y de color gris se deslizaba silenciosamente por la puerta. Alcanzando el dique de hormigón, se invirtió bruscamente, desapareciendo en las profundidades.

Jonas giró la cabeza. Desde la neblina, un segundo tiburón irrumpió directamente hacia él. Una ola de adrenalina lo inundó. Era otro tiburón blanco, muy grande. De cinco metros y de una tonelada.

Luchando por mantener la calma, Jonas se impulsó hacia atrás hasta que su tanque de aire hizo un ruido seco y metálico contra la puerta de acero. El que alcanzaba los cinco metros continuaba moviéndose hacia él lentamente. Las horizontales aletas pectorales se agitaban como las alas de un avión de caza. El gran tiburón blanco se paró a seis metros de él, rastreando su olor.

Jonas dirigió el rayo de luz hacia delante, iluminando los agujeros negros que acribillaban la parte de abajo del hocico del tiburón.

*La ampolla de Lorenzini.* El depredador se acercaba hacia el leve campo eléctrico que los latidos de su corazón creaban.

Jonas agitó los brazos salvajemente, gritándole a su regulador. El tiburón se acercó a un metro y medio, después cambió de rumbo, el gran macho le mostraba a Jonas sus aletas gemelas.

Él miró hacia abajo.

Tres tiburones más hacían círculos bajo él. Todos grandes tiburones blancos.

Jonas se quedó helado contra la puerta de acero. Dos depredadores más se cruzaban en su campo de visión delante, ambos machos.

«Muchos de ellos... todos machos. ¿Por qué están aquí?».

Los tiburones empezaron a hacer círculos con más rapidez, volviéndose claramente agitados. Uno de los animales más grandes atacó a uno de sus competidores.

Por un momento inquietante, los dos tiburones blancos se desgarraban sus gruesas pieles, mil ochocientos kilos de músculos enrollándose y retorciéndose en uno solo antes de separarse. Jonas nunca había presenciado un comportamiento igual en los



*Carcharodon carcharius*. Se sintió increíblemente vulnerable, una oveja solitaria entre lobos hambrientos. Observó la profundidad, unos dieciocho metros.

Jonas aplastó la espalda contra la puerta de acero, minimizándose como objetivo. No funcionó. Los tiburones empezaron su ataque.

Mac no podía ver el espectáculo de la laguna pero sabía lo que estaba pasando por la reacción de la multitud. Pasaron los minutos. ¿Por qué demonios estaba Jonas tardando tanto?

Una aleta dorsal de un metro pasó al lado del barco, su cola se deslizaba por la superficie. Mac observó cómo se movía hacia el canal antes de darse cuenta de lo que acababa de ver.

—Dios mío, Jonas...

Mac cañoneó el motor, y se dirigió a toda prisa hacia el canal, hasta la barrera de alambre de espino. Una segunda aleta dorsal apareció a su izquierda y después otra.

Desesperado, buscó en la superficie el aire de las burbujas. Miró hacia arriba en el último segundo. Demasiado tarde.

—¡Maldito idiota!

Mac puso el motor del revés, mandándose una nube sofocante de humo azul a la cara. Atrapado en su propia estela, el bote se precipitó hacia delante, la baja proa se deslizó bajo la barrera en espiral, y se alojó en el alambre de espino.

—Estúpido, ¡maldito gilipollas! —Mac cogió un remo y empujó contra la valla, desesperado por liberar el barco. El movimiento de delante le hizo mirar hacia arriba.

Una ola de dos metros y medios de alto se curvaba en la laguna, dirigiéndose hacia él.

Jonas vio el barco de Mac. Empezó a subir, mirando desesperadamente hacia todas direcciones, mientras los tiburones se turnaban para correr hacia él.

Se detuvo otra vez a diez metros. Un cohete en busca de carne de setecientos kilos planeaba sobre él, desacelerando el ritmo mientras se acercaba al muro. Jonas sabía que la ampolla de Lorenzini del tiburón estaba confusa por los campos fluctuantes CA, desprendidas por las puertas de acero herméticas. Cuando se acercó tres metros, el sistema sensorial extraordinario del gran tiburón blanco se desconcertó. Más que retirarse, el prodigioso depredador abrió su espantosa boca, extendió sus mandíbulas y dientes de marfil como bisturís, y volvió hacia atrás sus ojos negros.

Habiendo perdido la vista de su presa, su sistema receptor se desorientó temporalmente, el gran blanco golpeó la pared a la derecha de Jonas, abriendo y cerrando su enorme boca en poderosos y rechinantes mordiscos mientras buscaba a tientas su comida por la puerta de acero.

Rápidamente, Jonas soltó algo de aire de su chaleco de flotabilidad, sumergiéndose bajo una boca que se le aproximaba. La cabeza del monstruo pasó directamente sobre él, sus mandíbulas seguían abriéndose y cerrándose mientras deslizaba su cabeza de un lado a otro de la puerta.

El macho de cuatro metros y medio se detuvo y volvió hacia la neblina. Jonas agitó las piernas, y ascendió nueve metros. Miró hacia abajo.

Otro macho, el de seis metros, subía directamente bajo él.

Jonas pateó con más fuerza. La mandíbula despreocupada se abrió. Los ojos negros se escondieron bajo los párpados, los dientes de marfil se dilataron y Jonas supo que la bestia lo tenía.

El tiburón lo golpeó con la fuerza de un pequeño vagón, su boca engullía su pierna izquierda hasta su cadera.

Jonas mordió su regulador y su lengua, su cuerpo chisporroteaba como si hubiera sido golpeado por un alambre cargado. Azotó la mano izquierda hacia abajo, golpeando al tiburón exactamente en el hocico con el extremo afilado de su linterna. Las mandíbulas se abrieron. Jonas remó, enrollándose para liberar la pierna de su terrible boca.

El macho se detuvo, sacudió la cabeza, entonces fue a por él otra vez, abriendo las mandíbulas.

De repente, se dio la vuelta y se alejó.

Jonas observó el brillo incandescente blanco, seguido por una explosión ensordecedora de metal, mientras el *megalodon* golpeaba las puertas de acerco como un camión de ocho ruedas que se estrellara contra una barricada policial. Las puertas sacudidas azotaron el tanque de aire de Jonas, que abandonaba la respiración mientras los tanques explotaban en sus oídos.

Cuando un horrible chirrido de metal resonó alrededor de él, la cara de la puerta de acero continuaba abriéndose, y le forzó a dar la cara al dique.

La obesidad monstruosa del *megalodon* empujaba su peso contra la brecha abierta.

El tanque roto, ahora vacío de aire, tiró de Jonas hacia abajo como un ancla.

Cegado, su máscara se inundó totalmente, le amordazó un trago de agua mientras continuaba sumergiéndose sin control, incapaz de nadar con su pierna herida.

«¡La botella de aire!».

Jonas rasgó el pequeño cilindro de aire de su cinturón, exhaló y después llenó sus pulmones con una bocanada vivificante de aire.

Esforzándose por encontrar el seguro de su cinturón de peso, cegado por su propia sangre, Jonas se tocó la cintura, y sintió la parte inferior de su cuerpo entumecida. Finalmente se las arregló para coger el seguro de plástico y tirar. El cinturón de lastre se deslizó hacia abajo, aplastando su pierna mutilada de camino al fondo.

Empezó a ascender en una neblina de sangre que parecía aletear a lo largo del

revestimiento de la puerta de acero despedazada.

Jonas aclaró su máscara y se sintió mareado por el esfuerzo. Dándose cuenta de que estaba a punto de desmayarse y desangrarse, se concentró en nadar hacia la superficie, después se detuvo y miró a la cara a su peor pesadilla.

El ojo gris de Angel lo miraba, su cabeza luminiscente a menos de cuatro metros y medio de él. La sonrisa demoniaca, ligeramente abierta, se abría y cerraba en pequeños espasmos como si estuviera hablando con él.

Jonas se quedó helado, absolutamente horrorizado. La oscuridad empezó a cerrarse en su visión.

Angel estaba frente a él, evaluándolo momentáneamente.

«Me reconoce...».

Jonas sintió cómo ascendía. Su mano izquierda se desplegó, tocando la puerta de acero trastornada.

«¡Muévete!».

En una contracción muscular acentuada por la adrenalina, Jonas se puso detrás de la puerta de acero rota, apretujándose contra las bisagras abiertas, una milésima de segundo antes de que su *Ángel de la Muerte* lanzara sus mandíbulas abiertas sobre él.

El hocico del *megalodon* se estrechó contra la cara interna de la puerta, llevándola de vuelta contra el dique de hormigón.

Jonas escuchó cómo la puerta crujía tras él, y cómo lo protegía de las mandíbulas de Angel. Demasiado débil como para preocuparse, cerró los ojos y continuó ascendiendo a través de la huella de su propia sangre, manteniéndose a flote a causa del poco aire que quedaba en su chaleco de flotabilidad.

Mac se levantó sobre el soporte del motor, mirando las aguas verdes arremolinadas. Sabía que el *megalodon* se había hecho camino sacudiendo la puerta. Lo que no sabía era si Jonas estaba aún vivo.

Un brillo alabastro apareció.

La espina dorsal rompió la superficie moviéndose hacia el mar.

Mac apuntó la pistola con ambas manos y disparó.

El dardo golpeó la base de la espina dorsal.

Y entonces, algo golpeó el fondo de la barcaza con un ruido sordo.

Mac corrió hacia el sitio de donde venía el ruido. Una cabeza se balanceaba y, después, desaparecía bajo un charco de sangre. Mac se lanzó de lado y cogió a Jonas por el pelo. Tiró y tras agarrar a Jonas bajo sus brazos, lo arrastró al barco.

—Oh, Dios... —gritó Mac, en silencio, mientras la sangre emanaba de una extremidad desgarrada que ya no podía reconocer.

Mac miró rápidamente sobre su hombro para verificar que el *megalodon* se alejaba del canal. Entonces, con una mano temblorosa, metió sus dedos pulgar e índice en uno de los enormes agujeros de la pierna de su amigo. Sintiendo la vena

como un fideo que sangraba por la yema de sus dedos, apretó, para taponarla desesperadamente, mientras encendía el motor con su mano libre y conducía el barco hacia la laguna.

# UN INFIERNO MAGNIFICIENTE

*Pacífico oeste*

Terry se apoyó de espaldas contra la barandilla, permitiendo que el sol de la mañana le calentara la cara. Sin haber podido apenas dormir, hubiera preferido quedarse el resto del día en la cama, pero aquello hubiera levantado sospechas.

«¿Tokamak? ¿En qué estaría trabajando Benedict en su laboratorio? ¿Podría tener algo que ver con el *Benthos*?».

Abrió los ojos cuando el *Epimetheus* emergió en la superficie a cuarenta y cinco metros de la popa del *Goliath*. Un buzo condujo el cable del montacargas hacia el mar, sujetando varios cierres a lo largo del casco del sumergible. Unos minutos más tarde, la nave en forma de cigarro y con veinte metros de largo se suspendía sobre su posición y descendía sobre su plataforma de atracada.

Benedict la saludó con la mano mientras cruzaba la cubierta de popa para dar la bienvenida a los miembros de su equipo A. La mitad del equipo B ya estaba a bordo del *Benthos*, después de haber hecho el viaje para relevar a sus compañeros dos días antes.

En menos de tres horas, Benedict y los que quedaban de los miembros del equipo irían a bordo del *Prometheus* para una misión de una semana en la fosa.

Terry observó a Benedict con una mirada seria, preguntándose si él sabía que había sido ella la que se había colado en su laboratorio.

«Solo consigue las grabaciones del sonar y lárgate de este barco...».

Algo estaba pasando. Terry se alejó de la barandilla, la oleada de la adrenalina la golpeaba hasta despertarla. Por la cubierta, Benedict estaba enzarzado en una discusión acalorada con el capitán del equipo A. Los dos hombres miraron en su dirección.

Terry se encontró con Benedict a medio camino de la cubierta.

—¿Hay algún problema?

—Es culpa mía, perdóname —dijo Benedict— el capitán ha destacado exactamente que los ordenadores del *Benthos* habían sido especialmente diseñados y que no son compatibles con los del *Goliath* o cualquiera de los que posea el JAMSTEC.

—¿Qué significa eso?

—Significa que antes de que las grabaciones del sonar que el JAMSTEC requiere sean traídos a la superficie, deben ser convertidos en un formato aceptable a bordo del *Benthos*.

Terry sintió cómo empezaba a ponerse nerviosa.

—Bien, convertidlo, haced lo que sea necesario.

—Por desgracia, estas cosas llevan su tiempo. El *Benthos* ha estado funcionando con una tripulación mínima. Convertir la información requerida no es muy difícil, de

hecho, tú misma podrías hacerlo después de diez minutos de instrucción, pero eso significa inmovilizar a uno de los nuestros al menos dos, tres turnos. La buena noticia es que yo estaré a bordo del *Benthos* durante una semana. Te doy mi palabra de que haré lo que esté en mis manos para aislar y convertir la información necesaria o, al menos, completar un porcentaje significativo de esta.

—¿Eso significa que estoy atrapada a bordo del *Goliath* al menos otra semana?

—Quizás dos si no puedo terminar el trabajo. Estoy seguro de que el JAMSTEC comprenderá el retraso.

Terry negó con la cabeza en protesta, sintiendo que el cansancio sacaba lo mejor de ella.

—No, Benedict, no lo comprenderán. De hecho, si repito lo que me acabas de decir, probablemente cancelen nuestro contrato inmediatamente.

Benedict parecía sorprendido.

—¿Por qué harían una cosa así? ¿No confían en nosotros?

—No, no es nada de eso. Creo que los japoneses simplemente tienden a sospechar.

—¿Sospechar de qué?

—No lo sé. No importa...

—A mí me importa. Dirijo negocios de buena fe por todo el mundo. A donde quiera que viaje, mi palabra es mi garantía. ¿Cómo se atreven los japoneses a cuestionarme? —La cara de Benedict se volvió rojo remolacha, las venas de su cuello estaban dilatadas—. *Nemo me impune lacessit...* ¡nadie me ataca sin quedar impune! No me permitiré a mí mismo ser acosado de ninguna manera por ninguna nación. Cancelaré nuestro contrato...

—No, espera, —a Terry le entró pánico, y puso a trabajar la mente a toda velocidad. No podía permitir que el contrato con el JAMSTEC fuera cancelado.

También quería saber más sobre el laberinto secreto de Benedict.

—Benedict, ¿qué pasa conmigo? ¿Qué pasa si... si me enseñas cómo convertir la información?

—¿A ti? —Benedict negó con la cabeza—. Tendrías que unirse con nosotros a bordo del *Benthos*. Después de lo que pasó con tu hermano, tu padre me mataría si supiera que te he llevado a la fosa.

—No tiene por qué saberlo. Benedict, por favor, es la única manera. Si el JAMSTEC lo cancela todo, arruinará a mi padre. Por favor...

Benedict miró hacia el mar, disfrutando del juego psicológico que estaba llevando a cabo.

—No sé cómo...

—Benedict, piensa en cuánto tiempo y dinero ha invertido la GTI ya en este proyecto. Es demasiado importante simplemente dejarlo escapar. Dame una oportunidad de satisfacer al JAMSTEC. Recogeré la información y me mantendré apartada de tu camino.

—Muy bien —dijo Benedict moviéndose sobre su presa— pero para que no haya ningún resentimiento entre tu padre y yo, quiero que le escribas una carta de tu puño y letra explicándole que es tu completa decisión, absolviéndome de toda responsabilidad.

—Gracias. Prepararé la carta, después haré las maletas. ¿Cuándo nos vamos?

—Dentro de dos horas. No cojas muchas cosas. Hay poco espacio a bordo del *Prometheus*.

Terry trotó por la cubierta, dirigiéndose hacia su cabina.

Terry descendió cuidadosamente a través de la torre de mando del barco hacia la cabina principal del *Prometheus*. Había cuatro tripulantes en el sumergible que estaba en sus estaciones, lo que quedaba del equipo B del *Benthos* descansaba o jugaba a las cartas en la diminuta galería.

Benedict miró hacia arriba desde su estación de trabajo.

—Ah, nuestra invitada de honor. Bienvenida a bordo. ¿Estás nerviosa, querida?

—Impaciente, de hecho. Para mí es un sueño bajar hacia la fosa.

—Entonces, este es tu día de suerte. Ven conmigo, he reservado mi mejor asiento de la casa para tu primera inmersión.

Benedict la condujo por el estrecho cilindro, las paredes alineadas desde el suelo hasta el techo estaban ocupadas por consolas de ordenador y artilugios electrónicos.

Una docena de tuberías de acero corrían sobre sus cabezas. En el centro de la nave, se abría el camino enrejado. Terry podía ver la luz que venía desde abajo.

Benedict se inclinó y quitó una sección de sesenta centímetros cuadrados de enrejado del suelo, revelando la entrada a un módulo de observación esférico localizado bajo la cabina principal.

—Continúa. Baja hasta abajo y ponte cómoda. Cuando te aburras de la vista, activa el ordenador y haz clic en INVITADO. El programa te realizará un *tour* guiado del *Benthos*. No toques nada más. Si tienes frío hay una manta bajo el asiento.

Terry bajó por una pequeña escalera, metiéndose en el módulo de una tripulante.

La estructura esférica colgaba suspendida del casco del sumergible como la torreta de un avión de caza de la segunda guerra mundial. Había una portilla de veinte centímetros y un ángulo de cuarenta y cinco grados que yacía directamente delante de ella. Una ola de adrenalina le recorrió el cuerpo. Aquello iba a ser divertido.

Un ruido metálico doble, y el canal empezó a moverse. Unos momentos más tarde, el cable conectado al enorme marco de acero hacía bambolear el *Prometheus* sobre la cubierta. El mecanismo entero giraba hacia atrás, meciendo la nave hacia arriba y sobre el *Goliath* haciendo un arco largo y gracioso. Terry observó cómo se levantaba el mar sobre ella, mientras el sumergible se soltaba en el agua.

La oleada movió la nave de un lado a otro. Los buzos desconectaron los cables e inspeccionaron la serie de artilugios e hileras de vigas de peso que se aseguraban bajo

el casco. Un buzo saludó a Terry con la mano antes de desaparecer en una efervescencia de burbujas.

El *Prometheus* empezó a sumergirse, descendiendo lentamente en su viaje de seis horas hacia lo desconocido.

Terry observó el mundo azul iluminado por los destellos de media docena de faros submarinos. Pudo ver las puntas de los dedos mecánicos de los brazos robóticos bajo el casco, así como una serie de cámaras agrupadas bajo la proa. Mientras descendían a más velocidad, el mar se iba oscureciendo de una sombra azul oscura a un tono púrpura antes de volverse completamente negro.

El frío empezó a presionarla. Sacó la manta y se la puso encima de los hombros.

Como su barco gemelo el *Epimetheus*, el *Prometheus* estaba diseñado con un doble casco de titanio grueso de quince centímetros. Para descender, los principales tanques de lastre del sumergible se inundaban con agua marina, haciendo que la nave tuviera una flotabilidad negativa. Al alcanzar la fosa, varias vigas de acero aseguradas bajo la parte inferior del casco, serían arrojadas hasta que el submarino consiguiera la flotabilidad neutral. Los restantes pesos serían subidos hasta la superficie.

Mientras pasaban por el punto de dos millas, Terry vio un centelleo de diminutos faros bajo la ventana. Aparecieron dos rapes marrones, cada uno de los cuales poseía cabezas enormes y mandíbulas espantosas con unos dientes como agujas. Desde la parte de arriba de sus cráneos, colgaba una proyección carnosa y también sobre sus bocas, en la punta de las cuales había una luz brillante, que utilizaban para atraer la presa. Los rapes se paseaban de un lado a otro de los faros del sumergible, y finalmente perdían el interés.

Poniéndose cómoda, Terry sacó el teclado del ordenador y lo puso sobre sus rodillas, tecleando la palabra INVITADO. El programa se activó. Un emblema de la industria Geo-Tech apareció, ofreciendo al usuario la oportunidad de elegir entre una selección de idiomas. Terry manipuló la flecha hasta INGLÉS y después presionó ENTER; entonces, esperó a que el programa se iniciara.

—*Bienvenido a bordo del Benthos* —una voz femenina ronca aislada—  
*Industrias Geo-Tech completando con éxito la exploración de grandes profundidades.*

La imagen animada del ordenador del *Benthos* apareció en pantalla, la nave parecía el hemisferio norte de un globo enorme, cortado a la mitad en el ecuador. Tres piernas como garras colgaban bajo el doble y alisado tren de aterrizaje del barco. Una réplica a escala de un edificio de seis plantas se materializaba cerca del *Benthos*, solo para ser achicada por el objeto en forma de cúpula.

—*El Benthos es una maravilla de la ingeniería y la tecnología. El sumergible*



más grande construido nunca, sus medidas son setenta metros desde la punta de su cúpula hasta la parte inferior de sus tres piernas retráctiles amortiguadoras. El diámetro del tren de aterrizaje circular tiene una longitud de más de noventa metros.

Una vez sumergido, el barco entero puede llegar a desplazar 64 650 toneladas.

»El casco del Benthos se compone de dieciocho capas de titanio de quince centímetros, de tres metros de grosor, capaz de aguantar fuerzas comprensivas en exceso de cuarenta y cuatro mil millones de kilogramos. El casco de la nave es en realidad una esfera perfecta, su parte inferior allanada es una cobertura de motor sin presión diseñada para aguantar sus tanques de lastre.

»El interior del Benthos se divide en siete módulos, cada uno de ellos independientes. En el supuesto caso de una brecha en el casco de uno de esos módulos, el resto mantendrá su integridad.

La imagen del ordenador del Benthos cambió, su cubierta exterior se disolvió para revelar sus compartimentos internos.

—Como podemos ver, cada módulo está conectado a una escalinata sellada, o escalera de cámara, así como a un tubo de acceso que corre como una columna de conexión vertical hacia abajo, hasta el centro de la nave. Las escotillas herméticas son capaces de aguantar presiones en exceso de mil ciento veinticinco kilogramos por centímetro cuadrado, separadas en cada nivel adjunto.

—Nuestro viaje empieza en la parte de arriba, o módulo A. Esta sección en forma de cúpula, a la que llamaremos nuestro módulo de observación, contiene una coraza interior adicional compuesta completamente por lexan de veinticinco centímetros de espesor, un plástico limpio e impenetrable. El treinta por ciento del casco de titanio exterior que corre por el módulo A puede ser replegado como la cabeza de un telescopio, revelando una belleza sin explorar del Universo profundo.

»El módulo B es el Puente, o el Centro de Mando del Benthos. Nuestro ordenador y sala de máquinas está localizado directamente bajo el Puente del módulo C. El módulo D, el central y el más grande de nuestro sumergible esférico, contiene nuestra galería, zona de salón y sala de ocio. Los compartimentos de la tripulación están situados en el módulo E, junto con los almacenes del barco. El módulo F es donde se hospeda el reactor nuclear del Benthos, así como una variedad de salas de equipamiento y mecánica. También se puede acceder a la única hélice de la nave desde ahí. El nivel más bajo, con unas dimensiones idénticas a las de la sala de observación, es el módulo G. Es aquí, en la parte inferior del sumergible, donde toda entrada al Benthos tiene lugar.

—Situado bajo el casco del Benthos hay una estación de atracada de profundidades para que el sumergible de la nave transporte barcos, el Proteus, el Prometheus y el Epimetheus. Una bodega presurizada se aboveda justo debajo del módulo G. Unos brazos de atracada mecánicos localizados en la posición de tren de aterrizaje del sumergible, levantan su torre de mando hacia arriba y dentro del compartimento de atracada. Una vez que el sumergible se pegue a su sitio, este

compartimento se drenará y despresurizará, una hazaña posible utilizando los esfuerzos combinados de diez bombas con quinientos caballos, creando una fuerza de 35 884 800 kilogramos por metro cúbico. El módulo G también contiene un hangar submarino de ciento sesenta y ocho metros cuadrados, que puede ser presurizado o descargado utilizando unas bombas hidráulicas de material absorbente de radar en el nivel F, permitiendo el despliegue de equipo pesado o vehículos de operación robotizados dentro de las profundidades.

»Diseñado como nave de exploración y centro de atracada submarino, el Benthos puede permanecer en la profundidad con una flotabilidad neutral durante meses sin interrupción. El tren de aterrizaje plano del barco está compuesto por dos tipos diferentes de tanques de lastre presurizados. Cargados con gasolina, los tanques como pontones proporcionan flotabilidad positiva mientras los tanques presurizados alimentados por agua marina pueden ser ajustados para conseguir por igual flotabilidad negativa y neutral. La maniobrabilidad de futuro es posible gracias a un reactor nuclear S8-G que proporciona vapor para dirigir los generadores turboeléctricos y de motor que convierten el único árbol de hélice del Benthos en...

Terry apagó el ordenador, acurrucándose más con la manta alrededor. Habían estado descendiendo durante más de tres horas ahora, más de cuatro millas de océano helado sobre sus cabezas. Cerró los ojos.

Terry se despertó con un sobresalto, tenía la sensación de estar cayendo.

Sacudiendo sus brazos con violencia a ambos lados, se agarró para sostenerse a la consola hasta que recuperó el equilibrio.

Habían pasado dos horas más. Miró el indicador de profundidad que tenía sobre la cabeza: diez kilómetros y medio. La vista desde su portilla se había vuelto sombría.

Se dio cuenta de que la temperatura en el módulo estaba subiendo.

El *Prometheus* descendió a través de una capa de nubes densas y de sedimento, un techo de abismo de agua muy caliente y minerales que salían desde debajo del lecho marino. Escupidos desde chimeneas de sulfuro hidrotermales que se elevaban, los minerales suspendidos ayudaban a mantener una capa aislada de calor sobre muchas de las áreas de la fosa de las Marianas.

Los minutos pasaron, el agua empezó a aclararse gradualmente. Otros quince metros y descendieron hasta un cañón de aguas negras y trémulas cuyas temperaturas variaban desde 50 °C en los llanos del abismo hasta 700 °C directamente sobre las bocas de sus chimeneas hidrotermales. Habían llegado al fondo.

Una sombra grande y sobrenatural surgía delante. Terry pudo ver que eran las luces de atracada ondeando de un lado a otro.

El *Benthos*.

Mirando con los ojos de par en par a través de la portilla, observó con fascinación

mientras la proa grande del *Prometheus* se deslizaba entre el ensamblaje de atracada a lo largo del tren de aterrizaje del *Benthos*. Con un gemido de goma contra metal, el sumergible se detuvo. Los sonidos hidráulicos vibraban alrededor de ella mientras los brazos del ensamblaje de la atracada subían al sumergible hasta su posición. Terry pudo oír un cilindro presurizado que se encajaba sobre la torre de mando del sumergible y, entonces, una ráfaga enorme de aire mientras el compartimento se sellaba y de nuevo se presurizaba.

Benedict asomó la cabeza por el módulo.

—Por fin, hemos llegado a la cima.

Terry trepó por el compartimento esférico y entonces siguió a Benedict por la escalera de la torre de mando hacia el interior de una sala pequeña, con sus paredes circulares todavía húmedas por el agua del mar. Salieron por una puerta abovedada presurizada, entrando en el módulo G del *Benthos*.

Un hombre barrigón de unos cuarenta años les dio la bienvenida. Benedict le dio la mano, girándose hacia Terry.

—Terry Taylor, este es el capitán Breston Hoppe.

—Bienvenida al bordo del *Benthos*, Mrs. Taylor. Guardaremos sus efectos personales en la cabina 8, que está en el módulo E, dos niveles hacia arriba. Solo tenemos unas pocas normas para nuestros invitados, pero le pediremos que las siga al pie de la letra. Solo hay dos pasajes que llevan a los módulos adyacentes. Cuando pasemos por ellos, por favor, asegúrese de que todas las puertas quedan herméticamente cerradas tras usted. En el caso improbable de que se produzca una grieta en el casco, las puertas de titanio automáticamente sellarán las escotillas y el tubo de acceso, pero las puertas herméticas deben permanecer cerradas para que las escotillas queden bien aisladas. Tiene libertad para acceder a cualquier parte de la nave, excepto ciertas áreas de alta tecnología que están señalizadas como SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Tampoco está permitido fumar en ninguna parte a bordo.

—De acuerdo.

—Capitán, nos encontraremos dentro de un rato en el puente —dijo Benedict— primero quiero mostrarle a nuestra invitada la sala de observación.

Benedict bordeó las escaleras de cámara para alcanzar directamente el centro de la nave a través de un tubo vertical de acceso. Terry lo siguió por el conducto de tres metros de diámetro y después subió la escalera de acero, acabando con los brazos doloridos para cuando habían alcanzado la cubierta A.

La sala circular medía solamente cerca de treinta metros, tenía forma de cúpula, con un techo similar al de una catedral que se levantaba a más de diez metros sobre sus cabezas. Una lujosa moqueta de color violeta forraba la extensión del suelo. Sillas de ante y lujosos sofás ocupaban la mitad de la habitación, con una mesa enorme de roble para conferencias, sillas y, en el extremo opuesto de la habitación, una barra.

Benedict se dirigió hacia la pared que se levantaba tras la barra y alcanzó una serie de interruptores acumulados en un panel de control muy sofisticado. Las luces

iluminaron la sala.

—Desde el momento en que descendimos de los árboles por primera vez, el hombre ha sido un explorador —dijo Benedict, produciendo eco en la habitación—; hemos conquistado cada rincón del mundo y hemos circunnavegado el globo entero. Hemos investigado los límites lejanos de la galaxia y explorado el núcleo de un átomo. Hemos puesto el pie en la superficie de la luna, aterrizado en Marte, y hemos mandado astronaves a cada uno de los planetas de nuestro sistema solar. Y aun así, a pesar de todos nuestros logros, apenas hemos penetrado en el vacío que ocupa el sesenta y cinco por ciento de nuestro mundo.

—Desde los días de Galileo, millones de personas han vislumbrado los cielos, pero solo unos pocos han mirado dentro del abismo. Pero aquí es —alzó la voz—, aquí, entre los recesos más profundos del océano donde la vida se originó verdaderamente. Desde el comienzo de los tiempos, un elixir de químicos, componentes de la vida en sí misma, han sido escupidos desde estas profundidades sin explorar. La respuesta a los enigmas de la vida está aquí, Terry, y aun así, el hombre, con toda su valentía, continúa temiendo la profundidad, aterrorizado por los secretos oscuros y el caos primario.

Terry notó un tono de locura controlada en su voz.

—*Audentes fortuna juvat...* la fortuna favorece la osadía. Como los grandes exploradores antes que yo, Marco Polo, Colón, Magallanes, Galileo, Hubble, Armstrong, Beebe, me atrevo a fracasar enormemente para poder alcanzar la grandeza.

Benedict presionó un botón, y las luces internas se apagaron. Un profundo sonido vibró sobre sus cabezas y después una sección de la pared en forma de cúpula empezó a abrirse.

—¡Contempla el último e inmenso mundo sin explorar por el hombre!

Terry reprimió un grito, su corazón se agitaba incontrolablemente, mientras el casco de titanio se abría. Miró en las entrañas negras del abismo y pensó en el olvido.

La voz tranquilizadora de Benedict asomó en el tono.

—¡Que se haga la luz!

Un brillo espeluznante y rojo incandescente se encendió en el *Benthos*, con las poderosas luces revelando un mundo enorme y extraño como nunca hubiera imaginado Terry. La vista revelaba un bosque petrificado de chimeneas negras incontables, cuya forma silenciosamente bramaba agua hirviendo y humo de sus pilas primarias. En la base de esas estructuras, algunas de las cuales se elevaban a más de seis pisos, había grupos de almejas albinas, mejillones y crustáceos, revolcándose en culto alrededor de su fuente de alimentación. Especies anormales de peces brillantes zurcían dentro y fuera de las chimeneas hidrotermales, arremolinándose como polvo de duende alrededor de la fosa.

Era un infierno magnífico.

Benedict se levantó ante la ventana, con los brazos extendidos y sus ojos de color

esmeralda resplandecientes, mientras revelaba su gloria.

—Soy el maestro de mi fe, el capitán de mi alma. *Veni, vidi, vici* —susurró—  
vine... vi... vencí.

## PROPOSICIONES

—Doctor, dese prisa. Está despierto.

Todavía en la angustia de su pesadilla, Jonas se sentó agitándose violentamente, deshaciéndose de los tubos de sus brazos. Luchó por gritar, amordazado en el intento.

—Necesitamos algo de ayuda aquí —gritó la enfermera. Un enfermero se le unió. Juntos, se las arreglaron para atar las muñecas de Jonas en las barras de protección.

El doctor estabilizó la intravenosa, inyectando el suero de la aguja hipodérmica justo en el tubo.

Jonas sintió que el plomo se colaba en su cuerpo. Flotó hacia atrás, con los ojos entrecerrados, y miró hacia arriba a la enfermera.

La cara de un hombre apareció. Una luz tenue brillaba en uno de sus ojos, después en el otro.

Jonas intentó protestar, pero su mente cayó en el abismo.

Jonas abrió los ojos. La luz del sol. Sentía un peso enorme sobre su pierna izquierda. Intentó quitárselo de encima.

La sensación de mil puñales que acuchillaban su pierna le envió una sacudida de pánico por cada nervio de su cuerpo. En agonía, se movió de un lado al otro de la cama, atragantándose con el objeto alojado en su garganta.

El doctor apareció sobre su cabeza.

—Espere. Vamos a quitarle el tubo. Cuando cuente hasta tres, sople con fuerza. Uno... dos... tres...

Un objeto se deslizó de la garganta de Jonas. Estaba amordazado pero al menos después pudo inhalar un profundo aliento.

—Qué... —Jonas habló con la voz áspera, con su garganta en carne viva incapaz de darle voz a sus palabras.

—No intente hablar ahora mismo. Está en un hospital. Fue atacado por un tiburón. Pudimos salvarle la pierna, pero ha perdido una gran cantidad de sangre.

Una ola de náuseas lo inundó. Cerró los ojos, tomó varias bocanadas de aire y, entonces, intentó sentarse.

—Espere, déjeme que le quite las correas —el médico desabrochó las bandas de cuero de sus muñecas.

Jonas se sentó. Miró su pierna izquierda, que estaba vendada espesamente.

El médico señaló una serie de puntos húmedos y de color rojo anaranjado donde la sangre había rebotado a través del relleno de gasa gruesa.

—Cuando lo trajeron, tenía unos agujeros de cinco a siete centímetros de ancho que le corrían desde medio cuadrángulo hasta la cadera —dijo el médico—. Creo que contamos veintiuna marcas de dientes, requerimos ciento ochenta y tres puntos de

sutura, incluyendo una docena para cerrar la arteria femoral. Perfectamente, podía haberse desangrado hasta morir.

Jonas susurró.

—¿Mac?

—¿Su amigo? Sí, le salvó la vida. De hecho, metió los dedos dentro de su pierna y presionó la arteria con ellos. Le hemos suministrado antibióticos estos tres días para prevenir la infección. Los dientes de los tiburones suelen ser asilo de gérmenes.

—¿Tres días?

—Lo peor ya ha pasado. Le daremos de alta mañana por la mañana. El dolor deberá empezar a remitir en una semana. Hasta entonces, analgésicos y reposo en cama, muletas si lo necesita para moverse. Y no quiero que se meta en el agua por lo menos en dos meses.

Una enfermera entró. Le ofreció a Jonas un vaso de agua.

—Su amigo está fuera y tiene que haber como una docena de periodistas abajo que desean verle. No debería hablar con nadie ahora mismo. Necesita descansar.

Jonas negó con la cabeza.

—Solo Mac —dijo con voz ronca.

El doctor hizo pasar a su amigo y después salió de la habitación del hospital con la enfermera. Mac se sentó al borde de la cama. Parecía realmente cansado.

—Eh, tarado.

Jonas sonrió.

—Está claro que se te ve hecho mierda. ¿Cómo te sientes?

—Como queso suizo —Jonas sostuvo su mano débilmente— realmente te debo una esta vez.

—Sí, sí. Lo pondré en tu lista.

—¿El meg?

—Se ha ido —Mac le dio un periódico de principios de semana. Jonas examinó la portada.

## HA ESCAPADO UN TIBURÓN MOSTRUOSO

*Por Mike Clary, periodista de Los Angeles Times*

*MONTERREY. Un Carcharodon megalodon de 22 m y 28 t, el primo prehistórico del gran tiburón blanco de nuestros días, destrozó ayer las puertas de acero del canal que le había mantenido en cautividad en el Instituto Oceanográfico Tanaka desde su captura hace cuatro años. Una multitud atónita de 10 000 personas pudieron ver cómo Angel se escabulló por el tanque, y huyó al océano Pacífico. En el momento en el que la criatura fue libre, Jonas Taylor, el polémico paleobiólogo que recientemente ha dimitido del Instituto Tanaka, intentaba etiquetar a la bestia con un pequeño transmisor. Las autoridades del Instituto están ahora rastreando al megalodon, que parece dirigirse hacia*

*el norte, por la costa de California.*

*En respuesta a la huida de la criatura, las autoridades han ordenado cerrar todas las playas de Monterrey y han publicado una pequeña notificación avisando a todos los barcos para que se mantengan alejados de la zona. (Vea el reportaje completo en la página 6A).*

Jonas puso el periódico abajo, mirando hacia el techo.

Mac sonrió.

—Date cuenta de que te dan todo el mérito de etiquetar al tiburón. Eh, Jonas...

—Eh, lo siento Mac. ¿Qué has dicho?

—¿Qué coño te ha pasado ahí abajo? Todos esos grandes blancos... ¿qué estaban haciendo en el canal?

Jonas cerró los ojos.

—Sé la razón por la que *meg* ha estado tan agitada. Sé por qué ha escapado.

—Yo también. Estaba enfadada y probablemente olía a todas aquellas ballenas deliciosas nadando por ahí.

Jonas negó con la cabeza, mirando a su amigo.

—Angel está en estro.

—¿En estro? ¿Quieres decir en celo? ¿Cómo sabes eso?

—Los tiburones blancos, todos eran machos. Debe despedir algún tipo de fragancia poderosa. Supongo que me quedé pillado en el ritual de apareamiento.

—¿Esos insignificantes debiluchos creían que iban a preñar a esa hembra? —Mac hablaba arrastrando las palabras.

—Mierda, sería más fácil que un chihuahua montara a un rottweiler.

—Esos tiburones no tienen nada que hacer con el *meg*. Solo se vieron atraídos hacia la zona por la fragancia del primo prehistórico.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Jonas cerró los ojos.

—Vas a conseguirnos un arma, algo que pueda detener a un tanque. Una vez que me recupere un poco, vamos a rastrear a nuestra pequeña Angel y matarla.

—Ahh ¡maldita sea!

El dolor punzante lo despertó de su noche de dolor. Se tumbó, y tomó aliento mientras se acostumbraba al nuevo ambiente que lo rodeaba.

No tenía ni idea de dónde estaba.

Una puerta adyacente se abrió. Se quedó boquiabierto al ver a Celeste Singer asomar por ella, llevando solamente la camisa blanca de un hombre. Sus piernas largas y sedosas se movían hacia él.

—*Dobraye utra.*



—¿Significa eso buenos días? Mi ruso es un poco limitado.

—*Da*. ¿Te encuentras bien? Estabas gritando.

—Sí... ¿qué estás haciendo aquí? Dios, ¿dónde coño estoy?

—Solo relájate. Te he trasladado a otro cuarto, a uno más privado. La prensa puede ser difícil. Estoy en la habitación de al lado. Deja que te ayude a sentarte.

—Puedo arreglármelas solo.

Celeste se sentó en el borde de su cama. Pudo ver algo de ropa interior sedosa y beige bajo la camisa.

Ella le apretó la mano.

—Jonas, querido, realmente necesito tu ayuda.

Jonas sintió cómo empezaba a embriagarle su esencia. Su pelo de color rubio platino colgaba alrededor de su nuca, pero también cubría el abultamiento de sus pechos. Él notó el movimiento del pulso en la base de su garganta. Mirando su boca, sus labios...

«¡Detente!».

—Necesito utilizar el cuarto de baño. —Colgó su pierna vendada sobre el lateral de la cama, dejando constancia de la dolorosa punzada provocada por la descarga de sangre.

Celeste lo cogió del brazo, y lo ayudó a levantarse.

Jonas se levantó, respirando con dificultad. Efectuó unos cuantos pasos dolorosos hacia el cuarto de baño.

—¿Necesitas ayuda ahí? —preguntó Celeste juguetonamente.

—Me las puedo arreglar.

Jonas cerró la puerta y echó el pestillo. Se calmó a sí mismo, y después observó su reflejo en el espejo.

Estaba pálido, tenía una cara demacrada. El fino pelo de color marrón se volvía gris rápidamente alrededor de sus sienes. Necesitaba un corte de pelo y un afeitado.

«La pesadilla es real, Jonas. Encuentra a la criatura y máatala, antes de que sea demasiado tarde...».

Salió quince minutos más tarde, y encontró el desayuno en una mesa delante de él.

—Espero que tengas hambre —dijo Celeste— la enfermera ha dicho que el médico vendrá en una hora para reconocerte antes de que te den el alta.

—¿Por qué estás aquí, Celeste?

—Necesito tu ayuda para capturar a nuestro pez.

—¿Nuestro pez? Lo siento, no estoy interesado.

—He pedido un barco de investigación que se encontrará con nosotros en Monterrey. Todo lo que necesitamos está a bordo y preparado para partir en dos días.

—Olvídalo...

—Ya he ordenado a los contratistas que empiecen a reparar las puertas del canal. Estarán trabajando día y noche hasta que consigamos que Angel vuelva.

—Celeste...

—Jonas, Mackreides y tú la etiquetasteis, tenemos ganada la mitad de la batalla. El tiburón se dirige hacia el norte. Tenemos que capturarlo, a no ser que prefieras quedarte por aquí y ver cómo se come a unas cuantas personas más.

Jonas se sintió mareado. Se sentó en el borde de la cama y se frotó la frente. La realidad se había convertido repentinamente en su peor pesadilla. Sentía como si el destino estuviera arrastrándole hacia un torbellino del que le resultaba imposible escapar y que solo conducía a la muerte.

Celeste le masajeó los hombros.

—No...

—Relájate —le arrulló ella— no muerdo. Tienes los hombros agarrotados.

Jonas hizo una mueca de dolor mientras sus dedos trabajaban para relajarle los músculos.

—Gracias. Está bien. Tengo que vestirme.

—Yo también —se levantó y caminó hacia el cuarto adyacente— te he traído una muda de ropa, solamente cosas que has dejado en tu oficina. Todo está en el cuarto de baño. Oh, aquí tienes tu camisa.

Se desabrochó la camisa y la dejó caer por sus hombros desnudos, después se la tiró con una sonrisa en la cara.

El aire de final de la mañana era húmedo y frío, las pesadas nubes de la primavera amenazaban con lluvia. El enfermero condujo a Jonas fuera por la puerta delantera donde una limusina y una multitud de periodistas estaban esperándolo.

Poniendo sus pies cautelosamente en la gravilla, se equilibró en sus muletas y se levantó ante la puerta abierta del coche; luego se dio la vuelta para mirar a la prensa.

Celeste se colocó a su lado.

—Profesor Taylor, ¿cómo está su pierna?

—Duele mucho...

—¿Puede confirmar que era un gran tiburón blanco el que lo atacó?

—Sí. Un macho de seis metros.

—Existe el rumor de que el ataque ocurrió en las mediaciones del canal del *megalodon* mientras la criatura escapaba. ¿Es eso cierto, profesor?

—Sí.

Una reportera del Canal Cinco se abrió paso entre la multitud.

—Profesor, Gail Simon, Canal Cinco Directo. En las últimas semanas, varios biólogos marinos han afirmado públicamente que la presencia del *megalodon* en la laguna suponía un peligro claro y presente para la población costera. Ahora que la criatura ha escapado, ¿se sentirá responsable de que otros mueran?

—El Instituto Tanaka está rastreando a Angel como ya hemos dicho — interrumpió Celeste—. El profesor Taylor nos ayudará a capturarla y a encerrarla

permanentemente en la laguna.

Ella lo empujó dentro de la limusina, se subió tras él y cerró la puerta.

—Sácanos de aquí. ¿Estás bien, Jonas?

Las palabras de la reportera seguían retumbando en sus oídos.

—Entonces, profesor, ¿qué le convencerá para que nos ayude a rastrear y capturar a su pez?

—Qué gracia. Pensaba que era nuestro pez.

—Yo no soy la que está perseguida por un sentimiento de culpabilidad.

Jonas la miró.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Esas pesadillas nocturnas que tienes.

—¿Quién te ha contado eso?

—He leído tu informe médico. Te he oído gritar esta mañana.

—No es nada que sea asunto tuyo.

—Jonas, querido, afróntalo, algo te aterroriza enormemente a un nivel de subconsciencia. ¿Sabes lo que creo yo? Creo que todavía te culpas a ti mismo de lo que ocurrió en la fosa hace once años.

—No juegues a psiquiatra aficionada conmigo, Celeste, no has nacido para eso.

—La vida no es tan complicada, Jonas. Tus sentimientos de culpabilidad por la muerte de los dos científicos a bordo del sumergible de la Marina todavía te persiguen. ¿Crees que es normal levantarse cada noche gritando?

—Te equivocas —Jonas miró su pierna vendada— además, estoy superándolo.

—¿De verdad? Mírate. Estás cansado, tu segundo matrimonio está acabando en divorcio...

—¿Qué has dicho? —Jonas la cogió por la muñeca.

—Oh, me encanta cuando te pones bruto —se inclinó acercándose a su cara, jugueteando con él.

Jonas la empujó.

—No juegues conmigo. ¿Quién has dicho que se estaba divorciando?

—Tu esposa. Terry dijo que los dos tenéis dificultades maritales. Por la manera en la que hablaba, se ha acabado.

—Estás mintiendo. ¿Desde cuándo habla Terry contigo de todas maneras? No puede ni verte.

—Éramos las únicas dos mujeres a bordo del *Goliath*. ¿Con quién más iba a hablar si no?

Jonas se sintió confuso, incapaz de concentrarse. Se equilibró la pierna, que no dejaba de palpar dolorosamente.

—Celeste, no me provoques, ¿vale? No estoy de humor.

—Lo siento, querido. Ya sé que no es asunto mío, pero me preocupo por ti. No es que sea asunto mío, pero también mencionó que los dos habéis perdido recientemente un bebé.

Jonas la miró.

—¿Es verdad?

—Hubo algunas complicaciones en el embarazo. El bebé murió en el vientre de su madre en el octavo mes.

—¿Y todo eso ocurrió durante el proceso judicial?

—Sí.

—Es injusto, pero supongo que Terry te culpa por ello —negó con la cabeza—. Benedict dice que las mujeres americanas no llevan el estrés muy bien. Tu mujer se ha convencido a sí misma de que el matrimonio está acabado, de que el amor se ha extinguido...

—Cállate Celeste. ¿Sabes qué? Eres la última persona en la tierra de la que aceptaría consejos maritales.

—Págalo conmigo, si lo deseas, pero...

—¡Ya basta!

Se quedaron en silencio unos minutos.

—Jonas, olvídate de Terry por un momento y pensemos en el *megalodon*. Te estoy ofreciendo la oportunidad de dejar a un lado por fin el asunto con el tiburón. Ayúdame a capturar a la hembra y te prometo, te juro que se quedará encerrada en la laguna para siempre.

—Olvídalo.

—Te pagaré el dinero suficiente para retirarte, y finalmente podrás enderezar tu vida, con o sin Terry.

—¿Mac?

—¿Jonas? ¿Dónde demonios estás?

—Estoy en casa. Escucha, olvídate de lo de alquilar un barco. Vamos con Celeste.

—¿Celeste? No me jodas. ¿Quién hay al teléfono? ¿Qué ha pasado con mi Jonas?

—Solo escúchame. Celeste quiere mi ayuda para capturar al *megalodon*. Estoy negociando un trato para los dos.

—Mira Jonas, dejando a un lado las bromas, dile a esa puta que vaya a follarse a sí misma y al caballo sobre el que cabalga. No me fío un pelo de ella.

—Mac, Angel ha probado la sangre humana y se está moviendo hacia zonas de población costera. El barco de Celeste está preparado para partir. No podemos esperar más, tenemos que movernos con rapidez.

—Espabila, tío, está utilizándote.

—No, Mac, esta vez la estoy utilizando yo a ella. Simplemente coge un par de armas de las tuyas. Saldremos del puerto en dos días.

# HORA DE COMER

*Costa de California*

Propulsada por el movimiento ágil de su gran aleta, la hembra se deslizaba en silencio a través de las profundidades. A pesar de su prodigiosa talla, la naturaleza había dotado al *megalodon*, de su don más supremo para la caza, la velocidad. Desde la punta de su hocico desafilado y triangular, el cuerpo muscular se estrechaba hacia atrás, permitiéndole elevarse por el agua con el mínimo esfuerzo. Bajo las aberturas verticales de las agallas, las enormes aletas pectorales horizontales, que trabajaban como los alerones de un avión de caza, controlaba el balanceo, el giro y los bandazos de la criatura. Las aletas pélvicas mantenían la elevación del tiburón, mientras la majestuosa aleta dorsal de dos metros, una vela graciosamente curvada, sostenía a la criatura suspendida mientras se movía por el mar.

Impulsando al *megalodon* por su medio natural estaba su poderosa aleta caudal, en la base de la cual se asentaba el pedúnculo muscular, dos veces más largo que ancho, que funcionaba como la quilla de un barco, añadiendo estabilidad y fuerza a la aleta.

Justo delante de la aleta caudal habían otras dos más pequeñas, una aleta dorsal secundaria y una aleta anal. Estas ligeras salientes incrementaban el flujo laminar por la aleta del depredador, ayudándolo a aminorar el avance.

Incluso la piel del *megalodon* contribuía a su hidrodinámica. Cubierta por dentículos dérmicos, o escamas de tiburón, la piel canalizaba el flujo de agua, frenando el avance mientras permitían que el pez se moviera silenciosamente por su hábitat.

Pasando justo por encima de la velocidad de pérdida, la hembra continuaba su largo viaje por el norte a través de la costa californiana. Los movimientos de serpiente de su cabeza hacían que el agua formara abrevaderos como pomelos a lo largo de la parte inferior de su hocico cónico. Colándose por los orificios nasales, el agua marina pasaba dentro de la cavidad nasal, y entraba en contacto con una serie de laminillas que permitían detectar incluso las trazas más leves de olor químico en el agua.

El depredador ascendió por la termoclina, capturando la fragancia de su presa.

La ballena jorobada permanecía cerca de la superficie, nadando en un majestuoso movimiento de arriba abajo, que impulsaban sus colosales *aletas* horizontales. A menudo, la hembra de cuarenta toneladas se abría, soltando un chorro elevado de aire húmedo antes de tragar una bocanada de aire por sus orificios nasales gemelos.

Gemidos y gritos evocativos resonaban bajo las olas, mientras la ballena se comunicaba consigo misma. Después de haber detectado el poderoso olor del cazador que se aproximaba, las ballenas se cerraron en fila, a la vez que las madres mantenían a sus ballenatos cerca de la superficie.

No pasó mucho tiempo antes de que el lobo entrara en la palestra para rodear en círculos a la manada. Las células sensoriales se estimulaban bajo el hocico del tiburón, que detectaba unos campos eléctricos débiles generados por los corazones palpitantes de las ballenas así como las olas que provocaba el movimiento de sus músculos. El cazador se dirigió rápidamente hacia el más joven, preparándose para atacar.

Olas de grasa pesada caían bajo el culpable hocico de la hembra. El cazador inexperto cambió de dirección y después se dirigió hacia la refriega. Empujando su hocico por la manada de bestias, el tiburón intentó clavar los dientes en la cría más cercana. La multitud se giró hacia el intruso, e intentó alejar al tiburón con cabezazos y aletazos poderosos de los lóbulos de sus aletas.

El *megalodon* se dio la vuelta, y empezó a realizar círculos de nuevo.

*Half Moon Bay Beach*  
18 millas al sur de San Francisco

Ken Berk acaba de terminar de colocar la tumbona para su mujer, Emily, que estaba ocupada aplicando pantalla solar a las caras y hombros de sus tres niños pequeños.

—Podéis jugar cerca del agua, pero no os metáis dentro —los avisó ella.

—Pero hace calor, mami —el más pequeño se quejaba.

—Papá irá con vosotros más tarde.

—Papá está leyendo el periódico —dijo Ken, acostándose en su tumbona—. Eh, chicos, mirad las ballenas en el agua.

A lo lejos, se veían los lomos de color gris oscuro que daban vueltas sobre la superficie agitada, a siete metros de la orilla.

El *megalodon* se acercaba otra vez, esta vez aproximándose por debajo de la manada dispersa. El cazador se dirigió a una de las crías y aceleró, empujando y haciéndose camino a través de un mar de espuma y de aletas que se batían. Incapaz de alcanzar al ballenato, el depredador frustrado clavó las mandíbulas sobre una aleta enorme de una ballena de treinta toneladas.

Cuando se alejó de la manada elevada, la ballena gimió retorciéndose en poderosas contorsiones para alcanzar a su cría que se había quedado flotando sola en la superficie.

El *megalodon* sacudió la cabeza como un perro que tira con fuerza del extremo de una cuerda, atravesando en unos segundos la aleta muscular de la ballena con sus dientes aserrados. La sangre brotó del apéndice mutilado. La ballena afligida se quejaba en su agonía. Propulsándose a sí misma con sus aletas del tamaño de canoas, la hembra adulta luchó por subir a la superficie, intentando acurrucarse junto a su cría

en aguas poco profundas, aunque en aquel momento estuviera desangrándose hasta la muerte.

El *megalodon* siguió el rastro de sangre. El cazador se inclinó hacia un lado, propulsándose por la superficie, después abrió la boca e inhaló el rastro de sangre en su garganta hasta alcanzar a clavar sus mandíbulas en lo que quedaba del lóbulo de la aleta.

Retorciéndose en espasmos de muerte, el mamífero moribundo dio bandazos hacia delante, empujando una y otra vez a su retoño hacia la orilla.

—Papá, ¿puedes cogerme también para acariciar a las ballenas?

La voz del niño sobresaltó a Ken de su siesta.

—¿Qué? Cariño, ¿qué has dicho?

—No es justo. Michael las está acariciando.

Ken se sentó para ver a su hijo de doce años caminando por el agua, que ya le llegaba a la altura del pecho.

—Oh, mierda. ¡Michael! ¡Michael, vuelve aquí ahora mismo!

Ken se metió corriendo en el océano y cogió al chico por la cintura.

—Papá, espera, el bebé está atrapado.

Ken observó cómo la criatura de cuatro metros luchaba por liberarse. La cabeza enorme de su madre estaba subiendo y bajando bajo él, como si intentara alcanzar a su cría.

Ken sintió el oleaje de la corriente tirando de sus piernas hacia dentro.

—Vale, Mike, hagamos un trato. Intentaré ayudarla, pero quiero que te quedes en la orilla con tu madre. —Ken llevó a su hijo hasta aguas poco profundas y tras darse la vuelta, caminó hasta tener el agua a la altura del pecho. Dubitativamente, se inclinó y tocó la aleta pectoral de la cría, mientras miraba a la ballena más grande, que se estiraba para alcanzar a su retorno, unos nueve metros por detrás.

Él tiró de la aleta, perdiendo rápidamente el equilibrio.

—¿Pero qué coño pretendo? No puedo hacer esto yo solo.

La madre levantó la cabeza, contorsionando la parte superior de su torso.

—¡Vale, lo estoy intentando! —Ken miró el enorme ojo marrón rojizo de la ballena. Puso ambas manos a los lados de la cabeza del animal y tiró, resbalándose mientras la corriente lo empujaba de nuevo.

Una mujer de veintidós años y sus dos compañeros se le unieron.

—Aguanta hombre, vamos a echarte una mano —juntos, empezaron a tirar de la ballena desde el fondo arenoso.

—Eh, tío, ¿estás sangrando?

—¿Cómo? —Ken miró su pecho, que estaba cubierto de sangre—. Oh, mierda...

—No, viene de la madre —señaló la mujer.

La gigantesca cabeza de la ballena se levantaba por el agua y dejaba escapar un

gemido profundo.

Detrás de la bestia, algo estaba agitando las aguas de la superficie, mandando grandes ondas de espuma en todas direcciones.

El *megalodon* culebreó por el fondo arenoso inclinado, estirándose para alcanzar a su presa. Contorsionándose de un lado a otro, había una aleta pectoral que abofeteaba las aguas, el cazador mordió el pedúnculo muscular sangrante de la ballena e intentó arrastrar dentro a la bestia, primero por la aleta, hacia el mar.

El pie de Ken resbalaba por el fondo a medida que la poderosa corriente lo arrastraba a aguas más profundas.

—Eh, hombre, ¿puedes ver si la joroba de la ballena está enganchada con algo?

—¿Su joroba? Querrás decir su aleta —dijo Ken. Con cautela, se movió a un lado de la ballena— no puedo ver una maldita cosa, la aleta está sumergida —sintiendo cómo el flujo del agua lo arrastraba, se zambulló hacia delante, nadando con fuerza contra la corriente mientras intentaba quedarse alejado de la joroba del adulto que se batía a tres metros tras él.

El *megalodon* registró las vibraciones de una nueva forma de vida. Liberando a la ballena, se agitó con violencia por la superficie, a seis metros del agua, con sus orificios nasales resoplando en la superficie como un toro enloquecido.

Ken miró hacia arriba para ver que los dos hombres abandonaban a la ballena, tirando de la mujer hacia aguas superficiales. En la playa, dos docenas de espectadores estaban haciéndole gestos con las manos frenéticamente. Vio a su mujer y oyó cómo gritaba.

Una ola de miedo le recorrió las entrañas.

Se dio la vuelta para mirar por encima del hombro, permitiendo que la corriente lo arrastrara hacia atrás otro metro y medio.

—Oh, Dios mío...

El anormal gran tiburón blanco empujaba su cabeza hacia delante, abriendo sus mandíbulas a tres metros tras él.

Ken se abalanzó hacia adelante y nadó contra la poderosa corriente.

La aleta en forma de hoz del *megalodon* golpeaba la superficie, su cabeza del tamaño de un garaje se contoneaba de un lado a otro.

Cansado, el hombre de cuarenta años en baja forma se vio forzado a descansar, apenas capaz de levantar los brazos. Mientras se arrastraba hacia atrás, su pie



izquierdo entró en contacto con algo que parecía papel de lija.

—Oh, mierda...

La adrenalina recorrió su cuerpo, Ken se sumergió hacia delante e intentó nadar con todas sus fuerzas, manteniendo la cabeza bajo el agua para poder trabajar mejor con la espalda, mientras se alejaba del hocico de la criatura. Nadando ciegamente, embistió la cabeza contra un lado de la ballena, jadeando mientras alcanzaba a respirar algo de aire. Empujando la ballena varada con los dos pies, se hizo más hacia delante, arreglándoselas para coger una ola.

Una par de brazos lo agarraron. Él nadó entre ellos, y continuó hasta que su pecho rascó el suelo literalmente. Entonces, se levantó, con el mundo que le daba vueltas, mientras entraba en la playa y caía rendido cerca de su mujer e hijos, que estaban sollozando.

La ballena adulta se levantaba sobre sus aletas, subiendo su cabeza sobre las olas. En el momento final de su vida, la bestia se las arregló para pregonar la llamada de la muerte, una exhalación agonizante de agua rosa.

Una multitud silenciosa de espectadores observaba con sobrecogimiento mientras la imponente aleta dorsal pálida se movía entre las manchas de espuma de color escarlata, zigzagueando en la superficie. El monstruoso tiburón se cerraba en la carcasa sumergida de su presa moribunda, con el lóbulo superior de su aleta expuesto en forma de luna creciente batiéndose violentamente, ahogando a la mutilada ballena con sus propias entrañas.

A Ken le dio un escalofrío, su corazón latía fuertemente mientras observaba cómo el mamífero torturado era remolcado hacia el océano, y cómo su cabeza desaparecía bajo un charco de sangre.

# MAL KARMA

*Monterrey, California*

Atracado en el embarcadero, un barco de investigación de cincuenta metros de eslora, el *William Beebe*, brillaba bajo el cielo despejado de la mañana, con sus tres cubiertas superiores llenas de actividad. Los técnicos en proa estaban ocupados montando una antena de comunicación por satélite elevadísima, de casi ocho metros de altura, diseñada para comunicarse con el SOSUS, la red de la marina de micrófonos submarinos. Unas señales de frecuencia baja emitidas por transmisor adherido a la piel del *megalodon* eran ya detectadas por el sistema de vigilancia de sonido submarino.

Viajando a través de cables de fibra óptica, los sonidos desembocaban en una distribución global de estaciones de proceso situadas a lo largo de la costa del Pacífico.

Con la antena en su lugar, las estaciones de funcionamiento podían transmitir la información acústica vía satélite a ordenadores a bordo del *William Beebe*, lo que permitía que la tripulación rastreara al animal en cualquier parte del mundo.

Jonas, con el brazo derecho colgando en cabestrillo y cojeando pesadamente, se dirigió lentamente por el muelle de madera. Le agradaba la sensación que le producía el sol de la mañana en su cara. Encontró de alguna manera relajante el graznido de las gaviotas y el crujido de los barcos bajo sus pies.

Mientras se acercaba a la nave, se dio cuenta de que una figura familiar se sentaba en uno de los bancos que daban al mar.

—¿Masao?

Sin mirar hacia arriba, el viejo japonés dio unos golpecitos en el banco, indicando a su yerno que tomara asiento.

Masao miró su pierna vendada.

—¿Por qué estás haciendo esto, Jonas? —le preguntó con una voz irritada y débil. Jonas se dio cuenta de que las manos de Masao estaban temblando.

—Creo que ambos conocemos la respuesta a eso.

Masao continuaba mirando el Pacífico.

—Hay mucho mal karma rodeando este viaje. Ya has mirado la cara de la muerte dos veces. Y yo ya he perdido un hijo a causa de ese monstruo. No quiero perder otro.

Jonas miró los ojos en forma de almendra del viejo hombre.

—Yo empecé esto y solo yo puedo hacer que termine.

—En tu cabeza, sé que crees que eso es cierto. Hay mucho odio en tu corazón para que puedas ver con claridad. No hay una razón por la que debas poner en peligro tu vida otra vez. Si no puedes pensar en ti mismo, entonces piensa en mi hija.

—Lo hago.

Miraron el sumergible monoplaza, el *Abyss-Glider-1*, como si estuviera recortado

en la cubierta de popa del barco. Aquella imagen hizo que el corazón de Jonas se acelerara. —¿Por qué está cargado a bordo?

—Celeste dice que el sumergible es necesario para asegurar que la criatura esté en los aparejos una vez que haya sido arponeada y drogada —Masao vio cómo una ola de miedo inundaba la cara de su yerno—. ¿Qué te pasa?

—Yo... no importa. No es nada.

—Cuéntamelo.

Jonas se frotó los ojos sanguinolentos.

—Las noches de terror que he estado teniendo... en muchas de ellas estoy pilotando el *Abyss-Glider* en el abismo.

Masao apretó la mano de Jonas.

—Terry me ha contado lo de tus sueños. Esa es la razón por lo que solo permitiría que el *AG-1* fuera cargado a bordo, no una mala versión de sumergible de grandes profundidades.

—Gracias.

—Aun así, no quiero que pilotes ese sumergible...

—No tiene que hacerlo —Celeste vino caminando por el muelle, acompañada por un hombre de unos cuarenta y tantos años—. Os presento a Richard Diefendorf, nuestro nuevo piloto del sumergible. Dief, este es Masao Tanaka y el Dr. Jonas Taylor.

—Eh, doctor, un verdadero placer conocerle —Diefendorf se puso el cigarro en la boca para poder estrechar la mano de Jonas.

Jonas no pudo evitar mirar la cabeza parcialmente calva del hombre, la cual revelaba un fresco baño de sol y una roncha como un puño.

—Richard ¿has pilotado alguna vez uno de esos sumergibles monoplaza?

—Eh, llámame Dief, todos mis amigos lo hacen. Sí, he pilotado el *Abyss-Glider* unas cuantas veces, pero nunca en aguas tan profundas como en las que tú lo has hecho. Celeste me ha dicho que este trabajo es bastante rutinario. Tengo curiosidad, ¿por qué me necesitáis?

Jonas alzó la vista para mirar a Celeste.

—No hay nada de rutina acerca de capturar a un tiburón de veintidós metros.

—No dejes que te inquiete, Dief —le dijo ella— la criatura estará drogada mucho antes de que te bajemos al agua.

—Si es tan fácil, ¿por qué no tener al Dr. Taylor?

—Necesitamos que el Dr. Taylor esté a bordo para coordinar la captura del tiburón —dijo Celeste, alisando los pelos cortos de color gris que se adherían a la cabeza calva de Dief—; además, Jonas está herido.

Un profundo tamborileo resonó en el agua. Miraron hacia arriba para ver a un pequeño helicóptero con verdes adornos dibujando círculos sobre la cubierta central del *William Beebe*.

—¿Es necesario que venga Mackreides? —preguntó Celeste.

—Necesitamos que Mac nos ayude a precisar la localización del *meg*.

—No te ofendas, Jonas, pero no confío en ese hombre. Preferiría mi propio helicóptero y piloto.

—Mac y yo somos un equipo. Si él no va, yo tampoco voy.

—De acuerdo, de acuerdo, simplemente vayamos ya a bordo —Celeste se alejó caminando hacia el barco; Dief la acompañaba.

Masao se puso de pie.

—Ojalá pudieras reconsiderarlo.

—Lo siento, Masao. Siento tantas cosas. Fue mi culpa que tuvieras que vender el Instituto a Singer.

—Déjalo. Nadie tiene la culpa. Ya que no atiendes a razones, ve y haz lo que tengas que hacer, simplemente ven de una pieza. Terry y yo te estaremos esperando.

Jonas empezó a decir algo, después se lo pensó mejor. Apretó el hombro del viejo hombre y se dirigió hacia el final del muelle.

Como la incorporación más reciente a la flota de Ciencia a Bordo del Instituto Oceanográfico Woods Hole, el *William Beebe* era un laboratorio flotante diseñado para un amplio rango de exploraciones de investigación oceánica. El barco estaba dividido en tres cubiertas superiores y tres cubiertas inferiores. Un mástil enorme se levantaba en el centro, sosteniendo luces, antenas de navegación, una cofa y el radar del barco. Bajo el mástil, ocupando la más pequeña de las terrazas superiores, se situaba la sala de operaciones y la cabina del piloto. Una cubierta más abajo estaba el hospedaje de los oficiales, seguidos por una tercera cubierta o cubierta principal que albergaba los camarotes y los laboratorios del barco. En la popa de la cubierta principal se levantaba un enorme marco en forma de A y un cabestrante diseñado para levantar y bajar equipo pesado por la borda. Dos balsas de goma motorizadas colgaban suspendidas a ambos lados del barco, junto con una red de cargo enorme. La red sería utilizada para remolcar al *megalodon* capturado hacia la laguna. Almacenes científicos, la cocina del barco, la enfermería y una enorme sala de máquinas ocupaban la mayor parte de las cubiertas inferiores.

Jonas, tras subir a bordo por la popa, se detuvo para observar un arpón de alta tecnología que estaba siendo subido a la cubierta. Cuando estuviera listo, la cabeza afilada del arpón se llenaría con una dosis masiva de tranquilizantes.

Dos de los oficiales del barco se le acercaron.

—Profesor Taylor, me llamo George Morgan y soy capitán del *William Beebe*. Este es mi primer oficial, Harry Moon. Harry tiene bastante experiencia con el SOSUS en Woods Hole.

Harry extendió la mano.

—Sé que ya ha pasado por esto antes. ¿Algún consejo que quiera compartir con nosotros?

—Sí, después de que le hayan clavado el arpón a la bestia, retire el barco tan lejos como pueda.

—¿Por qué? —preguntó Harry, tirando de un pelo gris de su ceja poblada.

—Las drogas hacen que la criatura reaccione primero con violencia. Atacó e inhabilitó el *Kiku*, que era mucho más grande que este barco.

—Eso es porque no tenían ni idea de lo que estaban haciendo —un hombre de *veintitantos* se les unió. Llevaba una camisa teñida, el pelo moreno le caía hasta los hombros, estirado hacia atrás, en una cola de caballo.

—Profesor Taylor, este es Mike Maren...

—Doctor Maren, si no te importa. Soy ictiólogo. Me impresiona, Taylor, realmente lo hace. Hace cuatro años disparó a un *Carcharodon megalodon* adulto, con dosis casi letales de ketamina y pentobarbital y se pregunta por qué el pez se puso hecho una furia con usted. Es increíble.

Jonas sintió cómo le hervía la sangre.

—Por entonces, nadie podía haber predicho cómo iba a reaccionar la criatura.

—Debería haber probado su brebaje antes en tiburones más pequeños o, como último recurso, haber contactado con nosotros en Woods Hole. Si lo hubiera hecho, le hubiéramos avisado contra el uso del pentobarbital. Es increíble cómo aquel cóctel químico suyo no acabó con el animal. En lugar de eso, desapareció prematuramente, permitiendo que el pez matara a unas cuantas personas inocentes más...

Jonas se hizo hacia delante, al tiempo que empujó a Maren con una mano hacia atrás.

—¿Tiene algún problema?

—Sí, tengo un problema con la estupidez del cobarde que...

Jonas cogió a Maren por el cuello de la camisa con ambas manos y lo levantó del suelo.

Fue necesario el esfuerzo combinado del capitán Morgan y de Harry Moon para que Jonas soltara al científico conmocionado, cuya camiseta teñida estaba ahora hecha jirones en las manos de su asaltante.

—¡Está loco, Taylor! —gritó Maren— y es peligroso. Fue su culpa que toda aquella gente muriera...

—Maren, largo de aquí —gritó el capitán.

Jonas señaló con un dedo amenazador a la cara del joven científico.

—Apártate de mi camino o te meteré un gancho por el culo y te utilizaré como cebo.

Mac se acercó al grupo mientras Maren se alejaba furtivamente hacia su laboratorio.

—Mierda. Parece que me he perdido toda la diversión.

—Quiero disculparme por el comportamiento de Maren —dijo el capitán Morgan— debería saber que es tan inteligente como detestable.

—Ha ideado un método para alimentar continuamente con medicación al

*megalodon*, una vez que lo hayamos arponeado —añadió Harry— es como un tubo gigante intravenoso, no tendremos que preocuparnos de que la criatura se despierte y la mezcla de drogas debería dormirle por un buen rato... sin los efectos secundarios de violencia que ha tenido que pasar usted.

—Maravilloso —dijo Jonas—. ¿Cuándo nos ponemos en marcha?

El capitán Morgan comprobó su reloj.

—En veinte minutos. Harry ¿podrías mostrarles los camarotes a los caballeros?

Jonas cogió sus muletas y siguió al primer oficial adentro.

# ATRAPADA

*Fosa de las Marianas*

Terry sintió los ojos de la tripulación del *Benthos* sobre ella, mientras se sentaba sola en una pequeña mesa para picotear en sus huevos en polvo. La excitación de estar a bordo se había transformado rápidamente en ansiedad y un sentimiento extraño de presentimiento.

Las profundidades no la asustaban. Era Benedict. El hombre había cambiado, su persona había llevado a cabo una completa metamorfosis sobrecogedora desde que habían llegado al abismo. Una monomanía había surgido de la nada, una maldad escondida liberada en los confines del *Benthos*. La rabia narcisista se volvía lentamente aliviada en sutil locura, una locura que ella estaba segura de que se veía alimentada por el verdadero propósito de Benedict de encontrarse en la fosa.

Terry sabía que había tropezado con algo vastamente más importante para Benedict cuando había invadido el laboratorio del *Goliath*. Aunque todavía no tenía ni idea de lo que significaba aquello, ahora se daba cuenta de que Benedict la había atraído mediante engaños hacia las profundidades. Él había puesto un cebo a la trampa y ella había picado, había entrado voluntariamente y, ahora, cada parte de su ser le decía que Benedict Singer pretendía mantenerla en cautividad.

El ruso se levantó delante de ella, con una sonrisa que pulía su cara consumida por el mar.

—Benedict quiere verte.

Terry reconoció la cicatriz que cruzaba la garganta del hombre. «El técnico ruso borracho a bordo del *Goliath*». Sintió un escalofrío.

—¿Dónde está?

—Yo te llevaré.

Su corazón latía con fuerza en su pecho. Se levantó, asintiendo al ruso para que se pusieran en marcha. Mientras él le daba la espalda, ella cogió un cuchillo de carne de su plato, deslizándolo con despreocupación en el bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros.

El ruso abrió una puerta hermética de la escalera de cámara, haciéndole señas para que entrara.

Se movió bajando los escalones. Ella empezó a descender el estrecho hueco de las escaleras, deteniéndose en la cubierta E. Él señaló hacia abajo con el dedo índice, sonriendo como si estuviera jugueteando con ella.

Salieron a la cubierta G, el nivel más bajo del *Benthos*. El ruso la llevó por un pasillo antiséptico y brillante. Benedict estaba esperándolos al final del pasillo.

—Ah, aquí está ella, un ángel en las profundidades del infierno. ¿Has dormido bien? —Los ojos esmeralda la miraban brillantes.

—Sí, gracias. De hecho, estoy ansiosa por volver a las grabaciones del sonar.

Todo parece estar en orden —mintió— justo como tú dijiste...

—Por supuesto, querida, pero primero, una breve distracción antes de que continúes tu trabajo en el ordenador —señaló la gruesa puerta de titanio que llevaba al hangar.

—¿Qué hay dentro? —preguntó ella, incapaz de disimular su miedo.

—¿Estás nerviosa por algo?

—No, es solo... bueno, ¿no lleva el hangar directamente hacia fuera?

Benedict sonrió al ruso y tradujo. Ambos hombres rieron.

—Ven conmigo —le dijo mientras abría la puerta.

El hangar era una habitación circular de dieciocho metros de largo y nueve de profundidad, su techo cóncavo se levantaba seis metros sobre el suelo en forma de bol.

A su derecha había otra puerta que llevaba a una pequeña sala de operaciones sellada con casi tres metros de titanio y portillas de vidrio de lexan. Moviéndose por la sala, Terry localizó dos entradas masivas construidas bajo el suelo del hangar, cada una de las cuales poseían aberturas de un metro y medio cubiertas por rejas de titanio. Una ráfaga de potentes conductos de aire se alineaba en el techo.

Benedict caminó por la habitación hacia una puerta inmensa de titanio.

—Ven aquí, Terry, quiero mostrarte algo.

Ella se le unió, consciente de que el ruso había entrado en la pequeña cabina de control.

—Toca esta puerta. Tiene casi dos metros de titanio de grosor, es fina como el papel en estas profundidades y todo eso nos separa de una muerte instantánea —presionó la cara contra el metal— ¿puedes sentir la presión tras ella? Está buscando, probando nuestra tecnología, el más mínimo desperfecto para explotar por él.

Benedict golpeó con la palma de la mano el titanio. Terry se sobresaltó. Él le sonrió, colocando un brazo pesado alrededor de su hombro, llevándola cerca de su boca.

—Mira aquí —le susurró, señalando el enrejado del suelo— con un golpecito en el interruptor, Sergei puede inundar esta habitación.

El ruso le devolvió la sonrisa desde detrás de la ventana de la sala de control.

—Tener un poder como ese sobre la vida, incluso por un momento, es como jugar a ser Dios, ¿no te parece? —Benedict podía sentir que temblaba. Él sonrió, relajando el apretón de su hombro, y se alejó—. *Quos Deus vult perdere prius dementat* —se murmuró a sí mismo— aquellos a los que Dios desea destruir primero los hace enloquecer.

Caminó hacia el final de la habitación donde una docena de robots UNIS se alineaban en hileras de cuatro.

—Las invenciones de tu padre, en fila india, como los niños pequeños, esperando subirse a bordo de un autobús de la escuela. Dame la mano —le dijo, cambiando su comportamiento.



Terry se unió a él. Utilizando una carretilla elevadora especialmente diseñada, aseguraron una de las barreras de titanio de más de un metro de ancho, tiraron de ella a través de la sala y la colocaron cerca de la puerta de hangar. Atando un adaptador hecho a medida al final de la broca, Benedict descorrió el sello hermético y presurizado de los robots como si estuviera quitando los tornillos para cambiar una rueda. Después de haber quitado los cerrojos, procedió a desatornillar la tapa de titanio de ocho centímetros, y la retiró para revelar el complejo funcionamiento interior del vacío mecanismo UNIS.

Benedict se movió a los lados del robot de aguas submarinas.

—¿Haces los honores?

Terry se inclinó dentro de la concha, localizando el panel de control principal y activó el mecanismo del sonar. Una vez que se hubiera enterrado en el lecho marino, el sumergible no tripulado para la recogida de información náutica empezaría a grabar y rastrear las alteraciones sísmicas de la fosa de las Marianas. Dispersando los robots de siete metros y medio a intervalos selectos, los japoneses podrían tener los datos de unos detectores sísmicos que le proporcionarían un sistema de aviso con la suficiente antelación para predecir y prepararse para terremotos en todo el archipiélago.

Benedict liberó la parte superior de los UNIS.

—Dejaremos el robot cerca de la puerta del hangar. El *Prometheus* lo extraerá de la sala inundada utilizando sus brazos mecánicos y después lo transportará a las coordenadas designadas. Yo me dirigiré hacia allí esta mañana con el sumergible. Te invitaría a venir, pero sé que estás impaciente por volver a tu trabajo.

Ella siguió a Benedict hacia la salida.

—Tengo una idea —le dijo— ¿por qué no nos observas extraer el UNIS desde dentro de la sala de control? Realmente es muy fascinante y estoy seguro de que Sergei apreciará tu compañía.

El pulso de Terry se aceleró.

—Puede que otra vez. El JAMSTEC realmente está esperando...

—Bobadas. *Carpe diem* —Benedict tiró de la pesada puerta de titanio de la sala de control, haciendo que se metiera dentro.

Sergei sonrió.

Benedict cerró la puerta hidráulica tras él y después salió de la sala. Terry observó cómo el ruso abría una gran válvula del panel de control, girándola una docena de veces con un movimiento en el sentido opuesto al de las agujas de reloj.

Al otro lado de la ventana de lexan, miles de litros de agua marina explotaban hacia arriba desde uno de los dos enrejados circulares del suelo del hangar. En unos minutos, toda la sala estaba llena de agua.

Sergei se dio la vuelta hacia ella. Con el hangar inundado, los dos estaban atrapados en la sala de control.

—Tenemos que esperar a que llegue el sumergible —dijo él sonriendo.

Terry intentó empezar una conversación.

—¿Cómo puede el *Benthos* drenar la habitación tan rápido? Tiene que poseer una cantidad ingente de energía para...

—El agua no se envía directamente hacia el mar. Desde la sala, es bombeada hacia presas pequeñas y después se saca fuera utilizando unas ramas hidráulicas situadas en la cubierta F —se desabrochó los pantalones— ya hemos hablado suficiente.

Ella sentía que el pulso le palpitaba en el cuello. Pasó la mano detrás de la espalda, empuñando el cuchillo de carne.

—Sergei, no...

Sergei se abalanzó sobre ella, cogiéndola por el pelo, tirando de su cara hacia la suya y enterrando su lengua dentro de su boca.

Terry le mordió con fuerza, saboreando su sangre. La escupió en su pecho y después, le dio una puñalada en la rodilla.

Sergei gritó, maldiciendo en ruso mientras caía agonizando sobre el suelo, la sangre salía del muslo y de la boca. Un cuchillo de caza caía sobre su mano.

Terry se lo arrebató.

—*Prometheus a sala de control del hangar, estamos en posición. Abra las puertas del hangar.*

Sergei la miró, con los ojos en llamas.

—Ábrelas —le dijo ella, blandiendo un cuchillo en cada mano.

Sergei se inclinó y giró dos veces a la derecha una pequeña llave. Una luz roja se encendió.

Las puertas del hangar empezaron a abrirse. Los muros de titanio dentro de la sala chirriaron.

Las brillantes luces del *Prometheus* iluminaron el interior del hangar inundado.

Un par de brazos mecánicos se extendieron desde el sumergible, cerrándose sobre el robot UNIS.

—*Tenemos el UNIS. Cierre las puertas del hangar y despresurice.*

Sergei seguía mirándola, sin moverse, poniendo a prueba su resolución.

—Hazlo.

—Que te jodan...

Terry hundió el acero del cuchillo de carne dentro del gemelo derecho del ruso, y lo sacó rápidamente. Sergei gritó de dolor, tirando de sus piernas heridas hacia él.

—¿Quieres más? La próxima vez iré en medio.

El ruso le escupió sangre. Entonces, se inclinó y cerró las puertas del hangar.

Mientras se sellaban, la luz roja se volvió verde.

—Ahora, vacía la sala.

El ruso tiró de sí mismo desde el suelo. Inclinado sobre el panel, cerró la ventilación abierta, activando otra serie de controles. Unas bombas que había en el suelo empezaron a drenar agua del compartimento del hangar, enviándola a una

docena de áreas de retención repartidas por todo el barco.

Terry y Sergei se miraron fijamente a los ojos durante todo el proceso.

Le pareció una eternidad el tiempo que tardó en drenarse la sala.

Terry se movió hacia delante, con un cuchillo firmemente en cada mano.

—La próxima vez que te acerques a mí, te reabriré esa herida que corre por tu garganta. ¿Me has entendido?

Sus ojos inyectados en sangre reflejaban el odio de su alma. Susurró una amenaza de muerte en ruso.

Terry sintió cómo flaqueaba su determinación. Activó la puerta de la sala de control y se retiró, después abrió la puerta que llevaba al pasillo exterior. Dirigiéndose a toda prisa hacia la escalera de cámara, subió corriendo los dos tramos de escaleras que llevaban a la cubierta E y rápidamente localizó su camarote. Se encerró en él y se sentó en su cama, con el cuerpo temblando por el miedo y la frustración.

Un sabor rancio le llenó la boca. Un indicio ligero de vodka, mezclado con sangre de la lengua del ruso.

Con arcadas, Terry corrió hacia el cuarto de baño.

Un golpe brusco en la puerta la despertó. Se sentó en la cama, con un dolor sordo en su sien izquierda. Comprobando el reloj, se sorprendió al ver que solo había dormido una hora. Escuchó de nuevo el golpe en la puerta.

«¿El ruso?».

Aquella idea hizo que el corazón le latiera con fuerza. Se inclinó sobre su bota y sacó el cuchillo de caza de Sergei.

—¿Quién es?

—Un amigo.

Terry abrió un poco la puerta y vio a un hombre negro fornido de unos cuarenta y pocos años. Estaba mirando a un lado y a otro del pasillo, parecía nervioso.

—No sé quién eres...

—Heath Williams. Jonas y yo estudiamos juntos en Scripps. Déjame entrar antes de que alguien me vea hablando contigo.

Ella se hizo hacia atrás, dejándole entrar.

—Estaba en la cocina cuando oí al ruso hablar de lo que había pasado entre vosotros. ¿Estás bien?

—Estaré mejor cuando salga de este maldito barco.

—Tu vida corre peligro. He venido para avisarte de que Sergei está hablando de matarte.

Terry se puso pálida.

—¿Dónde está el capitán? Tengo que decirle lo que ha pasado...

Heath negó con la cabeza.

—Eso no solucionará nada. Solamente llevo a bordo unas pocas semanas, pero por lo que he visto, te puedo decir que en el *Benthos*, las únicas leyes que cuentan son las de Benedict. Puede que tú y yo creamos que somos invitados, pero en lo que respecta a Benedict y a su tripulación, somos forasteros que no pertenecen a este sitio.

—Puedo imaginar eso.

—Es peor de lo que piensas. Hay una jerarquía entre los hombres. Sergei es uno de los miembros personales de Benedict, una de sus pirañas. Tienen acceso a todas las partes de este barco, especialmente a las bodegas protegidas de la cubierta G.

—Entonces, ¿no pasa nada si ese gilipollas de Sergei me viola?

—Violación, asesinato, todo vale aquí abajo. Y no esperes que Benedict se ponga de tu lado contra Sergei. De hecho, si fuera tú, ni siquiera le comentaría el incidente. No le des ninguna razón para pensar que puedes ir a la policía una vez que vuelvas a la superficie. Benedict se considera a sí mismo por encima de la ley. Para evitar meterse en líos, puede matarte incluso con sus propias manos.

Terry sintió náuseas.

—Mi padre sabe que estoy aquí abajo, el JAMSTEC también. Si no reciben mi informe en las próximas dos semanas, acabarán con el proyecto entero. Benedict no puede simplemente, no puede simplemente matarme.

—Puede y lo hará si te considera una amenaza.

Terry tomó una gran bocanada de aire, intentando calmarse. Se le ocurrió una idea.

—Heath, ¿has oído alguna vez la palabra «Tokamak»?

—No —le dijo él, echándole una mirada de suspicacia— ¿qué es Tokamak?

—No importa. Solo estoy asustada... creo que puede que tengas razón. ¿Qué debería hacer?

—Intenta mantener la calma. Tienes que volver a la superficie en seis días. Será difícil, pero tienes que evitar a Sergei.

—¿Y cómo demonios se supone que voy a hacer eso?

—Él intentará buscarte cuando estés sola, fuera de tu camarote. Hay ciertas zonas en las que no te atacará. La mayoría de los técnicos del centro de operaciones son hombres decentes, así que estarás a salvo mientras recojas la información que necesites. Intenta evitar la cocina, puede que te encuentres comiendo con un pequeño grupo y entonces, todo el mundo se levante y se vaya.

—¿Qué se supone que voy a hacer para comer?

—Mi laboratorio está al mismo nivel que la cocina. Te traeré comida después de que las pirañas hayan comido. Oh, y hagas lo que hagas, quédate alejada del nivel más bajo de los dos.

—¿Por qué?

—Sergei pasa la mayoría de su tiempo ahí, trabajando en las zonas de alta seguridad de la cubierta G.

—Vale. ¿Y qué pasa contigo? ¿Qué te ha traído a bordo del *Benthos*?

—Soy paleo-biólogo, como tu marido, excepto que mi área de especialización comprende reptiles marinos antiguos. Benedict me contactó en Scripps una semana antes de que el *Proteus* descendiera.

—¿Por qué?

—El lecho marino de la fosa se remonta a cientos de millones de años. Supongo que Benedict decidió que necesitaba a un paleo-biólogo a bordo para examinar los fósiles que su sumergible traiga durante el proceso de enterramiento de los UNIS.

Comprobó su reloj.

—Será mejor que me vaya.

—Heath, ¿qué se supone que voy a hacer una vez que mi informe para el JAMSTEC esté completo?

—Habla con Benedict. Quizás te permita ir con él a bordo del *Prometheus*. Al menos, estarás alejada de Sergei. Ahora mismo, te sugiero que te limpies y vuelvas a la estación de trabajo en el puente. Intenta actuar como si no hubiera pasado nada.

Heath abrió la puerta, y comprobó el pasillo.

—Terry, ¿tienes algún arma de algún tipo?

—El cuchillo de Sergei.

—Bien. Llévalo contigo siempre. Si te encuentras sola con el ruso, no dudes en utilizarlo.

Terry sintió cómo el nudo de miedo volvía a instalarse en su estómago.

—Heath, ¿qué crees, quiero decir, hasta cómo de lejos crees que llevará esto el ruso?

Heath le dedicó una mirada seria.

—Si tienes que hacerlo, mata a ese hijo de puta, porque una vez que te viole, será lo que haga contigo.

El puente, la sala de control y los ordenadores del barco estaban localizados todos en el nivel B. Alineados con los muros circulares del enorme cuarto oval estaban los ordenadores de navegación de alta tecnología y los aparatos electrónicos. Delante, una docena de estaciones de personal formaban un pequeño arco alrededor de la sala de mandos del capitán, en el centro de la cual se levantaba del suelo hasta el techo un mapa de batimetría digitalizado donde se subrayaba la topografía del cañón submarino. Unos monitores de televisión de circuito cerrado alineaban una pared, revelando imágenes de alta resolución tomadas de las cámaras que se asentaban en el casco del *Benthos*. Cerca de esos monitores estaba el timón, una estación de navegación que parecía el asiento del conductor de un automóvil con funciones mínimas. Un gran timón salía de la consola junto con varios pedales que controlaban la única hélice y el timón del barco. Cerca de este, había unos paneles de control de lastre y un sistema de comunicación, que enlazaba el *Benthos* con el *Goliath* a través

de un cable de fibra óptica. Ambos sistemas estaban monitorizados alrededor de un reloj por el vigía.

A la derecha de los controles de lastre había cuatro estaciones de sonar, los ojos del barco. Terry se sentó en una de ellas. Echando un vistazo a un disquete dentro del ordenador que había habían improvisado para la estación, escuchó por los auriculares, mientras formateaba otra serie de grabaciones de sonar desplegadas en la consola que había ante ella. Además de la acústica que venía de los auriculares, el monitor del sistema sonar B2Q5 le presentaba un gráfico visual de cualquier objeto que hubiera sido detectado por la zona convergente del sonar del *Benthos*.

Terry cerró los ojos. Por mucho que intentara relajarse, no podía dejar que le temblaran las manos. Su mente estaba abrumada con un pensamiento que la consumía: estaba atrapada en una prisión a prueba de escape con un celador loco que quería violarla y matarla.

Y el alcaide le había animado a hacerlo.

Cada respiración le traía el gusto ácido del estrés.

Abrió los ojos mientras el sonido de un objeto que se acercaba retumbaba en los auriculares. Una línea vertical representaba el objeto no identificado materializado en el monitor verde brillante. Las coordenadas numéricas indicaban el alcance del objeto que se dirigía al *Benthos*.

Dieciocho kilómetros. Escuchó una serie rápida de sonidos extraños... y entonces, la acústica simplemente desapareció.

«Qué coño...».

—Perdone —dijo ella dando un golpecito al hombro del operador del sonar, que estaba sentado cerca de ella— ¿puede ayudarme?

El técnico se quitó los auriculares y se dirigió con su silla hacia ella.

—¿Cuál es el problema?

Rebobinó en la grabación del sonar.

—¿Reconoce esto?

El técnico escuchó un momento y después se quitó los auriculares.

—Cuarenta y dos hercios. Es el *Proteus*.

—Eso es lo que yo pensaba. ¿Pero por qué desaparece su señal repentinamente?

—Según la fecha del catálogo del sonar, esta grabación se hizo justo antes de que el sumergible explotara. Sigue escuchando y lo oirás.

Terry observó el cronómetro digital de la pantalla en blanco. El hombre aguardó un momento y después volvió a su estación.

Siete minutos y cuarenta y siete segundos transcurrieron en silencio y, entonces, una reverberante detonación retumbó en sus oídos.

—No lo entiendo —dijo ella— ¿por qué ese espacio muerto antes de la explosión?

—El *Proteus* descendió a una zona complicada de chimeneas hidrotermales. Las pilas de minerales interfieren en ocasiones con las olas reflectoras de nuestro sonar,

limitando la zona de convergencia. El piloto probablemente chocó con la cabeza de una de las chimeneas y perdió la integridad del casco.

—De todas maneras, el *Proteus* era lo suficientemente fuerte como para haber dejado algún tipo de identificación. La grabación del sonar suena vacía.

El hombre se encogió de hombros, volviendo a meterse los auriculares en los oídos.

Terry miró hacia arriba a tiempo para captar las miradas de los otros hombres.

Ella rebobinó la cinta hacia la serie de sonidos extraños que ocurrían justo antes de que la grabación se hubiera vuelto en blanco. Luego, programó el ordenador para romper el registro en varios segmentos y poder analizar las pocas pistas que hubiera en la cinta. En lugar de completar su petición, la pantalla mostró una señal de aviso:

ESTE PROGRAMA HA EJECUTADO UNA FUNCIÓN NO PERMITIDA Y SE CERRARÁ.

Ella giró la silla hacia el técnico.

—Siento molestarle otra vez, pero mi terminal simplemente se ha cerrado y...

—Señorita, ¿es usted consciente de que el *Benthos* está ahora mismo siguiendo al *Prometheus* por la fosa y que es mi trabajo evitar que nos estrellamos con la pared del cañón? ¿O simplemente preferiría terminar como la tripulación del *Proteus*?

—Lo siento. Solo dígame, ¿es mi ordenador capaz de descomponer las grabaciones del sonar en pequeños trozos?

—No. Solo esta terminal o la que está a bordo del *Prometheus* puede llevar a cabo esa función. Ahora, por favor...

—De acuerdo, de acuerdo —volvió a su estación.

Terry quitó el disco y grabó los sonidos que aparecían en la grabación del sonar justo antes de aquel misterioso intervalo. Cuando hubo terminado, se metió despreocupadamente la grabación en la bota y después dejó el puente para volver a su camarote.

## MOMENTOS DIFÍCILES

*A bordo del William Beebe*

Jonas se levantó solo en la proa, observando los últimos rastros de la luz del sol oscurecerse en colores púrpura y violeta. El viento roció la niebla en su cara, aullando su sonido metálico y agudo mientras se deslizaba por la cubierta delantera.

La proa de fibra de vidrio chocaba contra olas de más de un metro mientras el barco se dirigía al norte por la costa de Oregón. Jonas inhaló el aire salado, secándose la humedad de sus cejas. Miró hacia el océano, hipnotizado por el increíble oleaje.

«Por qué razón he de temer cada cosa que me trae tanta alegría...».

Se sobresaltó al ver a Celeste de pie a su lado.

El viento azotaba su pelo rubio platino y presionaba el abrigo gris contra su figura. Ella se quedó en silencio, respetando su soledad.

Pasaron varios minutos. Observaron cómo el horizonte se volvía de un gris marengo.

Celeste se acercó, acurrucándose contra su pecho.

—Tengo frío.

Jonas empezó a poner el brazo sobre ella, y después lo pensó dos veces, así que lo retiró.

—Quizás deberías irte dentro.

—¿Te doy miedo Jonas?

—No confío en ti.

—Quizás no confías en ti mismo —se levantó delante de él, dándole la espalda al mar— es algo horrible vivir en el miedo, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

Ella se le acercó.

—Solo intento hablarte con sinceridad, Jonas. Sé que crees que soy una zorra conspiradora, pero hay otra parte en mí, y la verdad es que sirvo como amiga.

Jonas buscó en sus ojos de arpía. Ella se le acercó más. Él observó la carne de gallina bajo la parte superior de sus muslos desnudos.

—Quiero decirte algo muy personal, algo que nunca he mencionado a nadie antes.

—¿Por qué compartirlo conmigo?

—Porque creo que te sentirás identificado después de que oigas lo que tengo que decirte. ¿Cómo explico esto? Jonas, ¿te has sentido alguna vez atrapado por tu propio destino?

Jonas sintió cómo unas gotas frías de sudor le caían por las axilas.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres...? ¿Te sientes atrapada?

Ella dejó de mirar.

—No importa. Es una tontería. Olvídate de lo que he dicho.



Ella caminó, mientras se secaba los ojos.

—Celeste, espera, espera un segundo...

Ella se despidió y después corrió por la cubierta para desaparecer dentro del barco.

Jonas entró en la cocina quince minutos más tarde. Cogió una bandeja y cubiertos y se quedó en fila, tras media docena de hombres que esperaban a ser servidos.

El cocinero dejó caer medio pollo asado y algo de puré de patatas en su plato mientras Jonas se movía por la fila. Cogió una lata de refresco y una manzana, después se unió a Mac y a Richard Diefendorf en la mesa.

—¿Dónde has estado? —murmuró Mac, con la boca llena de comida.

—Solo disfrutando de la brisa de la noche. ¿Has visto a Celeste?

Mac terminó de tragar.

—No, no sabía que me tocara verla. Eh, mira. Dief aquí, trabaja para Singer.

—Pensaba que estabas en la Marina —le dijo Jonas.

—Serví en el sur de Carolina durante seis años —dijo Dief, señalando la protuberancia como un puño que tenía en el centro de lo que antes había sido el nacimiento del pelo—. Tuve un pequeño percance y recibí el alta médica. Después de irme, acepté un trabajo diseñando y probando sumergibles para una empresa privada en Santa Cruz. Benedict Singer compró la propiedad unos meses más tarde. Yo estuve en el equipo de diseño que construyó el *Benthos*. También fui el piloto que completó el examen de aguas superficiales a bordo del *Proteus*.

—¿El sumergible que bajó a la fosa de las Marianas?

—Ese mismo.

—¿Qué crees que le pasó? —preguntó Jonas.

—La GTI afirma que la explosión estuvo causada por un error del piloto, pero tengo mis dudas. Conocía al piloto. Otro hombre que trabajó en la Marina. De todas maneras, era un hombre demasiado cauteloso, simplemente el tipo de hombre que querrías maniobrando a diez kilómetros bajo el agua. Personalmente, creo que la GTI está ocultando algo.

—Entonces, ¿por qué trabajas ahora para ellos? —preguntó Jonas.

Dief sonrió.

—¿Qué puedo decir? Pagan bien, y necesito el dinero.

Harry Moon los divisó y cruzó la cocina.

—Señores, cuando sea posible, el capitán quisiera verlos en el puente.

El puente del *William Beebe*, localizado en la cubierta principal del barco, estaba dividido por dos compartimentos. Uno pequeño, de alguna manera como una desierta cabina de piloto en la sala de operaciones, que albergaba los ordenadores de alta

tecnología del barco y los equipos electrónicos.

El capitán Morgan se levantaba sobre la parte de arriba de una mesa fluorescente en el medio de la sala de operaciones. Examinaba un mapa de la costa noroeste.

—Profesor Taylor, caballeros, entren. Acabamos de recibir otra transmisión de su tiburón. Parece como si continuara hacia el norte por la costa.

—¿A qué distancia estamos? —preguntó Jonas.

El capitán se remitió al mapa.

—Esta es nuestra localización actual, dos millas al suroeste de Newport. Su pez se está acercando al cabo Lookout, aproximadamente a cuarenta y cinco millas náuticas al norte.

El Dr. Maren entró, bebiendo ruidosamente de su capuchino.

—Obviamente, está siguiendo a los cetáceos en su migración estival para alimentarse —dijo él— si la dejamos, nos llevará al mar de Bering.

El capitán Morgan miró a Jonas.

—¿Qué piensa usted, profesor?

—No lo sé. Hace cuatro años, predije que la madre de esa criatura seguiría el patrón de migración de invierno. En lugar de eso, terminamos perdiendo su pista durante varias semanas. No hay que olvidar que estamos rastreando a una hembra canalla en celo.

Maren puso los ojos en blanco.

—¿Tienes algún problema? —preguntó Jonas, sintiendo que su presión sanguínea aumentaba de nuevo.

—No, no, continúe, es realmente fascinante —dijo Maren sarcásticamente— solo tenga en cuenta que mientras nos da una conferencia, el *Carcharodon megalodon* está dirigiéndose hacia aguas pobladas.

—¿Qué sugiere usted que hagamos, Dr. Maren? —le preguntó el capitán Morgan.

—Parar al tiburón ahora, antes de que se mueva más lejos hacia el norte, o puede que nunca sobreviva al viaje de vuelta hacia la laguna, que por entonces será muy largo. He estudiado las transmisiones del SOSUS. El depredador ha estado alimentándose una vez cada treinta y seis o cuarenta y ocho horas y casi siempre por la noche. Si se ajusta a su horario, se alimentará otra vez esta noche, lo que nos da la oportunidad de cogerla por la mañana y capturarla aquí. —Maren señaló en el mapa con su dedo índice la boca del río Columbia, que dividía Oregon y Washington en mitad del océano Pacífico.

—Ese es el cabo Disappointment —dijo Jonas— no podías haber elegido un lugar más peligroso para intentar capturarla.

—Jonas tiene razón —dijo Mac— estamos hablando de olas que dan un castigo que no veas...

—Lo siento, ¿usted es? —preguntó Maren, obviamente molesto.

—Mr. Mackreides es el piloto del helicóptero —respondió el capitán.

—Bueno, piloto, solo para que lo sepa, yo no estoy jugando a *juegos de*

*suposición* como hace el profesor Taylor. Mis recomendaciones se basan en nuestros datos SOSUS y cálculos meticulosos que toman en cuenta cada dato de las velocidades medias de día y noche del depredador, distancias viajadas, patrones de alimentación, incluso el tiempo medio en el que le lleva acechar, matar y alimentarse de su presa. Y a diferencia de Taylor, aquí presente, no tengo interés alguno en intentar capturar a esa criatura cuando tenga hambre. Para cuando el *Carcharodon megalodon* alcance el cabo Disappointment, que se estima será entre las siete y las nueve de mañana por la mañana, debería estar bien alimentado y ligeramente aturdido.

—Ir tras el *meg* en esas aguas puede ser un error trágico —dijo Jonas.

—Puede que el profesor Taylor tenga razón —el capitán estuvo de acuerdo— los marineros llaman a la zona «el cementerio del Pacífico» y con razón. Hay un temporal que se mueve desde el oeste. Nos encontraremos con olas de cuatro y medio a cinco metros y medio de agua blanca impoluta.

—Capitán, estoy seguro de que el *William Beebe* es lo suficientemente grande para superar unas pocas olas.

Jonas sintió perder los nervios otra vez.

—Escucha, colega, lo que no estás tomando en cuenta es que Dief estará en el *Abyss-Glider*, intentando rodear con una red de cargo al *meg* en mares duros.

—Ya es suficiente, —dijo Maren— capitán, la GTI me contrató para organizar esta captura. Lo que no necesito es que un paleontólogo tímido y su piloto compinche me digan cómo hacer mi trabajo.

Jonas dio un paso amenazador hacia delante.

—¿Qué, estás amenazándome otra vez? Continúa, chico duro, golpéame. Pégame y te juro por Dios que te demandaré por todo lo que has hecho.

Jonas lo golpeó.

Maren se tropezó, cayendo hacia atrás y derramando el capuchino sobre el mapa de la mesa. Se levantó del suelo, con la sangre que le caía de la nariz.

—Ya es suficiente, profesor —gritó el capitán—. Dr. Maren ¿está usted bien?

—Todos ustedes son testigos —chirrió Maren, apretándose la nariz para detener la hemorragia.

—Demándame, pequeño bastardo. Toma cada cosa que he hecho...

Mac cogió a Jonas por un brazo, haciéndole señales a Dief para que le cogiera el otro.

—Vamos Jonas, vayamos a tomar el aire.

Mac y Dief lo llevaron por dos tramos de escaleras y dentro de la cubierta principal. Hicieron un corrillo bajo una de las balsas mientras grandes ráfagas de viento amenazaban con despedazar las camisas de sus cuerpos.

—Joder, Jonas, nunca te he visto tan arrogante. Deja de permitir que ese pequeño bastardo te provoque.

—No es solamente él, Mac. Siento como si estuviera perdiendo la razón.

—Estás cansado. Necesitas una buena noche de descanso.

—Sí, bueno, me temo que dormir...

Mac lo cogió por los hombros.

—Escúchame. Sabes lo que hay que hacer y lo harás. Una vez que lo hagas, las pesadillas terminarán. Entre tanto, deja que ese experto en peces fanfarrón haga su trabajo y capture al tiburón. Te pondrá al *meg* justo delante de ti, entonces veremos quién ríe...

—¡No! —Miró a Mac a los ojos, el viento aullando en sus oídos— Dief y tú... quiero que los dos salgáis de este barco.

—Para, tranquilo, tío...

—Mac, escúchame... nunca vamos a capturar a ese monstruo, ¿lo entiendes? Es demasiado grande. Hundirá este barco y matará a todos los que estén a bordo. Esta es mi batalla, no la vuestra. Quiero que os vayáis. Coge el helicóptero...

—Está vencido. Dief, cógelo del brazo, llevémoslo dentro.

—¡No me estás escuchando! —Jonas empujó a Dief.

Mac subyugó a su amigo, apuntalándolo contra el marco en forma de A.

—Ahora escúchame tú a mí. Estás cansado, ¿lo entiendes? Tu cerebro está frito y estás hablando como una colegiala. Así que te doy dos opciones. O vienes con nosotros y te emborrachas o voy a darte un puñetazo.

Jonas cerró los ojos.

—Mac, mi vida está ya condenada. Simplemente no quiero que vosotros muráis también.

—Qué jodidamente noble eres. —Mac cogió a Jonas por el brazo, y lo llevó dentro—. Ahora que oficialmente has bautizado esto como el *Viaje del Condenado*, creo que es hora de que nos emborrachemos.

Una cubierta más arriba, Celeste se erguía fuera del alcance de la vista, escuchando atentamente la conversación. Esperó a que se fueran antes de volver a su camarote.

# CABO DISAPPOINTMENT

*Cabo Disappointment*  
6:45 horas

Bajo un cielo gris de mañana, el barco de rescate de la Guarda Costera de los Estados Unidos, el *Chinook*, se dirigía de frente para encontrarse con otro muro de bravas aguas blancas de unos cuatro metros y medio. Con un traqueteo, la ola detuvo al barco en seco, levantando su proa mientras dejaba caer más de veinte toneladas de mar sobre la tripulación de cuatro miembros.

El Lugarteniente Eric *Big Daddy* Wisdom sonreía desde su posición de ventaja, detrás de la cabina, mientras observaba cómo los cadetes Geary y Richardson se sujetaban con toda sus fuerzas. Ambos hombres hacían su periodo de prácticas en el curso de rescate bajo condiciones atmosféricas adversas y fuertes oleajes de la Guardia Costera, que se enseñaba exclusivamente en el cabo Disappointment. Llevando cascos protectores y pesados equipos impermeables, los dos cadetes estaban enganchados a una barra de hierro montada tras la cabina abierta del piloto. Aquel día marcaba la primera iniciación de los dos aprendices a lo que Big Daddy llamaba *olas desafiantes* y la madre naturaleza estaba cooperando maravillosamente.

Alimentadas por fieros centros de tormenta del Pacífico, las feroces olas se levantaban alrededor de millas de océano abierto, viajando a menudo una semana o más antes de llegar a la costa noroeste. Cuando se acercaban al cabo Disappointment, aquellas poderosas olas se convertían en enormes muros de mar agitado, barriendo cualquier cosa que se pusiera en su camino. Más de dos mil barcos se habían hundido en el cabo Disappointment desde principios del 1800, haciendo de las aguas de las costas de Oregon y Washington, unas de las más bravías del mundo.

Big Daddy Wisdom se inclinó para gritarle a su piloto.

—Deacon, ¿cómo andamos?

—Viento a 31 nudos, 33 millas por hora. Aproximadamente a siete sobre la escala Beaufort.

—Perfecto. Llévanos algo más lejos. Le enseñaremos a nuestros chicos aquí un poco más de humildad y después los lanzaremos a Oscar.

Deacon le indicó con el pulgar hacia arriba que estaba de acuerdo, y después gritó.

—A estribor, a estribor, agarraos, ¡nos movemos! —La pared de agua blanca se estrelló contra el barco, levantándolo claramente sobre sí antes de enviar al barco a cuatro metros bajo el océano.

—Agarraos, críos, agarraos. Vienen dos más, frente negativo...

Geary y Richardson se agacharon rápidamente bajo la cabina del piloto mientras el *Chinook* se levantaba sobre la ola, con todo el casco expuesto a medio vuelo.

—¡Guau! ¡Sí! —gritaba Big Daddy mientras el barco se sumergía por proa en el

mar. Durante un momento aterrador, tenían el agua hasta la cintura, pero luego la nave se puso recta, oscilando de un lado a otro, como un corcho en un océano de espuma.

—Agarraos —gritó Deacon, luchando por alinear la proa antes del siguiente golpe. El piloto se secó la espuma de la cara, afirmándose a sí mismo contra el timón mientras otro muro ensordecedor de agua se aproximaba de frente.

El *megalodon* se movía vagamente por la termoclina, su aleta caudal apenas mantenía al pez por encima de la velocidad de pérdida. Con la boca ligeramente abierta, su mandíbula inferior descuidada temblaba reflexivamente mientras respiraba del mar, el cual entraba a través de su boca y agallas. Fragmentos de grasa de ballena colgaban de los huecos que se abrían entre los dientes en forma de sierra del depredador, todo lo que quedaba del elefante marino macho de tres toneladas y media que había devorado el tiburón solo unas horas antes. Saciado por el momento, el monstruo continuaba su expedición hacia el norte.

Bajo los dentículos dérmicos de la criatura, corriendo desde la cabeza hasta la cola alrededor de cada lado de su torso muscular, había un canal sensorial conocido como la línea lateral. Conectada con la superficie de la piel por pequeños tubos, este canal contenía células especiales llamadas neuromastas. Las variaciones de presión en el medio del depredador estimulaban miles de cilias en su increíblemente sensible detector de movimiento, que era capaz de registrar incluso el débil latido de corazón de un animal que estuviera moviéndose por el agua a millas de distancia.

El *megalodon* se mantenía en una acústica de vía navegable que resonaba con las vibraciones de mil ballenas migrando. Las manadas eran bien conscientes de que había un cazador cerca, simplemente como una manada de cebras sabe cuándo va a atacar el león. Pero los cetáceos podían también sentir que el depredador había comido recientemente y, por lo tanto, no atacaría a no ser que se le provocara. Aun así, le daban a la bestia un amplio espacio de maniobra, mientras las seguía al norte por la costa de Oregón.

A medida que el tiburón se movía pasando el cabo Disappointment, su línea lateral detectó un distinto tipo de movimiento en la superficie, uno demasiado importante como para ignorarlo. Excitado, interpretando las vibraciones de zarandeo del *Chinook* como un reto directo, el *megalodon* se desvió de su curso para responder.

—A la espera, capitán —el Dr. Maren avisaba desde su estación SOSUS.

Reajustó los auriculares para escuchar atentamente.

Jonas podía ver las gotas de sudor que caían de la frente del hombre.

—El escualo acaba de cambiar de curso. Ahora se está dirigiendo derecho hacia el este. Maldita sea. Su velocidad también ha aumentado. Algo tiene que haberla

asustado.

—O atraído su atención —dijo Jonas—. Capitán, ¿cómo de cerca estamos ahora?

—Solo a unas cinco millas, pero tendremos que variar el rumbo si el *megalodon* se mueve hacia aguas más superficiales. Harry, llévanos fuera de alta mar. Daremos la vuelta y nos acercaremos desde el oeste.

Maren miró hacia arriba, obviamente molesto.

—¿Es eso realmente necesario, capitán? Estamos tan cerca...

—La Guardia Costera informa de olas de cuatro metros y medio. No puedo arriesgarme a tomar esas olas de costado.

Jonas dejó la sala de operaciones y descendió dos tramos de escaleras, saliendo en la cubierta principal. Fue corriendo hacia la popa, donde un sumergible *AG-1* estaba siendo preparado por dos hombres de la tripulación. Mac y Dief estaban de pie, cerca de un enorme trozo de grasa de ballena suspendido desde la gran cubierta y levantado bien sujeto en la popa. Ellos lo saludaron mientras se acercaba.

—¿Cómo va tu cabeza? —preguntó Mac.

—Duele como un demonio. Siento haberme puesto así anoche.

—Olvídalo. ¿Dónde está tu pez?

—Moviéndose hacia la orilla. Cogeré el cebo para atraerla hacia arriba. ¿De dónde habéis sacado los restos de la ballena?

—La pescamos hace dos noches —dijo Dief, aspirando una calada de su cigarro—. Es todo lo que quedaba de los restos de una de sus comidas.

—¿Estás nervioso, Dief? —preguntó Jonas.

—Joder, sí —sonrió— ¿algunas últimas palabras como consejo?

—Sí, no vayas.

—Muchas gracias.

Mac le dio una palmada en la espalda a Dief.

—Estarás bien. Simplemente no entres en el agua hasta que nos pongamos en contacto contigo desde el helicóptero. Jonas, si no te importa, quiero estar en el aire antes de que esas olas golpeen el culo del *William Beebe*.

—Aguantad, chicos —gritaba Big Daddy.

El muro de agua blanca se estrelló contra la proa con el poder de un río enfurecido.

—¡Vale, cadete, tira a Oscar!

Geary se agachó y desabrochó el maniquí de entrenamiento de tamaño natural de su correa.

—Hombre por la borda, a estribor —gritó, lanzando a Oscar al mar.

—Preparaos —gritó Deacon— nos acercaremos cuando encontremos un hueco.

—Agarraos —dijo Big Daddy— ¡aquí viene la *crea viudas*!

Deacon condujo la proa del *Chinook* dentro de la barrera del agua, golpeando la

ola justo antes de que rompiera. El pequeño bote se catapultó sobre la ola, y aterrizó con brusquedad sobre babor. Por una décima de segundo, el piloto perdió el control, con las dos hélices escupiendo agua al aire. Y entonces, el barco se equilibró mientras las aspas ganaban un punto de apoyo en el mar.

Deacon divisó la siguiente ola que se aproximaba en el horizonte.

—Agarraos, voy a cambiar de dirección.

Giró bruscamente a estribor, señalando la proa al este contra la ola que venía.

—Ahí está Oscar —gritó Geary, señalando a proa.

—Richardson, mantente a la espera con el enganche del rescate —ordenó Big Daddy. Mirando sobre el travesaño, observó cómo la ola se acercaba apresuradamente hacia ellos desde atrás—. Más rápido, Richardson... vamos, vamos.

Richardson se inclinó sobre la borda y enganchó a Oscar, tirando de él hacia la borda justo cuando un torrente de océano de cuatro metros y medio se estrellaba contra el travesaño, haciéndole caer de espaldas.

—Maldita sea —dijo Big Daddy— ¿qué demonios le ha pasado a Oscar? —Sostuvo el maniquí hacia arriba, inspeccionando lo que quedaba de su torso superior.

—Dios, lugarteniente, parece como si algo le hubiera mordido, partiéndolo por la mitad.

—Oh, Dios santo... —el recuerdo de un gran tiburón blanco de veintidós metros alimentándose en la laguna Tanaka brillaba intermitentemente en su mente. Big Daddy había llevado a su familia a ver al monstruo, hacía solamente cuatro meses. Empezó a tener sudores fríos repentinamente, el miedo vencía a su mente—. Deacon, ¡sácanos de aquí ahora mismo!

Con un ruido sordo tremendo, la cabeza del *megalodon* golpeó el casco del *Chinook*, haciendo que cuatro de los canales de soporte se rompieran y que el barco se bamboleara de un lado a otro.

Deacon luchó por recuperar el control.

Big Daddy Wisdom miró hacia su izquierda, maldiciendo en voz alta mientras lo esquivaba.

La ola furiosa de cuatro metros se desplomó en la zona expuesta de babor, y empujó el barco hacia delante mientras se levantaba y después se daba la vuelta.

Big Daddy sintió que la respiración explotaba en su pecho mientras se arrastraba bajo el agua, con el rugido ensordecedor del océano sobre la cabeza, doblegando sus sentidos. Abrió los ojos para encontrarse sumergido, atrapado entre su arnés de seguridad, mientras una fuerza poderosa intentaba tirar de él, hacia fuera de la cubierta del *Chinook*, ahora del revés en el agua.

Tras localizar la línea de su arnés, tiró del clip de seguridad y se liberó.

Empujando y dejando atrás la cubierta invertida, salió a la superficie temblando de frío.

Deacon apareció un momento más tarde.

—Lugarteniente, detrás de ti...



Big Daddy se dio la vuelta para ver un casco naranja flotando en la superficie.

Nadó hasta Geary, que estaba levemente consciente, su chaleco salvavidas apenas mantenía su cabeza sobre el agua.

—Todavía está atado a su arnés —gritó Big Daddy a Deacon— necesito liberarlo antes de que golpee la siguiente ola. Encuentra a Richardson.

Deacon vio cómo otra ola se dirigía con rapidez hacia ellos. Agachó la cabeza y se zambulló.

El capitán de los guardias costeros intentó patear con fuerza para descender bajo el casco zozobrado, la fría agua se le clavaba en la piel, haciendo que cada momento resultara el doble de difícil. Agarrándose a la barandilla del barco, tiró de sí mismo hacia abajo otro metro y medio hasta que estuvo nivelado con la cubierta invertida.

Divisó a Richardson.

El cadete se había estrangulado con su propio arnés. Deacon observó los ojos abultados del cadáver, ahora balanceándose de un lado a otro contra la cubierta sumergida. La cara era una máscara helada de terror.

Un extraño resplandor le hizo mirar hacia abajo.

Deacon intentó gritar, expulsando el aire mientras sufría una crisis nerviosa.

Abrumado por el miedo del primer momento, pateó hacia arriba en embestidas enloquecidas, golpeándose con fuerza la cabeza contra la cubierta sumergida.

Ascendiendo verticalmente, el *megalodon* abrió su boca y lentamente desplumó a su pugnante víctima lejos del barco.

Deacon sintió cómo unos puñales se le clavaban en la rótula, tirando de él lejos del *Chinook*. Agarrándose a la barandilla, intentó sujetarse.

Con un chasquido agonizante, sus piernas se cortaron en la boca de aquel demonio.

El *Ángel de la Muerte* ascendió, estiró sus abismales mandíbulas hasta abrirlas completamente y masticó ruidosamente la parte superior del torso de Deacon y un metro de barandilla de aluminio.

Big Daddy sacudió a Geary hasta que el cadete gimió.

—Despiértate, hijo, ¡y agárrate! —Se sumergió en el agua, arrastrándose bajo la correa del arnés de seguridad de Geary. El cable lo llevó directamente hacia la barandilla de acero invertida. Cogió el clip de seguridad de Geary con sus dedos entumecidos y se estiró para desabrochar la línea.

Entonces, el terror más absoluto hizo que se le salieran los ojos de las órbitas.

Suspendido verticalmente, revoloteando directamente bajo el bote hundido había una criatura sombría y blanca, al menos dos veces más grande que el *Chinook*. La descomunal cabeza se movía de un lado a otro, con su gigantesca boca crujiendo los restos de los pedazos frescos de Deacon.

Big Daddy se apretó la nariz, reprimiendo la bilis ácida que emergía en su

garganta. Un brillo naranja reflejado desde arriba... el cadáver del ahogado Richardson.

Todavía asegurado al barco por su arnés, el cadete muerto se balanceaba de un lado a otro contra la cubierta sumergida.

El corazón de Wisdom latía como una bomba a punto de explotar.

Un ojo gris amenazador se fijó en él. En su locura febril, Big Daddy escuchaba la voz demoniaca de Angel hablándole, mientras sus mandíbulas temblorosas se abrían y cerraban. «Sí, Big Daddy, estaré contigo justo en un momento...».

A lo lejos, un ruido ensordecedor detuvo el discurso.

El *megalodon* ascendió hacia el cadáver flotante de Richardson.

Teniendo miedo de moverse, Big Daddy tragó saliva, sus pulmones estaban gritando por aire. El ruido que venía de arriba rugía como un tren de mercancías.

Luchando por mantener la respiración, cerró los ojos mientras aquella prodigiosa boca se cernía alrededor del cuerpo de Richardson.

Algo le vino a la mente. Abrió los ojos y, después, con mucho cuidado, desabrochó el arnés de Geary de la barandilla.

El globo ocular gris se volvió hacia él, registrando el movimiento.

Big Daddy envolvió precipitadamente el extremo liberado de la correa de Geary alrededor de su antebrazo y apretó los dientes, mientras el ojo lo buscaba.

Geary salió de su delirio para gritar cuando en el horizonte el rugido de un muro blanco de agua se desplomaba sobre él. Tragó aire y se sumergió instintivamente, siendo arrastrado bajo su correa.

Big Daddy se dio la vuelta, las acciones de Geary tiraban de él hacia arriba.

Centrándose en el movimiento, el *megalodon* se levantó majestuosamente hacia la fuente.

Paralizado por el miedo, Big Daddy solo podía observar cómo la boca de la criatura parecía bostezar ante él, estirándose bajo su cuerpo como un túnel. Una corriente tiró de él más cerca. Cerró los ojos.

A través de la visión borrosa, Geary vio el brillo albino. El miedo le hizo volver de nuevo a la superficie, su mente no era consciente del ruido de lo que lo acechaba fuera.

La ola golpeó al cadete, capturándolo en su torbellino arrollador.

Lanzado hacia arriba por el brazo en donde se había atado la cuerda del arnés de Geary, Big Daddy abrió los ojos, aterrorizado por las espantosas encías rosadas y la mandíbula superior que parecían sobresalir hacia él. El corazón del lugarteniente aprisionaba su pecho mientras la boca de casi tres metros se cerraba sobre el vacío del océano. Wisdom fue arrastrado literalmente fuera de las mandíbulas de la muerte por otra fuerza increíble de la naturaleza.

La ola arrastró a Geary y al rezagado Eric Wisdom a más de ciento ochenta

metros tierra adentro antes de liberarlos. Big Daddy salió a la superficie, con arcadas, gritaba y respiraba de forma acelerada, su alterada mente le había hecho perder la razón.

Algo lo agarró y pestañeó ciegamente; golpeó a Geary en la nariz provocándole una hemorragia.

—¡Lugarteniente! Lugarteniente, cálmese... —el cadete localizó la cuerda del chaleco salvavidas de Wisdom y tiró de él, inflando el traje naranja.

Big Daddy dejó de patear.

Geary vio el terror en los ojos del lugarteniente justo antes de que el hombre mayor perdiera la consciencia.

—Mac, a tu izquierda... veo algo flotando en la superficie —Jonas enfocó sus prismáticos en el objeto que se balanceaba en el mar mientras Mac se dirigía más cerca con el helicóptero—. Maldita sea, es el casco de un barco hundido —dijo Jonas — no veo ningún superviviente.

—Mandaré un mensaje por radio a la Guardia Costera —dijo Mac.

Otra ola poderosa lo golpeó y el casco desapareció bajo ella.

—Mac...

La ola había dado la vuelta al barco, colocándolo en su posición original.

Flotando en la parte de arriba, sobre la cubierta hundida y atado a la barandilla, había un cadáver humano medio comido y sangrando.

Mientras Jonas observaba, el *megalodon* subió a la superficie cerca de la barandilla, empujando con su hocico de un lado a otro, en un intento de cazar los restos que expelían sangre.

—Oh, Dios —agitándose con rabia, Jonas se inclinó fuera de la cabina del piloto y gritó—: ¡Escúchame! Voy a matarte, Angel.

Mac lo agarró por el codo y tiró de él hasta meterlo dentro, impresionado por la expresión de locura que se reflejaba en la cara de su amigo.

Jonas se giró para ver la aleta caudal chapoteando en la superficie mientras la criatura abandonaba la embarcación hundida.

—¿A dónde va? Se está dirigiendo hacia la orilla.

—Jonas, tranquilízate.

—Mac, vamos, muévete... dirígete hacia el este, ¡date prisa! Puede que haya alguien más allí.

Mac giró el helicóptero hacia la orilla.

Jonas observó las aguas de color verde grisáceas, mientras la sombra del helicóptero pasaba sobre una mancha de color marfil. Cogió los prismáticos y buscó en el mar.

—Mac, ahí —señaló un traje salvavidas de color naranja que hacía señales en la superficie y supo que el *megalodon* se dirigía hacia aquel mismo lugar.

Jonas se agachó en la parte trasera del helicóptero y se deslizó hacia la puerta del copiloto, con su pierna palpitándole por el esfuerzo.

—Aguantad —gritó el ex piloto de la Marina, volando a toda velocidad por delante de la pared de agua brava de cuatro metros y medio que lo perseguía. La aeronave descendió precariamente justo encima de la superficie.

Mac frenó con fuerza, casi arrojando a Jonas fuera de la zona del copiloto mientras daba la vuelta al helicóptero en un círculo cerrado para dar la cara al aluvión de agua que se acercaba.

—¡Mueve el culo, Jonas!

Jonas estaba ya preparado fuera de la puerta, ambos pies colocados inestablemente en el puntal de aterrizaje. Oyó el estruendoso ruido a su izquierda mientras cogía al lugarteniente desvanecido por el chaleco salvavidas, tirando de él a bordo, a medida que el otro hombre salía del agua. El cadete se lanzó, cogiendo la muñeca de Jonas con una mano, los puntales de aterrizaje con la otra, mientras un brillo estremecedor ascendía a su lado.

—Vamos —gritó Jonas.

Mac tiró bruscamente de la palanca, haciendo que la aeronave brincara hacia el cielo en el momento en que la cabeza de la criatura emergía bajo la superficie, con los ojos vueltos hacia atrás, y las mandíbulas completamente abiertas para engullir las piernas del cadete que colgaba.

Una ola colisionó contra la parte superior del torso del *megalodon*, llevando de nuevo a la bestia hacia el mar. Un río de espuma abofeteó a Jonas, y la mano del cadete resbaló de su muñeca.

Hubo un grito cuando el hombre joven se deslizó del puntal de aterrizaje.

Jonas observó cómo caía en picado a nueve metros del mar.

—¡Mac, lo hemos perdido! ¡Vuelve...! —Sujetó el arnés de rescate, metió las manos dentro y desenganchó el agarre de seguridad de la bovina del cable de acero. Al divisar el chaleco naranja, saltó.

—¡Maldita sea, Jonas! —gritó Mac.

Jonas se zambulló con los pies por delante en el frío Pacífico. Se hundió casi dos metros antes de que el cable casi le dislocara los hombros, después pataleó con fuerza hacia la superficie, los vendajes empapados de su pierna herida tiraban de él hacia abajo.

Geary pasó los brazos por el cuello de Jonas en un fuerte abrazo sofocante.

Jonas vio la aleta dorsal de Angel aparecer detrás del cadete. El resplandor del hocico rompió la superficie, dos orificios gigantes de la nariz destellaban mientras el pez resoplaba en el mar como un toro enloquecido.

El nudo magullado del cable de acero tiró de Jonas y de su pasajero hacia el aire, le quitó el aire del pecho y aplastó su caja torácica. El peso combinado de los dos hombres cortaba la piel alrededor las axilas, mientras el viento azotaba la tela.

Incapaz de activar el montacargas, Mac solamente pudo mirar cómo los dos

hombres colgaban impotentemente de doce metros de cable.

Un brillo atrajo la atención de Jonas.

Angel irrumpió, intentando enredar a su presa como hacía en la laguna. Jonas se vio a sí mismo mirando hacia abajo a su garganta abierta, mientras el hombre en sus brazos empezaba a deslizarse, escapándose de su sujeción.

Jonas clavó las yemas de los dedos en el chaleco salvavidas de Geary cuando el helicóptero se movió a una altitud superior.

El *megalodon* desapareció.

Unas lágrimas heladas nublaban la visión de Jonas mientras el viento las arrancaba de su cara. Sentía los brazos entumecidos. Apretó los ojos con fuerza, y luchó por mantener aquel peso.

Geary seguía escurriéndose, su cara se deslizaba por el pecho de Jonas.

Jonas se inclinó hacia delante, mordió el chaleco salvavidas del cadete y enrolló su pierna sana alrededor de la cintura del hombre en un vano intento de dejar que siguiera cayendo.

El frío viento aullaba en los oídos de Jonas. Escuchó al cadete susurrar.

—No puedo...

Parecían aminorar la velocidad y entonces, la cubierta del *William Beebe* apareció milagrosamente bajo sus piernas.

La tela se desgarró de los dientes de Jonas mientras el cuerpo laxo de Geary se deslizaba de sus manos. El cadete cayó seis metros sobre la cubierta principal. Jonas se desabrochó el nudo y cayó en un brinco sobre la cubierta unos segundos más tarde.

De espaldas al suelo, demasiado entumecido para moverse, Jonas miró hacia arriba, hacia el torbellino de cielos grises, escuchando cómo el helicóptero aterrizaba en algún lugar a su izquierda.

Unos pasos determinados atravesaban la cubierta abierta.

Una bonita cara emborronó el cielo, el pelo rubio azotado por el viento. Unas manos calientes se posaron en sus mejillas heladas... se abrieron unos labios suaves, presionando contra los suyos en un perfecto beso.

# MEDIACIÓN

*Fosa de las Marianas*

Terry se retorció en la cama llena de bultos, incapaz de adoptar una posición cómoda. Plegó la almohada por la mitad, apoyó la cabeza y miró a su puerta cerrada, respirando con dificultad, pues los latidos de su corazón y sus ideas perpetuas la mantenían despierta.

Por milésima vez, recordó las palabras de aviso de Heath. «Benedict se considera a sí mismo por encima de la ley. Para evitar meterse en líos, puede matarte».

Se sentó en la cama, con una respiración agitada.

«Estarás bien, solamente tienes que mantener la calma. Tres días más y estarás arriba. Cuatro días y estarás en casa. Abrazarás a Jonas y le dirás que lo sientes, que entiendes por lo que está pasando».

Por primera vez, Terry lo comprendió todo verdaderamente. Su marido vivía bajo un miedo constante, su mente estaba consumida por premoniciones de su propia muerte violenta. Lo que ella había despachado tan normalmente como espejismos paranoicos eran reales para él. Aislada en el *Benthos*, a merced de Benedict y su matón ruso, se dio cuenta solo en aquel momento de cómo de abrumador podía ser el miedo.

«Dios, lo echo de menos. Cómo he podido ser tan cruel...».

Saltó al oír el ruido de la puerta, cogiendo el cuchillo en una mano.

—¿Quién es?

—Benedict.

Ella deslizó el cuchillo de caza en la bota y abrió la puerta.

—¿Estabas durmiendo, querida?

—No, yo...

—Bien, ¿puedo entrar entonces? —Se abrió paso sin esperar su respuesta.

Benedict echó un rápido vistazo alrededor de su diminuta habitación y después la miró a los ojos.

—Pareces absolutamente agotada. ¿Estás bien?

—Solo cansada.

—Y quizás un poco estresada, imagino. Sí, he oído lo que ha pasado entre Sergei y tú y no puedes imaginarte cuánto lo siento.

Terry sintió cómo las lágrimas calientes le caían por la cara.

—¿Te ha hecho daño?

—Intentó... —recordó el aviso de Heath— no pasa nada. Está olvidado ya.

—¿Olvidado? ¿Por qué? Pareces realmente aterrada.

—Prefiero simplemente olvidar todo lo que pasó, suponiendo que me deje en paz.

—Bobadas. Informaré del él a las autoridades una vez que hayamos...

—¡No! —Lo cogió del brazo y justo después lo soltó—. No, déjalo así. Por

favor...

Benedict la miró con cautela.

—Como desees. Dime, ¿cómo está progresando tu trabajo? ¿Cuándo tendrás el informe preparado para entregarlo al JAMSTEC?

Ella dudó un momento.

—Todo parece coincidir con el primer informe del *Benthos*. Supongo que puedo terminarlo en un día o dos...

—Bien. Ahora siéntate, porque soy portador de malas noticias. Nuestro blanco *Ángel de la Muerte*, como la llamo yo, escapó hace días de la laguna.

«¡Jonas!» Terry sintió cómo palidecía.

—¿Cómo?

—Se abrió paso a empujones, a través de las puertas como un toro furioso. Tu valiente marido se hirió la pierna durante el incidente, pero se recuperará. Afortunadamente, la bestia fue etiquetada con un mecanismo de rastreo antes de desaparecer en el mar. Jonas y Celeste están ahora siguiéndole la pista en un intento de capturarla...

—Espera. ¿Jonas está con Celeste?

—Y trabajan bien en equipo, por lo que tengo oído. Los dos se han hecho inseparables. Pero estoy seguro de que tu matrimonio es sólido, *n'est pas*? —Benedict se detuvo, saboreando su expresión de dolor—. ¿Estás bien?

—Sí —Terry imaginó a Celeste pavoneando su figura de millón de dólares delante de su marido, arrastrando su camino hacia su corazón mediante artimañas y seducción. «Dios, odio a esa zorra».

—Puedo entender tu preocupación —dijo Benedict, leyéndole el pensamiento— Celeste posee una belleza que puede ser embriagadora para cualquier hombre.

—Da la casualidad de que confío plenamente en Jonas.

—Un hombre de virtud, ¿no es verdad? De todas maneras...

—¿Hay alguna cosa más?

—Solamente una invitación para que subas conmigo a bordo del *Prometheus*, una vez que hayas terminado tu informe para el JAMSTEC.

—Sí, me gustaría.

—Entonces será mejor que tengas una buena noche de descanso —Benedict se dio la vuelta para irse, pero se detuvo en la puerta— oh, casi lo olvidaba. El cuchillo del ruso.

El corazón de Terry se agitó.

—¿El cuchillo?

Los ojos de Benedict se convirtieron en un láser de color esmeralda.

—Sí, querida, el cuchillo. ¿Puedo quedármelo? —Terry dudaba.

—El cuchillo... ¡ahora! —le ordenó, con los ojos en llamas.

Terry se sobresaltó. Se inclinó sobre la bota y extrajo el arma.

—Y creo que cogiste un cuchillo de carne de la cocina.

Ella se miró los pies, impotente.

—¿Terry?

Sintiéndose como una colegiala castigada por su profesor, caminó hacia el escritorio, sacó el cuchillo de un cajón, y se lo dio.

—Gracias. Devolveré estos utensilios a su lugar de origen. Ahora duerme un poco.

La puerta se cerró tras él, haciendo un ruido sordo. Terry echó el pestillo y después se desplomó de cara sobre el colchón para confiar su frustración a su almohada.

Benedict siguió el pasillo principal de la cubierta E, hasta entrar en un ala mejor preparada que albergaba a sus empleados personales. Llegando al camarote de Sergei, entró sin llamar y, con un movimiento, arrojó el cuchillo de caza hacia el dormido ruso.

Sergei se levantó de la cama, con el golpe del cuchillo todavía resonando en el marco del cuadro que colgaba sobre su cabeza.

—Idiota, te dije que la asustaras, no que la mataras.

El ruso parecía pálido.

—Hice lo que me pediste. Me cogió por sorpresa. No esperaba que...

—El alcohol te ha hecho débil y negligente. Fue culpa tuya que la chica se infiltrara en el laboratorio a bordo del *Goliath* y, ahora, contra mis órdenes, ¿amenazas con matarla?

—Me dijiste que era mía...

—¡Será tuya solo cuando yo te lo diga! —gritó él, haciendo que su tono de voz encogiera al ruso. Benedict inhaló una bocanada de aire y recorrió con ambas palmas de las manos su suave cabeza, calmándose—. Sergei, escúchame atentamente. Nuestros contactos en Tokio han enviado un fax que dice que el barco de superficie *Neisushima* está preparado para zarpar. El barco remoto, *Kaiko*, fue visto cargado a bordo. No puedo permitirme que los japoneses metan las narices en nuestras gargantas. Necesito a la chica viva para que entregue su informe al JAMSTEC. Puede incluso resultar ser valiosísima como rehén llegada la hora en que Celeste llegue a coaccionar a Jonas Taylor para la información que requerimos de él.

Sergei sintió su voluntad doblegada bajo la mirada punzante de Benedict.

—Lo entiendo.

—Bien, porque no voy a explicarlo otra vez.

—¿Tuviste éxito hoy? —preguntó el ruso, intentando cambiar de tema.

—No, todavía estamos en la zona equivocada —dijo Benedict, echando un vistazo alrededor de la habitación. Caminó hacia el cuarto de baño y levantó la cubierta de la cisterna tras el inodoro. Metió la mano en el agua fría y sacó las botellas de vodka.

—*Nyet, nyet* —protestó Sergei— es por mis nervios. Benedict, por favor, no puedo tolerar las profundidades...



Benedict abrió el tapón y vació los contenidos de ambas botellas en el inodoro.

—Sergei, sé que tienes más de este veneno escondido en el *Benthos*. Presta mucha atención, amigo mío, o me encargará personalmente de arrojarte como comida al mismo Satán.

Benedict se fue. Caminó hacia las puertas dobles que aguardaban al final del pasillo y entró en su camarote. Tomó asiento bajo el escritorio de caoba, se encendió un cigarro, después cogió el teléfono y marcó el número del puente.

—Sí, capitán, por favor, póngase en contacto con el *Goliath* y dígales que me comuniquen con el *William Beebe*. Me gustaría hablar con Celeste ahora mismo.

## CONFESIONES ÍNTIMAS

—¡Jonas, levántate!

—¡Terry! —Todavía con la angustia de su pesadilla, Jonas saltó de la cama, la punzada de su pierna herida le golpeó instantáneamente hasta despertarlo. Gritó de dolor y después se tambaleó hacia la puerta del camarote y la abrió para Celeste.

—Jonas, ¿estás bien?

Jonas volvió a la cama, sin aliento.

Celeste se ajustó su bata blanca y se arrodilló a su lado, ofreciéndole un vistazo de su escote bronceado.

—Te oí gritar desde la otra habitación. ¿Estás bien? ¿Quieres algo de beber? ¿Agua?

—No —su pecho dejó de sentirse oprimido. Se dio cuenta de que solo llevaba puestos unos calzoncillos.

—¿Cómo de a menudo te despiertas gritando así?

Miró a través de sus ojos inyectados en sangre.

—Últimamente, casi cada noche.

—¿Estás seguro de que no quieres beber algo? Puedo hacerte una infusión.

—No, gracias. ¿Has oído algo más de los supervivientes de la Guardia Costera?

—El hombre que estaba consciente se pondrá bien. El cadete se rompió la pierna por la caída. Mackreides los ha llevado a los dos en helicóptero hasta el hospital local hace unas horas.

—¿Dónde está el tiburón?

—Se mueve hacia el norte otra vez por la costa. Maren dice que está aumentando su velocidad. El capitán y él están estableciendo un nuevo curso para cortarle el camino, si tenemos suerte antes de que vuelva a alimentarse otra vez.

—¿Alimentarse otra vez? Espera... —Jonas se frotó los ojos, intentando recordar con todas sus fuerzas— el barco hundido... había alguien más a bordo...

—Dos más —dijo Celeste— uno se ahogó. Angel se comió al otro.

—Maldita sea... —el recuerdo le volvía a la mente, la bilis subía a su garganta.

—¿Estás bien?

—¡No! —estalló, levantándose— ¿estás tú bien? ¿No te importa que dos personas más hayan muerto hoy porque esa criatura escapó de nuestras instalaciones? ¿Hay alguna parte dentro de ti que se sienta un poco responsable? Piénsalo, dos familias más destrozadas porque...

—Que te follen —le espetó— ¿quién demonios te crees que eres para criticarme? ¿Acaso mis lágrimas traerán de vuelta a los muertos? ¿Lo hará mi sentimiento de culpabilidad? Vine aquí porque mi habitación está al lado y te oí gritar, la próxima vez ni siquiera me molestaré.

Jonas la cogió del brazo mientras ella se dirigía hacia la puerta.

—Espera. Lo siento...

—Déjame en paz.

—Celeste, por favor... tengo el cerebro aturdido, dame un respiro.

Ella lo miró a los ojos. —Jonas, ya sabes, la otra noche, cuando estábamos juntos, solos en la cubierta, quería confiar en ti. Por primera vez, pensé aquí hay alguien que puede ser capaz de entender por lo que estoy pasando.

—Dime lo que ibas a contarme.

—Ahora no, no me apetece.

Jonas le puso una mano sobre el hombro.

—Celeste, no es una excusa, pero realmente estoy estresado. De veras que lo siento. Ahora ven aquí, la otra noche empezaste a contarme la razón por la que te sentías atrapada por tu propio destino. ¿Qué querías decir con todo aquello? Cuéntame, realmente me gustaría saberlo.

Ella se sentó en un sofá pequeño, subiendo ambos pies encima de los cojines.

—¿Cómo de bien conoces tú a Benedict Singer?

—He estado con él algunas pocas veces —Jonas se sentó enfrente de ella, con su pierna vendada sobre la cama— tengo la impresión de que le gusta llevar el control de todo.

—Control es un eufemismo. Benedict le gusta jugar a ser Dios. Busca almas desesperadas, gente que ha tocado fondo y, entonces, los recluta, para ponerlos a trabajar en su sociedad privada. Restablece los valores... sus valores. Ofrece salvación, pero siempre a un precio. La lealtad es una virtud que él pide, si ve que la pierde, utiliza el miedo para restablecerla. Una vez que Benedict te toma bajo su protección, te quedas ahí para toda la vida.

—¿Ocurre lo mismo contigo?

—Sí y no. Benedict sabe que no vivirá para siempre. Hace unos quince años, sufrió un accidente que no solo le dañó los ojos, sino que también lo dejó estéril. Como su protegida, soy lo más parecido a lo que nunca tendrá como heredero. Está haciendo que mi destino sea encargarme de su operación.

—¿Y te sientes atrapada por eso?

—No, nada de eso, de hecho, me encanta ejercer el poder, me gusta tanto como a Benedict. Pero tengo otro asunto que atender, uno que creo que puedes entender. Más que nada en el mundo, quiero vengar la muerte de mi madre.

—¿Sabes quién la asesinó?

—Sí y he estado obsesionada con matar a ese demonio desde que tengo uso de razón.

—Pero te has cohibido a ti misma.

—No era el momento de hacerlo. No quería echar a perder las cosas con Benedict.

—Entiendo que Benedict no lo apruebe.

—¿Lo aprobaría Benedict? —Una sonrisa traviesa se le dibujó en la cara—.

Benedict no tiene ningún problema con que yo mate a alguien, siempre y cuando sea bueno para el negocio. En el caso contrario, probablemente se opondría. Benedict y yo tenemos una relación extraña. Yo lo amo, pero todavía me acojona.

«De la misma manera que tú me acojonas a mí».

Celeste parecía haberle leído el pensamiento.

—¿He de entender que no lo apruebas tú?

—No es mi papel juzgarlo. Mi madre no es la que fue asesinada.

—Benedict diría que estoy alimentando una herida duradera en mi pecho. Estoy esperando el momento oportuno, acercándome a mi enemigo.

—Entonces, ¿vas a seguir adelante con ello?

—Algún día —apoyó la espalda contra el respaldo, colocando una pierna desnuda sobre el sofá en una posición seductora—. Lo que digo te asusta, ¿verdad? Bueno, al menos me enfrento a mis miedos en lugar de despertarme gritando cada noche.

Jonas sintió cómo el sudor frío emergía en su espalda. Se inclinó sobre la cama y cogió su camiseta, deslizándola por la cabeza.

—Ahora te toca a ti —dijo Celeste— quiero saber qué es realmente lo que te persigue. ¿Cuánto tiempo llevas teniendo esas pesadillas?

—Empezaron hace dos años aproximadamente, durante el juicio. Imagínate sentada en un tribunal, semana tras semana, teniendo que enfrentarte a los familiares vivos, padres y esposas y niños de gente inocente que ha tenido una muerte brutal, todo porque tú intentaste capturar a un tiburón.

—El juicio fue una farsa. Todo el mundo sabe que aquello transportó tu carrera a lo más alto.

—Quizás, pero la presión es abrumadora. Iba a casa y me quedaba despierto toda la noche, con el sentimiento de culpa comiéndome por dentro. En aquella época, Terry estaba embarazada. Habíamos estado tan emocionados, nuestro primer hijo y todo eso. Pero el estrés del juicio y la cobertura mediática realmente hicieron mella. Justo antes de que saliera el veredicto, el bebé murió en el vientre durante el octavo mes del embarazo.

—Lo siento.

—Las noches de terror vinieron justo después de eso. El psiquiatra diagnosticó trastorno por estrés postraumático, causado por unos sentimientos de culpa que se manifestaron durante el juicio. La medicación funcionó un tiempo, pero hace poco que los sueños han vuelto, esta vez peores que nunca. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que estaba sucediendo.

—No lo entiendo.

Jonas tomó un aliento profundo.

—Sé desde hace dos años que el retoño del *megalodon* estaba creciendo demasiado deprisa y sin control. Creo que las pesadillas eran mi subconsciente que me decía que moviera el culo e hiciera algo al respecto antes de que fuera demasiado tarde.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—Lo hice... o mejor dicho, escurrí el bulto. Se lo conté a Masao, avisándole de que un día la criatura escaparía, que necesitábamos encerrarla permanentemente en la laguna. Él estaba de acuerdo, pero sencillamente no teníamos los recursos para hacerlo. Después, sin venir a cuento, el juez nos golpeó con un suspenso y una orden de cese, cerrando el Instituto y congelando nuestros activos. No podíamos hacer nada que no fuera pagar abogados y alimentar al maldito tiburón. Era como si las autoridades quisieran que nos fuéramos a la bancarrota.

Jonas se levantó y cojeó hacia la portilla, abriéndola para tomar algo de aire fresco.

—La he cagado, Celeste, la he cagado tres veces. Primero, a bordo del *Seacliff*, después intentando capturar al *megalodon* en lugar de matarlo y, ahora, permitiendo que su retoño escape. ¿Cómo es ese dicho? Un cobarde muere mil veces, un hombre valiente una. Ese soy yo. Tenía que haber drenado la laguna y haber ahogado al *megalodon* hace dos años.

—¿Matar al *meg*? ¿Estás loco?

—Es una buena pregunta. Estoy empezando a planteármelo.

Ella se levantó, acercándose a él. Él pudo oler la fragancia de jazmín de su piel.

Él la miró, sintiendo cómo se excitaba mientras ella se quitaba la bata con despreocupación.

—Celeste, será mejor que te vayas.

Ella se le acercó un poco más.

—No tengo que hacerlo.

—Eres una mujer preciosa, pero estoy casado... felizmente casado.

—No pareces muy feliz.

—Tienes razón, pero amo a mi mujer. Ahora, por favor...

—Vale, pero todavía no has respondido a mi pregunta.

—¿Te refieres a lo de sentirse atrapado? —Cerró la portilla, distanciándose de ella—. Hace once años engañé a la muerte. Creo que se supone que debería haber muerto a bordo del *Seacliff*.

—Eso es una tontería. ¿Por qué dices algo así?

—Porque he visto mi muerte y tiene fecha. En mis sueños, desciendo a las profundidades del abismo en un modelo del *Abyss-Glider*. Angel aparece de entre la oscuridad y esta vez no puedo, no puedo escapar. Sé que parece una locura, pero estoy convencido de que es mi destino morir donde debería haberlo hecho hace años, en los recesos oscuros de la fosa.

# ALMAS GEMELAS

*Fosa de las Marianas*

Terry miraba a la pantalla del ordenador, releyendo por cuarta vez el informe y la información técnica que estaba considerando enviar por *e-mail* al Centro Japonés de Ciencia y Tecnología Marinas.

Para: Dr. Tsukamoto, Director del JAMSTEC

REF: Expediente MT-052201-023

Un examen minucioso de toda la información pertinente relativa al accidente del 22 de mayo en la fosa de las Marianas indica que ninguna otra nave o formas de vida depredadora estuvieron involucradas. Mi evaluación de las grabaciones del sonar de ambos barcos, el Benthos y la nave de superficie, Goliath, no muestra nada fuera de lo común acerca de la pérdida de la integridad del casco del sumergible Proteus (remítanse a las grabaciones del sonar adjuntas, ref.: #5/22.10:34.17 a ref.: #5/22.10:56.04).

En mi opinión, un error del piloto fue el responsable del accidente del sumergible, lo más probable es que fuera causado cuando el plano de estribor golpeó una chimenea hidrotermal (remítanse a las fotos adjuntas de los escombros).

Las Industrias Geo-Tech ya han empezado el proceso de restitución a petición de las familias de las cuatro víctimas. Rogamos que el despliegue de la serie UNIS obtenga su permiso para continuar y, a no ser que sea requerida más información, el Instituto Tanaka considerará cerrado el caso.

Terry Tanaka-Taylor

Vicepresidenta  
INSTITUTO OCEANOGRÁFICO TANAKA

Terry imprimió una copia de la carta para Benedict, después tecleó la dirección electrónica del JAMSTEC.

«Todo es mentira —pensó ella—, pero es la única manera de que Benedict me deje salir de este barco».

Manejando el ratón, mandó por *e-mail* su informe, a través del *Goliath*, a la sede del JAMSTEC.

Las campanas sonaron sin previo aviso. El vigía corrió hacia su estación y cogió la radio.

—Aquí vigía. Adelante, *Goliath*.

La matriz remolcada ha detectado cuatro bioformas moviéndose por el sur y sureste a lo largo de la fosa. Localización, 0-1-8, velocidad, justo por debajo de 12 nudos. Se dirige al *Prometheus*... 14,3 kilómetros y acercándose más deprisa.

A Terry se le aceleró el corazón. «Cuatro objetos aparecieron momentáneamente en las grabaciones del sonar del Benthos siete minutos antes de que el Proteus explotara.

Pero Jonas le había dicho que los megalodones no atacaban en manadas».

—Maldita sea —maldijo el capitán Hoppe, tomando su posición al lado de sus dos técnicos del sonar—. ¿A qué distancia está el *Prometheus*?

—A diecinueve kilómetros, señor.

—Vigía, póngase en contacto con el *Prometheus*. Infórmele de la situación y dígame que salga corriendo hacia aquí ya. Timón, adelante a toda máquina.

Terry sintió cómo la nave se inclinaba hacia delante, llegando a su máxima velocidad de cinco nudos.

—Capitán, el *Goliath* está informando de que los objetos han incrementado su velocidad a dieciocho nudos.

—Dios.

—Señor, el *Prometheus* ha cambiado de dirección. Tiempo estimado de llegada al *Benthos*, cuarenta y seis minutos. Este va a acercarse más, capitán.

«¿Este?». Terry vio cómo el hombre del sonar se secaba la ceja con la mano.

El capitán cogió el teléfono de la pared y habló en voz alta.

—Aquí el capitán. A todo el personal, prepárense para un ataque de emergencia. Esto no es un simulacro.

—Capitán, las bioformas acaban de entrar en el campo del sonar, ahora aparecen en mi pantalla.

El capitán se movió hacia la estación del sonar, maldiciendo hacia sus adentros.

—Maldita sea, le avisé a Benedict de no aventurarse demasiado lejos fuera de alcance...

Terry vio cómo cambiaba la expresión del hombre, de la frustración al miedo. Se dio la vuelta en su silla.

Sergei estaba de pie detrás de ella, con los ojos inyectados en sangre.

—¿Por qué está ella aquí? —Escupió.

Terry se sintió flaquear.

—Nos está ayudando con el sonar —mintió el capitán.

Sergei lo maldijo en ruso.

—Sergei —ordenó el capitán— te necesitan en la estación de ataque.

Terry sintió perder el equilibrio cuando el ruso la agarró del pelo por detrás. Le dieron arcadas al sentir el olor a alcohol de su aliento mientras apretaba la mejilla contra la suya, con su bigote arañándole la cara.

—Esta noche, terminaremos nuestros asuntos, ¿da?

Ella se contorsionó de un lado a otro y cayó al suelo cuando el capitán se le acercaba.

—Señor, fuera de mi puente, ¡ahora!

Sergei sonrió a Terry. Retorció los labios, haciendo un sonido parecido a un beso. Después, desapareció hacia abajo por el tubo de acceso.

—¿Está bien, señorita? —El capitán la ayudó a levantarse.

Ella asintió, incapaz de articular palabra. Se obligó a quedarse en la estación varios minutos, después atravesó el puente y se encerró en uno de los cuartos de baño.

Sus manos habían dejado de temblarle cuando volvió a la estación de sonar treinta

minutos más tarde. Ningún hombre de la tripulación la miró, mientras paseaba por la habitación.

—Capitán, las bioformas se han separado —informó el sonar.

El capitán se unió al vigía en la estación del sonar.

—Probablemente sintieran al *Benthos* y decidieron que era un poco demasiado grande como para meterse con él —sugirió el vigía.

—Puede que así sea. ¿A qué distancia estábamos del *Prometheus* cuando se separaron?

—Solo a un kilómetro, señor, pero la última velocidad registrada era de veintidós nudos. Sean lo que sean esas cosas, querían llegar al *Prometheus* antes de que lo hiciéramos nosotros.

—Estoy de acuerdo. Avísame cuando atraque el sumergible. —Se giró hacia Terry—: Señorita Taylor, ¿por qué no se une a mí arriba, en la sala de observación? Observaremos al *Prometheus* mientras llega.

Todavía un poco temblorosa, Terry siguió al capitán por la escalera del tubo de acceso hacia el nivel A. Cerró la puerta tras él y después se movió hacia la barra.

—¿Algo para beber?

Ella asintió.

Le sirvió un *whisky* y después activó el mecanismo para retractar la cúpula exterior de titanio.

Terry agotó el vaso mientras el corazón de la fosa de las Marianas se abría ante ella.

El *Benthos* se elevó majestuosamente a través del infierno como un dirigible abisal. En algún lugar más abajo, unas chimeneas hidrotermales no conocidas expulsaban nubes en forma de champiñón de humo azul negro de agua abrasadora rica en minerales, directamente hacia ellos desde los hornos del infierno. Enormes bancales de gusanos de tubo en forma de espagueti bailaban a través de las olas ondulantes del calor. Directamente hacia delante, un parche de mar resplandecía en un azul luminiscente, mientras un banco de medusas bioluminiscentes marinas se abrían camino a través del cañón.

Terry se levantó hipnotizada mientras una plétora de objetos rojos anaranjados y púrpuras de todo tamaño y forma imaginable flotaba pasando por la ventana.

El capitán señaló una figura fantasmal de color azul translúcido que parecía un patrón de salvapantallas más que una forma de vida.

—Esos se llaman *Kiyohimea*. Me dijeron que eran especies de ctenóforos llamados así por una princesa mítica japonesa. Son raros, ¿verdad?

—Son preciosos. ¿Y esos de ahí? —Terry preguntó, señalando una mancha trémula de color naranja brillante.

—Son herbívoros marinos. De hecho son translúcidos, pero las luces rojas del barco les dan un filtro de brillo naranja a sus mucosidades.

—Son maravillosos.



—Y peligrosos —dijo el capitán. Le llenó el vaso—. Sergei no es una persona con la que se pueda jugar, sobre todo cuando ha bebido. Estarás a salvo en el puente y en tus dependencias, pero no te aventures en la cubierta E. Lo siento. Ojalá hubiera algo más que pudiera hacer por ti para protegerte. Puede que yo sea el capitán, pero este es el barco de Benedict. Aquí abajo nos regimos por sus reglas.

Él miró hacia el abismo.

—Mira. Ahí viene el *Prometheus*.

Tras un resplandor de luces, apareció el sumergible blanco en forma de cigarro, contoneándose en un movimiento surrealista, a través de las densas nubes de humo ascendente. Observaron cómo descendía la nave bajo el *Benthos* y desaparecía del campo de visión. Unos momentos más tarde, un timbre metálico resonaba en el barco mientras el sumergible atracaba en su lugar.

—Capitán, esos objetos que perseguían al *Prometheus*, ¿atacaron también al *Proteus*?

—No lo sé. Sí, es posible.

—¿Posible? —Terry se colocó delante de él, forzándole a mirarla a los ojos.

—Mira, no sé lo que son, solamente sé que cazan en manadas.

—¿Por qué tiene Benedict tanta prisa por arriesgar su vida y la de los miembros de su tripulación? Sé que no es solo para desplegar los robots UNIS. ¿Cuál es la misión real? ¿Qué es lo que hay ahí fuera que es tan condenadamente importante?

«No se siente cómodo. Quiere hablar, pero está asustado».

—No es mi papel discutir nuestro...

—¿Asustando a nuestra invitada, capitán? —Se dieron la vuelta para mirar a Benedict subir por el tubo de acceso.

—Solamente estoy compartiendo mis opiniones.

Los ojos esmeraldas destellaron con una señal de aviso.

—*Quot homines, tot sententiae...* hay tantas opiniones como hombres. No permitas que las ideas de nuestro capitán hagan tambalear tu objetividad científica, querida.

—¿Qué era lo que iba detrás del *Prometheus*, Benedict?

Benedict parecía ignorarla, alejándose hasta detenerse de pie ante la ventana salediza, dándoles la espalda. Una criatura de casi dos metros, en forma de anguila salió a la vista. De color negro azabache, arrastraba su cuerpo alargado contra la cúpula justo encima de la cabeza de Benedict. Terry miró la criatura, que dejaba un bulbo iridiscente unido a su mandíbula inferior por una larga antena.

—Un pez dragón negro —dijo Benedict, moviendo sus dedos de un lado al otro del cristal. La criatura miraba su mano con sus ojos traslúcidos y después abría las mandíbulas en un ángulo de 180°, como si intentara morder la barrera, descubriendo una hilera de dientes como agujas.

Benedict parecía deleitarse con el espectáculo.

—Encantador, ¿verdad? ¿Todavía estamos en la Tierra, o hemos viajado a un

mundo alienígena? ¿Existe alguna diferencia? Como los astronautas futuristas, viajamos a través de un ambiente hostil, nos mantenemos vivos solamente en los frágiles confines de nuestra nave. Somos los verdaderos exploradores de nuestro siglo, profundizando en lo desconocido, enfrentándonos a la muerte en cada momento. Las siete millas de agua sobre nuestras cabezas pueden también ser siete años luz, eh, querida, ¿quién podría rescatarnos en una emergencia real?

Benedict, se dio la vuelta hacia Terry.

—Me has preguntado qué es lo que hay ahí fuera. Mi respuesta es: lo desconocido. Sabemos más de otros planetas que de esta parcela del océano que se ha mantenido sin variación durante cientos de años. Sí, Terry Taylor, hay formas de vida que no han sido descubiertas en este agujero del infierno. Algunas son preciosas, otras aterradoras, como nuestro capitán nos ha comentado, aunque todas han sobrevivido a los estragos del tiempo mientras se han quedado confinadas en este glorioso purgatorio. No puedo decirte lo que está ahí fuera, pero como científicos y exploradores, es nuestro deber y misión averiguarlo.

—¿Y cuántas vidas deben perderse en esa misión para conseguirlo? —preguntó Terry.

—Supongo que te refieres a las cuatro almas partidas que se perdieron en el *Proteus*. Creo que tu informe para el JAMSTEC indica que el barco explotó debido a un error del piloto.

—¿Y qué hay sobre esas formas de vida que han perseguido al *Prometheus*?

—¿Qué pasa con ellas?

—No juegues a trucos psicológicos conmigo, Benedict. Está más que claro que fuera lo que fuera lo que persiguió al *Prometheus* pudo haber acabado también con el *Proteus*.

—¿Y puedes probar eso?

Aquella pregunta la cogió con la guardia bajada.

—No, pero he sabido...

—¿Qué has sabido? ¿Qué formas de vida desconocidas pueden existir en el abismo y que pueden amenazar nuestras vidas? ¿No demostró ya eso tu marido hace años?

—Sí y esa es precisamente la razón por la que los Estados Unidos y Japón han dudado en permitir que otros grupos exploren la fosa. Si el JAMSTEC sospecha que la tripulación del *Proteus* fue asesinada...

—Estarán obligados a informar a los americanos, que ordenarían una investigación y retrasarían durante meses la misión —terminó Benedict—. Sabiendo lo que sabes ahora, ¿quieres cambiar tu informe?

—Yo... no, no quería decir que...

—Entonces, ¿qué pretendías decir?

Terry se frotó la frente.

—Supongo que lo que estoy diciendo es que no quiero que me mientan más.

—¿Que te mientan? ¿Me estás acusando de mentir?

—Sé que toda la tripulación a bordo del *Goliath* y el *Benthos* sabe que esas criaturas atacaron al *Proteus*. Creo que tú manipulaste las grabaciones del sonar para que yo proporcionara al JAMSTEC un informe limpio del accidente.

—Entonces, tú eres quien ha mentido.

—¿De qué estás hablando?

—¿Ves, querida? ¿Quién de nosotros está haciendo juegos psicológicos ahora? —Benedict se dio la vuelta para mirarla, sus ojos brillantes la hipnotizaban como los faros paralizan a los ciervos—. Si sospechas que las grabaciones del sonar han sido manipuladas, entonces has mentido al JAMSTEC. ¿Y sabes por qué lo has hecho?

—No —susurró ella.

—Porque el fin justifica los medios. Te guste o no, tú y yo estamos cortados por el mismo patrón. Dos exploradores, que han descendido al infierno para completar una misión, tu misión. Me preguntas cuántas vidas han de perderse y yo digo, tantas como sean necesarias. ¿Le preguntarías a un general al empezar una batalla cuántos hombres deben morir para asegurar una victoria? Los peligros de la guerra son inciertos. Sí, cuatro buenos soldados perecieron bajo nuestra custodia, pero ¿acaso no estamos nosotros aquí, arriesgando nuestras propias vidas, para que miles de personas más sobrevivan? *Pro bono público*, por el bien común. ¿No era ese el objetivo a la hora de crear el dispositivo UNIS?

—Hay una diferencia entre el riesgo aceptable y la temeridad —dijo el capitán Hoppe—, estás mandando al *Prometheus* demasiado lejos del *Benthos*.

Benedict le dedicó una mirada larga y severa al capitán.

—*Et tú*, ¿Breston? ¿Estás cuestionando mi juicio?

—Lo que cuestiono, señor, es su necesidad por completar una misión de seis meses en seis días. Lo que estoy discutiendo es su voluntad de poner en peligro a la tripulación.

Benedict se volvió hacia Terry y se encogió de hombros.

—Condenan lo que no entienden.

—Puede dirigirse a mí en latín, señor, pero todavía mantengo mi creencia en que está tomando riesgos innecesarios.

—Y usted, capitán, es un cobarde —le espetó Benedict— permite que sus emociones se reduzcan gradualmente en función de su personalidad hasta no quedar nada más que miedo. ¿Acaso Colón retrasó su viaje o volvió a España al escuchar los primeros susurros rebeldes de sus hombres? ¿Cancelaron Lewis y Clark su expedición después de haber visto el primer oso pardo? ¿Canceló la NASA el programa espacial cuanto perdieron siete vidas en el *Challenger*?

Se giró hacia Terry.

—Tú y yo somos exploradores. Empujamos hacia el límite y nos negamos a rendirnos a la desgracia, porque ambos sabemos que la desgracia favorece al audaz. No podemos traer de vuelta a los muertos, pero podemos rendirles honor con nuestros

triumfos. Sé que sientes eso en tu corazón, porque tu propio hermano murió en estas aguas, ¿no es así?

—Sí —susurró ella.

—Si todavía estuviera vivo, ¿le hubiera entrado el pánico a ese noble explorador a la primera señal de peligro o hubiera continuado el curso de la acción, incluso con más determinación que nunca?

—Hubiera continuado —susurró ella, con las lágrimas brotando de sus ojos.

—Como lo haría yo, y no permitiré que las muertes de nuestros compatriotas hayan sido en vano. Seguiremos adelante en lo desconocido, prepararemos nuestra mente y nuestro espíritu para enfrentarnos a los desafíos que nos esperan. ¿Estás conmigo señorita?

—Sí.

—Entonces, únete conmigo ahora. Capitán, ordene a la tripulación del *Prometheus* que regrese a bordo del sumergible inmediatamente.

—¿Tan pronto? Señor, al menos, permita que sean lo que sean esas formas de vida, estén lejos ahí fuera para desocupar el área.

—No, capitán. No permitiré ni que el hombre ni que la bestia dicten la agenda de mis asuntos. Aquel que no avanza pierde terreno. Hay mucho trabajo que hacer y ya estamos preparados para ir mucho más deprisa de nuestra agenda prevista.

—Pero señor...

Benedict se acercó al capitán, las narices de los dos hombres casi se tocaban.

—Tiene sus órdenes, capitán, —los ojos de color esmeralda destellaban la amenaza— vuelva a cuestionarme y me libraré de usted para siempre.

—Sí, señor.

Benedict se dio la vuelta para mirar a Terry y puso el brazo alrededor de ella.

—Ven conmigo, mi alma gemela —le dijo, llevándola hacia la escalera de cámara — lo desconocido nos espera.

# UN TERROR PROFUNDO

*Instituto Oceanográfico Tanaka*

Masao Tanaka se levantaba ante la ventana salediza de su oficina, sintiendo cómo la tensión volvía a aparecer a un lado de su cuello. Estrujado en su puño, estaba el fax que acaba de recibir del *Goliath*, informando de que su hija, contra sus propios deseos, había entrado en la fosa de las Marianas hacía ya casi una semana.

«¿Cómo he podido permitir que se quedara con Benedict?».

Se masajeó el cuello, mirando a través de las aguas de la superficie azul oscura del canal. Al final de la vía navegable, entre dos diques de hormigón, flotaba una enorme barcaza, encima de la cual se levantaba una grúa de construcción, que se erguía a treinta metros en el aire. Un grueso cable de acero seguía el estruendo de la grúa y desaparecía bajo el mar.

Una docena de reporteros locales y sus cámaras se habían concentrado a lo largo del dique y de las graderías del oeste. Dos nuevos helicópteros hacían círculos ruidosamente sobre sus cabezas.

Masao observaba cómo media docena de buceadores emergían del canal y trepaban a bordo de la barcaza. Unos momentos más tarde, el cable se tensaba mientras el torno hidráulico empezaba a retraerse desde el mar. Por un momento, parecía que el objeto sumergido había ganado la batalla. Entonces, una pared de acero se levantó majestuosamente fuera del mar, la sección inferior de la cual estaba irreconociblemente aplastada.

Masao miró la puerta destrozada del canal. Intentó imaginar los golpes sin descanso que la criatura había propinado antes de causar tal daño.

Sintiéndose mareado, volvió a su despacho y descansó la espalda en el respaldo de su silla. Una sensación extraña de entumecimiento empezó a correr por su brazo izquierdo. Sintió la dificultad al respirar.

Y entonces, un torno pareció clavársele en el pecho y se cayó en el suelo.

*Fosa de las Marianas*

Con las piernas temblando por la adrenalina y con los nervios a flor de piel, Terry se hizo camino a través de la sala presurizada para el atraque del *Benthos*, después cuidadosamente bajó una escalera y entró en el *Prometheus*. Benedict la siguió, poniendo una mano paternal en su hombro.

—Relájate, querida, estaremos bien. Ven, te encontraremos un asiento que tenga una ventana. Te invito a sentarte en el módulo de observación, pero Ivan Kron, nuestro experto en robots, necesita maniobrar con los brazos mecánicos para preparar una madriguera en el lecho marino que albergue al siguiente sistema UNIS.

Él la condujo a través del puente estrecho hacia una estación de ordenador situada

a un lado, a medio estribor del sumergible. Una ventana de quince centímetros hecha de lexan reforzado estaba a su derecha.

—Observa desde aquí, pero una vez más, no toques nada —la avisó Benedict.

La dejó para ir a hablar con el capitán del sumergible.

Terry sintió como si la espada de Damocles colgara sobre su cabeza. Miró las caras de la tripulación del *Prometheus*, y se sintió angustiada al ver tantas expresiones de miedo. Se dio cuenta de que muchos de aquellos hombres, como ella, simplemente habían sido llevados a bordo para realizar un trabajo. No eran soldados en una guerra ni habían firmado con la GTI un contrato que los obligara a arriesgar temerariamente sus vidas. Ahí estaban, sin embargo, a siete millas bajo el Pacífico, tan a merced de Benedict como las ovejas conducidas al matadero. Algo los esperaba ahí fuera, algo lo suficientemente grande como para destrozar al *Proteus*. Aun así, a pesar del peligro obvio, a pesar del hecho de que cuatro de sus compañeros ya hubieran muerto, ninguno daría un paso adelante para retar la decisión de Benedict.

Terry ahogó un grito mientras el sumergible era expulsado del puerto de atracada. Presionando la cara contra la ventana, miró en el abismo, con el corazón latiéndole furiosamente. ¿Por qué había permitido otra vez que Benedict la manipulara?

El sumergible se inclinó hacia delante. Terry se agarró a los reposabrazos de su silla. Un recuerdo distante vino flotando a su mente. Cerró los ojos y recordó los años pasados, cuando era adolescente, volando sola a bordo de una aerolínea comercial en medio de una tormenta. A más de treinta dos mil pies de altura, el Airbus se sacudía violentamente, incapaz de remontar encima de la tormenta. Cada brinco, cada descenso repentino en la altitud le había hecho cerrar los ojos con fuerza y agarrarse a uno de los reposabrazos de su asiento. Se había sentido impotente, sola y vulnerable, mientras ella y todos los que la rodeaban rezaban por que la frágil nave que los sostenía continuara haciendo su trabajo enfrentándose a la furia de la madre naturaleza. Sin previo aviso, un rayo golpeó el avión. Toda la energía se apagó, las luces de la cabina se extinguieron.

Durante un momento aterrador y surrealista, hubo un silencio absoluto. Y entonces, el avión cayó del cielo, precipitándose de cabeza, y Terry y los otros pasajeros gritaron y gritaron, esperando la muerte como esas ovejas impotentes... hasta que un poder más fuerte intervino y las máquinas se restablecieron milagrosamente. Habían pasado muchos años antes de que Terry hubiera podido subirse otra vez a bordo de un avión.

Cuando tenía veintiún años, Masao la obligó a tomar cursos de vuelo. Entendiendo la tecnología, llegó a superar el miedo, y había llegado a convertirse en una piloto sobresaliente.

Terry abrió los ojos, las gotas de sudor descendían por su cara. Casi veinte años antes, el recuerdo todavía la asaltaba. Se acordó de la fragancia del perfume de su padre mientras la abrazaba fuertemente en el aeropuerto. Escuchó el sonido de los pasajeros sollozando mientras sus seres queridos se despedían de ellos. Pero por

encima de todo, recordaba las expresiones de desesperación y terror en la cara de los pasajeros justo antes de que el avión cayera desde el cielo.

Terry se dio cuenta de que cada una de esas expresiones se reflejaba ahora en las caras de la tripulación del *Prometheus*.

Cuando se trataba del mar, Terry nunca había conocido el miedo. Como su hermano mayor, D.J., ella adoraba la adrenalina que corría por su cuerpo al pilotar un sumergible, cuanto más profundo, mejor. Una vez, de hecho, se había peleado con su padre para que le permitiera pilotar el AG-2 dentro de la fosa de las Marianas.

Ahora, todo había cambiado y, aun así, sentía lo mismo que hacía veinte años.

Una vez más se sintió impotente, un pasajero a bordo de una nave, pero esta vez, vulnerable en la profundidad, a más de diez kilómetros bajo la superficie.

—Lo siento, señorita, ¿le importa si aprieto aquí?

Terry abrió los ojos. Un hombre alto, delgado como una vara de unos *veintitantos* estaba inclinado sobre la estación de ordenador que había delante de ella.

—Lo siento —se levantó, permitiendo que el técnico tomara su asiento.

—Solo me llevará un minuto o dos —le dijo, arrancando el ordenador.

Ella miró por encima de su hombro a la pantalla que se encendía. Apareció un menú bajo el símbolo de la GTI. Escudriñó la lista...

«¡Tokamak!».

El menú desapareció cuando el técnico empezó a teclear varias órdenes, haciendo aparecer una carta de navegación. Copió varias coordenadas en un pequeño portapapeles y después apagó el ordenador.

—Gracias —le dijo, volviendo a su estación.

Terry se sentó otra vez, mirando el ordenador, y dejando momentáneamente que la curiosidad diera paso al miedo. Una idea salvaje se cruzaba en su cabeza. La descartó, dejándola a un lado para más tarde.

El sumergible incrementó la velocidad, moviéndose silenciosamente a través de la pared del cañón. Terry miraba por la ventana. A diferencia del *Benthos*, las luces externas del *Prometheus* apenas cortaban a través de las cortinas de oscuridad que rodeaban a la nave. Un parche apagado de luz salía bajo el barco para iluminar el lecho marino, revelando un paisaje de un color gris oscuro. Pasaron sobre un grupo de almejas, todas blancas como la nieve, dispuestas en grandes líneas en el fondo. De vez en cuando una cigala albina o un cangrejo podían verse escurrir por abajo, pareciendo casi traslúcidos con el resplandor.

Pero, al mirar en cualquier otra dirección, solamente veía una completa oscuridad.

Terry se sintió rara, como si el abismo estuviera atrapándola. Empezó a tener sudores fríos y sus manos temblaban sin poder controlarlas. Comenzó a respirar sofocadamente y, a punto de gritar, se dio la vuelta y se levantó para poner la cara justo bajo uno de los conductos de aire acondicionado.

—¿Te sientes un poco claustrofóbica? —le preguntó Benedict.

Ella negó con la cabeza.

—Yo... simplemente no puedo creer que de hecho hayamos permitido que Jonas y mi hermano viajaran hasta estas profundidades en un sumergible con capacidad para una sola persona.

—Ah, sí, el gran Jonas Taylor. Tu marido fue una vez un buen piloto. Vaya, las presiones combinadas con el abismo pueden poner los nervios de punta incluso al hombre más fuerte.

—Intenta enfrentarte a un gran tiburón blanco de dieciocho metros en estas aguas, y veremos cómo de ansioso te pondrás cuando tengas que sumergirte de nuevo...

Benedict sonrió.

—Parece que he tocado un tema muy delicado. Te aseguro que tengo el mayor de los respetos hacia el profesor Taylor, especialmente a la luz de su más reciente interés, mi protegida.

—¿Perdona? —Terry sintió cómo le hervía la sangre—. ¿Estás provocándome adrede?

—No lo entiendo —le dijo, aparentando ignorancia—. Celeste me ha informado de que tu matrimonio está acabado.

—Tu concubina está mal informada. Jonas y yo hemos tenido algunos problemas, pero los resolveremos.

—Por supuesto que lo haréis. Estoy seguro de que su nueva relación con tu marido es puramente platónica.

—Como ya te dije en una ocasión, confío plenamente en Jonas. Sé que me quiere...

—No es necesario que me convenzas. El matrimonio puede ser una sociedad complicada de mantener, sobre todo cuando te enfrentas al tipo de estrés que vosotros dos habéis tenido que pasar. No hay duda de que los últimos años han sido difíciles. Por lo que recuerdo, diste a luz a un niño muerto. Una experiencia trágica que deja huella incluso en los matrimonios más sólidos, creo. Un dolor así simplemente no desaparece nunca, ¿verdad querida?

Terry agarró la barandilla que tenía sobre la cabeza, los nudillos de sus manos se volvieron blancos por el esfuerzo. Se acordó de la imagen en la que ella miraba la cara del doctor mientras le informaba, cuatro semanas antes de la fecha prevista, de que su bebé había muerto en el vientre materno. Jonas se había consumido por la culpa, acusándose a sí mismo por el daño emocional que le había hecho pasar a ella. Y Terry no había hecho otra cosa que desahogar su dolor sobre él.

Se concentró en los extraños ojos de color esmeralda de Benedict, intentando hacer lo posible para controlar la creciente oleada de emociones.

Benedict se le acercó.

—Ya sabes, algunas mujeres simplemente no pueden tener descendencia. Mi propia madre, por ejemplo, murió al darme a luz. Es un milagro que durara tanto tiempo. Estoy seguro de que a Jonas se le partió el corazón por tu incapacidad de llevar a cabo el embarazo —sonrió—. Ahora Celeste, por otro lado, tiene una fuerza



interna...

—Para, por favor...

—... un día concebirá niños, de eso estoy seguro.

Ella sintió que perdía el control, el cansancio estaba acabando con sus nervios.

Las lágrimas le cayeron por la cara.

—Ah, pero yo envidio al hombre que la reclama como suya. Ella es un trofeo, a diferencia de cualquier mujer que he...

—¡Cierra la puta boca! —le gritó ella. Todas las cabezas se giraron y clavaron los ojos en ella como si estuviera en cueros delante de ellos.

Una mirada triunfante apareció en los ojos de Benedict, las esquinas de su perilla temblaban levemente mientras borraba la sonrisa de la boca.

—Señor —interrumpió el capitán—, hemos alcanzado la localización que estuvimos obligados a abandonar antes.

Los ojos de Benedict seguían desenmarañando la determinación de Terry.

—Entonces, tendremos que continuar excavando la localización para la siguiente unidad UNIS —le propuso a ella, como si nada hubiera pasado.

«Dios te maldiga, Benedict...».

—La tripulación del *Prometheus* espera sus órdenes, *Taylor-sama*.

—Háganlo —espetó ella, abriéndose paso de un empujón y moviéndose hacia estribor. Localizó el cuarto de baño y se encerró dentro.

Pasaron diez minutos antes de que lograra calmarse. Miró su reflejo en el diminuto cuadrado de espejo colgado en la pared del desértico cuarto de baño. Las lágrimas habían dejado sus ojos de forma de almendra rojos e hinchados, su pelo de color negro azabache despeinado, el vello pegado a la frente a causa de la transpiración.

Terry sintió cómo la nave resonaba bajo sus pies a medida que el *Prometheus* empezaba a preparar el hueco en el lecho marino.

«De acuerdo, amiga —se dijo en voz alta— es hora de que te hagas más fuerte. A partir de ahora, eres como la piedra. Nada va a influirte más, nada. Benedict y el cabrón de su ruso pueden irse a la mierda».

Terry se lavó la cara y después recogió su pelo en un apretado moño. Un gran armario de aluminio de más de dos metros se levantaba sobre sus pies. Lo abrió, sacó un rollo de papel y se secó la cara. Después salió del cuarto de baño y en lugar de regresar a su asiento, se dirigió al módulo de observación.

Ivan Kron, uno de los miembros del personal privado de Benedict, estaba sentado en el módulo esférico, manipulando los brazos electrónicos. Terry pudo ver un largo tubo de titanio que salía de algún sitio bajo el sumergible, corriendo hacia el lecho marino a tres metros más abajo.

—¿Qué es eso? ¿Una aspiradora? —preguntó Terry.

El técnico la ignoró.

—Eh, colega, ¿estás sordo o qué?

El hombre miró hacia arriba, con una rabia que le quemaba los ojos.

Benedict se unió a ella.

—¿Hay algún problema?

—Parece que tu hombre ahí abajo no quiere contestar a mis preguntas. Ya que sigo siendo la delegada del Instituto Tanaka, creo que tengo derecho a preguntar qué está pasando.

Benedict sonrió a la repentina muestra de fuerza de la chica.

—Pero, por supuesto. ¿Qué te gustaría saber?

—Parece como si este tubo estuviera aspirando el sedimento del fondo.

—Eso es. Como sabes, cada uno de nuestros robots UNIS debe ser enterrado en el suelo de la fosa para monitorizar la actividad sísmica. La aspiradora es infinitamente más eficiente para completar esa tarea que los brazos mecánicos del sumergible...

Un ruido metálico inundó sus oídos cuando el *Prometheus* fue sacudido hacia un lado.

—Informe —ordenó el capitán.

—Nada en el sonar...

—Las máquinas todavía están en línea, capitán.

—Ha sido la aspiradora —gritó Ivan desde su módulo— hemos dado con algo que está enterrado en la arena. Es pesado.

—¿Puedes liberarnos? —preguntó el capitán.

—No sin desgarrar la aspiradora.

—Lo que no es la opción más adecuada —dijo Benedict—. Ivan, si nos acercamos algo más, ¿puedes extraer este objeto utilizando los robots?

—Lo intentaré.

El *Prometheus* descendió más de un metro hacia el lecho marino. Ivan extendió los dos brazos del sumergible, y clavó las tenazas en el lecho marino como si fuera un cangrejo gigante.

El ruido hizo crujir el barco y el eco resonó contra la pared del cañón.

La criatura reptil de catorce metros revoloteó a lo largo del lecho marino oscuro mientras sus crías perseguían a su presa en su dirección. Notando el movimiento, la gran hembra cerró sus ojos luminosos para disimular su presencia.

El calamar gigante nadaba en su campo, con sus ocho fuertes brazos y sus dos tentáculos que salían hacia fuera como si buscara a tientas en la oscuridad.

Con una carrera descendente sincronizada de sus cuatro apéndices, la gran hembra se inclinó hacia arriba y golpeó sus mandíbulas planas sobre el manto en forma de flecha que era su presa. Inmediatamente, los tentáculos del calamar de dos toneladas se enrollaron sobre su gran asaltante, sus ventosas y aros como dientes desgarraron al escamoso reptil hasta esconderlo. Empezaba la lucha entre la vida y la muerte, dos titanes contoneándose el uno sobre el otro.

Pero *Architeuthis* no era adversario para la gran hembra, cuyos dientes, del tamaño de los de un *Tiranosaurio Rex*, desgarraban la vida del gigante calamar en un abrazo demoledor.

Las tres pequeñas criaturas aparecieron rápidamente devorando lo poco que quedaba de los restos de la carcasa.

Con una serie de tentáculos todavía colgando de su boca, la gran hembra se detuvo a medio mordisco. Unas vibraciones familiares la llamaban por señales desde la oscuridad de delante.

Al terminar su comida, la bestia de quince toneladas se deslizó por delante de la manada, con su camada cayendo en formación detrás de ella.

Después de casi treinta minutos, Ivan había delineado un surco alrededor del misterioso objeto, midiendo casi dos metros y medio de largo y metro y medio de ancho. Todavía, no había manera de decir cómo de profundo estaba enterrado aquel objeto.

Terry vio cómo saltaba el operador de radio. Observó que la cara de aquel hombre se volvía pálida.

—Capitán, el *Benthos* informa de una bioforma no identificada dirigiéndose hacia nuestra posición.

Todo se paró. Todo el mundo miró a Benedict.

—¿A qué distancia está? —dijo el capitán.

—Cinco kilómetros derecho al oeste y acercándose con rapidez. Tiempo estimado de llegada... diecinueve minutos. El *Benthos* está a treinta minutos al sureste...

—Siga excavando —ordenó Benedict— no podemos y no desgarraremos la aspiradora.

La tripulación dejó de mirar a Benedict para concentrarse en el capitán.

—Ya han oído las órdenes de Mr. Singer —gritó el capitán—. Sonar, háganos saber cuándo aparecen esas formas de vida en la pantalla. Vigía, avise al *Benthos* de que...

—Capitán, hay cuatro objetos ahora en mi pantalla —gritó el sonar— el ordenador indica que las formas de vida son... Dios, miden la mitad del *Prometheus*. Señor, han incrementado la velocidad, el tiempo estimado de llegada es ahora de catorce minutos.

El capitán se dio la vuelta para mirar a Benedict.

—Señor, tenemos que abandonar la aspiradora...

—¿Sufre de pérdida auditiva, capitán?

—No, señor.

—¿Quizás haya perdido los nervios entonces?

—No, señor. No me preocupo por mí mismo, sino por toda mi tripulación...

—Aquí estoy, aquí me quedará... hasta que la tarea en cuestión haya sido

completada.

—Tiempo estimado de llegada, diez minutos —informó el sonar.

—El *Benthos* todavía está a veinte minutos —dijo el hombre de la radio.

Terry tomó asiento en la estación de ordenador, con el corazón acelerado.

«Maldito seas, Benedict, ¿por qué estás haciendo esto? ¿Es algo de esas cosas de machote para mostrarnos a todos lo duro que eres o simplemente no te cansas de jugar con las emociones de todo el mundo?».

Ella se agarró al reposabrazos, frustrada al darse cuenta que su vida, una vez más, estaba en manos de aquel hombre.

—Estoy debajo del objeto —informó Ivan.

Benedict miró hacia abajo en el módulo.

—¿Puedes levantarlo?

—Lo intentaré —Ivan empezó a retraer los brazos hidráulicos.

Terry presionó la cara contra la ventana. Pudo ver un enorme objeto negro dispersando montones de cargas de sedimento mientras se levantaba de la tierra primordial enterrada.

Pasaron varios minutos mientras los brazos mecánicos luchaban por retirar su trofeo.

—¡Un minuto, capitán!

—La aspiradora está libre —informó Ivan—. ¿Suelto el objeto?

—Sí —dijo el capitán.

—No —gritó Benedict—. Asegura el objeto bajo el sumergible.

Terry sintió claustrofobia. Las paredes del sumergible parecían empequeñecerse.

Pensó en el *Proteus*, en cómo la más mínima brecha en la integridad del casco había causado su explosión.

—Objeto asegurado —dijo Ivan.

—Puede llevarnos al *Benthos*, capitán —ordenó Benedict.

Terry se sujetó mientras el sumergible ascendía, dándose la vuelta a babor.

—Maldita sea —el capitán forzó su camino por delante de los controles de lastre—. ¿Qué demonios es eso, Ivan? Debe pesar unos doscientos treinta kilos —el capitán soltó el lastre, el sumergible se puso recto.

—Señor, dos formas de vida en la amura de babor. Las otras están rodeándonos. Alcance, cincuenta metros. Creo que quieren mantenernos alejados del *Benthos*.

Terry presionaba la cara contra el cristal. No pudo ver nada que no fuera oscuridad.

—*Benthos* ahora a la vista, capitán —gritó un aliviado vigía.

—Las formas de vida se alejan, distanciándose las unas de las otras.

El capitán sonrió nerviosamente.

—El *Benthos* es demasiado grande para luchar con él. Vigía, pida que abran las puertas del hangar. Dirige al *Prometheus* a su posición para depositar el objeto que hemos extraído del lecho marino, después prepare el sumergible para la atracada.

Terry respiró aliviada. Aflojó su mano en el reposabrazos y susurró una oración de agradecimiento.

Después, se acordó de que Sergei la esperaba a bordo.

# ATRAPADA

*Parque Marino Sea World  
Seattle, Washington*

El director y veterinario del Sea World, Pete Soderblom, miraba a escondidas a través de la multitud concentrada desde detrás de las cortinas de los bastidores del auditorio.

—Dios, Andy, ¿qué demonios está pasando? Es como si los medios de comunicación compitieran frenéticamente por algo ahí fuera.

El zoólogo Andrew Furman le pasó el periódico.

—Mira la portada.

Pete escudriñó los titulares del *Seattle Times*.

## AVISTADO EL MEGALODON ESCAPADO EN LEADBETTER POINT

*OYSTERVILLE, WASHINGTON. El Carcharodon megalodon, el monstruoso tiburón de veintidós metros que hace solo unos días atacó un barco de la Guardia Costera, asesinando a dos miembros de su tripulación, fue avistado por un pescador en Leadbetter Point ayer por la noche.*

*«Nos dirigíamos hacia dentro cuando esa enorme aleta dorsal de color blanco empezó a hacer círculos alrededor del barco —declaró Cal Cambronne, un pescador local— aquella maldita cosa nos persiguió hasta la bahía justo antes de volver de nuevo a alta mar. Acojonó a toda nuestra tripulación. Nuestro barco solamente mide poco más de quince metros».*

*Una historia relacionada relata que los científicos del Sea World han informado de que Tootie, un ballenato gris de ocho toneladas, liberado en su hábitat natural unas semanas antes, parece haber abandonado sus intentos de migrar al norte, hacia el mar de Bering. La recién nacida llegó por sí sola remolcada a la playa hace cuatro meses en los Ocean Shores, fue vista alimentándose en Grays Harbor ayer por avistadores de ballenas. Los biólogos del Sea World que rastreaban los movimientos del ballenato por un transmisor de radio confirmaron que la posición de Tootie estaba a menos de veinticinco millas desde donde el megalodon había sido visto por última vez.*

*El activista por los derechos de los animales, Gay Gordon, expresó su preocupación porque la ballena recién nacida podría encontrarse en peligro. «Aunque alabamos al Sea World por salvar la vida de Tootie, creemos que los directivos deberían haber pospuesto la vuelta al hábitat natural del ballenato hasta después de haber capturado de nuevo al megalodon».*

*Pete Soderblom, director del Sea World, no se ha pronunciado al respecto.*

—Esto son gilipollecés —gritó Pete—; he estado en la oficina toda la noche y nadie me ha llamado. Y este reportero ni siquiera menciona el hecho de que liberamos a Tootie al menos una semana antes de que el *megalodon* escapara. ¿Cómo demonios se suponía que íbamos a saber...?

—Olvídalo, Pete, tenemos problemas más graves —dijo Andrew—, he hablando con Jonas Taylor hace una hora. Está rastreando al *megalodon* a bordo del *William Beebe* y ha confirmado que la criatura podría llegar al Grays Harbor en tres horas. Tenemos que aceptar la realidad de que el *meg* podría entrar en la bahía y matar al ballenato.

Pete se secó el sudor de la frente.

—Dios, estamos mirando a un desastre en nuestras relaciones públicas.

—He recibido una llamada esta mañana de Anheuser-Busch y para decirlo suavemente, no está contento con los campistas. Aparentemente, asociar la cerveza con una ballena indefensa devorada por un tiburón de veinte metros no es lo que consideran para su nueva campaña de «vuelta a la naturaleza». Pete, necesitamos ir a Grays Harbor con el camión articulado y sacarla de ahí.

—¿Estás seguro de que Tootie está todavía en la bahía?

—Según nuestro último informe de radio, sí. ¿Por qué? ¿En qué estás pensando?

Pete sonrió.

—Si el *megalodon* entra en Grays Harbor para ir detrás del ballenato, podemos utilizar algunas redes de pesca en la salida y atraparlo dentro de la bahía. De hecho, podemos coordinar la captura del *megalodon* con el rescate de Tootie.

—¿Quieres que utilicemos a Tootie como cebo?

—Por desgracia, su presencia cerca del *megalodon* la convierte en un cebo. Pero imagina esto: Tootie a salvo en el camión de carga, el *megalodon* ha sido capturado gracias al Sea World y lo celebramos con una rubia bien fría. ¿Crees que puedo vender eso a Anheuser-Busch?

—Le da una patada en el culo a Spuds MacKenzie. ¿Qué quieres que haga?

—Haz lo necesario para que nos lleven el contenedor de carga y el arnés al Westport Marina. Ese camión necesita estar en la autopista dentro de la próxima hora. Estableceré una llamada conferencia entre Jonas Taylor, el capitán del puerto y yo. Tenemos que minimizar el tráfico de barcos y ver si hay redes de pesca disponibles para sellar la boca de la bahía.

—¿Qué pasa con el ballenato?

—Cuando te pongas en contacto con el Westport Marina, alquila un barco de pesca, con redes. Localizaremos a Tootie y la llevaremos a aguas poco profundas antes de que el monstruo la alcance. Una vez que esté a salvo, o bien esperamos o bien la transportamos de vuelta al Sea World, dependerá de lo que ocurra con el *meg*.

—Entonces, necesitaremos una grúa —Andrew se movió hacia el auditorio— no

te olvides de la prensa.

—Hablaré con ellos. De hecho, les resumiré nuestras intenciones. Después, quiero hablar con Jonas Taylor.

Jonas se protegió los ojos contra los pequeños escombros que levantaba el helicóptero antes de tocar el helipuerto del *William Beebe*. Esperó a que los rotores se pararan antes de saludar a Mac.

Mac se deslizó fuera del helicóptero y miró a Jonas de arriba abajo.

—Pareces haberte recuperado bien. Supongo que tienes tu enfermera privada a la que se le debe el mérito.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —preguntó Jonas.

—Necesitamos hablar, amigo, pero aquí no. Échame una mano. Tengo todo el equipo que me pediste en la parte de atrás.

Mac lo dirigió hacia el compartimento de carga. Abrió la puerta, dejando ver dos cajas de madera, cada una marcada con el logo del INSTITUTO OCEANOGRÁFICO TANAKA.

Mac abrió la primera caja y sacó un rifle con aspecto extraño.

—Una granada de fusil Olin RAAM. No es muy voluminosa, como el proyectil LAWS, y puede ser lanzada desde la boca de cualquiera de los rifles estándares de la OTAN.

—Sí, pero ¿es capaz de matar a un animal de ese tamaño con solo un disparo?

—Joder, claro. La carga está diseñada para pasar 400 mm de blindaje a un alcance de 250 m. Un buen disparo, y tu tiburón será estofado. ¿Qué hay dentro de la otra caja de madera?

—Un transmisor acústico portátil, una grabadora y una serie de micrófonos submarinos.

—¿Planeando un concierto bajo el mar?

—Más una campanilla submarina para anunciar que la comida está lista. Dejemos el rifle lanzagranadas dentro. Guardaremos el equipo de sonido en el estribor.

Llevaron la caja a popa, y la encerraron en uno de los compartimentos adyacentes al marco en forma de A del barco.

—Entonces, cuéntame, Mac. ¿Qué tienes en la cabeza?

Mac miró hacia la costa de Washington.

—Explícame por qué tienes ganas de morir.

—¿Ganas de morir?

—No me tomes por un imbécil.

—¿Tengo ganas de morir porque salté detrás del cadete? ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Quedarme ahí y mirar cómo se lo comía?

—Simplemente no tenías que ir detrás de él, fuiste con un abandono temerario, como si te importara una mierda vivir o morir.



Jonas escupió en el mar.

—Reconozco los síntomas, Jonas, ya he pasado por ahí. Estás sufriendo del clásico caso del sentimiento de culpabilidad del superviviente.

—Ya tengo un psiquiatra.

—Bueno, ahora tienes dos. Supongo que olvidas que yo pasé por lo mismo en Niam.

—¿Cómo? ¿Es eso lo mismo?

—Eh, colega, nadie es voluntario para un tercer periodo de servicio a no ser que su cerebro esté seriamente jodido. La tercera semana que estuve en la jungla, dirigí a mi pelotón directamente hacia una emboscada asiática. Perdimos a más de la mitad de mis hombres. Me culpé a mí mismo, justo como tú estás haciendo ahora. Joder, debo haber revivido aquella noche en mis sueños miles de veces.

—¿Todavía tienes esos sueños?

—De vez en cuando, pero ahora no son intensos. No me despierto chillando ya — Mac le puso un brazo en el hombro— estás pasando por la misma mierda por la que yo he pasado, con la excepción de que tú le has declarado la guerra a ese bicho. Por supuesto, la criatura no lo sabe, es solamente un estúpido animal que intenta sobrevivir, pero tú... joder, estás obsesionado como el capitán Ahab con Moby Dick. Le estás echando las culpas a ese monstruo de todo lo que te ha ocurrido en los últimos once años de tu vida y todo lo que has perdido, y no estarás satisfecho hasta que lo mates.

—No me había dado cuenta de que todas esas sesiones en el loquero te habían enseñado tantas cosas.

—Ríete si quieres, pero no tengas tanta prisa en acabar con tu vida. Solo porque te sientas encerrado ahora mismo no significa que no vayas a encontrar el camino hacia fuera. Yo lo hice, y estaba bien dentro.

—Conozco el camino. He visto la manera en la que mi vida se acaba...

—Solo son pesadillas, Jonas. Yo también solía soñar que me asesinaban todo el tiempo. No las conviertas en una profecía que se cumplen porque tienen que hacerlo.

—No estoy intentando hacerlo, créeme.

—Gilipolleces —Mac lo golpeó juguetonamente en la cabeza— ¿saltar para rescatar a un cadete? ¿Quién eres, el maldito Batman?

Jonas sonrió.

—Vale, aquello fue un riesgo de niño.

—Sí, de niño. Entonces, esas pesadillas tuyas... ¿cómo sucede? Tu muerte.

Jonas miró a Mac a los ojos.

—Estoy en el *Abyss-Glider*, descendiendo a la fosa de las Marianas. Por alguna razón, estoy buscando a Terry.

—¿Terry está en la fosa?

—Sí. Muere conmigo justo después de encontrarla.

Mac dio un sobresalto en la cubierta.

—¿Qué?

Mac se apoyó contra la barandilla.

—Estaba esperando para decírtelo. Cuando paré en el Instituto para recoger tus juguetes, me dijeron que Masao había sufrido un ataque al corazón.

La sangre parecía haberse drenado de la cara de Jonas.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde. Sadia lo encontró inconsciente en su oficina. Lo llevaron al hospital Valley Memorial. El médico dice que está estable, pero todavía seguía inconsciente cuando fui a verlo. Tenía un aspecto muy malo.

—Tengo que llamar al hospital... ¿Se ha puesto alguien en contacto con Terry?

—Mac evitó la mirada—. ¿Ahora qué?

Mac estaba pálido.

—Hay más. Masao acababa de recibir un fax que decía que tu mujer había descendido a la fosa de las Marianas con Benedict Singer. Está a bordo del *Benthos*.

Jonas se tomó aquello como un puñetazo en la cara. Cerró los ojos, quedándose sin fuerzas en el cuerpo.

—Jonas, estará bien.

Jonas negó con la cabeza.

—Está ocurriendo, Mac. Mi pesadilla está haciéndose realidad como un extraño *dejà vu*. Terry y yo moríamos los dos en la fosa. La criatura aparecía y...

—Tranquilízate tío...

Jonas se enfureció.

—Le rogué a Terry que no fuera. Maldita sea, le rogué...

Mac se enderezó y lo cogió por el brazo.

—Jonas, escúchame. Terry estará a bordo del *Goliath* en pocos días y el *megalodon* está a miles de millas de la fosa. ¡A miles de millas! No dejes que el sentimiento de culpa te confunda. Que Terry descendiera a la fosa es solo una coincidencia. Te lo estoy diciendo, estará arriba para finales de la semana.

—Ya no sé nada. No puedo pensar racionalmente. Quizás, quizás sea solamente eso, una coincidencia, pero no puedo arriesgarme. Necesito matar a ese monstruo y despejar todas las dudas.

—Estoy de acuerdo. Una vez que el tiburón esté muerto, Terry y tú cabalgaréis juntos en un caballo bajo la puesta de sol.

Jonas exhaló un aliento profundo.

—Estás asumiendo, claro, que ella todavía me quiera.

—Te quiere, vosotros estáis hechos el uno para el otro. —Mac miró hacia arriba para ver que Celeste se acercaba—. Solamente mantente alejado de las tentaciones de la bruja malvada.

—¿Por qué nos hacéis un favor a todos y devolvéis ese montón de chatarra de vuelta a Vietnam? —les dijo Celeste.

Mac le sonrió.

—Mi helicóptero dejaría por los suelos el palo de tu escoba...

—¿Podéis dejarlo ya los dos?

Celeste se dio la vuelta para mirar a Jonas.

—He venido a decirte que uno de los directores del Sea World está en la radio. Dice que sabe cómo atrapar al *meg*.

Jonas extendió el mapa del noroeste del Pacífico a lo largo de la mesa luminosa, haciendo círculos alrededor del Grays Harbor con un rotulador permanente rojo.

—Según los del Sea World, el ballenato liberado se ha establecido en esta zona, en Grays Harbor. Si el *meg* sigue su curso presente, detectará el ballenato y se dirigirá hacia él. El plan que tiene el Sea World para nosotros es seguir al *megalodon* hasta la bahía. Una vez dentro, el capitán del puerto desplegará las redes de pesca alrededor de la entrada, que colgarán verticalmente sobre el mar como cortinas gigantes. La profundidad en esa área es solo de quince a dieciocho metros, la entrada está a tres millas. El *meg* estará confinado literalmente dentro de la bahía.

—Suenan bien —dijo Celeste.

—No va a ser fácil. También hay que considerar algunos aspectos financieros. Antes de que la Westport Marina aleje sus barcos de pesca hacia otra dirección para poder desplegar las redes, quieren que la Geo-Tech garantice pagarles por cualquier daño que pueda ocurrir, más una suma adicional de diez mil dólares para cubrir la mano de obra y los gastos.

Celeste se mofó.

—Son ellos los que deberían pagarnos por la publicidad que vamos a traer a su maldito puerto. ¿Qué piensas tú, Maren?

—Digo que lo hagamos. Nunca tendremos una oportunidad como esta. El coste que conlleva es una gota en un cubo de agua comparado con lo que el Instituto está perdiendo cada día.

Ella miró a Jonas.

—¿Estás de acuerdo?

—El plan puede funcionar. Pero es muy arriesgado. No estamos permitiendo demasiado tiempo a la policía del puerto para que despeje el tráfico de barcos.

—No estoy de acuerdo —dijo Maren—. El SOSUS indica que el *megalodon* está a menos de dos millas por delante, moviéndose solo a tres nudos. Con esa velocidad, no llegará a la boca de la bahía por lo menos en otros noventa y cuatro minutos.

Jonas resopló.

—Deja que te diga algo, Maren: en el momento en el que Angel detecte al ballenato, se apresurará por el océano como un tren de mercancías desbocado. Su velocidad máxima es de sesenta y ocho millas por hora. Así que será mejor que saques la regla de cálculo y replantees todo el plan. Mi voto es mantener la batalla en el mar. Acorralar a cualquier animal es una proposición peligrosa, así que imagina

hacerlo con un gran tiburón blanco de veintidós metros. Angel ha pasado su vida en cautividad. No va a ponerse muy contenta cuando la confinemos otra vez.

—Recuerdo cuando el primer tiburón enloqueció en la costa de Monterrey —dijo Mac—. Muchos barcos se hundieron aquella noche. Murió mucha gente.

Maren puso los ojos en blanco en señal de disgusto.

—Estamos perdiendo el tiempo. El jefe del puerto está esperando nuestra llamada.

—Toda la discusión parece debatible —dijo Celeste—. Nos guste o no, hay una buena oportunidad de que la criatura detecte ese ballenato y vaya a por él. Si entra en la bahía, estamos locos si dejamos pasar la oportunidad de intentar capturarla ahí.

—Finalmente, la voz de la razón —Maren cogió la radio y contactó con el capitán del puerto.

El capitán Morgan estudió el mapa.

—Puede que la entrada sea estrecha, pero Grays Harbor es enorme. Arponear al monstruo cuando entre en la bahía no va a ser tarea fácil, todavía tendremos que encontrarla. El SOSUS será inútil para nosotros una vez que estemos allí.

—La bahía es poco profunda —dijo Jonas—. Mac y yo deberíamos ser capaces de divisarla desde el aire.

—Solo localiza al ballenato y Angel la seguirá —dijo Celeste.

—El Sea World acaba de contactar por radio —dijo Maren—, el equipo de rescate ha llegado a Hoquiam. Deberían estar dirigiéndose hacia la bahía a bordo de un barco de pesca en los siguientes veinte minutos.

Celeste se dio la vuelta para mirarlo.

—Diles que no saquen al ballenato antes de que la criatura entre.

—La prioridad del Sea World es salvar al ballenato —dijo Jonas— pero en mi opinión, se les está agotando el tiempo. Te lo estoy diciendo, una vez que Angel localice a ese ballenato, entrará en la bahía más rápido de lo que crees.

—Bueno, si lo hace, será *arrivederci* Tootie —dijo Celeste.

—No importa —dijo Maren— si el lobo entra en el gallinero, ¿a quién le importa si se come a la oveja?

Mac negó con la cabeza.

—Puedes apostar el culo a que a la oveja le importa.

El ballenato gris conocido por los del Sea World como Tootie surcaba el cenagoso fondo del Grays Harbor. Incapaz de seguir a las otras ballenas migratorias, el ballenato había buscado refugio en la bahía, atraída por la gran cantidad de comida localizada por el lecho marino. Aspirando el agua turbia en su boca, la ballena filtraba las pulgas de arena y otros organismos vivientes en el fondo del cieno a través de su barba, antes de succionar la comida en su garganta. Después de varios minutos, Tootie volvió a la superficie para respirar antes de volver otra vez al fondo para

alimentarse.

El depredador se movía silenciosamente por el lecho marino, su piel bioluminiscente fundía un brillo gris a lo largo del fondo sombrío. Los ojos malignos, de color gris claro, buscaban en vano por el mar un objeto, sus sentidos primitivos le decían que estaba en algún lugar más adelante.

Cortos y poderosos barridos de la aleta creciente impulsaban al gigante a un ritmo mayor. Elevándose detrás de su presa flotante, el gigante se ladeó y abrió sus mandíbulas, creando una aspiradora de mar que acabó absorbiendo al pulpo de dos metros y su estela negra dentro de su inmensa garganta.

Después de tragar el bocado entero, el tiburón se enderezó, su peso navegaba sin esfuerzo a lo largo del fondo. Una vez más, el depredador redujo la marcha y volvió al piloto automático, para mantener con sus sentidos el rastro de la manada de ballenas en migración.

A ciento ochenta metros hacia el sur, siete depredadores, que oscilaban entre los cuatro y los siete metros, reducían su velocidad casi a un nudo. Excitados por la fragancia intensa de su prehistórico primo, los grandes machos blancos continuaron siguiendo a la hembra gigante mientras se dirigía hacia el norte, alimentándose de los restos de sus presas, manteniendo todavía una distancia prudente por detrás.

El *megalodon*, que se movía a una velocidad justo por encima de la media, entró en un estado de reposo, tan cerca del sueño como su naturaleza lo permitía. El cazador solitario sabía que los machos la seguían, ya que habían registrado su presencia incluso antes de que hubiera escapado de la laguna. Con la presa disponible fácilmente, la hembra toleraba a los tiburones, a condición de que no se le acercaran demasiado.

Mientras el *megalodon* se movía en el fondo, unas vibraciones distantes que viajaban a través del lecho marino empezaban a estimular sus fibras nerviosas en el flanco de la criatura. Una alarma primitiva se activó cuando una serie de señales fueron transmitidas a su cerebro. Excitada por el atontamiento, la postura del *megalodon* cambió. Movimientos rápidos de su cabeza y hocico aumentaban su sentido olfatorio.

Respirando el mar, el monstruoso tiburón aisló la dirección del aroma del ballenato.

Como un misil dirigido, el depredador más fiero del planeta se precipitó por el lecho marino, agitando grandes sedales de sedimento en su despertar.

Pete Soderblom siguió a su especialista de sonido por un gran muelle que pertenecía al Westport Marina, y se dirigieron a una de las flotas de explotación pesquera del área. La posición le ofrecía una vista panorámica de todo el puerto.

Directamente hacia delante asomaba el faro del Grays Harbor, que se levantaba a treinta y dos metros del suelo. Justo a su izquierda estaba el océano Pacífico, conectado con la bahía por una entrada de casi cinco kilómetros de anchura. Desde ahí, el Grays Harbor se abría a una vasta expansión de agua de poca superficie, que se abría hacia el norte y este tan lejos como el ojo alcanzaba a ver. Nueve ciudades punteaban sus orillas, junto con cuatro modernas terminales marítimas, equipadas para ocuparse de cualquier barco de carga aunque fuera el más grande del mundo.

La policía los ayudaba a apartar a la multitud. Los oficiales instruían a los pescadores para que soltaran sus cables, mientras miles de espectadores se empujaban por tomar una buena posición a lo largo del paseo marítimo. Cientos más se levantaban en las plataformas de observación, unos pocos con suerte se las habían arreglado para reservar las mejores posiciones desde la torre de observación marina de tres pisos.

Pelícanos marrones se balanceaban en montones, y lavanderas y garzas reales azules se pavoneaban a lo largo del borde del agua. Las notas graves del bajo de la música Calipso se mezclaban con los graznidos de los peces marinos y el aroma de la comida rápida, todo añadido a la atmósfera de carnaval.

El oficial de policía condujo a Pete y a su técnico hacia abajo, a lo largo de un embarcadero donde cientos de barcos vacíos flotaban en sus amarraderos. El brillo plateado de la superficie del mar los cegaba, forzándole a entornar los ojos.

Normalmente una actividad como la de una meca de, la bahía estaba ahora prohibida al paso excepto para la patrulla de la policía y dos barcos de pesca, los cuales, en aquel momento, se estaban poniendo en posición en el centro de la entrada.

Pete se dio cuenta de que otro barco pesquero estaba amarrado al final del embarcadero. De unos veintisiete metros y medio de eslora, la cubierta del barco era un espacio abierto que transportaba redes llenas de cantidad de peces. Con la excepción de la cabina del piloto, los únicos rasgos del barco eran los tres contrafuertes de acero en forma de arco que se levantaban seis metros sobre la cubierta. Aquellas estructuras aéreas tenían dos cables de acero que corrían por las redes de peces alrededor de la parte de arriba de los arcos y, después, dos cabestrantes hidráulicos situados bajo la cabina del piloto. Una vez que aquellas redes estuvieran llenas, los cables serían atados, y arrastrarían las redes hacia arriba por la cubierta angulada de estribor, directamente desde el mar hacia el apoyo del barco.

Pete subió a bordo y vio a Andrew Furman hablando con un hombre intensamente bronceado, muy alto, de unos treinta y tantos.

—Pete, este es Greg Dechiaro, el capitán del barco. Dice que Tootie ha estado alimentándose a una milla.

—Genial. ¿Cuánto falta para que nos pongamos en camino?

—Mi tripulación debería terminar de aparejar la red en los próximos diez minutos. ¿Cuánto pesa esa ballena suya?

—Estimo que unas ocho toneladas —dijo Pete—. ¿Podrá su aparejo aguantar ese

peso?

—Si no se agita demasiado, sí. Lo que le he dicho a su ayudante es que utilizaremos la red de nutrias. Esa red está diseñada para desplegarse como un paracaídas gigante cuando la remolquemos. Subiremos hacia arriba a su ballena y después la arrastraremos hasta la orilla.

Andrew señaló la línea de la costa, donde un arnés de nueve metros colgaba de una grúa inmensa.

—Ahí es donde tenemos que estar. El contenedor de carga ya está en su posición y parcialmente lleno de agua.

Pete miró cómo había crecido la multitud.

—Tengo la sensación de que esa gente no ha venido aquí solo para ver el rescate de Tootie —comprobó su reloj nerviosamente—; creo que será mejor que vayamos a por nuestra ballena.

Jonas observó al Dr. Maren repasar las últimas coordenadas del SOSUS por cuarta vez en cinco minutos.

—¿Hay algún problema? —preguntó él.

Maren levantó la cabeza para mirar a Jonas, con la cara pálida.

—Creo... creo que tenías razón —negó con la cabeza en señal de incredulidad.

—¿Dónde está?

—Según estas coordenadas, acaba de entrar en la bahía.

—Maldita sea —Jonas cogió la radio— Andy, adelante.

Una voz bañada de interferencias dijo:

—Adelante, Jonas.

—Andy, el *megalodon* acaba de entrar en la bahía. ¿Habéis puesto las redes ya a Tootie?

—Jonas, repite, por favor. Sonaba como si estuvieras diciendo que la criatura ya ha entrado en la bahía.

—Afirmativo. ¿Habéis echado las redes a vuestra ballena?

—No... todavía no, pero nos acercamos a ciento ochenta metros. Mantente a la espera.

Pete estaba de pie en la cabina del piloto, escudriñando la bahía a través de un par de prismáticos de alta resolución. El hombre de sonido estaba a su derecha, escuchando los transmisores duales adheridos a la parte superior del torso de Tootie.

—Debería estar justo delante de nosotros —dijo el hombre— ambas señales todavía se oyen, altas y claras.

Pete vio que una cabeza de color gris rompía la superficie, el hocico estaba cubierto de algas.

—Aquí está ¡justo delante!

El capitán hizo señales para que liberaran la red de nutrias. Unos segundos más

tarde, la red empezó a desplegarse bajo el barco.

Balanceándose sobre la superficie, Tootie sacaba las algas de su boca, utilizando su barba para colar la miríada de diminutas criaturas marinas pegadas a las largas hojas.

Tragando los bocados, la ballena gris tomó otra bocanada de aire y se sumergió.

Descendiendo graciosamente a través del lodo, la recién nacida registró repentinamente otra presencia que se acercaba con rapidez. El ballenato dejó de nadar.

Un brillo luminiscente se dirigía hacia ella a lo largo del lecho marino. Sintiendo el peligro, la ballena se dio la vuelta, volviendo a la superficie.

Pete observó al técnico de radio ajustando frenéticamente el receptor de acústica.

—Maldita sea, acabo de perder uno de los transmisores —dijo el técnico— el otro está funcionando, pero la fuerza de la señal ha caído a la mitad. Tootie se está alejando del fondo, está ahora a noventa metros a estribor.

—Pete, Jonas dice que el *megalodon* ha entrado en la bahía —informó Andy— ¡tenemos que sacar a Tootie del agua, ahora!

—Dadme la localización exacta de la ballena —ordenó el capitán.

—Un clic a estribor —dijo el técnico— eso es bueno, estamos bien comunicados. Está en la profundidad, pasaremos sobre ella... ¡ahora!

El capitán hizo un ajuste de rumbo y después redujo la velocidad a la mitad.

—La tengo —gritó el técnico, chocando esos cinco con Pete.

Segundos más tarde, el barco entero tembló mientras la red de nutrias levantaba una forma inmensa de vida.

—Tensad la cuerda, chicos —ordenó el capitán a su tripulación.

Dos cabestrantes hidráulicos se estiraron para remolcar la carga sumergida.

El *William Beebe* se deslizaba en el Grays Harbor mientras los últimos noventa metros de red de pesca se extendían en su posición en la entrada.

Jonas se agachó bajo el torbellino de rotores del helicóptero y trepó hacia arriba.

—¿Tienes preparada el arma?

—Todo listo —dijo Mac— agárrate...

El helicóptero se levantó de la cubierta despegando delante del barco.

Jonas encontró el rifle lanzagranadas Olin-RAAM escondido bajo una pila de mantas. Verificando que la granada estuviera ya cargada en el cañón, volvió a su asiento con el arma.

Mac le pasó la radio.

—Los del Sea World.

—¿Andy?



—Jonas, acabamos de capturar a nuestra ballena. Estamos remolcándola ahora, pero todavía se resiste, el *meg* debe estar trazando círculos cerca de ella.

Jonas pudo oír al gentío gritando de fondo.

—A la espera, Andy...

El helicóptero voló sobre la red, revoloteando a sesenta metros. Jonas vio la red sumergida, así como una forma de color marfil en medio de lo que parecía ser una batalla encolerizada debajo de la superficie.

—Andy, el *megalodon* está justo debajo de ti, dentro, ¡tirando de la ballena!

Pete se levantó cerca del capitán del barco y de una docena de los miembros de su tripulación, miró cómo la red de pesca era lentamente levantada del agua a lo largo de la pendiente inclinada de estribor.

El barco se agitó con violencia, y la pendiente se hundía más abajo en el agua.

—Maldita sea —dijo el capitán— las vigas se están doblando. De ninguna manera esa ballena pesa nueve toneladas.

Andy corrió hacia ellos, sin aliento.

—Jonas dice que el *megalodon* está justo debajo de nosotros, tenemos que cargar a Tootie a bordo...

El capitán lo agarró por el brazo y señaló sobre sus cabezas.

—¿Ve eso? Si tiramos con más fuerza esos arcos se partirán.

Un humo negro se extendía por la cubierta.

—¿Ahora qué? —gritó el capitán— huele como si los malditos soportes estuvieran ardiendo.

El barco continuaba temblando, las máquinas eran incapaces de empujar el barco hacia delante. Un ruido metálico y agudo llenó el aire.

—Apaga las máquinas —ordenó el capitán.

De repente, el estribor empezó a sumergirse en el mar, el nivel del agua se levantaba a más de un metro del travesaño.

Pete se abrazó a sí mismo, mirando hacia la pendiente pronunciada, y rezando para que Tootie emergiera del mar. La ballena estaba llevando a cabo una lucha terrible.

Entonces, el estribor se enderezó repentinamente, la tensión de los cables quedó momentáneamente desahogada. La red del barco empezaba a subir.

—Aquí viene —anunció Pete, recorriendo el camino hacia abajo por la rampa como si fuera a dar la bienvenida a su ballena.

La blanca cara sobrehumana de Angel emergió verticalmente de la bahía, con la boca completamente abierta como si la criatura estuviera gritando. La sangre escarlata de Tootie delineaba sus mandíbulas como un pintalabios sucio. Trozos de grasa de ballena colgaban de las hileras de dientes asesinos. La parte superior del torso de Angel, enredado en la red de pesca, quedaba suspendido claramente sobre el

agua hasta sus aletas pectorales en forma de alas.

A Pete se le salieron los ojos de las órbitas, aterrado, aunque hipnotizado por el tamaño de la bestia. Apuntalado contra el travesaño, demasiado pesado para llevarlo a bordo, el monstruo seguía alineado encima del agua, con uno de sus ojos grises mirando al barco.

Entonces, con una fuerza sobrehumana, el *megalodon* empezó a retorcer su enredado torso de un lado a otro con espasmos violentos. Cada golpe hacía que el barco de pesca diera bandazos, y el collar de fuerza de la red apretaba alrededor del cuerpo de la criatura. Encolerizada, la bestia luchó con más fuerza, cada uno de sus movimientos barredores de su enorme cabeza se exageraban con grandes movimientos en forma de arco de un lado a otro por la superficie, su furia provocaba olas elevadas en cada dirección del océano.

Pete solamente pudo agarrarse mientras toneladas de agua agitada y trozos de red de pesca le salpicaban en la cabeza. Escuchó el gemido exasperante del acero, seguido por un hombre que gritaba, mientras los arcos delanteros se desplomaban sobre la cubierta.

Jonas y Mac observaban la escena surrealista que estaba teniendo lugar abajo.

—Dios, vaya monstruo —susurró Mac.

—Está despedazando el barco —Jonas se colocó el rifle lanzagranadas en el hombro— Mac, acércate más. Es hora de acabar con esta pesadilla.

El helicóptero descendió, balanceándose a doce metros sobre el barco.

Jonas apuntó.

—Mierda, se está moviendo demasiado como para conseguir un tiro limpio.

En aquel momento, uno de los dos cables de acero que sujetaban la red del barco quedó libre de su soporte hidráulico, y salió disparado como un látigo hacia el aire.

Golpeó la parte de atrás del helicóptero, e hizo trizas el torbellino de rotores del ensamblaje de cola.

—¿Qué coño ha sido eso? —gritó Mac— mierda, estoy perdiendo el control.

El helicóptero empezó a dar vueltas en círculos vertiginosos.

El otro cable quedó suelto, extendiéndose por la cubierta. Golpeó a uno de los hombres de la tripulación en el codo, seccionando en dos su brazo y después se enrolló en el soporte de acero que quedaba en estribor.

Girando sin control, Mac perdió altitud y cayó en picado hacia la cubierta del barco. Jonas mantuvo la respiración mientras el puntal de aterrizaje chocaba en los restos de uno de los soportes de acero destrozados; la aeronave casi cayó por la borda antes de descansar en la pila de metal despedazado.

Con un movimiento final de cabeza, los afilados dentículos dérmicos del *megalodon* serraron lo que quedaba de las ataduras de la parte superior de su torso, permitiendo que el tiburón cayera bajo la oleada.

Pete subió la resbaladiza inclinación a tiempo para ver cómo el helicóptero se estrellaba en la cubierta.

Andy se inclinó y le cogió de la mano.

—¿Dónde está Tootie?

Pete luchó por recobrar el aliento.

—El monstruo debe de habérsela comido, con transmisor y todo.

—Oh, joder...

—¡Mirad mi barco! —gritó el capitán— ¿quién demonios va a pagarme esto?

El barco se inclinó hacia atrás, haciendo que todo el mundo cayera al suelo.

—Dios, ¿y ahora qué? —gritó Andrew.

Pete miró a estribor. Las olas se derramaban contra la pendiente mientras el barco era arrastrado hacia atrás, en dirección al mar.

—No puedo creerlo —dijo Pete— esa cosa nos está remolcando.

El capitán divisó el extremo final de lo que quedaba de cable enganchado en el soporte de estribor. Corrió hacia la cabina del piloto y cogió un hacha. Mientras se sujetaba para serrar el cable, la línea se partió repentinamente, liberando al animal encolerizado de sus últimos lazos.

El *William Beebe* se deslizaba lentamente por la entrada, patrullando a lo largo de los cinco kilómetros de bahía ahora cerrada por unas redes colgantes verticales.

Doscientos setenta kilos de grasa de ballena flotaban a doce metros del barco, pegados al cable de acero en un soporte a estribor.

Harry Moon miraba por encima de su arpón, observando el rastro de carne. Con una mano manoseó nerviosamente el gatillo del arma, con la otra sujetaba un auricular en su oído.

—Dief, ¿qué está pasando ahí arriba?

Levantándose precariamente encima de una fina reja de acero, a cinco plantas de la cubierta, Richard Diefendorf se estiraba sobre el mástil central mientras enfocaba con sus prismáticos a la bahía.

—Parece como si se hubiera soltado ella sola del barco. No puedo ver... espera, eso es la aleta dorsal. Harry, prepárate, se dirige hacia aquí. Capitán, necesitamos desplazarnos más al sur. A otros ciento ochenta metros.

Escuchando por su propio auricular, el capitán Morgan transmitió las instrucciones al timonel.

—Celeste, Dr. Maren, Dief dice que se acerca —informó Harry.

De pie a lo largo de la barandilla de babor, Celeste y el Dr. Maren buscaban en el mar, esperando que la piel de alabastro del *megalodon* se mostrara.

Dief la divisó primero.

—Capitán, está a cincuenta y cinco metros a estribor y se acerca con rapidez. No puedo decir hacia dónde... espera, ¡se dirige hacia estribor!

—Dejemos que Mr. Moon dispare —dijo el capitán— detengan las máquinas.

Angel se deslizaba por el enlodado fondo, rozando el agotamiento. Aunque los dentículos de la gruesa piel habían minimizado el daño de la red del barco, de su cabeza y abdomen caían hilos de sangre donde las laceraciones como hojas de afeitar zigzagueaban ahora alrededor de su brillante y pálida piel.

La supervivencia era ahora el instinto primordial de la criatura. Vulnerable en aguas superficiales, se dirigió hacia la profundidad, en dirección de la entrada.

Habiendo detectado el objeto de la superficie, el *megalodon* se pegó al suelo marino para evitar otra confrontación. De algún lugar hacia delante en las sombrías aguas venían las agonías de dos de los grandes machos blancos, ambos enredados en la red de pesca. Sintiendo la peligrosa obstrucción, el *megalodon* se inclinó afiladamente, enterrando la cabeza lejos de la barrera mientras surcaba la red, buscando un camino por donde salir.

—El tiburón se está moviendo al norte por la red, buscando un hueco por el que escapar —informó Dief.

—Está ignorando el cebo —dijo Harry— y está a demasiada profundidad como para poder dispararle.

Dief siguió la mancha con sus prismáticos hasta que perdió de vista a la bestia.

—Es imposible —dijo él— necesito el helicóptero. ¿Qué coño está haciendo Mac ahora?

Mac y Jonas se tapaban los ojos mientras el helicóptero de policía del puerto aterrizaba en la cubierta del barco de pesca destrozado. El miembro de la tripulación que estaba herido fue inmediatamente subido a bordo, y su brazo, gravemente herido, fue empaquetado con hielo dentro de una bolsa de plástico de basura.

—Mandaremos otro helicóptero para vosotros en cuanto nos sea posible —gritó el copiloto mientras la aeronave despegaba.

El capitán del barco pesquero esperó hasta que el ruido de los rotores se disparara antes de atacar verbalmente a Jonas y a Pete Soderblom otra vez.

—La red de nutrias os costará cien mil dólares —les gritaba— y es imposible saber los daños que han sufrido mis máquinas...

—Capitán, relájese —dijo Mac— soy testigo. He oído a Celeste Singer decir que estaba de acuerdo en pagar todos los daños que pudiera haber. La Geo-Tech tiene tanto dinero que no sabe qué hacer con él. Si fuera tú, los demandaría a todos.

Jonas los ignoraba, concentrándose en el puerto con sus prismáticos.

—Capitán, ¿qué es eso? —señaló al norte.

Un alto barco de vela de madera estaba dirigiéndose hacia el ellos.

El capitán miró el objeto con sus propios prismáticos.

—Es el *Lady Washington*, una réplica de un barco velero del siglo XVIII.

—Sí, pero ¿qué está haciendo ese barco en la bahía? Andy, será mejor que contactes por radio con el capitán del puerto.

—El *meg* se acerca, se dirige directamente hacia nosotros —gritó Dief—. Harry, puedo ver la punta de su aleta dorsal. Está justo por debajo de la superficie. Capitán, pasará bajo nosotros por estribor en treinta segundos. Dejadle espacio.

El Dr. Maren se apresuró hacia Harry Moon.

—Dispárale, puede ser la única oportunidad que tengamos.

Harry hizo girar el arma, con la punta del arpón dirigida hacia el océano. Miró por el cañón, esperando a que el tiburón apareciera bajo el barco.

Dief contuvo la respiración, observando cómo la sombra pálida pasaba como un rayo justo debajo de la superficie.

—Mierda, está sondeando...

—Aquí está —señaló Maren, emocionado por el tamaño total de la criatura brillando al lado del barco.

Harry vio navegar el objeto de color crema. Disparó.

El arpón salió del arma produciendo un sonoro *bang*, llevando un cable de acero a través de una nube de humo plateado.

El *meg* estaba a dieciocho metros del agua cuando la punta del arpón chocó con la base de su aleta dorsal. Aminorada por la corriente del mar, la lanza carecía del poder necesario para atravesar con suficiente profundidad la gruesa piel del tiburón.

Registrando el ataque, el *megalodon* se contorsionó en el fondo, y se quitó de encima el arpón, antes de que la anestesia se expandiera por su cuerpo.

Acorralado y herido, el animal se puso hecho una furia.

## UN INVITADO NO DESEADO

El capitán James H. Locke, conocido por sus amigos y tripulación como «Flagg» se levantaba en la cubierta de popa del *Lady Washington*, atendiendo a sus invitados del puente y al novio, mientras algunos oficiales se encargaban de acomodarlos en sus asientos. Al sentir la brisa de la primavera en su espalda, observó cómo el viento llenaba los veleros con velas cuadradas que se estiraban sobre su cabeza.

El Douglas Fur Brig, *Lady Washington*, era una reproducción a tamaño real de un velero del siglo XVIII, la primera nave con bandera americana que viajó alrededor del cabo Horn. Tenía una eslora de treinta y cuatro metros y una extensión de más de siete metros y dos mástiles, cada uno de ellos con tres velas, que se levantaban a veintiséis metros sobre la cubierta principal. Normalmente, a aquella hora del día, el velero del embajador del estado de Washington podía verse en el puerto, ofreciendo *tours* desde el embarcadero al público. Aquella tarde en particular, sin embargo, el *Lady Washington*, había sido contratado por un particular para albergar una ceremonia de boda, un hecho que no había tenido en cuenta el capitán del puerto.

Tres campanadas señalaban la una y media. Los huéspedes se quedaron en silencio.

Flagg aguardaba, escuchando los sonidos relajantes del mar y el aleteo tranquilizador de las lonas. Miró al novio, un hombre bien fornido en mitad de los treinta vestido con un esmoquin gris oscuro.

—¿Estás preparado?

El novio asintió, ofreciendo una sonrisa nerviosa.

Flagg hizo un gesto con la cabeza a uno de los hombres de la tripulación. La música de boda empezó a sonar. La multitud se levantó, y se volvió al unísono para mirar a la novia y a sus padres, que la acompañaban por los escalones desde la toldilla.

—Una tarde preciosa para una boda —declaró el capitán, al mismo tiempo que se preguntaba por qué razón estaría la bahía tan vacía.

Agitando su aleta creciente en movimientos frenéticos, el *megalodon* zigzagueó a lo largo del fondo enlodado en un patrón continuamente más amplio como si sus sentidos estuvieran rastreando la bahía para buscar una huida alternativa. Atrapada en un laberinto, el animal enloquecido se apresuró hacia la tierra como un toro bravo, solamente para verse forzado a dar la vuelta debido a la poca profundidad del agua.

Inclinándose afiladamente, el pez se dirigió entonces hacia la entrada de la bahía, cambiando de dirección en el último momento, cuando se aproximaba a las redes de pesca, ahuyentando con su presencia a los cinco tiburones machos blancos que quedaban hasta dejarlos atrapados.

Jonas, Mac y la tripulación del barco de pesca dañado observaban con miedo y asombro mientras una ola de dos metros y medio provocada por el colosal escualo continuaba deslizándose por la superficie de las aguas superficiales de la bahía.

—Está atrapada y lo sabe —dijo Mac.

Jonas miró al *Lady Washington*, que se encontraba ahora a cuatrocientos cincuenta metros del barco pesquero. A través de sus prismáticos, pudo ver cómo las ciento setenta toneladas de barco desplazaban las aguas mientras se contoneaba con todo esplendor sobre la superficie lisa como el vidrio.

—Angel irá detrás del barco de vela —susurró Jonas.

—¿Por qué? —preguntó Mac—. El *William Beebe* es del mismo tamaño que ese barco y ella no ha ido detrás de él.

—El *William Beebe* es de acero y tiene unas hélices que se agitan constantemente. El *Lady Washington* se mueve de un lado a otro en el mar como una gran ballena. Angel tiene pánico. Su sistema sensorial está tan sobrecargado en estos momentos que sus instintos le dirán que ataque cualquier cosa que se cruce en su camino.

Acercándose al embarcadero Westport Marina, el *megalodon* se inclinó afiladamente, viéndose forzado una vez más a retroceder de las aguas más superficiales.

Moviéndose en aguas más profundas, bordeando la entrada, el depredador se dirigió a toda velocidad hacia la red en forma de cortina, atrapando a cinco metros y una tonelada de tiburón blanco en sus mandíbulas. Con un violento mordisco, los dientes de Angel serraron a su primo lejano en tres piezas, captando otra nueva fuente de vibraciones de un adversario más grande que se movía por la superficie.

—... y, por el poder que me concede el estado de Washington, la Guarda Costera de los Estados Unidos, y como capitán del *Lady Washington*, yo os declaro marido y mujer. Ya puedes besar a la novia.

Captado en el fondo, Flagg mantenía una sonrisa congelada mientras el fotógrafo tiraba media docena de fotos del beso de los recién casados. Observó cómo la pareja se dirigía por el pasillo hacia el área de recepción, después se giró hacia la derecha, un movimiento en la bahía captó su atención.

—¿Qué coño? —La peligrosa ola parecía estar dirigiéndose directamente hacia ellos.

Flagg se estiró sobre la barandilla, divisando un objeto pálido que se movía por la superficie, segundos antes de que el *Lady Washington* fuera golpeado de costado con un estruendoso ruido. Antes de que pudiera reaccionar, la ola cayó sobre la cubierta

principal en medio de los ruidos de la madera que se astillaba y provocó que el gran barco virara hacia un lado.

Los gritos de la gente llenaron el aire mientras los pasajeros, asustados, se desplomaban de golpe sobre la cubierta de madera. Las tablas del bufé se cayeron, un quemador de butano provocó un pequeño fuego antes de que un huésped despierto sofocara las llamas.

El contramaestre del barco y uno de sus oficiales corrieron hacia Flagg.

—Capitán, ¿qué nos ha golpeado?

—No lo sé. Mantenga a los pasajeros en calma. Voy a las cubiertas de abajo para comprobar los daños.

Flagg bajó por la escotilla de la toldilla, descendiendo hacia la cubierta media.

El agua se colaba a través de diminutos huecos a lo largo de los tablones astillados justo por encima del entarimado. Cogiendo una linterna, se dirigió hacia la cubierta inferior.

—Oh, Dios...

La cubierta inferior ya estaba sumergida en dos metros de agua. Flagg bajó y después se movió lentamente bajo el agua, enfocando con la linterna a lo largo de la parte más alejada. No le llevó mucho tiempo darse cuenta del daño. Lo que una vez había sido la parte de la cocina, era ahora un agujero de dos metros y medio que rápidamente hundiría el barco en el mar.

Flagg subió del agua y aspiró una bocanada de aire, temblando al observar aquel daño. ¿Qué habría podido causar tal impacto? Se dio cuenta de que tenía que sellar las escotillas superiores, pues sabía que el barco podría estar en el fondo en cuestión de minutos. Se puso en marcha por la escalera.

Sin aviso, el *Lady Washington* fue sacudido de lado como si un tren de mercancías le hubiera golpeado, la convulsión lanzó a Flagg hacia atrás, al agua.

Abriendo los ojos, quedó impresionado al ver un segundo agujero en la pared hecha añicos. Nadó hacia la abertura y miró a través de ella.

El corazón del capitán retumbaba en sus oídos mientras sus ojos se concentraban en un hocico luminiscente de color marfil. La criatura sacudió la cabeza y después desapareció en las sombrías aguas.

Flagg se arrastró de vuelta por la escalera justo delante del creciente mar, golpeando la escotilla que se cerraba tras él. Durante varios segundos, simplemente se quedó ahí parado, doblado y chorreando agua, intentando calcular el tamaño del monstruo que estaba atacando al barco.

Miró hacia arriba mientras el contramaestre y el oficial descendían de la cubierta principal.

—Capitán, ¿qué nos está golpeando?

—No vais a querer saberlo. Escuchadme los dos. Este barco se va a ir a pique muy pronto. Quiero que selléis todas las escotillas y después volváis a cubierta y empecéis a subir a todos los pasajeros a los botes salvavidas.



El oficial, un voluntario que trabajaba por pensión completa parecía desconcertado.

—Señor, ¿abandonamos el barco?

—No, hijo, el barco nos abandona a nosotros. Estará en el fondo en menos de cinco minutos, ¡ahora, moveos!

La tripulación del barco pesquero observaba impotentemente cómo la espina dorsal como una vela se levantaba sobre la estela, haciendo círculos alrededor del velero lisiado.

Jonas se agazapó en la cabina del helicóptero derribado, chillando por la radio.

—Maldita sea, Maren, te he dicho que quiero hablar con Celeste.

—Olvídalo, Taylor, no vamos a recoger las redes. El *megalodon* está cansado y el *William Beebe* está a punto de arponerlo. Recogeremos a cualquier pasajero en el agua, pero no vamos...

Dief entró en la cabina del piloto y le quitó la radio a Maren.

—Jonas, soy Dief. ¿Qué coño está pasando?

—El helicóptero ha perdido su cola. Dief, ese velero se está hundiendo con rapidez. Debe haber unos cincuenta pasajeros a bordo. Tienes que quitar esas redes. El *meg* se está volviendo loco.

—Estoy en ello.

Jonas se unió a Mac en la cubierta. A ciento ochenta metros, el *Lady Washington* se las había arreglado para girar a sotavento, su proa se esforzaba por alcanzar al destrozado pesquero, de su calado de tres metros y medio ahora solo quedaban menos de sesenta centímetros sobre el agua.

—Nunca lo conseguirán —dijo Mac—. ¡Mierda, ahí viene ella otra vez!

Jonas se encogió mientras la ola embarrilaba al *Lady Washington*, el barco temblaba como si estuviera recuperándose de otro golpe tremendo. Él pudo oír los gritos de los pasajeros.

Un ruido ensordecedor y el principal mástil se desplomó hacia delante como un pino recién talado. Los aterrorizados pasajeros miraban hacia arriba y veían lo que estaba a punto de caerles encima. Para su alivio, la vela mayor golpeó el palo de trinquete, haciendo que el principal mástil roto se girara hacia un lado y cayera en la bahía provocando un tremendo chapoteo.

La anciana de setenta y ocho años, Emily Wheeler, se esforzó por ponerse de rodillas, la abuela de la novia intentaba liberarse de la gavia caída que la sostenía atrapada en la cubierta.

—Ayudadme, por favor...

—¿Mamá? ¿Mamá, dónde estás? —Hugh Wheeler, el padre de la novia, tiraba a un lado la lona, y levantó a su frágil madre de la cubierta del *Lady Washington*, que ahora se doblaba a treinta grados hacia el estribor.

Wheeler vio a Flagg corriendo hacia los dos botes salvavidas y prácticamente lo asaltó.

—¡Capitán, le pido que me diga qué demonios está pasando!

—¿Lo que está pasando? Lo que está pasando es que hay un tiburón muy grande ahí fuera que no parece gustarle nuestro barco.

—¿Un tiburón? No puedo creer que un tiburón pueda...

Flagg vio cómo el agua emergía por varias escotillas.

—Mr. Wheeler, no hay tiempo para discutir la cuestión. Necesito ayuda para subir a los invitados a los botes salvavidas.

Wheeler cogió a su madre por el brazo, tirando prácticamente de ella por la cubierta inundada. Su esposa e hija le hacían señales desde uno de los botes salvavidas, ya lleno hasta arriba de pasajeros histéricos.

Flagg silbó todo lo fuerte que pudo.

—Ahora, escuchen aquí. El *Lady Washington* está a punto de irse a pique. Quiero que todo el mundo se siente en el bote salvavidas en los próximos treinta segundos. Es vital que todos ustedes se queden tan tranquilos como les sea posible. Hay un tiburón muy grande ahí fuera y lo último que quiero es dejarle saber dónde estamos.

El *William Beebe* se apresuraba por la bahía, a cuatrocientos cincuenta metros y se acercaba hacia el velero moribundo. Harry Moon y el Dr. Maren volvían a cargar rápidamente otro tranquilizador en el arpon del cañón, mientras Dief y Celeste supervisaban la lancha de emergencias del *Abyss-Glider*.

Mientras Dief abría la escotilla del diminuto sumergible *Kevlar*, se giró hacia Celeste y el capitán Morgan.

—Atraeré al *meg* y os daré la oportunidad de rescatar a esa gente, después la llevaré de vuelta, con el fin de que podáis tener una buena posición para dispararle.

Se arrastró hacia el módulo de lexan del *AG-1*, y se selló dentro.

A través de sus prismáticos, Jonas enfocó la blanca aleta dorsal mientras se levantaba por la parte de atrás del *Lady Washington*. El agua ahora cubría la cubierta principal del barco, los pasajeros y los miembros de la tripulación revoloteaban en dos botes salvavidas atados al palo de trinquete.

Mac cogió a Jonas por el brazo, y señaló la nave de investigación que ahora se deslizaba a lo largo del velero hundido.

—Jonas, comprueba el estribor del *William Beebe*. ¿Están lanzando el *Abyss-Glider*?

Jonas redirigió sus lentes a tiempo para ver cómo el sumergible monoplaza se sumergía en el mar.

Llenos hasta su capacidad, los dos botes salvavidas estaba atados al palo de trinquete, flotando justo encima de la cubierta sumergida del *Lady Washington*. Flagg y sus pasajeros miraban detrás de ellos, aterrorizados por la imagen de una ola que se les acercaba por detrás. Una aleta blanca como una perla emergió del montículo en movimiento de agua... y seguía ascendiendo. El hocico apareció.

Hubo gritos, mientras el monstruo golpeaba la cubierta de popa sumergida con un ruido ensordecedor. El impacto hizo temblar la quilla y fracturó el palo de trinquete, que se venía abajo como una viga serrada.

Flagg observaba la *hoz*, una aleta caudal perfilada que se movía de un lado a otro entre los restos flotantes a menos de seis metros de distancia. La criatura estaba buscando el perímetro del barco hundido, que ahora empezaba a dar vueltas, cogida por un lento movimiento en forma de remolino.

Treinta metros de aguas los separaban de lo que serían sus rescatadores.

—El *Lady Washington* nos arrastrará hacia abajo —gritó él—; cortad las líneas y remad hacia el barco de rescate.

Abandonando el cañón lanza-arpones, Harry Moon ayudó a su tripulación a poner una red de cargo sobre la popa del barco al ver cómo dos botes salvavidas llenos de gente remaban hacia ellos.

—Mierda —murmuró. La aleta dorsal se había dado la vuelta, dirigiéndose hacia las vibraciones.

Dief se quedó boca abajo, asegurado con el arnés del piloto, cogió las dos palancas gemelas y puso en marcha los propulsores del sumergible. Buceó hacia un ángulo suavizado, descendió rápidamente hacia el fondo poco profundo, y se acercó al casco del barco velero de madera hundido.

—Dios...

Un inmenso agujero se abría ante él, tan grande que podría haber maniobrado el submarino directamente dentro y fuera de la quilla.

—De acuerdo, tiburón, donde... oh, Dios, no...

Al advertir un brillo que se le acercaba, Dief movió la palanca con brusquedad a su izquierda mientras una cabeza del tamaño de una casa pequeña resplandecía por la parte trasera de los escombros. Momentáneamente, sobrecogido por el pánico, Dief aceleró demasiado deprisa, y casi enterró la nariz del sumergible veloz en el enlodado lecho marino.

Ignorando al sumergible, el tiburón ascendió.

Dief buscó frenéticamente por el agua sombría al monstruo, mientras volaba sobre el fondo. Miró hacia arriba y vio una silueta aterradora que se deslizaba como un avión de pasajeros por la superficie iluminada por el sol y se acercaba lentamente

a un bote salvavidas amarillo.

Con sus cubiertas completamente sumergidas ahora, el *Lady Washington* daba vueltas en un gran círculo en el sentido opuesto de las agujas del reloj, tirando de las principales velas hacia el fondo. Flagg y sus pasajeros se agarraban con fuerza mientras los dos botes salvavidas convergían con los restos que quedaban en la superficie, y que se revolvían en el torbellino de la hundida barca.

Con un repentino golpe, el barco, que astilló la quilla, la llevó hacia las aguas poco profundas, al enlodado fondo. El principal mástil seguía en pie, marcando la posición del barco sumergido, justo por encima de las olas.

Emily Wheeler se sentaba temblando en la parte trasera del bote salvavidas con su nuevo vestido empapado de agua marina. Hugh se quitó la chaqueta del esmoquin y la puso por encima de los hombros de su madre.

—¿Estás bien, mamá?

Ella asintió, con los labios morados.

—Simplemente, agárrate bien. Estaremos en el barco de rescate en...

Sin aviso, el hocico del *megalodon* surgió por la parte trasera del bote salvavidas, entrando y saliendo del agua.

Veintiocho pasajeros gritaron, aferrándose los unos a los otros con desesperación cuando fueron lanzados arriba y abajo antes de caer al mar.

Emily se hundía de lado en el agua, conmocionada por el repentino frío.

Flotando con el chaleco salvavidas, llegó pronto a la superficie y luchó por coger algo de aire.

Hugh salió a la superficie cerca de su esposa, y lo oyó gritar.

—¡Carrie no sabe nadar! —Se sumergió en el agua, vio a su hija que se agitaba violentamente debajo sin un chaleco salvavidas, con su largo vestido de boda desplegándose como un paracaídas que la arrastraba hacia el fondo.

Dief miró hacia arriba para ver cómo el *meg* mordía el bote de goma, haciéndolo estallar en una ducha de burbujas mientras sacudía su colosal cabeza de un lado a otro como un perro, desgarrando el bote en jirones.

Extendido a lo largo de la superficie ante el depredador había un banquete de piernas pataleando y brazos remando. Dief jadeó con horror al ver cómo la novia se hundía con los pies por delante, con su vestido y su cola enredados ahora en sus piernas en una cerrada prisión.

Hugh buceó y pataleó con fuerza, estirándose para alcanzar a su hija, mientras esta continuaba hundiéndose a seis metros de agua. No pudo cogerla por el brazo,

pero se las arregló para coger un mechón de su largo cabello, y, momentáneamente, detuvo su descenso. Agarró su muñeca, tiró de ella hacia la superficie, y luchó por moverse entre el traje que tiraba hacia abajo como si fuera un ancla.

Cuando su cabeza rompió el agua, Hugh se sintió aliviado al ver a su hija atragantándose mientras tomaba una bocanada de aire. Puso su brazo sobre su pecho y empezó a moverse hacia el barco de rescate, cuando vio emerger la aleta dorsal.

—Oh, Dios... ¡Mamá! ¡Mamá!

Hugh gritaba desesperado mientras la diabólica criatura se levantaba directamente detrás de su madre.

Dirigiendo la nariz del sumergible a una abertura de rayo de sol, Dief lanzó su embarcación entre el hocico del *megalodon* y la figura de una mujer anciana. Gritando, aceleró el *Abyss-Glider* verticalmente hacia la mandíbula inferior de la criatura.

Una extraña corriente agarró a Emily, dándole la vuelta en la oscuridad. Un rápido aullido y su vida se extinguió, su frágil forma quedó pulverizada en trozos de carne contra el paladar de la boca del tiburón.

Un segundo más tarde, el morro del *Abyss-Glider* golpeaba con fuerza la garganta temblorosa del *megalodon*. Llamando la atención del monstruo, Dief invirtió la marcha y se alejó, descendiendo rápidamente mientras aquella imponente creación tragaba su comida y se daba la vuelta para perseguirlo.

Los pasajeros del *Lady Washington* se mezclaban los unos con los otros mientras ascendían por la pesada red de carga, y trepaban desesperadamente a los brazos de la tripulación del *William Beebe*.

Hugh Wheeler fue el último en alcanzar el barco. Observó cómo su hija trepaba hasta estar a salvo, pero se quedó en el agua, sollozando por la pérdida de su madre.

Dief zigzagueaba por el fondo, mirando de vez en cuando por encima del hombro para asegurarse de que estaba siendo seguido.

El *megalodon* lo embistió con la cola, lanzando de lado al *AG-1* hacia el lodo.

Dief le dio la vuelta al sumergible y entonces se dirigió hacia la superficie.

Jonas y Mac observaban al *Abyss-Glider* saltar del mar como un pez espada.

Segundos más tarde, la cabeza de la criatura partía la superficie, con sus mandíbulas que se abrían y cerraban en el vacío aire mientras el sumergible se hundía de lado en la bahía.

Jonas fue corriendo hacia la cabina y cogió la radio.

—Celeste, capitán, ¡que alguien conteste!

—Jonas, soy Celeste...

—Celeste, tienes que ordenar que quiten esas redes antes de que asesine a Dief...

—Maren está preparado para arponear...

—Escúchame, maldita sea. La bahía es demasiado poco profunda, no hay espacio para que Dief pueda maniobrar. Quitá esas redes antes de que lo mate.

—De acuerdo, de acuerdo.

Maren miró hacia arriba desde el cañón lanza-arpones para ver a uno de los barcos de pesca que empezaba a tirar de las redes desde el sur.

—Celeste, ¡no!

—Dispara Michael. Solo hazlo con rapidez.

Dief giró el sumergible a 360° cuando el *megalodon* mordió su costado izquierdo, arrancando el apéndice del *Klevar* como si fuera la cáscara de una mazorca.

Sabiendo que no podría eludir por más tiempo a aquel rápido tiburón, Dief dio media vuelta, y se dirigió al *Lady Washington* para buscar refugio.

Hubo interferencias en la radio.

—¿Dief?

—Date prisa, Celeste...

—El extremo sur de la red está abierta.

—Gracias a Dios —Dief se dirigió hacia el sur, virando del *Lady Washington* y acelerando hacia el mar abierto.

Una sombra pasó por encima de su cabeza. Miró hacia arriba... y gritó, mientras una horrible mandíbula superior se cerraba en el morro de su sumergible.

Con un tremendo chasquido, la pompa de lexan estalló, enviando un río de agua que golpeó la cara de Dief, y le cortó el aire del pecho. Un chasquido, después un repugnante crujido, mientras el *Klevar* y el sumergible de lexan eran pulverizados a su alrededor, y un fragmento del deshecho morro se deslizó profundamente dentro de la parte superior de su brazo.

El *megalodon* aflojó el mordisco y se puso a trazar círculos alrededor de su presa, esperando a que muriera.

Dief buscó su arnés, incapaz de liberarse del aplastante abrazo de su ataúd invertido. Inclinandose hacia su derecha, se las arregló para coger la pequeña botella de oxígeno, llevó el regulador a su boca y abrió la válvula de la alimentación de aire de emergencia. Después de jadear en el orificio para la boca, se tranquilizó y tomó un oxígeno vivificador.

El resplandor apareció a su izquierda. Asomando entre remolinos de lodo, vio la

cabeza de color marfil que se le acercaba. El hocico embestía contra los escombros, presionando contra el pecho de Dief. Con ambas manos, el piloto del sumergible intentó en vano empujar a la bestia de treinta toneladas. Una corriente sorprendentemente fuerte cogió su mano izquierda, absorbiéndola en un orificio de nariz gigante.

Con un movimiento surrealista, la boca se estiró hasta abrirse ante él, una boca de casi tres metros que extinguió la luz del sol.

Richard Diefendorf rezó una rápida oración. Después, escupió el regulador y aspiró el mar mientras el *Ángel de la Muerte* se dirigía hacia él.

Michael Maren maldijo en voz alta a medida que la forma de alabastro pasaba el *William Beebe*, acercándose a toda velocidad hacia el sur de la entrada.

Después de trazar círculos dos veces, la criatura finalmente sintió que la obstrucción ya no estaba. Unos segundos más tarde, el *megalodon* se había ido.

# NEGOCIOS ARRIESGADOS

*Fosa de las Marianas*

Terry se secó el sudor de su ceja, y después, continuó retorciendo una barra de hierro. Otros quince minutos pasaron antes de que fuera capaz de arrancar la armadura de la cama. Ayudada por una fuerza de apalancamiento adicional, el otro extremo le siguió rápidamente.

Se levantó, golpeó la barra hueca de sesenta centímetros que tenía en sus dedos y sintió su peso contra la palma abierta de la mano. No era tan bueno como el cuchillo de caza del ruso, pero al menos así no estaría desarmada.

Terry comprobó el reloj: las 2.10 h. Abrió la puerta de su camarote y escuchó.

Solo pudo distinguir los sonidos de los generadores del *Benthos*, así que avanzó lentamente con los pies desnudos por el pasillo, y con la barra de hierro apretada con fuerza en su puño derecho, mientras el corazón le palpitaba salvajemente el pecho.

«¿Tubo de acceso o escalera de cámara? El ruso prefiere el tubo...».

Entró de puntillas en la escalera de cámara, escuchando. Pudo oír las voces de la tripulación hablando en la cocina, discutiendo sobre el increíble fósil prehistórico que el *Prometheus* había desenterrado horas antes. Cuando entró en el sellado hueco de la escalera, Terry levantó la escotilla hermética en la base y descendió silenciosamente, después de lo cual cerró la escotilla tras ella.

«Nivel F. Despensas del barco, bodegas de equipos y reactor nuclear.

Continúa...».

Terry abrió la siguiente escotilla de la escalera de cámara y escuchó cuidadosamente, antes de dirigirse hacia abajo, por el último tramo de escaleras que llevaba al módulo G, el único nivel considerado prohibido para todos excepto para los hombres de Benedict. Contuvo la respiración y, una vez más, solo escuchó el zumbido de los generadores del barco. Deslizándose descalza por el suelo de losa, se precipitó por el vacío pasillo hasta la entrada de la estación de atracada del submarino.

Terry presionó el oído contra la puerta hermética. Dándose cuenta de la inutilidad de aquel gesto, aguantó de nuevo la respiración, empujó la puerta hasta abrirla y entró en la cámara. La habitación desértica y circular se extendía ante ella. Con el corazón acelerado, corrió hacia la torre de mando del *Prometheus*, que sobresalía en el centro de la estación de atracada. Después de abrir la escotilla exterior del sumergible, bajó la escalera y entró en la nave.

El submarino estaba oscuro, salvo por un brillo fluorescente que venía de docenas de paneles de control. Avanzó hacia delante, escuchando, aterrorizada por la sensación que le producía estar sola en un submarino atracado, rodeada por mil ciento veinticinco kilogramos por centímetro cúbico de presión de agua.

Cuando localizó el panel de control, se sentó, después encendió el sistema.



Benedict Singer se había pasado todo el día poniéndola furiosa, jugando con sus emociones, manipulándola como si ella fuera una muñeca de trapo.

Ahora, era su turno.

El menú Geo-Tech apareció en la pantalla, justo como lo había hecho horas antes. Utilizando el ratón, destacó la palabra TOKAMAK. Estaba a punto de presionar ENTER cuando oyó un ruido en la habitación de arriba.

«¡Pasos!».

El corazón empezó a latirle sin control. Buscó desesperadamente un lugar en el que esconderse. Se dirigió a toda prisa hacia la parte de atrás del sumergible, golpeándose dolorosamente la espinilla contra otro panel antes de agacharse en el cuarto de baño.

Oyó cómo se abría la puerta sellada. ¡Quienquiera que estuviera ahí estaba descendiendo en el *Prometheus*!

Terry estaba convencida de que era el ruso. Secándose el sudor de las palmas de las manos, agarró con fuerza la barra de hierro y la levantó sobre su cabeza.

Podía sentir las vibraciones de los pasos de aquel hombre. Lo escuchó detenerse en la estación de ordenadores y después continuó moviéndose hacia delante, acercándose al cuarto de baño.

«Apunta a su cabeza, un buen golpe, después no pares hasta que lo mates...».

La puerta empezó a abrirse...

Terry descargó la barra de hierro hacia la cabeza de la silueta.

El hombre esquivó la barra, después le cogió el brazo y lo colocó expertamente detrás de su espalda. Terry empezó a gritar, pero su asaltante era demasiado rápido, y le puso la mano en la boca y la nariz, lo que cortó su respiración.

—Terry ¡soy Heath!

Él soltó el firme agarrón. Ella se inclinó, jadeando por tomar algo de aire.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Ella asintió, todavía sin aliento.

Heath inspeccionó la barra de hierro.

—Sí, esto debería haberme dolido —se la devolvió— mejor guárdala para Sergei.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Te vi salir de la habitación y pensé que sería aquí hacia donde te dirigirías. Un movimiento muy peligroso. Ven aquí, quiero enseñarte algo.

La condujo del el brazo hacia la estación de ordenador.

—El archivo GTI al que estabas a punto de acceder requiere un código de seguridad. Si no hubieras metido el código correcto en sesenta segundos hubieras hecho que saltaran todas las alarmas.

Terry miró al monitor, el sudor le caía a ambos lados de la cara.

—¿Por qué me has seguido? ¿Estás intentando protegerme del ruso?

Heath sonrió.

—Sergei no te molestará esta noche. Le he puesto algo en el té durante la cena.

Ahora mismo, debería estar durmiendo como un perro lobo ruso. Dime por qué estabas accediendo al archivo Tokamak.

Ella se sentó cerca del ordenador.

—Benedict ha estado jugando conmigo desde el primer día que llegué a bordo del *Benthos* y ya estoy cansada. Esta tarde fue lo peor. No sé si está intentando dejarme vivir o morir, pero había pensado que era mi turno de joderlo yo para variar.

—¿Qué sabes acerca del Tokamak?

—Nada.

—Terry, no puedo ayudarte si me mientes.

—No estoy mintiendo. ¿Quién eres tú? ¿Realmente conoces a Jonas?

Heath se frotó el sudor de la ceja.

—No lo conozco personalmente, pero ambos trabajamos en un proyecto bajo el mar para la Marina, hace once años.

—Once años... —aquel descubrimiento le despejó sus dudas—. ¿Los buceadores de la fosa de las Marianas?

Heath asintió.

—Era una misión de alto secreto. Hasta este día, Jonas todavía no tiene ni idea de lo que realmente iba todo aquello. Shaffer y Prestis, los dos hombres que murieron cuando a Jonas le entró el pánico en el abismo eran mis colegas.

—Entonces, ¿trabajas para la Marina?

—Ya no.

—Pero no eres un paleo-biólogo...

—Dime lo que sabes acerca del Tokamak.

—¿Eres de la CIA?

—Terry, no puedo ayudarte si no cooperas.

—Eres de la CIA, ¿verdad?

—Terry, ya es suficiente. Ahora mismo, estás poniendo en peligro nuestras vidas.

—Mira, ya te lo he dicho. De verdad que no sé nada de Tokamak. Cuando estuve a bordo del *Goliath*, yo... —sonrió, avergonzada— supongo que podríamos decir que hice una pequeña operación secreta yo sola. Me colé en una especie de laboratorio de alta tecnología escondido en las entrañas del *Goliath* y...

—¿En el *Goliath*? ¿Dónde? —Heath parecía emocionado—. ¿Cómo conseguiste entrar allí? ¿Qué había dentro?

Ella le contó todo acerca de la escalera escondida en el viejo silo de misiles del barco y después le describió el laboratorio.

—Esa gran máquina —preguntó Heath— ¿parecía un gigante anular... un *donut* gigante?

—Sí. ¿Cómo sabes eso?

—Jesús... —Heath se frotó de nuevo la cara— ¿qué sabes de la fusión?

—¿Como en bombas de átomo?

—No, no, eso es fisión. La fusión es el proceso que abastece el sol y las estrellas.

Ocurre cuando dos átomos de hidrógeno, normalmente un isótopo de deuterio y uno de tritio se calientan a temperaturas altas hasta que se fusionan, liberando una increíble cantidad de energía. Cuando eso pasa la materia entra en un nuevo estado... plasma.

Heath apagó el ordenador.

—Probablemente todavía estemos a unos buenos veinticinco años de instalar un reactor fusión en línea, pero los beneficios potenciales son enormes. Imagina una fuente de energía que sea virtualmente inagotable, que no perjudique al medio ambiente y que no origine productos de combustión, gases invernaderos o incluso materiales para hacer armas.

—Suenas demasiado bueno para ser real.

—Algunos burócratas estarán de acuerdo. Estamos todavía en fases experimentales y es muy costoso, pero las cosas están progresando. Para que la fusión ocurra, los átomos de deuterio y tritio deben ser calentados a temperaturas que excedan los cien millones de grados centígrados, y después tenerlos juntos el tiempo suficiente para que se dé la fusión. El sol consigue eso utilizando la gravedad. En la Tierra, tenemos que utilizar el campo magnético para confinar los gases.

—Entonces, ¿qué es Tokamak?

—Tokamak significa habitación anular en ruso. Las bobinas que rodean la parte exterior del anular o *donut* crean un campo magnético dentro de la habitación que a la vez, estabiliza la fusión plasma...

—No me estoy enterando de nada. Solo dime hasta qué punto está implicado Benedict.

—Escúchame. El principal reto de la fusión es llegar a ser capaz de contener el plasma caliente durante un periodo suficiente de tiempo. Esto relaciona los problemas con el petróleo mismo, especialmente el tritio, que es radioactivo. Hace varios años, la Inteligencia Israelí supo acerca de una reunión secreta entre Benedict Singer y Osama Bin Laden, el exiliado millonario saudí y financiero del Frente Nacionalista Islámico, una organización terrorista relacionada con los ataques del World Trade Center así como otros atentados, incluyendo las bombas en las embajadas de Kenia en Nairobi. En esa reunión, Benedict demostró un fuel prototipo que creaba una reacción por fusión que decían que estaba a escala de cualquier reacción de energía previamente lograda. Bin Laden y sus asociados árabes se quedaron tan impresionados que estuvieron de acuerdo en financiar el trabajo de la GTI a cambio del control parcial de la tecnología.

Con su respaldo e influencia, Benedict ha sido capaz de recluir algunas de las mentes más inteligentes de Rusia y del Medio Este para ayudarlo a construir lo que puede convertirse en el primer y verdadero reactor por fusión tokamak.

—¿Y qué pasa si Benedict tiene éxito?

—Si tiene éxito, cambiará la balanza de poder durante décadas. Hasta ahora, la fusión ha sido una tecnología compartida entre las naciones del mundo, un esfuerzo

unido para aunar las fuentes para el bien común. La fusión legitimaría la influencia de Bin Laden en la economía mundial. Sería el equivalente de Hitler desarrollando la bomba atómica ante los Estados Unidos. Es vital que determinemos cuál es la fuente del combustible de la fusión misteriosa de Benedict y saber si es estable. La CIA ha estado persiguiéndolo durante años, intentando infiltrarse en su organización. Tuvimos nuestra primera oportunidad cuando Benedict se puso en contacto con Scripps en busca de un paleo-biólogo.

—Obviamente tú no lo eres. ¿Tienes miedo de que Benedict se entere de esta farsa?

—Tengo conocimiento en el campo, suficiente para arreglármelas. Hasta ahora, las cosas han ido bien, aunque el verdadero reto para mi tapadera acaba de llegar.

—¿Ese fósil?

—Sí. El objeto es un espécimen increíble de un reptil prehistórico. Nunca lo había visto antes. Benedict está pidiendo que le dé respuestas sobre su origen, y rápido.

—¿Puede estar relacionado con las especies que nos persiguieron hoy?

—Es muy pronto para decirlo. Probablemente haya ido demasiado lejos. Pero necesito proporcionar a Benedict información pronto, antes de que sospeche algo.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Una cosa, mantente alejada de esos ordenadores —dijo Heath— la CIA cree que el combustible para la fusión de Benedict puede estar al bordo del *Benthos*. Hay algún tipo de bodega en el módulo G que es zona restringida para cualquier persona que no sea hombre de Benedict. Si solamente pudiera echar un vistazo dentro, sabría lo que está haciendo.

—Ojalá pudiera ayudarte, pero ahora mismo estoy luchando para que no me asesinen —le dedicó una sonrisa nerviosa— quizás puedas matar a Sergei por mí, ya sabes, en la línea del deber.

—Te ayudaré en todo lo que pueda sin arriesgar mi tapadera, pero no puedo hacerlo a no ser que te quedes en tu camarote. Lo que has hecho esta noche ha sido una estupidez. Te sugiero que hables con Benedict para que te lleve a bordo del *Prometheus* otra vez. Ya sabes, aprovéchate de su ego, háblale en latín o algo. Con suerte, estarás arriba en pocos días. Así que no más riesgos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Salieron del sumergible y, después, Heath la acompañó hasta su habitación. El agente de la CIA le dio las buenas noches y volvió a su camarote, inconsciente de que las micro lentes escondidas en el techo habían grabado cada uno de sus movimientos.

## MEZCLA DE EMOCIONES

El sol de la mañana iluminó la cubierta de popa, forzando a los pasajeros y a la tripulación del William Beebe a entrecerrar los ojos.

Jonas sintió un dolor en el pecho y un nudo pesado en su garganta cuando el capitán Morgan cerró el misal, concluyendo la ceremonia honorífica del barco caído.

Mac cogió a Jonas por el brazo y tiró de él hacia un lado, con lágrimas de rabia humedeciéndole los ojos.

—La GTI ha mantenido contactos para recoger otro helicóptero, pero primero tengo que informar a la Administración Federal de Aviación sobre el accidente de ayer. Supongo que estaré fuera todo el día. Cuando regrese, quiero que me digas cómo vamos a exterminar a ese maldito tiburón tuyo.

Jonas asintió y observó cómo se iba.

Jonas pudo sentir a Celeste que se acercaba por el aroma a crema de jazmín de su piel profundamente bronceada. Llevaba un mono de una pieza de color beige que dejaba sus hombros desnudos, y el corte de su ajustado top revelaba un escote invitador.

Estaba ahí de pie, descalza, con un par de sandalias colgando de sus dedos.

Jonas se encontró mirándola. A ella no parecía importarle.

—¿Vas a algún sitio?

—Tenemos una cita en diez minutos en la cocina. Ya que parece que vamos a quedarnos en el puerto durante al menos las siguientes quince horas, he pensado que podrías ayudarme a comprar algunas cosas en la ciudad.

—No creo que sea una compañía agradable.

Ella lo miró, con los ojos azules brillantes.

—Yo también estoy triste. Es esa la razón por la que necesito salir de este barco durante unas horas.

—Deja que me lo piense —le dijo, siguiéndola hacia la cocina.

Jonas saludó al capitán y a Harry Moon, después dejó su bandeja del desayuno en la mesa, y ocupó un asiento vacío al otro lado del Dr. Maren. Celeste dejó su bandeja a su lado.

—Tengo una reunión como representante de la GTI con la familia de Dief —dijo Celeste—. Se encargarán de la preparación del funeral y de otras necesidades financieras.

—Celeste, ha llamado el Instituto Tanaka —dijo el capitán Morgan— dicen que tu paquete llegará a bordo en cualquier momento de esta tarde.

—¿Qué paquete?

—He pedido que nos entreguen otro de los *Abyss-Glider* del Instituto. Sé que la muerte de Dief está en todas nuestras cabezas, pero necesitaremos que el sumergible posicione la red debajo del *megalodon* una vez que la capturemos.

—¿Y quién esperas que pilote el sumergible? —preguntó Jonas.

—Yo lo pilotaré —dijo Maren.

—No es como pilotar el Alvin —dijo Jonas—; una vez que el *megalodon* esté inconsciente, puede que tengas que descender noventa o ciento veinte metros para poner la red detrás de ella.

—Sé lo que tengo que hacer, Taylor. Celeste, ¿podemos dispensar esta pequeña charla y comenzar la reunión? A diferencia de algunos de vosotros, tengo toneladas de trabajo que hacer.

Celeste asintió.

—Empecemos por poner al día a Jonas.

Maren se frotó los ojos. Parecía como si tuviera resaca.

—La versión corta es que hemos perdido el SOSUS.

—¿Qué significa eso? —preguntó Jonas.

—Perdido, como que la señal ya no existe. El transmisor debe haberse arrancado de la piel del *megalodon* cuando estaba luchando por liberarse de la red del pesquero. No importa, la encontraremos.

—Sí, ¿y cómo se supone que vamos a hacer eso? —preguntó Jonas.

—Seguiremos la línea de la costa a lo largo de Vancouver y Alaska hasta que la llevemos hacia el mar de Bering.

—¿Crees que el mar de Bering es un jodido estanque? ¿Cómo esperas que...?

Celeste lo interrumpió.

—Jonas, si tengo que contratar una flota de helicópteros para rastrearla...

—También puedes llamar a la Fuerza Aérea, si te pones. Dios, Celeste, este viaje podría durar meses.

—No gracias a ti —dijo Maren, con la voz un poco demasiado alta.

—¿Me estás echando la culpa?

—El plan estaba funcionando a la perfección, la teníamos atrapada en el puerto. El tiburón estaba cansado. Otros cinco minutos más y hubiera podido arponearla. Si no le hubieras pedido a Celeste que quitara las redes...

—El tiburón hubiera atacado a esos botes salvavidas —dijo Jonas— si no hubiera sido por Dief, mucha más gente hubiera muerto.

—No estoy de acuerdo —dijo Maren— la criatura ya se había alimentado. No estaba hambrienta, si solamente atacó al velero era porque se sentía amenazada. No sé lo que le dijiste a Diefendorf, pero fue suficiente como para enviarlo al agua con el sumergible. Por lo que sabemos, el *Abyss-Glider* hubiera podido provocar a la criatura en realidad.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso?

—Quiere decir que te entró pánico, Taylor. Si no le hubieras dicho nada a Dief, el *William Beebe* hubiera podido rescatar a esos pasajeros sin que el *megalodon* se hubiera puesto hecho una furia y hubiéramos podido también arponear a la criatura, sin mencionar el hecho de que Diefendorf todavía estaría vivo...

Celeste vio cómo la cara de Jonas se ponía roja de ira.

—... pero luego, parece que siempre acabas convirtiéndote en presa del pánico cuando se trata de esas criaturas —dijo Maren— y, por desgracia, alguien muere a causa de ello.

Jonas se abalanzó sobre la mesa y cogió al joven científico por la camisa, levantándolo de la silla con ambas manos. El capitán Morgan y Harry Moon le cortaron el paso a Jonas, intentando soltarle los dedos.

Maren se volvió hacia Celeste, visiblemente enfadado.

—Celeste, ya he tenido bastante con las gilipolleces de este tipo. Si quieres que haga mi trabajo, mantén alejado de mí a este mandril —miró a Jonas, se estiró el cuello desgarrado de la camisa y salió de la cocina.

Jonas se marchó hecho una furia hacia la cubierta principal, con las manos temblándole por la rabia.

Celeste lo vio irse y después se dirigió hacia la habitación del Dr. Maren. Sin molestarse en llamar, abrió la puerta.

Él estaba cerca de la cama, quitándose su desgarrada camiseta.

Ella lo alcanzó y le tocó su amoratada garganta.

Él le dedicó una sonrisa juvenil.

—A este ritmo, voy a necesitar un nuevo vestido. ¿Entonces qué? ¿Lo he hecho bien?

—Ganarás el Óscar —le dijo ella.

—¿Y qué pasa cuando me rompa la crisma?

—No lo hará, al menos cuando haya gente a su alrededor. Quédate en posición de ventaja.

—No me da miedo Taylor. Es su *psico-amigo* quien me molesta.

—Déjame a mí. Y en cuanto a Jonas te haré saber cuándo quiero que le jodas otra vez.

Maren deslizó el brazo alrededor de la cintura de Celeste, tirando de ella más cerca.

—¿Y qué pasa con nosotros? Se suponía que ibas a venir a mi camarote anoche. ¿Qué pasó?

Ella deslizó la mano sobre su entrepierna, dándole un travieso apretón.

—Me gusta jugar con mi presa antes de comérmela —le susurró, recorriendo su cuello amoratado con la punta de la lengua— supongo que anoche no tenía hambre.

Celeste le quitó la mano de la cintura, susurrándole al oído.

—*Varium et mutabile semper femina.*

—¿Otro de los proverbios de tu mentor?

—Significa que la mujer es algo caprichosa y voluble. Ten paciencia conmigo, Michael, cariño. Merezco la espera. Entre tanto, redirige tu libido y ayúdame a recapturar a ese pez.

Un grupo de reporteros de televisión y periodistas que esperaban en el muelle se giró repentinamente y corrió al unísono hacia Jonas mientras este salía de la cubierta principal. Inclinandose sobre la barandilla de estribor, lanzaron sus preguntas mientras los fotógrafos disparaban con sus cámaras de fotos.

Jonas se escondió de nuevo en el barco.

—¿Vas a la orilla, Taylor?

Jonas se dio la vuelta, asustado por Harry Moon.

—Celeste me ha pedido que haga algunos recados.

—Entonces, será mejor que cojas esto —Harry le pasó un teléfono móvil— has hecho unos cuantos enemigos más en las últimas veinticuatro horas. Ya tiene grabado el número del barco a la estación costera en la memoria, simplemente marca el 1 y después ENVIAR. Ponte en contacto con nosotros de vez en cuando, así sabremos que estás bien.

Jonas se metió el teléfono en el bolsillo.

—Gracias.

Vio cómo Harry se iba en el momento en el que Celeste se acercaba desde el otro extremo del pasillo.

—Ven conmigo a la ciudad —dijo Celeste— cualquier cosa es mejor que enfrentarse a la prensa.

Jonas asintió.

Celeste le cogió el brazo, llevándolo hasta una lancha atracada a lo largo de la popa del *William Beebe*. Bajaron a la embarcación y se escondieron bajo una lona impermeable mientras el conductor encendía los motores. Cinco minutos más tarde, llegaron, sin darse cuenta, al extremo más alejado del Westport Marina.

Durante las siguientes seis horas visitaron a proveedores al por mayor, pidieron abastecimiento y prepararon la mercancía para llevarla a bordo del barco. Al final de la tarde ya habían acabado, por lo que se detuvieron para descansar en el banco de un parque, que daba al océano. El sol bañaba el muelle con una luz dorada, expandiendo un brillo cálido por la piel de ámbar de Celeste. Jonas observó cómo daba de comer maíz a las gaviotas.

—Realmente necesitaba bajar de ese barco —dijo ella—. ¿Te puedo pedir un último favor? Hemos pasado un restaurante hace unos cuantos bloques caminando por West Haven...

—¿El Islander?

—Sí. Vayamos a cenar allí —sonrió ella— paga la empresa.

—Vale.

—Pareces cansado. Todavía es temprano, ¿por qué no cierras los ojos unos minutos y te relajas?

Jonas reposó su cabeza y cerró los ojos, mientras el sonido del mar lo calmaba.

En unos segundos se quedó dormido.



Cuando se despertó, el sol se había convertido en una bola de color púrpura, que desaparecía rápidamente por el horizonte. Celeste estaba acurrucada a su lado.

—¿Has tenido una buena siesta?

Jonas se enderezó y se estiró, sintiéndose refrescado.

—Dios, es tan agradable caerse dormido sin tener una pesadilla.

—¿Ves lo que pasa cuando te cuido yo?

Esperaron hasta que la puesta de sol se volvió violeta y después se dirigieron hacia el restaurante. El *maître* lo llevó hacia una mesa iluminada por las velas con vistas al mar.

Celeste se inclinó hacia delante.

—Jonas, necesito contarte algo. Me siento muy cómoda cuando estoy cerca de ti, como si pudiera contarte cualquier cosa. Nunca he tenido ese tipo de relación con un hombre antes. Sabes que me siento muy atraída por ti.

—Estoy casado...

—Sí, pero dime la verdad. ¿Eres feliz? ¿Es Terry feliz?

—No deberíamos estar hablando de eso ahora mismo.

—¿Por qué no? Yo te he contado cosas personales de mi vida.

—Celeste, amo a mi mujer, ¿te resulta eso tan difícil de comprender?

—No, ¿pero te resulta a ti tan difícil de entender que Terry quiera seguir adelante?

Jonas cogió el menú, sintiéndose incómodo.

—Me lo he pasado muy bien hoy. ¿Por qué estropearlo ahora?

—Estoy intentando ayudarte...

—No, estás intentando manipularme para que crea que Terry quiere el divorcio.

Celeste sonrió.

—De acuerdo, lo confieso. Tengo un motivo oculto. La verdad es que creo que tú y yo seríamos más felices juntos —deslizó las yemas de sus dedos sobre la llama de la vela—. Jonas, olvídate de mí por un momento. Solo respóndeme a esta cuestión con sinceridad, ¿cómo terminó tu primer matrimonio?

—¿Mi primer matrimonio? ¿Por qué quieres saber eso?

—Simplemente responde a la pregunta. ¿La dejaste tú o te dejó ella?

—Si te interesa saberlo, fue ella quien me dejó. Estaba teniendo un desliz con uno de mis mejores amigos.

—¿Y por qué crees que pasó eso?

—¿A dónde quieres llegar con todo esto?

Se inclinó y le tocó la mano.

—Lo que estoy a punto de decir puede que te suene algo duro, pero quiero que pienses en ello. El amor de una mujer por un hombre muere cuando su pareja deja de prestarle atención. Una mujer como Terry necesita una atención constante. Si no se la das, finalmente acabará encontrando a otro hombre. No sé qué fue lo que ocurrió con tu primer matrimonio exactamente, pero creo que tu matrimonio con Terry falla porque todavía te sientes culpable por lo que pasó hace once años.

Jonas quitó su mano de encima.

—Me siento culpable de muchas cosas.

—Pero hace once años, tuvo lugar el momento más importante de tu vida, el día en que empezó tu obsesión por la muerte. Dos personas murieron bajo tu mando. Conociéndote, diría que probablemente te culpaste por esas muertes y arruinaste tu primer matrimonio en el proceso. Después, hace cuatro años, redirigiste tu culpa al odio, culpando a esos tiburones de tu desdicha.

Jonas miró por la ventana.

—Murió.

—¿Quién murió?

—Maggie, mi primera esposa. El *megalodon* la asesinó hace cuatro años.

—Lo siento.

El camarero los interrumpió. Celeste pidió por los dos, mientras Jonas seguía mirando su reflejo oscuro en el cristal de la ventana salediza.

—Jonas, ¿estás bien?

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—De acuerdo —se inclinó hacia delante—. Maren te ha sacado de tus casillas antes, ¿verdad?

—Ese tío es un gilipollas.

—Sí, pero es un gilipollas inteligente. Lo necesito por aquí hasta que capturemos a la criatura.

—¿Y por qué me necesitas a mi?

Ella sonrió.

—Maren es un crío. Tú eres un hombre.

Jonas sintió cómo deslizaba los dedos de los pies por sus pantorrillas.

—Celeste...

—Lo siento —agotó su copa—. ¿Cómo está Masao Tanaka?

—No muy bien.

—Quizás el estrés de la huida del *megalodon* fue demasiado para él. Puede que sea hora de retirarse.

—Creo que la noticia de su hija bajando a la fosa de las Marianas es lo que provocó su ataque al corazón, no la huida del tiburón.

—¿Por qué debería Tanaka preocuparse por Terry? ¿No cree él que el *Benthos* sea una nave segura?

—No es por el *Benthos*. Su hijo, D.J., fue asesinado en la fosa hace cuatro años.

—*Prastitye*, lo había olvidado completamente —Celeste picoteó de su ensalada César—. Jonas, dime, ¿cuántos tiburones más de esos pueden estar realmente ahí abajo?

—No lo sé. Pero estoy seguro de que hay unos cuantos.

—Y el *Benthos*, ¿es vulnerable a un ataque?

—No podría decirlo. Sé que Benedict diseñó ese barco para que fuera capaz de

aguantar una buena paliza. Pero quién sabe qué más hay en el abismo...

—Ahora me estás preocupando. La fosa es tan grande... —se detuvo, mirando a su vaso de agua—. Jonas, ¿cómo fue la primera vez que te encontraste con el *megalodon*?

—¿Quieres decir hace cuatro años?

—No, la primera vez que viste a una de esas criaturas. Hace once años, cuando estabas pilotando el *Seacliff*.

—Era una localización remota. Apodamos a aquel sitio *Purgatorio del Diablo*. Sus ojos se iluminaron.

—El *Purgatorio del Diablo*. ¿Recuerdas exactamente las coordenadas?

—Sí, pero no puedo revelarlas. La misión era confidencial y la Marina ya me ha jodido lo suficiente.

—Sabes que solo estoy interesada porque me preocupo por Benedict y la tripulación del *Benthos*. Son mi familia, todos los que he dejado allí. ¿Qué pasa si el *Benthos* está explorando la misma área de la fosa, ese *Purgatorio del Diablo*?

—¿Qué pasa si lo están haciendo?

—¿No crees que las oportunidades de que se crucen con otro *megalodon* sean mucho mayores? ¿No crees que deberíamos avisarlos para que se mantengan alejados de esa localización?

—No hay razón para pensar que esa área pueda ser peligrosa ya. Además, ya te lo he dicho, no puedo darte las coordenadas.

—Pero si otra criatura del tamaño de Angel está ahí abajo...

—No habrá nada tan grande como Angel en la fosa. Eso puedo asegurártelo.

—Pero aun así, has dicho que puede que haya otros tiburones. Jonas, te prometo que no se lo contaré a nadie. Solamente estoy preocupada. Te he dicho antes que confiaba en ti. ¿No confías tú en mí?

—No es una cuestión de confianza, Celeste. Confidencial quiere decir confidencial. Masao es como un padre para mí, pero ni siquiera a él le revelaría tales coordenadas.

—Vale, —golpeó ruidosamente el tenedor con el plato— olvida lo que te he preguntado.

—No te enfades.

—No estoy enfadada, solo decepcionada. Pensaba que éramos amigos.

—Lo somos.

—¿Si Mackreides te preguntara las coordenadas, se las darías?

—Celeste...

—No entiendo cómo una información desconocida que tiene más de once años podría causarle algún mal a la Marina de los Estados Unidos.

—Eso es porque no sabes de qué iba aquella misión.

—No quiero saber de qué iba esa misión. De hecho, no me importa en absoluto. Ya te lo he dicho, solo estoy preocupada por la gente que va a bordo del *Benthos*.

—Terry, cambiemos de tema.

Celeste frunció el ceño.

—Me acabas de llamar Terry.

—¿En serio? —Jonas se frotó los ojos— lo siento, un lapsus. Solo es que estoy muy cansado. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—Tengo una idea mejor. No hablemos de nada.

Harry Moon les dio la bienvenida cuando subieron a bordo del *William Beebe*.

—¿Qué ha pasado con los reporteros? —preguntó Jonas.

—El Dr. Maren ha hablado un rato con ellos. Me alegro de que hayáis regresado, estábamos a punto de irnos. Maren ha estado volviendo loco al capitán desde que llegó el *Abyss-Glider* hace dos horas. Estaba dispuesto a mandar un equipo de rescate a por vosotros. Creo que tiene miedo de que la criatura se esté alejando demasiado de nosotros.

—Le pago para que se preocupe —dijo Celeste.

Jonas se metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono móvil que Harry le había dado antes.

—Quédatelo durante la duración del viaje —le dijo Harry.

—Jonas, estoy muy cansada —dijo Celeste— ¿te importaría acompañarme a mi camarote?

Pasaron por la cubierta, y se detuvieron para contemplar al *Abyss-Glider*, que había sido ensamblado y montado en su soporte en estribor.

Jonas observaba el sumergible monoplaza, mientras la sangre se le subía a la cara.

—¿Qué coño... qué coño está haciendo esta cosa a bordo?

—¿De qué estás hablando?

—No juegues conmigo, Celeste, sabes perfectamente bien de lo que estoy hablando. Esto es un AG-2, el modelo de aguas profundas. ¿Qué demonios está haciendo aquí? ¿Has pedido tú esto?

—Jonas, tranquilízate. Era el único sumergible que el Instituto podía tener disponible con tan poco tiempo. Puede que no sea tan rápido como el AG-1, pero aun así hará el trabajo. ¿Hay algún problema?

—Joder... sí, hay un problema... ¡hay un gran problema! Maldita sea, Celeste, te he hablado de mis pesadillas ¿y ahora traes un AG-2 a bordo? ¿Estás jugando conmigo?

—Jonas...

—¡Este sumergible es mi maldito ataúd!

Ella lo agarró del brazo.

—Para con estas tonterías. No es tu ataúd. Ni siquiera eres la persona que va a pilotarlo.

Ella lo siguió dentro de las máquinas del *William Beebe*, que gruñían mientras

volvían a la vida.

—Jonas... espera. Lo siento. ¿Estás bien?

—No. Hazme un favor, simplemente déjame solo. No puedo... no puedo pensar con claridad.

—Ven conmigo, sé exactamente lo que necesitas —le dirigió hacia la puerta de su camarote—, ven y tomemos una copa, te quitará los nervios.

—Esta noche no.

—Jonas, la noche acaba de empezar. Permíteme disculparme de la manera correcta —ella le puso la mano en la cintura, presionando la ingle contra la suya.

Jonas la empujó.

—No. Mira, ya te lo he dicho. Amo a Terry.

—¿También amabas a tu primera mujer después de que dejara de quererte? Quédate conmigo esta noche, Jonas. No tienes que hacer el amor conmigo si no estás preparado. Solamente deja que pueda cuidarte mientras duermes. Haré que tus pesadillas se mantengan alejadas.

Él la miró, sus pechos creciendo, su lujuria embriagándole. «Tan preciosa... tan peligrosa».

Ella se desabrochó la camisa.

—Nadie puede amarte como yo puedo hacerlo —le susurró, tocándole los pantalones.

Jonas le cogió la muñeca, sintiendo cómo sus propias manos temblaban de deseo.

—Ya basta, Celeste. Eso no va a pasar.

—Sé que me deseas, Jonas...

—Buenas noches, Celeste.

Ella lo observó dirigirse por el pasillo.

—Jonas, te apuesto a que pensarás en mí esta noche, cuando estés solo.

Jonas la ignoró. Abrió la puerta de su camarote, sin darse cuenta de que el Dr. Maren estaba observándolo desde el final del pasillo.

# LA ARAÑA Y LA MOSCA

*Fosa de las Marianas*

Heath Williams seguía buscando sus archivos en el ordenador, frustrado por la falta de información pertinente disponible acerca de antiguos reptiles marinos. Al menos, sabía a qué especie prehistórica monstruosa pertenecía la inmensa sección fosilizada del cráneo. Por desgracia, también sabía que aquello no sería suficiente para Benedict. Tecleó otra petición, accediendo a las teorías de Jonas Taylor acerca del *Carcharodon megalodon*.

Miró hacia arriba para ver a Sergei entrar en el laboratorio.

—Sergei, ven aquí —Heath se dirigió hacia él hasta la sala interna y cerró la puerta tras él.

Oyendo cómo se cerraba la puerta, Terry salió del armario de almacenamiento del laboratorio y pasó por el pasillo exterior y se dirigió hacia el puente para buscar a Benedict.

—¿Quieres hablar? —le dijo Sergei, mirando a Heath sospechosamente.

—Sí. Ahora le he puesto fecha a ese fósil y he completado mi trabajo de taxonomía. Basándome en las dimensiones del cráneo, diría que estamos ante una criatura cuyas dimensiones encajan con las formas de vidas que persiguieron al *Prometheus*. Estoy casi seguro de que los animales que gusaneaban detrás del sumergible vienen de la misma familia que este fósil. Benedict necesita saber que estamos tratando con cazadores en manada que son probablemente más rápidos y más astutos que el *Carcharodon megalodon* y quizás incluso más peligrosos. Recomiendo encarecidamente que todas las futuras misiones de los sumergibles en la fosa sean pospuestas hasta que podamos encontrar una manera de enfrentarnos con esas criaturas.

Sergei resopló, sabiendo ya cuál sería la respuesta de Benedict.

—¿Quieres subir a bordo del *Prometheus*? —Los ojos de color esmeralda se convirtieron en rayos láser, buscando penetrar en sus pensamientos más profundos.

Terry se echó a un lado, para mirar por la ventana de lexan de observación. Las criaturas bioluminiscentes del abismo centelleaban en el agua negra, formando un extraño cielo nocturno.

—Sé que parece una petición extraña, dado lo que pasó ayer, pero simplemente siento que es algo que debería hacer. ¿Qué fue lo que dijiste? ¿No rendirse a la desgracia?

Benedict se tocó con el pulgar la barba.

—¿Y la presencia de esas misteriosas formas de vida ya no te molesta?

—Por supuesto que me molesta —le dijo Terry— tengo bastante miedo, tanto

como la tripulación del *Prometheus*, pero no voy a dejar que eso interfiera en mis responsabilidades. Estoy deseando enfrentarme a mis miedos.

—La suerte favorece al valiente, ¿no es eso?

—Si tus hombres pueden hacerlo, yo también puedo. Por supuesto, no lo hago por dinero.

—¿Y crees que esa es la razón por la que mi tripulación arriesga sus vidas, por dinero?

—Solo lo supongo —dijo ella— la mayoría de ellos no parecen ser científicos, así que supongo que están contratados por una buena suma de dinero.

—Una buena suma, sí, ¿pero qué importa el dinero si una persona muere? Tú y yo arriesgamos nuestras vidas porque creemos en la naturaleza de nuestra misión. Esos hombres son diferentes, reclutados por su talento, escogidos a mano y entrenados por mí mismo porque sus vidas hace mucho tiempo que dejaron de tener sentido, carecen de todo propósito y dirección. Eran almas perdidas, algo que tú ni siquiera empiezas a entender. Habían renunciado a todo en la vida, su miserable existencia no tenía ni significado ni valor. Les he dado lo que desesperadamente necesitaban: una razón para vivir —abrió los ojos de par en par— mi presencia ahora llena los vacíos manifestados durante años de narcóticos y alcohol y abuso de menores. Les he enseñado que una muerte honorable es mejor que una vida desgraciada. Haciendo eso, me he convertido en ambas cosas, en su diablo y en su Dios, ya que me temen tanto como me aman... y eso, querida, es el verdadero poder.

—Entonces, te aprovechas de sus miedos ¿no es así?

Benedict se acarició la barbilla como si estuviera reflexionando.

—¿Me aprovecho de sus miedos? Quizás. El hombre, después de todo, es un depredador por naturaleza. Después de dos millones de años de existencia, seguimos masacrándonos los unos a los otros, ya sea en nombre de la conquista, de la religión, o de cualquier otra justificación, todo ello tiene sus raíces en el poder del miedo.

—¿No tienen esos hombres familias?

—Yo soy su familia. Se quedarán a mi cargo y cuidado hasta el día que mueran.

—¿Y Celeste?

Benedict mostró su sonrisa maliciosa.

—Celeste es un animal completamente diferente.

—¿Y qué pasa si esos hombres deciden marcharse?

—Podrían hacerlo si quisieran. Aquellos que ya lo han hecho antes, han vuelto rápidamente a las drogas o a la bebida o a cualquier otro problema que me hicieron recluirlos en un primer momento. Intenta entenderlo, la tragedia que oprime a esos hombres los priva de su autodisciplina. Le he dado a cada uno de ellos una esperanza mejor de vida. A cambio de eso, han convertido su libre albedrío en un poder superior.

—¿Un poder superior que eres tú?

—Sí, yo soy como la araña. Después de haber atraído a la mosca a mi tela, le

ofrezco una salvación dulce, pero solo dentro de mi tela.

—Las moscas no tienen salvación en la tela de una araña, solamente miedo y muerte. Si quieres mi opinión, tu organización suena más como una secta y tú no eres otra cosa que otro megalómano que la dirige.

—Por favor, si deseas discutir, entonces desvía amablemente la parte emocional de tu cerebro para que podamos conversar como intelectuales. Como todos los verdaderos líderes, ante todo estudio la naturaleza humana.

Benedict se acercó a la inmensa ventana de lexan, mirando en las profundidades.

—¿Te has preguntado alguna vez cómo ciertos hombres a lo largo de la historia, a pesar de cada obstáculo concebible se las han arreglado para levantarse sobre sus iguales y cambiar el mundo? Genghis Khan, Napoleón, Lenin, Hitler, Pol Pot, Saddam Hussein... esos hombres, todos entienden el miedo, un estado de la mente que es tan poderoso que puede mover montañas y permitir que el hombre alunice tan fácilmente como puede acabar con la resistencia de una persona con un solo pensamiento negativo.

Se volvió para mirarla.

—¿Qué es lo que teme el hombre realmente? La pobreza, la crítica, la enfermedad, la pérdida de un ser amado, la vejez... por supuesto, sin olvidar el máximo miedo: la muerte. Piensa en ello, sin miedo, no habría necesidad de religión o guerra. De manera que, otra vez, el miedo se convierte en el gran motivador, ¿no es verdad? Si el hombre no hubiera experimentado nunca el miedo, nunca habríamos evolucionado como especie.

—¿Estás diciendo que tú no tienes miedo?

Benedict negó con la cabeza.

—He llegado a controlar mi miedo, pero nunca se irá. El coraje y el entendimiento, esas son las claves. El miedo no es nada más que el lado oscuro del pensamiento, solo tiene sustancia en la mente. Nosotros lo creamos y solamente nosotros lo podemos destruir. Pero ya que la mayoría de los hombres nunca han controlado sus miedos, pasan sus vidas viviendo en su esclavitud. Mi tripulación me sigue a las profundidades del infierno porque temen mi cólera más que nada que puedan imaginar.

«¿Qué demonios habrá hecho para crear tal miedo?». Terry sonrió nerviosamente.

—Mira, solo he venido para preguntarte si puedo pasar mi último día en el abismo a bordo del *Prometheus*. Si eso supone un problema...

—El miedo nos hace hacer cosas que nunca habríamos accedido a hacer, ¿verdad querida?

—Realmente no tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Oh, creo que sí —le dijo, acercándose más a ella— puedo oler tu miedo. Paraliza tus pensamientos, tu capacidad para pensar, para razonar.

Se enderezó ante ella, su mirada penetrante rompía su determinación.

—Tienes miedo, ¿no es así? Miedo de lo que Sergei pueda hacerte cuando te



encuentre sola.

—Sí —confesó ella—. ¿Puedes mantenerlo alejado de mí?

—Sergei es un animal. Ya lo he avisado, pero se alimenta de tu miedo, le embriaga tanto como el alcohol. Debes aprender a concentrar tu energía en buscar soluciones, no en el problema en sí.

—¿Soluciones? Dame un arma y le volaré la cabeza. ¿Qué te parece eso como solución?

—¿Y pasarte el resto de tu vida en prisión? No creo. Sergei no es tu verdadero enemigo. Terry, es el miedo. Te robará tu fuerza de voluntad, disminuirá tu resistencia, inmovilizará tus defensas. Para controlarlo, debes comprenderlo primero, reconocer su sutileza y encontrar su debilidad.

—No lo entiendo.

Benedict se le acercó más. Le cogió la mano en las suyas, frotando el sudor de su palma abierta con el pulgar.

—El miedo crea estrés, que hace que una serie de cambios fisiológicos tenga lugar. El corazón se acelera y la respiración también, incrementando el abastecimiento de oxígeno y bombeando más sangre a los músculos. El azúcar de la sangre sube, la energía aumenta. Las pupilas se dilatan, mejora la visión, mientras el flujo de secreciones neurotransmisoras se incrementa para mejorar la velocidad de reacción. La naturaleza ha diseñado esos cambios fisiológicos para que el hombre primitivo pudiera sobrevivir en la jungla, luchar cuando se sentía retado. Pero la evolución de nuestra especie solamente tiene lugar cuando aprendemos a enlazarlo todo con nuestra mente.

»Los retos que se le presentan al hombre civilizado son más emocionales que físicos. Cuando confronta los obstáculos, nuestra sociedad de enclenques tiende a elegir la huida antes que la lucha. En lugar de concentrarse en las soluciones, el hombre moderno elige escapar de la realidad y la batalla está perdida antes de que empiece siquiera. La huida da lugar al miedo. Las drogas y el alcohol subyugan los cambios fisiológicos del miedo, pero, haciendo eso, desafía el proceso psicológico. Sucumbiendo a nuestros miedos, nos desarma de la única herramienta que puede llevarnos a la victoria, el proceso necesario para las soluciones y el único que puede sacar a nuestra especie de la jungla en primer lugar.

Benedict le soltó la mano.

—La verdadera batalla está aquí, en la mente —le dijo, señalando hacia su sien— obliga a tu mente a buscar soluciones. Enfréntate a tu miedo y acaba con él.

Él empezó a bajar por el tubo de acceso y entonces, se detuvo.

—Tú y yo sabemos cuál es la verdadera razón de que quieras unirte con nosotros esta mañana a bordo del *Prometheus*. Elegir el menor de los dos diablos no es siempre la mejor manera de vivir la vida de uno, pero bajo las circunstancias, yo puedo ser tu mejor solución. Por lo tanto, extiende la invitación. Partiremos en quince minutos.

Diez minutos más tarde, Terry descendía al módulo G, todavía sin estar muy segura de si se suponía que iba a subir a bordo del *Prometheus* o no. Siguió el largo pasillo blanco hacia la zona de atracada y, entonces, se detuvo.

En el pasillo, hacia su derecha, Sergei estaba golpeando su tarjeta magnética de acceso en la cerradura de seguridad de una de las habitaciones de almacenamiento, en forma de bóveda. Él la vio justo cuando estaba en el centro.

«Enfréntate a tus miedos...». Terry se obligó a seguir caminando.

Sergei esperó, mirándola lascivamente.

—Borra esa sonrisa engreída de tu cara —le dijo ella— jódeme y será Benedict el que te joda a ti.

Sergei dejó de sonreír.

Terry continuó pasándole, rezumando actitud y después, entró en la zona de atracada, con el corazón latiéndole violentamente. Inspirando profundamente varias veces, descendió al *Prometheus*.

Benedict miró hacia arriba desde sus mapas mientras ella bajaba a la cabina.

—Capitán, nuestro último pasajero ha llegado. Vámonos.

—Sí, señor. Preparando la nave para zarpar.

Benedict siguió inclinado sobre la mesa iluminada, con los ojos resplandecientes hacia ella. Quizás eran los ojos de color esmeralda o quizás su boca, que se quedaba abierta en una sonrisa helada, pero por un momento, la cara sin pelo de Benedict apareció como una serpiente, en posición de ataque.

—Bienvenida a mi tela, le dijo la araña a la mosca.

—Yo no estoy aquí porque tenga miedo —mintió—. Ya que estaré en la superficie mañana, quiero pasar mi último día en el abismo, es mi última oportunidad para explorar la fosa.

—Por supuesto, estás aquí porque quieres, incluso aunque la muerte pueda llegar en un instante. Ah, pero la locura de una persona hace que mucha más gente se vuelva loca.

—¿Tienes alguna objeción?

—No, en absoluto, como te dije antes, tu presencia es bienvenida —le dedicó una sonrisa de gato de Cheshire—. *Morituri te salutan*, los que van a morir te saludan.

Sin preguntar, tomó asiento en la estación de ordenadores. Unos momentos más tarde, el sumergible marino salía de la zona de atracada y se deslizaba en la fosa.

Durante las siguientes cuatro horas, el *Prometheus* se movió en la oscuridad, descendiendo al lecho marino para sacar muestras de sedimento y roca, aproximadamente cada cuatro kilómetros.

—Cada una de estas muestras será examinada por nuestros geólogos a bordo del *Benthos* —había explicado Benedict— los resultados de los análisis nos ayudarán a

trazar un mapa de la fosa mientras determinamos qué terrenos son los mejores para desplegar la siguiente serie de robots UNIS.

Luchando contra el atontamiento, Terry se estiró y después se dirigió hacia el cuarto de baño. Cerró la puerta y miró su reflejo en el espejo.

—No te rindas chica —dijo en voz alta— mañana a esta hora, estarás de nuevo a bordo del *Goliath* y después, de camino a casa con Jonas.

Se sintió aliviada, después se lavó la cara.

Sin aviso, el sumergible viró repentinamente hacia la izquierda con brusquedad, arrojándola a un lado contra el armario de almacenamiento de aluminio. Recuperando la postura, salió a toda prisa del cuarto de baño mientras la nave viraba una vez más.

De pie entre los hombres que se ocupaban de la radio y el sonar, estaba Benedict con una mirada tensa en la cara. Los otros miembros de la tripulación estaban observándolo.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a uno de los hombres.

—El *Goliath* ha localizado a las criaturas. En lugar de ir tras nosotros, se están dirigiendo hacia una localización entre el *Benthos* y nuestra nave. Parece que finalmente han encontrado una manera de mantenernos aislados.

Terry tomó asiento, las noticias le habían arrebatado todas sus fuerzas.

«¿Teme Benedict a la muerte?».

Ella miró cómo la expresión de su cara denotaba enfado.

—Cuatro objetos ahora en el sonar, señor. A dos kilómetros y acercándose por el norte. El *Benthos* todavía está a unos buenos cinco kilómetros tras ellos —el marinero miró hacia arriba— nos tienen, señor.

—Sigan concentrados, señores —dijo Benedict.

Los minutos pasaron en silencio. La cabina se volvió más caliente, el pesado aire llevaba la fragancia penetrante de la transpiración.

—Las formas de vida se acercan a sesenta y cuatro metros hacia estribor. A la espera. Señor, tres de los cuatro acaban de romper el bulto, acercándose rápidamente. El cuarto está trazando círculos detrás de nosotros.

—Criaturas inteligentes —murmuró Benedict— timón, mantén el rumbo.

—Sí, señor.

Los ojos de Terry se esforzaron por penetrar en la oscuridad. Incapaz de ver nada delante, se concentró en el rayo de luz que apuntaba al lecho marino por el que estaban pasando.

Unos segundos más tarde, se sobresaltó al ser testigo de una mole prodigiosa que se deslizaba bajo el campo de visión, al lado del sumergible.

La superficie del dorsal enlodado y liso de una inmensa cabeza apareció en primer lugar, su cráneo era tan grande como la proa del *Prometheus*. Dos aletas delanteras, pegadas a un cuerpo aerodinámico se afilaban hacia atrás terminando en dos extremidades traseras en forma de pala y en una aleta corta pero fibrosa.

—¡Acaba de pasar bajo el sumergible! —gritó ella.

El hombre de la tripulación que estaba más cerca se volvió hacia ella.

—¿Lo has visto? ¿Cómo de grande...?

—Tan ancho como el sumergible, casi igual de largo. Se movía por el agua como un cocodrilo gigante.

Sin esperarlo, el *Prometheus* fue golpeado de costado.

Terry fue lanzada a un lado de la ventana, golpeándose el codo fuertemente contra la chapa de titanio.

—El *Benthos* está ahora a tres kilómetros hacia el sur. Tiempo estimado de llegada, siete minutos.

El sumergible se lanzó hacia delante, golpeado desde detrás.

—Capitán, una de las criaturas está atacando el husillo. Estoy perdiendo el control del timón...

Un ruido estruendoso de metal llenó la cabina. El sumergible empezó a girarse hacia la popa, después, tembló y las luces se apagaron.

Envuelta en una oscuridad sofocante, Terry se tapó los oídos contra el chillido ensordecedor del husillo estropeado.

El ruido cesó.

Terry sintió cómo descendía el sumergible. Se agarró a los reposabrazos de su asiento, casi torciéndolos de la fuerza. Empezó a respirar con dificultad, el sudor le caía por la cara, su piel se raspaba en la cabina oscura a medida que el *Prometheus* caía hacia el fondo del mundo.

—El husillo está completamente desgarrado, señor —gritó un tembloroso hombre— estamos sin rumbo.

—Aflojando las chapas de lastre...

—Amarra eso, capitán —gritó Benedict— estaremos más seguros en el fondo.

Cayendo entre dos humeros negros, el sumergible se abrió camino por la proa en el lecho marino. El resto del casco golpeó el fondo unos segundos más tarde.

Terry empezó a respirar sofocadamente mientras la nave se detenía por completo, descansando en silencio y en la oscuridad del suelo de la profunda fosa de siete millas.

Un generador trasero se encendió, y bañó la cabina con una luz roja.

Terry sintió una fuerza prodigiosa que empujaba las chapas externas. Miró por la ventana, ahogando un grito...

Un ojo púrpura iridiscente del tamaño de un racimo de uva la miraba.

—Mr. Singer, la temperatura del casco sobrepasa los 280° centígrados y está subiendo con rapidez. Esas chimeneas van a cocernos...

—¡Aquí viene el *Benthos*! —gritó el sonar— señor, las criaturas están esparciéndose.

Terry se secó las lágrimas de los ojos mientras respiraba un aliento de alivio.

—Capitán, informe al *Benthos* de que no tenemos propulsión —ordenó Benedict— una vez que hayan alineado la zona de atracada sobre nosotros, dejaremos caer el

lastre y subiremos directamente a la abrazadera de atracada. Asegúrese de que los brazos de atracada están estirados para tal capacidad. Necesitamos toda la libertad de movimiento posible para esta maniobra, y solamente tenemos una oportunidad.

—Entendido, señor.

Unos momentos más tarde, Terry sintió cómo el *Prometheus* ascendía verticalmente del lecho marino. Susurró una oración de gracias mientras los brazos hidráulicos de atracada del *Benthos* guiaban al sumergible de vuelta a la seguridad de su zona.

# TIGRES DE LAS PROFUNDIDADES

*Fosa de las Marianas*

—No queda nada que se pueda reparar —decía el capitán Hoppe, mirando al abismo desde el módulo de observación— fuera lo que fuera lo que atacó al *Prometheus*, arrancó literalmente el husillo del eje de transmisión.

Benedict se acarició la perilla, inmerso en sus pensamientos.

—Póngase en contacto con el *Goliath*. Informe de que quiero completar los cambios del sumergible y la tripulación doce horas antes de la agenda prevista. Quiero que el *Epimetheus* esté en el agua y descienda en una hora. Capitán Warren, reúna a su tripulación a bordo del *Prometheus*, su turno ha acabado. Sin propulsión, tendrá que permitir que su sumergible vaya a la deriva desde la estación de atracada. Espere que el *Benthos* esté a la vista, después, deje caer sus lastres y flote libre hacia la superficie para las reparaciones pertinentes.

—Sí, señor —dijo el capitán Warren—. ¿Qué pasa con la chica? Ella quiere ascender.

—Por ahora, la chica se quedará a bordo del *Benthos*.

—Benedict, ¿qué daño haría dejarla ir? —le preguntó el capitán Hoppe— no sabe nada...

Los ojos de Benedict parecían echar chispas.

—¿Está cuestionándome otra vez, capitán Hoppe?

—Yo solo... —la mirada penetrante de Benedict rompió la objeción del hombre — no, señor.

—Señor, ¿qué son esas criaturas? —preguntó el capitán Warren.

—¿Dónde está nuestro paleo-biólogo?

—Williams debería estar en su laboratorio —dijo Hoppe tranquilamente.

—Ahí es donde estará. Caballeros, sigan con sus órdenes. Oh, capitán Hoppe, dígame a Sergei que se una conmigo en el laboratorio.

El Agente de la CIA, Heath Williams, deslizó su microcasete en un compartimento escondido de su mochila de lona, después terminó de empaquetar sus cosas.

—¿Va a algún sitio, profesor? —preguntó Benedict, irrumpiendo en el laboratorio.

—Mr. Singer, me ha asustado. Sí, he oído que el *Prometheus* iba a la superficie. Como le dije cuando me contrató, tengo que volver al Instituto Scripps esta semana para una secuencia que estoy presentando en la distribución y diversidad del *Cretaceous chelonoids*. Pero volveré la semana siguiente. La sección del esqueleto fosilizado que ha descubierto... es absolutamente increíble.

—¿Es cierto?

—Sí, le he dejado un informe completo detallando la especie...

—Detesto los informes redactados, profesor. Prefiero oír los detalles verbales directamente de la fuente. Así que, si no le importa.

—Por supuesto que no, eh, si tengo tiempo. ¿Cuándo partirá el *Prometheus*?

—No hasta que usted y yo hayamos acabado nuestra discusión, así que tómese su tiempo.

Heath lo llevó a la sala interior donde un objeto inmenso de color gris oscuro descansaba debajo de las luces quirúrgicas. Cuatro mesas de acero habían sido colocadas juntas para aguantar la reliquia, que ahora era más de tres metros de largo y dos metros y medio de ancho, y que tenía una altura de un metro y medio en su punto más elevado.

—Lo que estamos mirando —dijo Heath— es la sección de un cráneo de un orden extinguido de reptiles marinos conocidos como *plesiosauros*. Había dos subespecies principales de *plesiosauro*, que diferían en longitud de cuello y en sus hábitos de alimentación. Este espécimen en particular es un miembro de la superfamilia, *pliosauroidea*, una raza carnívora de cuello corto considerada por los paleo-biólogos como una vez los tigres de las áreas mesozoicas. Como puede ver, estos monstruos poseen unas cabezas extremadamente grandes con cuellos cortos, cuyos cuerpos adaptaban su forma para nadar. Los músculos de las mandíbulas eran bastante fuertes, los dientes particularmente abominables, como conos en forma de agujas, curvados ligeramente y afilados como navajas, y hacían sobresalir las mandíbulas como nuestros modernos cocodrilos. Aquí, eche un vistazo usted mismo.

Heath señaló el extremo estrecho del cráneo.

—Es algo difícil de ver, porque las mandíbulas en sí han sido gravemente aplastadas por un depredador que lo mató, pero si mira aquí, podrá ver un fragmento de sus dientes de diez centímetros.

—¿Y llamas a esto un *pliosaurio*? —le preguntó Benedict, examinando la mandíbula.

—De hecho, he identificado a este animal particular como *Kronosaurio*, el más grande de los *pliosaurios* conocidos. La especie se remonta a principios de la era Cretácea, hace más de cien millones de años. Hasta que el *Carcharodon megalodon* apareció, estos monstruos eran los verdaderos dueños del mar. Los *Kronosaurios* dominaban los mares cálidos y poco profundos a lo largo de continentes que se convirtieron en Australia y Queensland. La prueba fosilizada indica que la longitud de la criatura alcanzaba más de doce metros. Este animal era cuatro veces más pesado que un *Tiranosaurio Rex* y podía probablemente haberse comido uno en el desayuno.

—¿Y esto es el cráneo de la criatura?

—Solamente una sección, empieza en la mitad de la mandíbula y se extiende hacia la parte delantera del borde y caja torácica superior. Mire estos dos agujeros —Heath señaló a lo largo del cráneo dorsal— es difícil de decir porque están

aplastados, pero eso eran las cuencas orbitales de la criatura o cuenca del ojo. Las cabezas de los *Kronosaurios* eran planas en la parte de arriba, con una serie de mandíbulas poderosas más grandes y más destructivas que las de un *Tiranosaurio Rex*. Cada mandíbula superior e inferior contenía unos veinte o veinticinco dientes. El resto del cuerpo era elipsoidal, muy aerodinámico, con dos pares de extremidades alargadas, que actuaban como aletas en forma de ala. El torso se afila en la parte de atrás, y termina en una aleta corta y fibrosa. El borde de las extremidades más grandes que hemos recogido de otros fósiles indica que estas criaturas eran depredadores cazadores, capaces de nadar realmente rápido por el mar.

Benedict miró el fósil con respeto.

—¿Cuántos años tiene esta especie?

—Eso es lo que es tan increíble. El animal que estamos mirando habitó en esta agua hace menos de dos mil años. Lo que es más, este animal muestra unas claras adaptaciones anatómicas para su medio —Heath señaló la caja torácica aplastada a lo largo del ancho final del cráneo—. Otra vez es difícil decir por el grave daño, pero estos surcos a lo largo de los lados de la caja torácica gástrica parecen ser agallas de pez.

—¿Agallas de pez? Pensaba que habías dicho que era un reptil.

—Lo es, bueno mejor dicho, lo era. Lo que estamos mirando es un reptil marino prehistórico que se adaptó a un hábitat submarino mediante las agallas. Esta especie en particular evolucionó aparentemente durante docenas de millones de años para existir en las únicas condiciones ambientales de la fosa de las Marianas.

—Entonces, ¿crees que el *Prometheus* fue atacado por un *Kronosaurio*?

—Aunque parezca increíble... sí. Mire, sabemos que la mayoría de los dinosaurios desaparecieron en el mundo al final de la era Mesozoica, hace unos sesenta y cinco millones de años. Los antiguos reptiles marinos desaparecieron por la misma época, pero su extinción fue más gradual, debido al constante descenso en la temperatura del mar.

—Los reptiles, por tener la sangre fría, confían en el sol como su mayor fuente de energía y calor. Los científicos siempre han creído que la vida no existiría sin el sol. El descubrimiento de las fuentes hidrotermales en 1977 cambió todo eso. Ahora sabemos que la bacteria y otras criaturas marinas del abismo son capaces de utilizar el sulfuro y otros componentes químicos que salen de las chimeneas hidrotermales. En lugar de la fotosíntesis, estas criaturas dependen de la quimiosíntesis.

—No me está diciendo nada nuevo profesor.

—Lo sé, señor, pero todo lo que acabo de decir lleva a una increíble teoría que tengo sobre la fosa.

Heath sacó un mapa de investigación geológica de los Estados Unidos del Pacífico Sur. Una línea roja rodeaba la cadena arqueada de las Islas Marianas. El oscuro contorno de la fosa de las Marianas corría en paralelo, justo al este del continente, como si le hiciera sombra.



—Sabemos que la fosa de las Marianas, la cordillera y las adyacentes Islas Marianas se formaron por el buzamiento continuo de la placa del Pacífico, de naturaleza oceánica, que empujaba bajo la placa Filipina, de naturaleza continental. Estos procesos tectónicos han ocurrido probablemente durante miles de millones de años. En un tiempo, las Islas Marianas, eran el clásico ejemplo de una cadena activa de estratovolcanes, que estuvieron, de hecho, una vez bajo el agua. Hace cien millones de años, la zona que abarca desde aquí hasta el continente australiano era un mar cálido tropical que estaba inundado por todo tipo de especies prehistóricas de reptiles y peces.

Y en la cima de la cadena alimentaria estaba el *Kronosaurio*.

»Hace sesenta y cinco millones de años, un asteroide colisionó haciendo una serie de extinciones masivas. Los niveles del mar descendieron, el aire se enfrió, así como la temperatura del agua. Los *Kronosaurios*, al ser reptiles, de repente encontraron que el sol ya no era capaz de mantener la temperatura de su cuerpo. Desesperados por encontrar el calor, muchas de esas criaturas se aventuraron hacia las profundidades, hacia las profundidades calientes de la fosa de las Marianas, donde las aguas sobrecalentadas eran expulsadas por las fuentes hidrotermales como un horno primitivo, permitiendo al reptil marino mantener el calor de su cuerpo.

—Interesante —dijo Benedict, acariciándose la perilla— entonces, la fosa de las Marianas se convirtió en un oasis para ciertas especies prehistóricas de vida marina.

—Exacto.

—A este animal, profesor, ¿qué le mató?

—El único enemigo natural del *Kronosaurio* era el *Carcharodon megalodon*. Incluso, aunque los tiburones no evolucionaran mucho después en el *Cretáceo*, el *megalodon* era más grande, más perverso y estaba mejor equipado para afrontar los retos en temperaturas más calientes. Los registros fosilizados de los dientes encontrados indican que los tiburones siguieron creciendo en los océanos del mundo hasta la última edad de hielo, desde cien mil años a dos millones de años.

Heath echó un vistazo a su reloj.

—He leído las teorías de Jonas Taylor acerca de cómo el *Carcharodon megalodon* se las arregló para sobrevivir a la extinción después de la última edad de hielo, habitando en el calor que había en las capas más profundas de la fosa de las Marianas. Lo único que siempre me he preguntado es cómo esos enormes tiburones pudieron sobrevivir, aislados en el abismo, con una cantidad limitada de comida. Parece que el abastecimiento alimentario no era tan limitado. El *Kronosaurio* había proliferado en la fosa durante diez millones de años, antes incluso de que el primer *megalodon* buscara refugio en la garganta. Por supuesto, una vez que el *megalodon* fue a la fosa, los cazadores se convirtieron en cazados.

Heath señaló una serie de agujeros que se alineaban en la caja torácica del fósil.

—¿Ve esos agujeros? —dijo Heath— son marcas de mordiscos. Este *Kronosaurio* fue asesinado por un *megalodon*. El tiburón cerró sus mandíbulas sobre la cabeza y la

parte superior del torso del animal, atravesando el hueso en un poderoso mordisco que no solo rompió la espina dorsal de su presa, sino que de hecho seccionó al reptil marino en dos. Apuesto a que esa es la razón por la que este Kronosaurio ahora ataca en manadas para defenderse de los ataques del *megalodon*.

—Así que el *mysterium tremendum* está finalmente resuelto. ¿Y cómo propones que nos defendamos contra esta manada de *Kronosaurios*?

—En la fosa de las Marianas, el tamaño importa. El *Kronosaurio* es casi tan grande como el *Prometheus*, así que continuará atacando. Pero incluso para cuatro de esas bestias el *Benthos* es un rival con el que no pueden medirse, es la cosa más grande que se mueve en la fosa. Mi aviso es simple: mantengan cerca el *Benthos*, siempre, incluso si eso significa retrasar la finalización de su misión.

—Entiendo.

Heath se volvió cuando Sergei entró en el laboratorio.

—Sergei, espérame en el pasillo por favor —dijo Benedict— estaré en un momento contigo —se volvió hacia Heath, extendiéndole la mano— será mejor que vaya al módulo G, profesor.

Heath sonrió, estrechando la mano de Benedict.

En lugar de relajar su apretón, Benedict puso la mano izquierda dentro del puño de la muñeca del biólogo, fingiendo un gesto de afecto.

—Una última pregunta antes de que se vaya —dijo Benedict, poniendo las yemas de los dedos en la mano izquierda del hombre, tomándole el pulso— ¿ha oído alguna vez algo sobre El *Purgatorio del Diablo*?

Los ojos de Heath miraron dentro de los de Benedict, pues el pulso del agente de la CIA se disparó vertiginosamente.

—¿El *Purgatorio del Diablo*? No, nunca he oído hablar de él. No me suena como algo importante. ¿Por qué lo pregunta?

Benedict sonrió, soltando la mano del profesor.

—Por ninguna razón. Otra vez, gracias, tenga un viaje seguro. Su información me ha ayudado a ver las cosas con mucha más claridad.

Terry lanzó precipitadamente sus cosas en la mochila de viaje. Se había corrido rápidamente la noticia de la temprana partida del *Prometheus*, y ella estaba determinada a ser una de las primeras en llegar a bordo.

Un ruido en la puerta la sobresaltó.

—¿Quién es?

—Sergei. Te acompaño al sumergible.

Terry sintió cómo rompía el sudor frío.

—No hace falta, me encuentro bien, gracias.

—Te espero aquí —replicó el ruso.

Terry se sentó al borde de la cama, con el cuerpo temblando. Miró su bolsa de

viaje, con lágrimas de frustración e ira. Sabía que Sergei no tenía intención de acompañarla al sumergible.

El mensaje había sido desplegado con un significado más que claro: Terry era ahora una mosca en la tela de araña de Benedict. No le permitirían salir del *Benthos* con vida.

# MARISCO

*A bordo del William Beebe*  
7:35 horas

Jonas abrió la puerta del camarote. Mac entró mirándolo con el ceño fruncido.

—¿Y anoche? —le dijo acusadoramente.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que espero que estés más preocupado en vengar la muerte de Dief que en Celeste.

—Estás perdiendo la cabeza. Celeste y yo fuimos a la ciudad para recoger provisiones. Cenamos, eso es todo. Nada pasó y nada pasará.

Mac levantó las manos.

—Vale, culpa mía.

—Y en cuanto a lo de matar al *meg*, no tienes que darme lecciones acerca de en qué debo concentrarme. Soy el capitán Ahab, ¿recuerdas?

—¿Has ideado algún plan?

—Sí.

—Genial —Mac se frotó la nuca— mira, lo siento, Jonas. Solamente es que estoy un poco a la que salta.

—Lo sé. Dief era un buen tipo.

—Sí, lo era —Mac se pellizcó la nariz, reprimiendo una lágrima— deberíamos haber acabado con esa bestia hace años.

—¿Tienes el helicóptero preparado?

—Sí.

—Pues entonces vayamos a buscar a Angel.

*Isla de Vancouver*  
A dieciséis kilómetros al sur de Barkley Sound

Andrea Jacobs levantaba una mano haciendo señales al resto del grupo para que dejara de remar. Señaló una mancha que había delante, a noventa metros.

Se dio la vuelta en el asiento de su kayak, miró hacia atrás para ver a los otros y sonrió.

Su marido Ronald levantó su pulgar desde el kayak que había justo detrás de ella. Karen McNeil, el líder del grupo, deslizó su embarcación en posición a su izquierda. La escritora de Andrea, Shirley Kollin hizo un gesto de ánimo desde la parte de delante de su kayak de dos asientos; su marido, Jon, estaba sentado detrás de ella, ocupado en recargar su cámara de fotos.

Habían pasado más de dos años de insistencia antes de que el editor de viaje de Andrea hubiera estado de acuerdo finalmente en dar luz verde a un artículo en la Isla Vancouver. Asentada en el oeste de la ciudad de Vancouver, paralela a la costa

principal del British Columbia, la isla, la más grande al este del Pacífico, poseía una especie de geografía dramática, una variedad de vida salvaje, y unas condiciones atmosféricas tan diversas que hacían de ella el lugar perfecto para las vacaciones, de las que ellos disfrutaban en experiencias duras de vuelta a la naturaleza. Cuando llegaron al Hardy Harbor en ferry, las dos parejas habían pasado la primera semana haciendo excursiones por senderos de montaña, y explorando las cimas de granito y glaciares alpinos que corrían como una columna vertebral a lo largo del centro de la isla. Andrea había fotografiado las cimas majestuosas cubiertas de nieve, acumulaciones de manadas abundantes de alces, águilas calvas remontando el vuelo y varios osos negros pescando salmones en la corriente, pero eran las ballenas francas a las que realmente perseguía ella. Aquello significaba explorar las aguas frías y peligrosas del océano de la costa oeste de la isla. Andrea había tenido que convencer a Karen McNeil de que el grupo estaba lo suficientemente experimentado como para afrontar los rigores del mar en kayak, el mejor método para acercarse a esas manadas. Y entonces, se había ido al Pacific Rim National Park, aquella mañana, quedándose relativamente cerca de la orilla mientras viajaban al norte a través de las duras aguas de la costa.

Ahora todo el esfuerzo estaba a punto de ser recompensado.

Andrea tiró de la capucha de su escafandra por la cabeza, después se puso su máscara y tubo respiratorio. Le latía el corazón de la emoción. Asegurándose su cámara de fotos submarina alrededor del cuello, se agarró con fuerza al remo y esperó.

Con una gran exhalación de aire, las ballenas asesinas emergieron, las aletas dorsales brillantes y negras y en forma de gancho de las hembras empuñaban las aletas en forma de aspa de un metro de los machos. Quedándose cerca de la superficie mientras se cerraban sobre la gente del kayak, la manada de orcas emergía y se zambullía siguiendo un patrón suave y rítmico.

Andrea aspiró una gran bocanada de aire y se dio la vuelta, a la vez que se sumergía con el kayak en las heladas aguas de Canadá. Suspendida al revés, asegurada en su asiento, observó con sobrecogimiento cómo la manada aparecía a través del mundo submarino nebuloso y de un color azul intenso.

Enfocando con la cámara de fotos submarina, rápidamente hizo una docena de fotos mientras los silbidos de baja frecuencia y sonidos del clic agudo de su cámara llenaban el agua que la rodeaba. Cuando la manada se dirigía hacia su derecha, un macho de diez metros apareció fuera de la niebla, moviéndose para echar un vistazo de cerca. El corazón de Andrea latía con fuerza en su pecho mientras la increíble criatura ondeaba a un metro y medio de ella; la boca de aquel mamífero era lo suficientemente grande como para engullirle el torso superior de un solo bocado. Ella hizo unas cuantas fotos más, abrumada por la talla majestuosa y la inteligencia de la criatura, después observó cómo se alejaba, y cómo desapareció en una neblina azul con el resto de la manada.

Ayudándose con el remo, Andrea volvió a colocarse hacia arriba, con la ayuda de su marido por la parte posterior del kayak. Ella escupió el tubo de respiración y jadeó buscando aire, con la cara cosquilleándole por el frío.

—¡Eso ha sido absolutamente increíble! —anunció al grupo.

Su marido le lanzó una toalla.

—Te llevas años de mi vida cada vez que haces eso.

—¿No está el agua congelada? —preguntó Shirley.

—Realmente no es algo malo —dijo Andrea— la escafandra me mantiene caliente. Mis mejillas solo se han helado un poco —se dio la vuelta para mirar a Karen— creía que dijiste que las orcas prefieren la costa este de la isla.

—Nuestras manadas locales lo hacen, —dijo el líder del grupo— Jonhstone Strait, que es uno de los lados noreste de la isla, es la casa veraniega para trece manadas residentes de orcas. El grupo de orcas que acaba de pasar son viajeras.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Jon.

—Solamente los viajeros se quedan en el lado del océano de la isla. Prefieren cazar focas y leones marinos de camino al mar de Bering. Nuestras orcas locales prefieren el pescado y sus manadas son mucho más grandes en número.

—Las orcas están bien, pero las puedes fotografiar en el Sea World —dijo Andrea— lo que realmente quiero ver yo es a las ballenas francas.

—Estarán un poco más lejos —dijo Karen— lo que sugiero es que continuemos quedándonos a media milla de la orilla. En aproximadamente una hora cruzaremos Barkley Sound de camino a Ucluelet. En ese momento estaremos en mar abierto y deberíamos encontrarnos con algunas grises, quizás incluso con una manada de jorobadas. ¿Estás segura de estar preparada para enfrentarte a olas de dos a dos metros y medio?

—Estaremos bien —dijo Andrea, guiñándole un ojo a Shirley—. Si los hombres no pueden con ellas, tendremos que dejarlos en tierra.

Jonas observó la sombra de su helicóptero pasar por el faro de cabo Flattery.

Unos momentos más tarde, estaban volando por encima del agua, dirigiéndose hacia el noroeste y acercándose a la isla Vancouver.

—Bienvenido a Canadá, eh —dijo Mac.

Jonas lo ignoró, mirando al océano.

—¿Qué pasa, Jonas? Apenas has dicho una palabra en toda la tarde.

—Solo es que tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Celeste o el tiburón?

—Los dos.

Mac se levantó las gafas de sol y miró a Jonas a los ojos.

—Hazme caso y mantente alejado de ambos.

—Ya te lo he dicho. No estoy interesado en Celeste.

—Venga tío, ¿no te sientes lo más mínimo atraído?

—Sin comentarios.

—Te entró anoche, ¿verdad?

Jonas sonrió.

—Podríamos decir que sí.

—Y tú simplemente le diste largas.

—Le dije que no estaba interesado. Nunca tendremos nada más que amistad.

—¿Amistad? Por Dios, Jonas, despierta. Será mejor que te deshagas de ella de una vez por todas y acabes con esto antes de elevarla a una posición de confianza.

—De hecho, ya hemos tenido alguna que otra charla interesante.

—Vaya, qué bonito. Quizás deberíais ir a una clase de aerobio juntos, cuando volváis a Monterrey.

—¿Y qué te hace ser un experto en mujeres? No conozco a nadie que piense más con su pene que tú.

—Eh, incluso mi pene es suficientemente listo para saber cuándo alguien me está tomando por un idiota. ¿Crees que Celeste empuja sus tetas contra tu cara sin que realmente vaya detrás de algo? No te ofendas, tío, pero no eres exactamente Mel Gibson.

—Quizás se sienta sola.

—Te equivocas. Celeste tiene la sangre fría. No le importa una mierda nadie que no sea ella. Si se está haciendo la buena contigo es porque te necesita para algo.

—¿Necesitarme para qué? Maren se está encargando de todo.

—No seas tonto. Hay una razón por la que te ha traído hasta aquí, y no es para jugar a los piecitos debajo de la mesa del desayuno. Deja de seguir atrapado con todo ese encanto falso que se enciende y apaga como un grifo. El *William Beebe* no es el *Barco del Amor*. Celeste no es otra cosa que la versión femenina de Benedict.

—Eso es otra cosa. Me ha contado que Benedict tiene relaciones sexuales con ella desde los catorce años. No puedo decir si ella lo ama o lo teme.

—Probablemente las dos cosas —Mac se inclinó hacia el oeste, guiando el helicóptero a través del estrecho de Juan de Fuca, hacia la frontera canadiense.

Jonas dirigió sus prismáticos hacia la isla Vancouver, mirando adelante en el horizonte.

—De acuerdo, sabelotodo, dime algo. Si Celeste teme a Benedict, ¿por qué no lo deja sin más?

Mac sonrió.

—Te responderé con una palabra: poder. Él lo tiene y ella lo quiere. Apuesto lo que quieras a que todavía extiende las piernas para él.

—Entonces, ¿por qué está interesada en mí?

—Ya te lo he dicho, Jonas, quiere algo. Has oído el dicho de que los hombres utilizan el amor para el sexo y que las mujeres utilizan el sexo para conseguir el amor. Bueno, Celeste utiliza el sexo para manipular a la gente y obligarla a hacer lo que ella

quiere. Y entonces es cuando se vuelve realmente peligrosa.

El helicóptero descendió sobre la punta sur de la isla.

—¿Me dirijo hacia aguas más profundas o sigo la línea costera?

La línea costera... Jonas se concentró en una manada de orcas que se dirigían hacia el norte. Durante los siguientes minutos, condujeron en silencio, Jonas escudriñando la superficie. De alguna manera, esperaba detectar algún tipo de alboroto o restos de ballena que indicaran la presencia del elusivo depredador albino. Sentía cómo la frustración crecía dentro de él. Angel había sido avistado hacía ya tres días.

«Esto es inútil...».

—Mac, ¿crees que la gente puede cambiar?

—Oh chico, realmente tiene las garras puestas en ti, ¿verdad?

—De hecho, estaba hablando sobre mí.

Con una resonante explosión del claxon, el ferry *M.V. Lady Rose* salía del muelle de Bamfield, para continuar su viaje de diez horas hasta Ucluelet.

Kevin Blaine, de catorce años, descansaba la frente encima de la barandilla de madera pulida, sintiendo los temblores de las máquinas del barco mientras pateaba el poste de hierro con su pie.

—Kevin, déjalo ya, —le gritó su hermana mayor, Devon— estás molestando a los otros pasajeros.

—Estoy aburrido. ¿Por qué no puedo hacer skateboard?

—Ya te lo he dicho, hay demasiada gente en cubierta.

—¿Cuánto tiempo queda para que lleguemos a Ucluelet?

La chica de diecinueve años cogió a su hermano por el brazo.

—Kevin, cierra la maldita boca, me estás volviendo loca. Te juro por Dios, que si mamá y papá me hacen llevarte a Port Alberni otra vez, te mato primero.

—Tengo hambre.

—Toma, —le dijo ella, golpeando un billete de diez dólares en su mano— ahora lárgate. No quiero verte otra vez hasta que atraquemos.

El depredador, que seguía su camino hacia el norte contra las fuertes corrientes del canal Imperial Eagle, se quedó cerca del fondo lleno de rocas y coral mientras continuaba su búsqueda. Balanceando su cabeza elefantina de un lado a otro, el *megalodon* inspiraba a través del mar, sus sentidos olfativos detectaban un débil olor ácido a orina.

A media milla de distancia, un león marino macho adulto hacía piruetas graciosamente por encima del agua. Con más de doscientos setenta kilos, el mamífero solo asustaba a la manada de orcas. El instinto de supervivencia le decía a aquel



macho ágil que debía mantenerse tan lejos como pudiera de la orilla para escapar de un ataque.

Con visibilidad solo por encima de los nueve metros, el gran macho, siempre en guardia, no se aventuraría a más de cincuenta metros de la orilla.

El cazador se movía rápidamente a lo largo del lecho marino, con lo que cerraba la corta distancia que lo separaba del león marino. Ascendiendo lentamente bajo su presa, el *megalodon* buscó la superficie iluminada por el sol, y se dirigió hacia su ignorante comida.

Sintiendo el peligro, el león marino se propulsó rápidamente hacia la orilla.

La hembra detectó una silueta oscura que se movía por la superficie. Esta se movió hacia arriba desde el fondo, agitando su aleta muscular con sacudidas rápidas y calculadas.

El macho registró el alboroto que venía de abajo. Atrapado en la superficie, se dio la vuelta y se agitó violentamente, intentando desviar el inminente bocado de un depredador no visto.

El *megalodon* rompió la superficie, con los ojos vueltos hacia atrás, las mandíbulas completamente extendidas, y se tragó al león marino de un bocado. El contorno hinchado del mamífero fue instantáneamente aplastado por más de tres mil quinientos kilogramos por centímetro cuadrado de presión, por lo que corrientes de sangre y excremento fueron lanzadas desde unas hileras de dientes afilados como navajas.

Fue justo después de las cuatro cuando los cinco *kayakers* se movían más allá de la última de las islas del Broken Group de Barkley Sound. Dirigiéndose hacia mar abierto, Ronald Jacobs vio a un águila calva haciendo círculos sobre su cabeza mientras pasaban el vestigio final de tierra durante las siguientes varias millas. Dejó de remar, siguió el vuelo de aquel pájaro majestuoso hasta que se quedó colgada en las ramas superiores de un abeto a doscientos setenta y cinco metros.

—Vale, —dijo Karen— estamos a cuatro millas de Ucluelet. Cuidado con las olas, pueden ser realmente malintencionadas ahí fuera.

—Parece como si tuviéramos compañía —dijo Jon. Señaló hacia el sur. Un ferry se estaba acercando desde lejos.

—Es el *Lady Rose*, —dijo Karen— nos llevará por el canal de Ucluelet a Port Alberni mañana por la tarde.

—No nos vamos hasta que tengamos buenas fotos submarinas —dijo Andrea—. ¿Qué ha pasado con esas ballenas que me prometiste?

—Hay de cuarenta a cincuenta ballenas que pasan los meses de primavera y verano alimentándose entre Barkley Sound y Clayoquot Sound, que está a otras treinta millas al norte. Siempre hay unas pocas ballenas Minke por ahí, así como jorobadas. Ten paciencia —dijo Karen— veremos algo pronto.

Kevin Blaine se inclinó sobre estribor y escupió, observando cómo el viento se llevaba el escupitajo seis metros hacia atrás antes de golpear el agua. La mayoría de los otros pasajeros del *Lady Rose* estaban, o bien durmiendo en la fila de bancos de madera, o bien habían ido dentro a escapar del tiempo.

Él miraba el océano azul, esperando ver una ballena, cuando una mancha de color marfil, tan grande como el ferry, se hizo visible bajo la superficie. Kevin se inclinó sobre la barandilla tanto como pudo, mirando estúpidamente a la criatura mientras se movía paralela al barco.

Unos segundos más tarde se esfumó, desapareciendo de su vista.

Kevin corrió hacia su hermana, que estaba tumbada en uno de los bancos, bronceándose.

—Dev, ¡acabo de ver algo enorme! ¡Creo que era el *megalodon*!

—Lárgate.

—No me estás escuchando...

—¿Por qué no haces algo útil y vas a pedirme una Cola *light*?

Kevin ignoró a su hermana y volvió corriendo hacia la proa.

—Ahí, —dijo Karen, señalando hacia delante a su izquierda— parece que tenemos suerte. Están alimentándose de flores de fitoplancton.

—¿Qué es eso? —preguntó Ronald, remando con fuerza para seguir a su mujer.

Se detuvo cuando una serie de olas de dos metros levantó su kayak, y lo empapó con agua congelada.

—Es esa cosa blanca que parece espuma de bañera —dijo Karen, girando con la ola—. Cada primavera, el sol hace que el fitoplancton florezca como loco. Pequeñas larvas y peces se alimentan de él, y atraen a ballenas francas.

Se acercaron a quince metros de la acumulación de comida.

—¿Qué tipo de ballenas son esas?

—Ballenas grises. He contado cinco, quizás seis adultos, y un ballenato. No nos acerquemos más.

Andrea se retiró la capucha de su traje de buzo de la cabeza y se puso la máscara. Comprobó que la cámara de fotos estuviera lista, verificando el nuevo carrete.

—Deseadme suerte —dijo, y le dio la vuelta al kayak, antes de sumergirse en el océano.

Incluso con la escafandra, el agua congelada le quitaba el aliento. Miró de un lado a otro, dándose inmediatamente cuenta de que estaba demasiado lejos de la manada para ver algo. Entonces, justo cuando se dirigía hacia arriba otra vez, divisó una forma fantasmagórica que se deslizaba bajo ella en aguas más profundas y que iba directamente hacia las ballenas.

Remando con fuerza, Andrea se puso en posición normal otra vez.

—No puedo creerlo —dijo ella, con el agua cayéndole de la cara—, ¡acabo de ver una ballena beluga!

—¿Estás segura? —dijo Karen— las beluga no se aventuran normalmente tan lejos al sur.

—Te digo que la he visto —recogió su remo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó su marido.

—La beluga estaba dirigiéndose hacia la manada. Necesito acercarme más, estoy demasiado lejos para tomar fotos.

—Demasiado tarde —dijo Shirley, señalando.

Las ballenas grises dejaron de alimentarse.

—Algo las está asustando, —dijo Karen— están cerrándose.

Sin aviso, la manada empezó a moverse, en masa, hacia los *kayakers*.

—Oh, mierda... —gritó Karen— ¡permaneced juntos y agarraos!

Los leviatanes de treinta toneladas se levantaban en la superficie y se apresuraban hacia ellos. En pocos segundos golpearon los kayaks. Los cuatro botes fueron lanzados violentamente al aire, donde se volvieron del revés y colisionaron los unos con los otros.

Andrea aspiró una bocanada de aire y se sumergió, con la cámara de fotos delante de la máscara.

Una serie de olas de dos metros y medio giraba sobre ellos, levantando y dejando caer los kayaks de forma inestable. Y entonces, el mar se calmó, las ballenas estaban fuera del alcance de la vista.

—¿Está todo el mundo bien? —preguntó Karen.

—Estoy congelada —dijo Shirley. Jon sacó una toalla de los compartimentos herméticos y se la pasó a su mujer.

Ronald se giró al kayak de Andrea, que todavía estaba invertido.

—Al menos, alguien se está divirtiendo.

—Volvamos a casa, Shirley, —dijo Jon— ya he tenido suficiente naturaleza salvaje que me dure para toda la vida. La próxima vez que tu revista quiera hacer un artículo por el estilo, sugiere Manhattan.

Ronald se inclinó para ayudar a su mujer a dar la vuelta al kayak para ponerlo boca arriba. Fue entonces cuando vio una nube de color rojo púrpura alrededor de la embarcación.

—¡Andrea! —Ronald le dio la vuelta al kayak y gritó.

Shirley echó un vistazo, después se volvió y vomitó hacia un lado. Karen y Jon miraron conmocionados, tapándose las bocas.

Todo lo que quedaba de Andrea Jacobs era un muñón escarlata de carne despedazada chorreando sangre, la parte inferior del torso, todavía pegado al kayak, estaba serrado por el estómago.

Ronald dejó de gritar cuando una aleta dorsal blanca y sombría, de dos metros, surgió de las olas. Trazó círculos alrededor del grupo dos veces y después se

sumergió.

—Es el *megalodon* —gritó Jon, agarrándose cuando los kayaks empezaron a bambolearse por otra serie de olas. Se inclinó y vio la cabeza de su mujer mientras se desmayaba.

Los ojos de Ronald se le salieron de las órbitas cuando un brillo sobrenatural apareció debajo de él. Bufó de horror cuando una cabeza enorme se levantó verticalmente hacia su izquierda, engullendo los restos de su mujer y su kayak con unas poderosas mandíbulas. Dos bocados fuertes y el tiburón volvió al mar, dejando solo un remo y una sección de proa flotando en la superficie.

—¡Moveos! —gritó Karen—. ¡Dividíos! —Remó hacia el sur, para dirigirse hacia el ferry.

Jon la vio irse y después se inclinó hacia delante y le dio una bofetada en la cara a su mujer.

—Shirley, despierta —le gritó, sacudiéndola. Sintiendo su conmoción, le soltó la cabeza y empezó a remar hacia Ucluelet, a dos millas y medio hacia el norte.

Todavía abrumado por la conmoción, Ronald Jacobs permaneció quieto en su kayak y lloró.

Jonas enfocó al ferry con los prismáticos y después divisó algo más.

—Parece un kayak. Se dirige directamente hacia el ferry...

—Jonas... detrás del kayak... ¡a la una en punto!

Jonas buscó en el océano.

—Oh, joder...

—Agárrate... —el helicóptero levantó el vuelo pasando el *Lady Rose*, mientras Jonas intentaba desesperadamente contactar por radio con el ferry.

Solo, en la proa, Kevin observaba a una mujer que remaba furiosamente hacia el barco. Se agachó instintivamente mientras el helicóptero pasaba por encima de su cabeza, después divisó la aleta dorsal y se dio cuenta de lo que estaba pasando ante sus ojos.

Se dio la vuelta y rastreó la cubierta para localizar el salvavidas. Lo arrancó de la barandilla mientras el *Lady Rose* se mecía hacia la proa para interceptar a la mujer.

Quejándose en voz alta, con los brazos, espalda y hombros doloridos por el esfuerzo anaeróbico, Karen alternaba a ambos lados, remando a su derecha mientras se dirigía hacia el ferry. Las ampollas de sus manos empezaron a sangrar, sus lágrimas y el agua salada que la golpeaban, la cegaban.

«Cuarenta y cinco metros...».

Se concentró en la proa, con la mente a toda velocidad, preguntándose cómo podría alcanzar la barandilla que se levantaba a cuatro metros y medio sobre su cabeza.

Entonces divisó al niño que ataba la cuerda.

El depredador se levantó, con las mandíbulas abiertas y sus ojos concentrados en la silueta del kayak *volador*. En la sombría agua, la figura parecía otro león marino. El *megalodon* se detuvo a doce metros, pues detectó después otra criatura más grande que cambiaba de curso, y que se aproximaba a su presa.

Kevin sintió que el ferry apagaba los motores. Miró hacia arriba para ver a tres miembros de la tripulación corriendo hacia él.

Llamó a la mujer que tenía debajo, se inclinó y le lanzó el salvavidas.

Físicamente agotada y con los brazos temblorosos, Karen guió el kayak a lo largo del ferry en movimiento. Se lanzó hacia delante y cogió el salvavidas. Metiendo su brazo derecho dentro, se las arregló para liberar el cuerpo del bote, pero fue incapaz de reunir la fuerza para impulsarse hacia arriba.

Los tres hombres de la tripulación echaron a Kevin a un lado y cogieron la cuerda.

Karen sintió cómo la arrastraban hacia arriba. Se sostuvo con fuerza, rezando para que el monstruo tuviera piedad de ella.

El gentío se unió. Incapaz de ver, Kevin trepó para sentarse a horcajadas sobre la barandilla.

Mac revoloteaba a veinticuatro metros sobre la cubierta del ferry. Jonas observó la escena de abajo, y respiró con tranquilidad al ver que la multitud se inclinaba y arrastraba a la mujer hacia la seguridad del barco.

—¿Puedes disparar con el cañón lanzagranadas? —preguntó Mac.

Jonas miró por el cañón del arma, buscando a la criatura.

—Está demasiado profunda para verla y tengo un mal reflejo por el sol. No puedo decirte a qué distancia está del barco.

Inclinándose bajo el asiento, sacó una gran pistola que parecía un arma de principiantes. Cargado en el cañón, había un pequeño transmisor sujeto a un gancho dentado de dieciocho centímetros. Quitó el seguro de la pistola y activó el transmisor.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Mac.

—El Instituto lo mandó cuando estábamos en el puerto. Solamente transmite un radio de tres millas, pero...

Sin aviso, el *megalodon* se levantó del agua, dejando ver en el aire la parte

superior de su torso mientras las mandíbulas se cerraban sobre el kayak vacío. Cayendo hacia delante, el gigante golpeó de costado al ferry, lo que provocó que su peso ladeara con brusquedad al *Lady Rose* hacia estribor.

La mayoría de los pasajeros del barco y la tripulación cayeron de espaldas.

Kevin Blaine apretó las piernas alrededor de la barandilla, balanceándose inestablemente mientras miraba de manera insulsa a la descomunal bestia; su enorme aleta pectoral estaba tan cerca que podía haber estirado la mano y tocarla. Cuando la parte superior del torso de la criatura golpeó con fuerza contra el costado del ferry, la barandilla se dobló y cayó hacia delante, retorciéndose en el aire y dándole a Kevin la oportunidad de echar un vistazo al cielo azul antes de caer de cabeza al agua helada.

Asustado por el hecho de que su disparo pudiera dar al ferry, Jonas bajó el rifle lanzagranadas y cogió la pistola. Con un movimiento, apuntó y disparó, la flecha con púas y el transmisor explotaron desde el cañón y pincharon al *megalodon* en la parte inferior de su vientre.

Rebotando en el barco, el monstruo se puso del revés y volvió al agua.

Como fuerte nadador, Kevin se enderezó con rapidez bajo el agua y pataleó con fuerza hacia la superficie. Con más frío que miedo, miró hacia arriba, esperando que alguien apareciera en la barandilla y le lanzara una cuerda.

Devon salió de la cubierta y corrió por la barandilla, conmocionada al ser testigo de que su hermano había caído por la borda. Rápidamente lo divisó flotando en el agua, y le hizo señales con los brazos.

—Kevin, aguanta... —vio el extremo final de la cuerda de nylon atada a la barandilla y empezó a tirar hacia atrás, el anillo salvavidas apareció pronto en la cubierta. Cogiendo el mecanismo de flote, lo arrojó por la borda.

El demonio había aparecido como un fantasma. Deslizándose airosamente por su lado, abrió la boca, su mandíbula inferior se movía en silencio por la superficie. Un canal de agua manaba por el oscuro túnel del orificio abierto.

Devon enloqueció. Una docena de pasajeros le gritaban y chillaban en el oído mientras ella se movía desesperadamente para que Kevin agarrara el anillo salvavidas.

La sonrisa de Kevin desapareció cuando vio la expresión de terror en la cara de su hermana. Se dio la vuelta.

La cabeza de color marfil, a su lado, apenas era visible. Una pequeña ola se cerró, revelando un agujero negro en el mar y unas encías rosas y unos dientes aterradores.

Una descarga de pánico se apoderó de él. Ignorando el anillo salvavidas, intentó alejarse nadando, pero una corriente sobrenatural lo cogió y tiró de él hacia atrás en el agua. Durante un momento surrealista, Kevin sintió la extraña sensación de que sus

pies entraban por un agujero y que el agua corría a ambos lados de él.

Un torrente de océano cayó sobre él, empujándolo hacia abajo. La luz del día desapareció. Por un momento sofocante, el chico arañó en la completa oscuridad de la superficie babosa de la lengua del monstruo, un minuto horripilante. Después, cayó hacia atrás, aplastado en la inconsciencia.

Jonas estampó la cara contra la puerta de la cabina del piloto y aulló de rabia mientras la criatura desaparecía bajo las olas.

Mac puso el piloto automático en el helicóptero, ya que tenía las manos demasiado temblorosas incluso para coger la palanca. Durante los siguientes minutos, los dos hombres no pudieron hacer nada que no fuera enfurecerse, cerrando los ojos con fuerza, pues la escena horrenda se negaba a dejar de repetirse en sus cabezas.

—Helicóptero, adelante, aquí el capitán del *Lady Rose*. Helicóptero, adelante...

—Qué —dijo Jonas, sin reconocer su propia voz.

—Helicóptero, la mujer que hemos rescatado dice que hay dos kayaks más ahí fuera. A media milla hacia el noroeste. Por favor, responde, corto...

Él miró a Mac, la cara de su amigo estaba roja de rabia. Mac agarró la palanca, y la aeronave se movió hacia delante.

—Vamos allá —gritó Jonas, al hacerle reaccionar su propia adrenalina.

Recorriendo hacia atrás la distancia que había mencionado la mujer, buscaron en el océano, y rápidamente divisaron el kayak. El helicóptero se balanceó hacia abajo.

Mac meció el helicóptero justo por encima de la superficie, observando una serie de olas que entraban.

—Hazlo rápido, Jonas...

Jonas se desabrochó el arnés y se movió hacia el compartimento de carga. Abrió la puerta corrediza, se inclinó hacia el hombre inconsciente y lo agarró por uno de sus brazos.

Jonas sacó a Ronald Jacobs de su kayak y lo metió en el helicóptero... mientras la aeronave saltaba sobre una ola de dos metros.

—¿Está vivo? —preguntó Mac.

—Está respirando... pero está inconsciente.

Jonas tapó al hombre con unas mantas a la vez que Mac daba vueltas hacia el este, buscando a los otros kayaks.

Sin respiración y con los músculos temblorosos por la acumulación de ácido láctico, Jon Kollin se vio forzado a dejar de remar.

—Shirley, necesito tu ayuda —dijo él. Se frotó el sudor de los ojos e intentó concentrarse en la raya plateada de tierra, todavía a media milla de distancia.

Shirley hundió la parte delantera de su barca en el agua, intentando remar.

—Jon, no puedo, voy a vomitar otra vez.

Jon estaba mirando detrás de ellos, observando al ferry a lo lejos.

—Algo está pasando ahí detrás, —se inclinó sobre la borda y se echó agua en la cara, para que el frío lo ayudara a despertar.

—Cheryl, mírame. —Mientras su mujer se daba la vuelta, la mojó con un chapoteo de agua.

—Maldito seas...

—Ahora coge tu remo y ayúdame a avanzar —le ordenó.

El *megalodon* continuaba trazando círculos bajo el ferry, esperando a que apareciera alguna presa más, cuando un sonido de tambores resonó en algún lugar a lo lejos. Las vibraciones de barítono continuaron, incitando al tiburón a alejarse del barco para investigar.

Mientras se acercaba a la fuente, el ruido cesó repentinamente. El tiburón empezó a dar vueltas, confuso, esperando a que reaparecieran aquellos golpes de vudú.

En lugar de eso, otro sonido captó la atención de la criatura, pero este sonido se movía por la superficie.

La hembra agitó su aleta caudal, y se dirigió hacia el kayak que quedaba.

Jon miró hacia por encima de sus remos para ver el brillo tranquilizador de las luces que venían de un edificio situado a la entrada de un muelle privado.

—Todo recto, Shirley, —gritó, remando con más fuerza— casi hemos llegado.

Shirley se dio la vuelta y dejó de remar, mirando la expansión de océano detrás de ellos.

—Shirley, no te pares...

—Jon... —sus ojos marrones se abrieron de par en par de miedo.

La aleta dorsal se estaba acercando a ellos.

Jonas siguió escuchando el bip del transmisor rastreador mientras escaneaba la superficie agitada, ya que la luz tenue de la puesta de sol le dificultaba una clara visión.

—La señal se está debilitando. Intenta moverte en círculos hacia atrás.

El helicóptero se alejó de las islas del Broken Group, volando a toda velocidad hacia el sur del Ucluelet.

—Mac... ahí, —señaló Jonas— parece como si estuvieran dirigiéndose hacia el muelle.

—Y mira quién los está acompañando hacia allí.

A Jon Kollin le ardían los músculos de la espalda, le dolían los antebrazos. Sus



manos estaban tan lastimadas de las ampollas sangrantes que apenas podía agarrarse a los remos.

Un repentino movimiento le hizo girarse hacia la derecha. Sobre el mar se levantaba una ola de un metro, abofeteando al kayak de costado.

El fantasma salió a la superficie, serpenteando sin esfuerzo a su lado, con la piel luminiscente teñida de un brillo naranja que provocaba la luz mortecina del sol. Un ojo gris sin alma miraba a Jonas justo por encima de la línea del agua. La mandíbula temblaba abierta, dejando al descubierto la punta de sus dientes.

Shirley gritó.

La adrenalina y el miedo hicieron a Jon dirigir la embarcación por el mar.

Continuaba mirando al tiburón mientras remaba, hipnotizado por su imposible tamaño.

Apartándose de él, buscó el final del muelle.

Treinta y seis metros hacia delante.

El pez golpeó su cola en la superficie y se sumergió.

—Oh, Dios... oh, Dios... ha llegado la hora —gritó Jon—. Está subiendo para atacar desde arriba, justo como hizo antes. Shirley libera tus piernas del kayak y prepárate para saltar.

Ella dejó de remar y se dio la vuelta para liberar su cuerpo.

—Estoy libre, ahora tú —gritó ella, balanceándose en sus rodillas mientras remaba.

Jon luchó para soltar la parte inferior de su cuerpo del barco, sintiendo las piernas entumecidas por haber estar sentado, demasiado tiempo sentado. Sus brazos no dejaban de temblar por la conmoción y la adrenalina. Mientras liberaba una de sus piernas, vio que el agua se volvía blanca bajo ellos.

—Cheryl, salta... ¡salta!

La cabeza del *megalodon* brotó del agua, con los ojos vueltos hacia atrás mientras sus mandíbulas se abrían para empujar al kayak. Shirley y Jon sintieron que su barco se levantaba bajo ellos y saltaron. La gigante trampa para osos de una boca se cerró aplastando al kayak vacío, mientras los dos navegadores volaban por el aire y caían al mar.

El torbellino de agua congelada puso a Jon en acción. Enderezándose, rápidamente pateó hacia la superficie, aunque solo para sentir la masa sumergida de la criatura que tiró de él con rapidez hacia abajo otra vez.

La mente de Jon le gritaba que pateara hacia arriba con más fuerza. Salió a la superficie, aliviado al ver a su mujer nadando ya hacia el muelle, que estaba a menos de seis metros de distancia. Él levantó uno de sus brazos agotados por el cansancio para moverse, y se quedó petrificado al descubrir que apenas podía estirarse, los músculos le pesaban como el plomo.

Shirley alcanzó el borde del desgastado muelle y tiró de su cuerpo hacia arriba, arañándose los brazos mientras rodaba por la cubierta. Se sentó, con el pecho

oprimido y gritó todo lo fuerte que pudo:

—Jon, nada más rápido.

Bajo la superficie, el *megalodon* sacudía la cabeza de un lado a otro, incapaz de localizar a su presa entre los restos del kayak. Un segundo más tarde, se dirigió hacia las vibraciones reveladoras que corrían por la superficie. El tiburón se dio la vuelta, batiendo la cabeza y la aleta adelante y atrás, en un intento por recuperar su impulso hacia delante.

Jon alcanzó el borde del muelle, pero estaba más allá del agotamiento, incapaz siquiera de sacar la mano del agua para tirar hacia arriba y ponerse a salvo. Shirley se inclinó y agarró a su marido de la muñeca. Tiró todo lo que le permitieron sus fuerzas, pero fue incapaz de mover al hombre de noventa kilos.

Entonces, vio que la superficie se agitaba a nueve metros detrás de él.

El terror que vio en los ojos abultados de su mujer fue más que suficiente. Con la adrenalina que bombeaba su cuerpo, Jon trepó al muelle, después cogió a Shirley por la cintura y saltaron hacia un lado.

La cabeza de la encolerizada bestia golpeó el embarcadero, acabó con dos montones de madera y envió una sección entera de la cubierta despedazada al mar, incluidos Jon y Shirley.

Como un toro enloquecido codiciando la sangre, el *megalodon* puso las mandíbulas sobre el torbellino de escombros, mascando ruidosamente por la superficie mientras buscaba ciegamente su presa.

Jon empujó a su esposa por una pequeña escalera de madera, cuando olas de más de un metro pasaron por encima de él. Mientras trepaba por el muelle destrozado, se dio la vuelta para ver que el tiburón se le acercaba por detrás.

Cogió la mano de Shirley y corrió, escuchando el ruido sordo y entorpecido de sus pasos por la cubierta, que desgastaban las tablas de madera, y con el mar que golpeaba a ambos lados de ellos.

Sintiendo las vibraciones de la huida de su presa, el *megalodon* se deslizó bajo el muelle, y se dirigió hacia el origen de los sonidos.

Jon se dio la vuelta cuando el embarcadero se zarandeó. La cubierta detrás de ellos explotó en astillas cuando el monstruoso tiburón, en su locura por alimentarse, golpeó su hocico triangular hacia arriba y a través de las tablas de madera.

—Más rápido —gritó él, haciendo todo lo que podía por no tropezar mientras arrastraba a Shirley hacia la puerta de entrada del muelle privado— maldita sea... — una cerca de construcción en forma de cadena de cuatro metros y medio de altura bloqueaba su huida. La barrera continuaba a su derecha, y se estrechaba hacia el lado del restaurante de marisco que había en un embarcadero adyacente.

Jon intentó abrir la puerta mientras su mujer corría a toda velocidad hacia el lado del restaurante, aporreando la puerta de incendios de metal.

Sin aviso, las tablas de madera bajo sus pies se rompieron, y saltaron hacia arriba a causa del hocico cónico del depredador.

Jon se subió en la cerca, sujetándose con fuerza a las juntas de aluminio entre sus dedos y agarrándose con todas sus fuerzas, mientras la cubierta bajo sus pies se desplomaba sobre el mar. Arremolinándose bajo las oscuras aguas y las astilladas tablas había un resplandor blanco.

—¡Jon, por aquí!

Jon se balanceó hacia un lado y se adelantó cautelosamente entre el vacío y una pasarela de madera que bordeaba el lateral del restaurante. Shirley lo cogió de la mano y tiró de él hacia una puerta abierta sobre el muelle, que aguantaba el principal salón del restaurante.

—Sheryl, espera, estamos yendo en la dirección equivocada...

—Hay un balcón en la parte trasera. Tenemos que atravesar el restaurante para salir del embarcadero.

Shirley lo llevó por unas ventanas saledizas que rodeaban la sala de banquete acristalada. Los clientes, sobresaltados, miraban hacia arriba desde sus cenas iluminadas por las velas, ignorantes de que la criatura estaba trazando círculos bajo el muelle.

Shirley golpeó el cristal exterior de la puerta del balcón. Jon vio cómo la aleta luminiscente se levantaba.

Un camarero caminó hacia la puerta sacudiendo su cabeza. Señaló hacia un lado, dirigiéndolos hacia la entrada principal... cuando una enorme fuerza sacudió una de los pilares que sostenía el muelle.

Jon golpeó el grueso cristal.

—¡Abre la maldita puerta o la romperé a patadas!

El camarero se retiró cuando otro hombre, obviamente el encargado, se acercaba, y descorrió el cerrojo de la puerta.

Shirley tiró con fuerza hasta abrir la puerta. Jon, prácticamente la empujó dentro de la sala lujosa. Se quedaron ahí de pie, chorreando agua y recuperando algo de aliento.

—*Madame*, no puede...

—Saque a todo el mundo de aquí —gritó Shirley—, ¡el muelle está hundiéndose!

Shirley llevó a su marido por entre los comensales asombrados, buscando el camino de salida.

—*Madame, Monsieur* ...

—Ya has oído a mi mujer, gabacho, saca a todo el mundo de este...

Con un ruido colosal, todo el restaurante se agitó en una convulsión como un terremoto que destrozó las ventanas saledizas y envió a los clientes y a sus entrantes por el suelo.

Sobre el estruendo de protestas y gritos, Jon escuchó un crujido tremendo, mientras una de los pilares dañados se rompía bajo el embarcadero.

El restaurante empezó a inclinarse hacia un lado.

Jon cogió la mano de Shirley y corrió, empujando y esquivando una masa de

mesas y docenas de personas que ahora se peleaban por llegar a la entrada principal.

Revoloteando por encima de la agitación, Jonas y Mac solamente pudieron observar cómo la parte trasera del restaurante se partía y se desplomaba, viniéndose abajo.

# SOLUCIONES

*Fosa de las Marianas*

Sergei esperó en el pasillo, al otro lado de la puerta de Terry hasta que el *Prometheus* salió de su zona de atracada.

—¿Has decidido quedarte, eh? —gritaba el ruso en un inglés imperfecto, riéndose a carcajadas sádicamente mientras regresaba por donde había venido por el pasillo.

Terry se sentó en el suelo, luchando por mantener la calma.

El ruido de la puerta la sobresaltó.

—Soy Benedict.

Ella se secó la cara y abrió la puerta.

—Querida, ¿por qué demonios estás todavía a bordo? —preguntó él inocentemente—, el *Prometheus* salió temprano esta mañana.

—¿Te ríes de mí? Tu ruso ha estado sentado frente a mi puerta durante las últimas horas...

—¿Sergei? —Benedict sacudió la cabeza—. No lo sabía.

—Seguro que no. ¿Es así como te diviertes, Benedict, jugando con las emociones de la gente?

Los ojos de Benedict centellearon una señal de aviso.

—Hablaremos de ello más tarde, cuando hayas recuperado el control de tus emociones.

Ella observó cómo desaparecía por el pasillo. Terry cerró la puerta de golpe.

Esperó diez minutos, después volvió a abrirla y salió disparada hacia la escalera de cámara. Ascendió dos niveles y corrió por el pasillo, dirigiéndose hacia el laboratorio de Heath.

Terry llamó a la puerta, después la abrió. La habitación estaba vacía. Cerrando tras ella, fue corriendo hacia el cuarto de al lado, buscando al agente del gobierno.

El cráneo fosilizado la miraba.

Preocupada, salió del laboratorio y se dirigió hacia arriba, al módulo B.

Divisó al capitán Hoppe en la sala de control. Recordando que él se había mantenido firme contra Benedict, se le acercó, y lo llevó hacia un lado.

—¿Está bien? —le preguntó— no debería estar aquí...

—¿Puedo hablar con usted en privado?

—El *Epimetheus* puede llegar de un momento a otro —dijo el capitán, más hacia su tripulación que hacia ella—, venga conmigo arriba. Lo miraremos mientras desciende.

Terry lo siguió por la escalera del tubo de acceso hacia el módulo de observación. Esperó impacientemente mientras activaba la cúpula de observación, retrayendo el exterior de titanio que cubría el vidrio reforzado de lexan.

—Hable en voz baja —le dijo él—, las paredes tienen oídos.

—Benedict me tiene a bordo como si fuera una especie de prisionera...

—Lo sé.

—¿Puede ayudarme?

—No... no estoy seguro.

—¿Dónde está Heath? ¿Qué le ha pasado?

—¿El paleo-biólogo? Creo que se fue temprano esta mañana a bordo del *Prometheus*.

Le dio un vuelco el corazón. ¿Cómo podía haberse ido sin llevarla con él?

—Capitán, por favor, necesito salir de este barco.

Hoppe parecía nervioso.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Avisé a las autoridades por radio y pida ayuda.

Hoppe negó con la cabeza.

—Todos los enlaces de comunicación a bordo del *Benthos* y sus sumergibles están controlados por el *Goliath*. No existe la manera de desviar el sistema.

Terry sintió que las lágrimas de desesperación brotaban de sus ojos.

—¿Puede pilotar el *Epimetheus*?

Aquella pregunta parecía perturbar al capitán.

—No iríamos muy lejos. Seguro que no podemos ser más rápidos que el *Goliath*

...

—¿A qué distancia está la isla más cercana?

—Aproximadamente a ciento veinte millas náuticas hacia el oeste desde nuestra posición actual.

—Podríamos hacerlo.

El capitán Hoppe giró la cara hacia el abismo. Asintió hacia una luz tenue que se veía a lo lejos.

—Aquí viene el *Epimetheus* —murmuró él.

—Capitán, por favor...

Durante un largo momento, Hoppe miró su oscuro reflejo en el espejo.

—Llevo con Benedict más de veinte años. Me acogió. En aquella época, yo solo era un alcohólico inútil que acaba de asesinar a su mujer y a su hija pequeña por conducir borracho —Hoppe la miró a los ojos, reprimiendo una lágrima—. Supongo que mi hija tendría ahora la misma edad que usted.

—Me salvará la vida.

—Quiero que vuelva a su camarote y se quede ahí. No hable con nadie. Me encontraré con usted en la cubierta G a las tres de la mañana.

Durante las siguientes catorce horas, Terry se quedó en su camarote encerrada, esperando ansiosamente su oportunidad para escapar de su prisión en el fondo del mar.

Benedict había perdido poco el tiempo. En el momento en que el *Epimetheus* había atracado, ordenó que el sumergible entrara inmediatamente en la fosa, esta vez el *Benthos* navegaba por encima, bastante cerca. Terry escuchó cómo el sumergible volvía a atracar en algún momento pasada la media noche. Por entonces, no tenía ni idea de lo que la Geo-Tech estaba haciendo en el abismo, pero había averiguado que el despliegue de los robots UNIS no era otra cosa que el ardid inteligente que disfrazaba la propia búsqueda personal de Benedict.

Diez minutos antes de las tres de la mañana, Terry abrió la puerta de su camarote, con la barra de hierro firmemente apretada en su puño derecho. Descalza, con los zapatos en la mano, bajó tranquilamente los dos tramos de la escalera de cámara, llegando al módulo G.

Esperó en el desértico pasillo y escuchó.

«La voz de alguien... que venía del hangar. ¿El capitán Hoppe?».

Apresurándose por el vacío pasillo, se acercó a la puerta hermética, y quedó sorprendida al encontrarla levemente entornada. Miró a través de la hendidura y vio al capitán Hoppe agachado de rodillas en el muro más alejado, dándole la espalda.

Terry entró en el hangar, cerrando la gruesa puerta tras ella.

—Capitán, ¿qué está haciendo aquí?

Cuando tocó su hombro, se desplomó hacia un lado; la sangre brotaba de su garganta serrada.

El grito de Terry fue silenciado por la mano de Sergei.

—¿Dónde te habías metido? —le susurró el ruso, agarrándola desde atrás. Cogió un mechón de su largo cabello y después presionó la hoja de su cuchillo de caza en su garganta con la mano que tenía libre.

—Nos divertiremos un poco antes de que te mate, ¿da? Tira el arma.

La barra de hierro cayó al suelo, al lado de sus pies.

—Ahora, quítate los pantalones —le susurró él, mientras le lamía la oreja con su lengua.

Terry sintió cómo la hoja del cuchillo cortaba su cuello, y brotaba sangre.

Inclinándose hacia su cintura, se desabrochó los pantalones, aunque su mente trabajaba a toda prisa.

—Ponlos abajo, en tus tobillos.

Ella se deslizó los pantalones adheridos a la piel por las caderas, inclinándose para maniobrar sobre sus pantorrillas, casualmente sacando su pie derecho fuera de la pierna del pantalón.

Jadeando como un animal, Sergei seguía sujetándola del pelo mientras colocaba el cuchillo entre sus dientes y con la mano que le quedaba libre se bajaba sus propios pantalones hasta los tobillos.

Recuperando el cuchillo, presionó la punta contra la columna vertebral de Terry.

—Agáchate. Separa las piernas.

Terry se inclinó hacia delante, notando la punta del cuchillo en su espalda. Abrió

las piernas, alternando su peso, preparándose para lo que estaba a punto de suceder.

Sergei volvió a ponerse el cuchillo en la boca, después bajó la ropa interior de Terry. Ella se sacudió con asco, mientras él buscaba entre sus piernas para guiarse dentro.

«¡Ahora!».

Terry dio una coz como una mula con su pierna libre, golpeando con su talón los genitales de Sergei.

El ruso aulló de dolor.

Cayó sobre una rodilla y se estiró para coger la barra de hierro mientras Sergei la tiraba hacia atrás por el pelo. Tras cogerla, se dio la vuelta y... tan fuerte como pudo... golpeó en el cráneo del ruso.

Sergei se desplomó en el suelo, y, de la parte de arriba de su cabeza, comenzó a brotar sangre.

Ella tomó impulso y después lo golpeó otra vez, oyendo con satisfacción un crujido.

Se quedó de pie delante de él un momento, queriendo gritar frente a la vil criatura. Pero en lugar de eso, se inclinó y se subió los pantalones, después se acercó al ruso y comprobó su pulso.

«Todavía está vivo...».

Con la barra de hierro equilibrada sobre su cabeza, buscó en los bolsillos del hombre con la mano que le quedaba libre y sacó de su camisa una tarjeta magnética de acceso.

El ruso empezó a agitarse. Abalanzándose torpemente, la agarró por una pierna.

Ella apenas dejó escapar un grito; después, aporreó los nudillos de Sergei con la barra de metal.

Él, agonizante, gimió, y poco a poco la fue soltando.

Terry corrió hacia la puerta hermética que llevaba al pasillo. Luego de comprobar que estuviera sellada, entró en la sala de control del hangar, y cerró la puerta hidráulica tras ella.

Escudriñó el panel de control, localizó las válvulas de inundación y las hizo girar en el sentido opuesto de las agujas del reloj.

El agua entró por las tuberías de ventilación en el suelo del hangar. Sergei se dio la vuelta y se puso de rodillas, agarrándose la cabeza.

Tambaleándose sobre sus pies, el asesino ruso se arrastró por el agua a la altura del tobillo, y se dirigió hacia la puerta hermética que llevaba al pasillo.

Terry buscó en el panel de control. La luz roja verificaba que las dos puertas del pasillo y de la sala de control no se abrirían hasta que el hangar estuviera inundado.

Sergei tiró de la puerta del pasillo como si estuviera borracho y, entonces, se dio cuenta de que Terry estaba sentada en la sala de control. Hizo girar el puño y golpeó el cristal.

El agua ascendió hasta su cintura.



Sergei golpeó otra vez.

Ella observaba cómo su expresión de odio comenzaba a convertirse en miedo.

Golpeó con más fuerza, con desesperación. El nivel del agua creció hasta su cuello.

Presionó la cara contra el cristal y la miró. El nivel del agua había alcanzado el techo.

Las puertas exteriores se abrieron. Terry observó a Sergei agarrarse la cabeza unos segundos antes de que su cráneo explotara como un melón maduro.

Ella se dio la vuelta, después se desplomó en la silla del operador, emocionalmente agotada. Lo que quedaba de los dos cuerpos mutilados se levantaba lentamente hacia la puerta abierta del hangar, y se dirigía hacia la oscuridad a la espera de la fosa.

Un movimiento captó su atención. Terry gritó... una cabeza colosal de color marrón apareció de entre el abismo. Unas mandíbulas planas como las de un cocodrilo se abrieron de par en par con una hilera delirante de dientes terribles y afilados.

Terry se quedó helada, observando con fascinación y terror cómo el reptil marino prehistórico de doce metros empujaba su cabeza dentro del hangar y acababa con los restos de Sergei de un enorme bocado. La bestia se movía arriba y abajo mientras tragaba, mandando trozos de carne en todas direcciones.

Los ojos luminosos de color escarlata buscaban en el hangar más comida.

Los restos del capitán Hoppe se movieron pasando a la bestia y perdiéndose en la fosa. El anormal reptil salió de la puerta del hangar para seguirlo, arrastrándose como una anguila sinuosa.

Todavía temblorosa, Terry presionó los botones para sellar las puertas del hangar.

Todos los pensamientos acerca de embarcarse en el *Epimetheus* y robar el sumergible desaparecieron repentinamente. Morir a bordo del *Benthos* era mucho mejor que tener que enfrentarse al terror que la rodeaba fuera.

Terry escuchó que los pisonos hidráulicos se activaban para sacar el agua del hangar que iría a parar a las áreas localizadas por todo el *Benthos*. Pasaron unos minutos interminables hasta que la sala estuvo finalmente drenada.

Esperó hasta que las luces del panel se pusieran en verde, después salió de la sala de control, aspirando la humedad que había dejado atrás el mar. Caminando por el suelo húmedo, inspeccionó la habitación, y comprobó que no quedara ninguna señal que indicara que hubiera estado allí.

Aguantó la respiración, al escuchar un extraño ruido. Era un sonido como de un arañazo profundo, que venía de fuera de la puerta del hangar.

Terry salió a toda prisa de la habitación y selló la puerta del pasillo tras ella.

# CEBO

*Golfo de Alaska*

Estaba amaneciendo cuando el helicóptero de Mac tocó la cubierta del *William Beebe*. Harry Moon les dio la bienvenida, acompañándolos hacia la sala de control.

Jonas vio al Dr. Maren y al capitán Morgan inclinados sobre un mapa del golfo de Alaska. Celeste estaba al otro lado de la habitación, peleándose con alguien en tierra por la radio.

—Tenéis un aspecto horrible, chicos —dijo el capitán.

—Hemos estado ahí —murmuró Mac.

Celeste golpeó el receptor.

—Maldita sea. Las autoridades canadienses nos hacen responsables de las muertes de la mujer del kayak y del chico que se cayó del ferry.

—Somos responsables —dijo Jonas.

—Eso es una gilipollez —le contestó Celeste.

—Si un león se escapa del zoológico y mata a alguien, el zoológico es el responsable —dijo Mac.

Celeste puso los ojos en blanco.

—Bueno, muchísimas gracias por iluminarme. Te alegrará saber que la Guardia Costera canadiense ha decidido ahora encargarse de la situación ellos mismos. Han desplegado un patrullero y dos helicópteros para localizar al tiburón y matarlo.

Maren resopló.

—Que los jodan a los canadienses. Cuando caiga la noche, la hembra se habrá ido a aguas de Alaska y estará fuera de su jurisdicción.

—¿Por qué estamos cambiando el rumbo? —preguntó Jonas.

Maren señaló el mapa.

—Desde la isla Vancouver, hay dos rutas distintas que llevan a las ballenas migratorias al mar de Bering. Sabemos que el *megalodon* está siguiendo la ruta principal, por las costas de Canadá y Alaska. Yo digo que el tiburón va a continuar dirigiéndose hacia el oeste hasta que alcance las islas Aleutianas y, entonces, debería seguir a la manada de ballenas hacia el norte, justo en dirección al mar de Bering. El *William Beebe* está siguiendo ahora una ruta alternativa, un atajo utilizado originalmente por las ballenas grises. Nuestra nueva dirección es mucho más rápida, al cortar por el golfo de Alaska, lo que nos coloca directamente delante del tiburón. Esto nos permitirá interceptarla aquí... en el cabo Chiniak, en la isla Kodiak.

Jonas estudió el mapa.

—Y una vez que estemos delante de ella ¿cómo has pensado localizarla, sin mencionar que pueda estar lo suficientemente cerca como para poder atacarla con tu arpón?

—Cambio de planes —dijo Celeste—, vamos a drogar al monstruo utilizando un

cebo.

—¿Qué tipo de cebo?

—Leones marinos —contestó Maren—, es el manjar favorito de la criatura. Cuando lleguemos a la Isla Kodiak, tres frescos leones marinos machos estarán cargados a bordo. Voy a implantarles quirúrgicamente grandes dosis de anestesia en cada carcasa. Colgaremos el cebo, atado a un torno con un cable de acero y después lo llevaremos por la superficie hasta que el *megalodon* lo coja. Después de cinco minutos de haber consumido las drogas, el tiburón estará inconsciente.

El capitán Morgan le echó un vistazo al mapa con más detenimiento.

—¿Cuándo calculas que el monstruo llegará a cabo Chiniak?

—Si continúa con la velocidad actual, quizás en tres o cuatro días.

—Entonces sugiero que hagamos turnos —dijo Harry.

Maren asintió en señal de acuerdo.

—Estableceré un horario.

*Hospital Valley Memorial  
Monterrey, California*

Cuando Sadia Kleffner entró en la sala privada de empleados, se sorprendió al verlo sentado en la cama, con una enfermera inclinada sobre él.

—Masao, ¿cómo te sientes?

—Sadia, gracias a Dios. Puedes decirle amablemente a esta enfermera que tengo que irme inmediatamente.

—Simplemente acuéstese y relájese, Mr. Tanaka. No va a ningún sitio hasta que el médico lo diga.

—Pero me siento mejor...

—Estoy segura de que su médico se alegrará de escuchar eso. Ahora, tumbese antes de que lo ate a la cama.

Masao miró a la enfermera, después se tumbó, haciéndole frente a aquella mujer grande.

Sadia se sentó en el borde de la cama.

—Terminaron de cambiar las puertas de la laguna ayer. Ni el propio King Kong podría pasar por ellas.

Masao observó cómo se iba la enfermera.

—¿Qué pasa, Sadia? Sé cuándo me ocultas algo.

Sadia dejó de mirar.

—Ha habido otra muerte. Un chico joven.

Masao cerró los ojos, sintiendo la presión de nuevo en su pecho.

—Los medios de comunicación están buscando guerra. Las cosas se están poniendo feas.

—¿Has sabido algo sobre mi hija?

—Finalmente, pude ponerme en contacto con el *Goliath*. Afirman que Terry ha decidido quedarse a bordo del *Benthos*, otra semana más.

—¿Qué? ¿Todavía está en la fosa?

Sadia pudo ver cómo temblaban las manos de aquel hombre mayor.

—Masao, me han asegurado de que todo va bien.

—No, algo va mal. Puedo sentirlo. ¿Dónde está Jonas?

—Dirigiéndose hacia el golfo de Alaska. Están intentando interceptar a la criatura en la isla Kodiak. Ah, y hemos entregado un AG-2 por órdenes de Celeste.

—¿El AG-2? —Masao abrió los ojos de par en par—. ¿Por qué el sumergible abisal?

—No lo sé. Celeste pidió específicamente el AG-2.

Masao negó con la cabeza.

—Sadia, escúchame atentamente. Quiero que te pongas en contacto con el capitán James Adams en la base naval de Guam. Dile que deseo verlo inmediatamente. Haz todos los preparativos para que pueda volar hacia allí lo antes posible.

—Pero el médico no te ha dado el alta todavía.

Masao se sentó y se quitó un tubo intravenoso del brazo.

—Y o me doy el alta a mí mismo.

—Masao...

—La vida de mis hijos está en peligro. Ahora pásame mis ropas antes de que la enfermera Ratchet vuelva.

*Cabo Chiniak*

*Costa suroeste de la isla Kodiak*

Celeste estaba de pie, al lado de la barandilla, observando cómo la carcasa del último de los tres leones marinos se levantaba del casco del barco pesquero y se cargaba en la cubierta del *William Beebe*; después se metió en hielo.

Maren se unió a ella, pasándole un telegrama.

—Acaba de llegar este mensaje del *Goliath*.

Celeste lo abrió.

—Es de Benedict.

—¿Qué dice?

—*Age quod agis...* el negocio entre manos.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Quiere decir que está perdiendo la paciencia conmigo.

—No te preocupes —le dijo Maren, deslizándolo el brazo por su cintura— capturaremos al *megalodon* muy...

Celeste le echó a un lado el brazo.

—Ya te lo he dicho, en público no.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo de que Jonas Taylor te vea? No lo niegues,

Celeste, he visto la manera en la que lo miras.

—Los celos no van contigo, Michael. Como dice Benedict, ocúpate del negocio que tienes entre manos. —Comprobó su reloj— ¿a qué hora está prevista mi guardia?

—Te he dado el turno del mediodía hasta las seis de la tarde. Harry te relevará hasta media noche, después Taylor y Mackreides se encargarán desde las doce hasta las seis de la mañana. Funcionará a la perfección. Tú y yo podremos vernos tarde por la noche sin que Taylor lo sepa.

—Idiota, —los ojos de Celeste brillaban de ira— seré yo la que determine si estaremos o cuándo estaremos juntos, no tus hormonas. Te dije específicamente que nos pusieras juntos a Taylor y a mí.

Maren se acobardó.

—Ya lo sé, pero Taylor insistió en que Mackreides y él se encargarían del turno de la medianoche. ¿Qué se supone que iba a hacer?

Celeste vio cómo el pesquero se alejaba del *William Beebe*.

—Los dos están planeando algo. ¿Dónde está Jonas ahora?

—La última vez que lo vi, estaba con Mackreides en el helicóptero.

—Encuétralo. Dile que estoy muy triste, que estoy preocupada por el *Benthos*. Dile que necesito hablar con él en mi camarote ahora mismo.

—¿Qué hay de nosotros? ¿Qué te parece esta noche?

—Los negocios van antes que el placer. Ahora haz lo que te digo.

Maren entró en la cabina del piloto. Al encontrarlo vacío, caminó hacia la puerta del compartimento de carga y la corrió hasta abrirla.

Vacía.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, Maren se fijó en la culata de lo que parecía ser un gran rifle bajo una manta. Trepó y después la retiró a un lado, descubriendo el resto del rifle lanzagranadas.

—Hijo de puta...

Asegurándose de que no lo había visto nadie, se deslizó por la parte de atrás del helicóptero y se fue a trabajar.

—Estás loco —dijo Mac, cerrando la puerta del camarote detrás de él.

—Es arriesgado, pero funcionará —dijo Jonas—. Es la única manera de efectuar un disparo certero al *megalodon*.

—¿Exactamente a cuánto estás planeando acercarte?

—A cuarenta y cinco, cincuenta y cinco metros.

—¿Y qué es lo que va a evitar que la criatura te ataque?

—El tiburón ni siquiera sabrá que estoy en la zódiac. En lugar de utilizar los motores de la embarcación, voy a dejar que el *William Beebe* me remolque, justo

delante del cebo.

—Estás loco. Mira, al menos deja que vaya contigo.

—No puedes. Necesito que vigiles el mar desde arriba. El transmisor me dirá cuándo está en la zona, pero tú tienes que poder divisarla antes que yo.

—Todavía creo que ese plan tuyo es demasiado arriesgado.

—Quizás, pero esta locura tiene que acabar. Esta noche, termino con esto, de una manera o de otra.

Fueron interrumpidos por un golpe en la puerta. Mac la abrió.

Celeste estaba de pie en el pasillo, con el maquillaje corrido por las lágrimas.

—Oh, lo siento, no quería interrumpir...

—Celeste, ¿qué pasa? —preguntó Jonas.

—Cuando tengas un momento, necesito hablar contigo.

—Yo ya me iba —dijo Mac, poniendo los ojos en blanco.

Celeste se levantaba en la portilla, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Jonas, no sé en qué punto está nuestra amistad, pero necesito tu apoyo. Necesito que confíes en mí.

—¿Qué pasa?

—He estado pensando en las pesadillas que me contaste. Quizás, no deberíamos ignorarlas después de todo. Sé que puede parecer una locura, pero para mi propia tranquilidad, necesito avisar a Benedict sobre el *Purgatorio del Diablo*.

Jonas negó con la cabeza.

—Ahora, de repente ¿crees en mis sueños? Pensaba que habías dicho que todo era culpa mía...

—Terry está todavía a bordo del *Benthos*.

—¿Qué? —Jonas la cogió del brazo—. ¿Por qué no me has dicho eso antes? ¿Por qué demonios está todavía en la fosa?

—Según Benedict, Terry se niega rotundamente a irse antes de que sea desplegada la última unidad UNIS.

Jonas se sintió flaquear. Se sentó al borde de su cama, frotándose las sienes.

—Quiero hablar con ella.

—No puedes. Solo el *Goliath* puede comunicarse directamente con el *Benthos* —se sentó al lado de él, masajeándole el cuello—. Jonas, dime las coordenadas del *Purgatorio del Diablo*. Deja que pueda avisarlos.

Jonas se quedó en silencio.

—Todavía no confías en mi, ¿verdad?

—No es una cuestión de confianza.

—Entonces, tu palabra a la Marina es más importante que la vida de Terry, ¿es eso?

—¿Ahora te preocupas por Terry?

—Estoy preocupada por Benedict y la tripulación del *Benthos*, es la única familia que tengo. ¿O acaso tengo que recordarte que toda esa gente está a siete millas bajo el

océano, que la más mínima brecha en el casco podría...?

—Celeste, para. Soy la última persona que necesita una conferencia sobre la fosa de las Marianas. Mira, necesito reflexionar... deja que piense en ello, ¿de acuerdo?

Celeste se dio la vuelta, frustrada.

—Genial. Siéntate ahí y no hagas nada. Pero si algo le ocurre a esa gente, no te lo perdonaré nunca.

*Rodeado por una oscuridad impenetrable, Jonas perdió todo el sentido de la dirección. Presionando la cara contra el frío cristal de lexan, miró en el olvido, esperando a que el ángel de la muerte apareciera.*

*Un brillo tenue trazaba círculos a lo lejos. Jonas no podía decir si estaba encima o debajo de él, solamente que se dirigía hacia su posición. La luz se volvió más intensa, la sombra empezó a tomar forma. Jonas empezó a temblar, con un nudo de miedo estrechándole el estómago.*

*Aquel ser parecía sentir su presencia. Rompió su patrón de círculos, la cabeza triangular con su piel fantasmagórica y luminiscente se movía hacia él silenciosamente, contra el campo oscuro del abismo.*

*Jonas luchó para tomar una bocanada de aire. Aterrado, todavía incapaz de darse la vuelta, observó cómo su torturador abría sus grotescas mandíbulas, revelando un esófago como una catedral.*

*Un objeto apareció desde dentro de la boca de la bestia. En un movimiento surrealista fue expulsado, levantándose hacia él.*

*¿Una cápsula de escape?*

*El tubo claro y en forma de ataúd se detuvo a varios metros debajo de él. Jonas pudo ver la silueta de una persona dentro. Un hombre, totalmente desnudo, con la cara oculta en la sombra.*

*El brillo de la bestia se hizo más leve, permitiendo que los rasgos de la cara salieran a la vista. Jonas gritó, mirando la figura sin vida... de sí mismo.*

Jonas levantó la cabeza de la sofocante almohada y apagó el despertador. Se dio la vuelta sobre su espalda, la visión de su propio cuerpo sin vida en aquella embarcación se negaba a irse de su cabeza. Todavía temblando se sentó, con la piel empapada por el sudor.

Miró el reloj: las 23:35 horas. Sentía claustrofobia, caminó cojeando hasta la portilla, tiró de la cortina y abrió la ventana. Una ráfaga de aire ártico llenó el camarote.

Jonas sintió una leve llovizna. Cerró la portilla, y empezó a ponerse el traje de buceo.

Sabía que estaba a punto de pasar una mala noche.

La lluvia se volvió más intensa cuando salió a la cubierta. Se ajustó la capucha de su parka y después cruzó la cubierta resbaladiza de popa.

Mac estaba hablando con Harry Moon en el ala grande. Harry le asentía.

—Una noche bastante miserable, ¿eh?

—Espero que no empeore —dijo Jonas.

Harry miró hacia arriba.

—Esta lluvia debería parar hacia los dos o las tres. No hay mucho que hacer, realmente. Solo observar el cable e intentar mantenerse despierto. Si ese monstruo tuyo decide dar un bocado, lo sabrás. Solamente dale tanto cable como quiera y reza por que esas drogas hagan su efecto.

—Conozco el ejercicio —dijo Jonas.

—Entonces, te diré buenas noches. Celeste está prevista para relevarte a las seis.

Jonas esperó hasta que Harry hubiera desaparecido dentro. Entonces, retrocedió el ala y devanó el cebo, mientras Mac se dirigía hacia el helicóptero para sacar el equipo.

Jonas observó cómo la sangrante carcasa de león marino de doscientos ochenta y cinco kilos era arrastrada del mar. Detuvo el torno, después cogió el cable de acero de cincuenta centímetros de grosor y colgó el cebo anegado sobre el travesaño, dejando libre el suficiente cable como para permitir que la carga se desplomara sobre la cubierta.

El cable de acero corría por la boca del león marino en un gancho de casi un metro que atravesaba la línea del estómago. Un elixir poroso de casi cuarenta litros había sido colocado quirúrgicamente dentro del tracto digestivo del animal. Una docena adicional de bolsitas que contenían más anestesia habían sido distribuidas precipitadamente en el escondite hinchado.

«Maren no se la está jugando».

Mac volvió con el rifle lanzagranadas. Jonas abrió el compartimento de utensilios y sacó una pequeña maleta de la caja. Cuando la abrió, extrajo un altavoz enorme, inalámbrico y submarino. Mac abrió la boca del león un poco más, para permitir que Jonas deslizara el instrumento dentro del esófago del animal.

—Vamos a probarlo —Jonas buscó algo en la maleta para encender el sistema de sonido. Un tamborileo de barítono profundo salía de la carcasa. Jonas subió el volumen, el sonido, como de vudú, hacía que el montón sin vida de grasa se moviera por la escurridiza cubierta.

—Esta maldita cosa está bailando —dijo Mac—. ¿A qué distancia será capaz tu tiburón de escuchar este jaleo?

—El sonido viaja a más distancia bajo el agua. No puedo decirte cómo de precisos son los sentidos del *megalodon* pero supongo que será capaz de detectar estas vibraciones a bastante distancia. —Jonas se secó la lluvia de la cara—. Ayúdame a poner el cebo de nuevo en el agua.

Volvió a empezar con el torno. La carcasa se levantó de la cubierta. Mac la empujó hacia la borda mientras Jonas soltaba noventa metros de cable. El león marino desapareció en la noche, con sus apabullantes temblores resonando en la



oscuridad.

—Me toca a mí —dijo Jonas.

—Jonas...

—Mac, no, ya hemos hablado de esto. Tú solo ayúdame con la zódiac.

Extendiéndose a lo largo de la mitad de la cubierta del barco, había unos pequeños montacargas diseñados para lanzar los botes de goma motorizados conocidos como zódiacs. Jonas trepó a bordo de uno y ató un largo rollo de cuerda de nailon en la proa del bote.

—Hay sesenta metros de cuerda aquí —dijo Jonas— para el giro del barco, que debería colocarme a unos cuarenta y cinco metros por delante del cebo.

Mac negó con la cabeza, pasándole el rifle lanzagranadas.

—Esa distancia supone dos veces el tamaño del cuerpo del *megalodon*, no hay mucho espacio si me lo permites. Sería más seguro que yo pilotara la zódiac...

—Ya te lo he dicho, es mejor que me remolquen. El sonido de los motores de la zódiac atraería a Angel.

Mac le pasó el *walkie-talkie*.

—Mantendré el helicóptero a treinta metros, pero también voy a arrastrar el arnés de seguridad, para que, solo en el caso de que lo necesites, puedas salir apresuradamente de este bote.

Jonas forzó una sonrisa, después sacó los auriculares de la maleta. Se los puso sobre los oídos y se detuvo para escuchar.

—¿Oyes algo?

—No, todavía no está por la zona. ¿Te das cuenta de que esta puede ser una noche muy larga?

—Simplemente no te duermas en el bote, Ahab —Mac dejó suelto el agarre de la polea en forma de A, permitiendo que la zódiac cayera directamente hacia el mar.

Jonas se puso de pie y soltó el barco de su arnés. Llevado por la estela del *William Beebe*, el bote era arrastrado rápidamente por la parte de atrás de la nave, que ahora se estaba moviendo hacia el suroeste, justo bajo los tres nudos.

Utilizando la longitud de la cuerda, Mac guiaba la zódiac detrás de estribor.

Aseguró el extremo final de la cuerda a la barandilla de hierro, permitiendo que el bote fuera remolcado a medio camino entre el *William Beebe* y el cebo arrastrado.

Jonas se situó dentro del bote de goma, que se paseaba silenciosamente por la superficie de las aguas oscuras de Alaska haciendo apenas un murmullo. La fría lluvia continuaba cayendo del cielo nublado, el aire del norte le enviaba escalofríos que le atravesaban la columna vertebral. Se sentó en la parte inferior del bote, apoyó el chaleco salvavidas contra la proa y se inclinó hacia atrás, de cara al motor.

La longitud del cable de acero corría desde el *William Beebe* hasta el cebo que se balanceaba a sesenta centímetros sobre su hombro izquierdo, y desaparecía a cuarenta y ocho metros tras el bote en el mar negro grisáceo, cubierto por la neblina.

Mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad, Jonas pudo trazar la línea del cable

hacia un pequeño campo de espuma, creada por la carcasa del león marino, que se movía por las aguas de la superficie. Escuchó y sintió un profundo tamborileo que producía el altavoz, palpitando bajo las olas como los latidos de un corazón.

Jonas apuntó con el rifle, enfocando el arma hacia la espuma del agua.

—La cena está lista, Angel —susurró—. Ven y cógela.

A veintidós millas al noreste de cabo Chiniak, el ferry de ciento quince metros, el M/V Kennicott continuaba su viaje al sur a lo largo de la autopista marina de Alaska.

Inconscientemente para los cientos de pasajeros y la tripulación del barco, un brillo de color marfil ahora ensombrecía la nave mientras se dirigía hacia la isla Kodiak.

Cuando entró en el golfo de Alaska, el tiburón aumentó instintivamente su velocidad, una respuesta primordial a las temperaturas más frías del océano. Las evoluciones de adaptación que habían permitido a las especies gigantes escaparse de la extinción hasta la última edad de hielo ahora servían para proteger al cazador supremo como respuesta al frío. Las secreciones químicas en los nervios de sistema circulatorio de la criatura incrementaban la capacidad del tiburón para contraer los músculos. Estas rápidas y más poderosas contracciones musculares generaban una energía de calor adicional, lo que hacía subir la temperatura de la sangre del *megalodon* de seis a ocho grados centígrados. Unas arterias pericardiales alargadas dirigían ese calor hacia los órganos internos, mientras la masa escarpada del depredador aislaba la temperatura de su núcleo del ambiente más frío.

Deslizándose justo por encima de la termoclina, Angel continuaba cruzando la estela del Kennicott buscando comida. Aunque el aumento de la hembra en temperatura visceral hubiera acelerado su proceso digestivo, la progresión de su ciclo de estro, combinado con la baja de la tasa metabólica del tiburón debido al frío, le dejaba una sensación de aturdimiento. Ya hacía tres días desde que la criatura se había alimentado por última vez y, en aquel estado debilitado, no podía arriesgarse a atacar una gran manada de ballenas.

Mientras Angel continuaba su duro viaje por el oeste detrás del ferry, sus detectores de ondas de presión empezaron a sentir unas vibraciones familiares.

Excitada, empezó a agitar su aleta dorsal con más rapidez, luchando primero por acelerar su increíble masa. Después de varias docenas de poderosas embestidas, se las arregló por incrementar su impulso hacia delante, alcanzando una velocidad de navegación que su cuerpo en forma de torpedo podría mantener sin el más mínimo esfuerzo. Deslizándose bajo el ferry, el *megalodon* se apresuró hacia delante, siguiendo un aviso acústico que sus sentidos le decían que la llevaban a comer.

2:56 horas

—Jonas, ¿estás todavía vivo?

Jonas miró hacia arriba. Aunque podía oír los cómo se agitaban los rotores, el helicóptero era invisible en el cielo nublado y oscuro. Se llevó el *walkie-talkie* a la cara con una de sus manos entumecidas.

—Todavía estoy aquí. ¿Cómo te va por ahí arriba?

—El viento está aumentando la velocidad. Mientras no haya rayos, estaré bien. ¿Y tú, qué? Deberías estar hecho un polo ahora mismo.

—El traje de buzo me mantiene caliente, pero el mar se está poniendo bravo.

—Escucha, tío, ¿qué te parece si te traemos de vuelta y lo dejamos para otra noche antes de que cojas una pulmonía?

—No —gritó Jonas—, se acabaron las pesadillas, se acabó el que muera más gente. Ya te lo he dicho, voy a terminar esta noche, de una vez por todas.

—¿Y qué pasa si tu monstruo no se presenta, Ahab?

—Lo hará. Corto. —Jonas se metió el *walkie-talkie* en el bolsillo de su chaqueta.

Unas olas de sesenta centímetros a un metro balanceaban ahora el bote de un lado a otro. Al aumentar la velocidad del viento, la lluvia golpeaba con fuerza contra su cara.

«Puede que no aparezca...».

Jonas miró hacia el vacío, el mar picado parecía plomo gris contra el cielo negro.

Había recreado en su mente la pesadilla en la que se veía a sí mismo flotando muerto en la cápsula de escape, al menos cien veces.

Las imágenes le llenaban la cabeza y se vio consumido por un sueño despierto.

Se vio a sí mismo de pie bajo la lluvia, mientras los ataúdes de dos hombres de la Marina que él había matado hacía once años eran llevados a tierra. Se vio a sí mismo a bordo del *Magnate*, mirando dentro de la boca del demonio, sin fuerzas, mientras observaba a su ex mujer Maggie que era arrastrada bajo las olas. Se vio a sí mismo en el juzgado, con los abogados que lo acusaban de conducta temeraria mientras montones de espectadores proferían «asesino, asesino». Y entonces, Terry, con los ojos llenos de lágrimas, tumbada en la cama de un hospital, lloraba la pérdida de su bebé nonato.

Terry lo miraba, con sus intensos ojos asiáticos que lo atravesaban con la misma mezcla de tristeza y odio que había visto en las viudas afligidas y los padres, los hermanos y los cónyuges y los niños.

Jonas abrió los ojos, jadeando con fuerza para recuperar su respiración normal.

La lluvia había cesado.

Jonas se puso de rodillas en uno de los asientos. Desabrochándose el traje de buzo, orinó hacia un lado.

—Vale, Angel, aquí estoy —susurró—. Ven y cógeme.

Celeste embestía arriba y abajo, machacando su hueso pélvico contra el de él mientras cabalgaba con más fuerza sobre Maren. Ella lo escuchó gemir, después él se retiró antes de que ella pudiera obtener placer alguno.

—¿Eso es todo? —le dijo ella, decepcionada.

—¿Estás bromeando? —le susurró, sonriendo— ha sido increíble.

Ella se bajó de él.

—Me alegro de que uno de los dos lo haya disfrutado.

—¿A dónde vas?

—Voy a ducharme.

Él admiró su figura mientras se dirigía hacia el cuarto de baño.

—¿Puedo ir contigo?

Ella se dio la vuelta para mirarle a la cara.

—Michael, no te ofendas, pero no creo que estés a la altura. Ahora vuelve a tu camarote. Necesito dormir.

Maren saltó de la cama, se puso la ropa y se fue.

Bip.

El sonido despertó a Jonas. Se ajustó los auriculares y mantuvo la respiración.

Bip... bip... bip...

Cogió el rifle lanzagranadas con una mano y buscó con la otra el *walkie-talkie*.

—Mac, ¡acabo de recibir una señal!

Mac buscó en la expansión negra de océano.

—Todavía no puedo ver su brillo. Escucha, intenta guardar la calma, mantén tu posición.

—Estoy bien —le dijo, con una respiración agitada mientras escudriñaba el agua.

Los bips se volvieron más intensos.

Angel resoplaba en el mar, sus orificios nasales direccionales se dirigían hacia las partículas microscópicas de orina. Levantándose a doce metros, empezó a hacer círculos bajo su presa, prefiriendo quedarse a una distancia segura mientras sus sentidos inspeccionaban el ambiente.

—Ahí está —gritó Mac—, está trazando círculos justo debajo de la superficie, a dieciocho metros de tu estribor. ¡Agárrate, Jonas, está pasando por debajo de ti... ahora!

Jonas se agarró, sintió un inmenso tirón desde abajo mientras la circunferencia en

movimiento de la criatura subía momentáneamente hacia arriba el bote. Inclinandose sobre la borda, Jonas vio el balanceo de una aleta dorsal luminiscente a medida que la bestia daba círculos a un lado a su derecha.

—Jonas, ¿estás ahí?

—Silencio. —Jonas bajó el volumen—. ¿dónde está?

—Ha desaparecido debajo.

Jonas sintió que el corazón le latía con rapidez y que el pulso de su cuello le palpitaba. Agarró con fuerza el rifle lanzagranadas.

—Jonas, está saliendo a la superficie detrás del bote...

Jonas presionó su ojo contra el radio de acción del rifle.

—¡Ahí sale! —chilló Mac.

El hocico del *megalodon* salió del agua detrás del león marino, sus mandíbulas mordían la aleta sin vida, serrando la parte superior del torso.

Apuntando a la inmensa cabeza, Jonas aguantó la respiración... y disparó.

Clic.

Su corazón dio un vuelco. Volvió a apuntar y apretó de nuevo el gatillo.

Clic, clic... clic.

—¡Hijo de puta, el arma no está cargada!

Y entonces, el corazón de Jonas brincó en su garganta cuando la zódiac repentinamente se detuvo suspendida en el agua. La carcasa del león marino, todavía remolcada por el *William Beebe* se apresuraba hacia él a punto de colisionar.

Mac vio cómo el bote se detenía y después echó un vistazo al estribor del *William Beebe*, divisando una figura solitaria que desaparecía dentro.

—Tu cuerda ha sido cortada. Agárrate, Jonas, ya voy... —Mac hizo descender la aeronave, y se dirigió hacia el arnés del bote.

Jonas mantuvo la respiración mientras esperaba el arnés. En lugar del arnés, vio cómo el hocico del *megalodon* se echaba encima del león marino que se aproximaba a su zódiac a la deriva.

Angel tenía las mandíbulas abiertas...

«¡Salta!».

Jonas se abalanzó desde la zódiac y agarró el cable de acero con ambas manos.

La carcasa del león marino golpeó la zódiac a la deriva, y la lanzó a un lado poniéndola del revés.

Detectando el movimiento, el *megalodon* instintivamente mordió el bote y lo hizo estallar entre su boca.

Jonas sostenía el cable resbaladizo y se negaba a dejarlo escapar. La parte inferior de su torso saltaba dolorosamente contra la superficie glacial, la resbaladiza línea le producía cortes y resbalaba por sus agrietadas manos. Con un sonido metálico que le cortó la respiración, lo que quedaba de los restos del león marino lo embistió desde atrás, lo que le causó fuertes dolores en su pierna herida.

Jonas se sujetó bajo la carcasa medio comida y rodeó con sus piernas el cebo

mientras se golpeaba dolorosamente la espalda contra las olas. Cegado por la oscuridad y el agua helada, sin ser capaz ya de sentir sus desnudas manos, notó cómo la sangre empezaba a correr mientras su piel parecía chisporrotear bajo su traje de buzo.

«Muy bien, gilipollas. ¡Te has matado a ti mismo!».

El *megalodon* sacudía los restos de la zódiac de sus mandíbulas y corrió a toda prisa hacia su presa huida.

El helicóptero de Mac remontaba el vuelo por la blanca cubierta. Las gotas de sudor frío se le colaban en los ojos al piloto, que intentaba desesperadamente alinear el arnés con el cebo que se movía. Dándose cuenta de que aquello era imposible, cogió la radio, y pidió al *William Beebe* que respondiera.

Calzando la cabeza del león marino entre sus piernas, Jonas cogió la fuerza de apalancamiento suficiente como para empujar su pie derecho sobre los restos destrozados de la parte superior del torso. El contenedor con drogas había caído al agua, pero podía sentir el gancho de un metro en su empeine. Levantándose sobre la curvatura de acero, elevó la cabeza sobre las oscuras aguas y jadeó buscando aire, pues los músculos le temblaban de forma incontrolable.

Para su horror, vio el hocico luminiscente levantarse tras él. Las mandíbulas y las encías superiores se extendían hacia fuera, alcanzándole.

La cabeza le decía que se dejara llevar. En lugar de eso, contorsionó el cuerpo hacia un lado, deslizando la carcasa lejos de una boca que embestía contra ella.

Mascando ruidosamente el mar vacío, el depredador se irguió otra vez, ahora abriendo desmesuradamente sus mandíbulas para engullir al león marino y a Jonas en un gran bocado.

Jonas cerró los ojos. Sus pesadillas se habían equivocado. No iba a morir con su mujer en la fosa, sino allí, en aquel momento, solo, en mar abierto.

Escuchó un ruido estruendoso sobre su cabeza, y vio que la punta de las ruedas de aterrizaje del helicóptero se clavaba en la elevada aleta dorsal. La colisión provocó un profundo corte a lo largo de un lado de la aleta, haciendo que el helicóptero girara salvajemente sin control.

El depredador se sumergió.

Mac encontró la palanca, aunque era incapaz de controlar su balanceo. La rueda de aterrizaje golpeó el mar, después se lanzó hacia delante antes de que el rotor colisionara con el agua. Luchando para ganar altitud, y dándose cuenta de que estaba a punto de encallar, Mac se las arregló para tirar del helicóptero hacia arriba sobre el estribor del *William Beebe*, aunque se estrelló contra el pesado bulto de pernos que había en la cubierta inferior.

Jonas aguantó y esperó a ser comido. «Lo siento Terry, he sido tan estúpido...».

Mac salió de la cabina del piloto y corrió hacia el torno donde Harry y Maren estaban esperando.

—Mackreides, ¿qué coño estás...?

Mac empujó a Maren a un lado y le dio la vuelta al torno.

—Estás loco...

—¡Apártate de mi puta vista, Jonas está ahí fuera!

El *megalodon* se estaba moviendo a noventa metros del agua, nadando directamente bajo su presa. Los instintos le decían que el león marino estaba muerto o herido, pero lo había empujado hacia atrás, forzando al cazador a plantear de nuevo la situación. Hambrienta, la hembra volvió a subir, para dirigirse hacia los movimientos agitados de su presa. Esta vez, en lugar de matar, mordería y esperaría, después trazaría círculos esperando hasta que se desangrara.

En su delirio, Jonas se imaginó siendo arrastrado hacia arriba, fuera del agua.

Después todo se volvió oscuro.

Mac trepó por la parte de atrás de la barandilla y se estiró hacia su amigo justo cuando el cuerpo inánime caía hacia atrás en el mar.

La curvatura del gancho cogía el pliegue de la rodilla derecha de Jonas, suspendiendo su cuerpo a seis metros del agua como si fuera un trozo de comida. Mac se inclinó con esfuerzo y lo cogió por la cintura cuando el brillo luminiscente se levantó bajo ellos.

La bestia se abalanzó desde el océano, con las mandíbulas abiertas, la parte superior de su torso levantada a lo largo del estribor del barco en movimiento. Mac tiró de Jonas hacia un lado, lo apartó de la boca abierta, arrojó prácticamente el cuerpo de su amigo sobre su hombro y cayó en la cubierta.

Al perder a su presa, el tiburón clavó las mandíbulas en el marco en forma de A.

Durante un momento surrealista, la criatura lo sostuvo, su vientre blanco como la nieve se apoyaba contra el travesaño mientras su inmensa masa caía hacia atrás, arrastrando el torno, el marco en forma de A y seis metros de cubierta astillada hacia un lado en un montón despedazado. El chirrido del acero al doblarse gritó en la noche.

Mac tiró de Jonas más cerca y se agachó cuando el torno entero y el ensamblaje de cable parecían saltar por la borda.

—Jonas... Jonas... ¡despiértate! —Mac comprobó su vía respiratoria—. ¡Maldita sea, no respira! Harry llama al médico, no siento el pulso. ¡Harry, maldita sea, llama al médico!

El estribor del *William Beebe* parecía haber sido destrozado por un tornado.

Levantándose en mitad de los escombros, estaban Harry y Maren. Ignorando a Mac, siguieron mirando la aleta dorsal blanca hasta que desapareció bajo la estela agitada de la nave.

# INTRUSOS

*Fosa de las Marianas*

Terry se levantó gritando. Se sentó en la cama, con el corazón acelerado y su camiseta pegada a la piel por el sudor.

El fuerte traqueteo en su puerta continuaba.

—¿Quién... quién es?

—Benedict. Abre la puerta.

«Oh, Dios mío, lo sabe...».

—Espera un momento.

Terry se enfundó sus pantalones vaqueros, después se recogió el pelo en una cola de caballo y abrió la puerta.

Como examinando la escena de un crimen, los ojos penetrantes de Benedict recayeron en ella inmediatamente.

—Estabas gritando y estás bastante pálida.

—Solo tuve un mal sueño. No he podido tener una buena noche de descanso desde que llegamos a la fosa. ¿Cuándo se supone que voy a irme?

—Lo suficientemente pronto. Termina de vestirte y sube al módulo de observación, hay algo que me gustaría enseñarte.

Ella cerró la puerta, y escuchó a través de ella para asegurarse de que Benedict se había ido. Después de echar el cerrojo, se metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó la tarjeta magnética de acceso que le había cogido a Sergei la noche anterior.

«¿Dónde esconderla?».

Utilizando su lima de uñas, hizo una incisión de siete centímetros en las costuras de su colchón y luego metió dentro la tarjeta con cuidado. Tras hacer la cama, terminó de vestirse y se dirigió por las escaleras de cámara.

A su llegada al puente, una docena de silenciosas miradas la recibió.

—Buenos días —masculló ella, mientras subía la escalera del tubo de acceso hacia el módulo superior.

La sala de observación estaba a oscuras, el único brillo visible venía de fuera por la ventana salediza donde el resplandor rojo de las luces externas del *Benthos* revelaba el abismo. Vio la silueta de Benedict contra el fondo de la fosa.

—Asegúrate de sellar el tubo de acceso al entrar —le dijo con una voz suave pero firme—. Acércate despacio. Las vistas son sorprendentemente buenas.

Terry obedeció sus órdenes. Selló la escotilla hermética y después cruzó lentamente el cuarto oscurecido para unirse con él en la enorme ventana de observación.

—No importa lo que veas, no hagas movimientos repentinos —la avisó Benedict.

—¿Qué estamos observando?

—Sé paciente y observa.



El abismo que rodeaba al *Benthos* estaba bañado de un brillo suave de color rojo, el lecho marino aparecía en la sombra a sesenta pies bajo el barco colgante. Un bosque petrificado de humeros negros surgía a lo largo del borde de la oscuridad. Altas y muy delgadas, de cada pila primordial brotaban nubes de hollín en forma de champiñones de color marrón, con agua hirviendo, y minerales sulfurados.

Terry vio un movimiento... una enorme sombra que trazaba círculos en el lecho marino, la forma de vida en sí misma se disfrazaba bajo el *Benthos*. Acordándose de la criatura que había entrado en el hangar, se asustó terriblemente.

Más movimiento, esta vez encima de sus cabezas, mientras una anguila devoradora de cinco metros se deslizaba hacia abajo por el vidrio de lexan, con la boca extendida como un embudo, pues rastreaba un pez hacha de color plateado. Más que cazar a su rápida presa, la anguila de color marrón oscuro curvaba la punta de su larga cola como un látigo delante de sus mandíbulas. De repente, un resplandor de color blanco anaranjado se encendió al final de la cola afilada.

Atraído por la luz, el pez hacha realizó un rápido giro de 180° y se dirigió justo hacia la boca expectante de la anguila devoradora.

Terry estaba a punto de decir algo cuando una presencia sombría resplandeció majestuosamente a lo largo de la curvatura creciente del casco del *Benthos*.

Benedict se inclinó y la cogió de la muñeca, evitando que escapara.

La parte de debajo de aquella cabeza plana y vil apareció en primer lugar, revelando un resplandor de dientes como los de un *Tiranosaurio*. Los músculos de sus formidables mandíbulas se flexionaron, y se estiraron hasta abrirse como la boca de un cocodrilo.

Con casi la misma rapidez de una serpiente, el colosal reptil engulló a la anguila devoradora de dos dentelladas sucesivas. Con una pirueta graciosa, la criatura se retiró, no sin haber golpeado el vidrio de lexan con uno de sus apéndices, enormes como remos, mientras desaparecía del campo de visión.

—A esta especie se le llama *Kronosaurio* —dijo Benedict, anticipándose a su pregunta—; son una rama de cuello corto de los *pliosaurios*, un reptil prehistórico marino que dominó los mares mesozoicos antes de que el *Carcharodon megalodon* evolucionara hace más de setenta millones de años. He contado seis ejemplares, todos ellos trazando círculos alrededor del barco.

—Pensaba que tenían miedo del *Benthos*.

—Aparentemente las ganas de comer han podido con los miedos.

—No lo entiendo —Terry sintió que unas gotas de sudor corrían por su cuello.

Benedict se dio la vuelta, para someterla a un interrogatorio con sus ojos de color esmeralda.

—Parece que han probado el sabor de la carne humana, cariño. Aparentemente, debe de haberles gustado.

La mente de Terry trabajaba a toda velocidad.

—El *Proteus*... esas criaturas deben de haber atacado el sumergible y haberse

comido los restos de la tripulación.

Benedict contempló su respuesta, una que parecía satisfacerle.

—¿Vas a posponer la siguiente misión?

—*Mais, non, Madame. Je maintiendrai...* la mantendré. El *Benthos* continúa con su expedición hacia el norte por la fosa, el *Epimetheus* y su tripulación están preparados para el despliegue. ¿He de suponer que vas a unirme a ellos?

—Unirme... no, por supuesto que no. ¿Cómo puedes siquiera pensar en desplegar el *Epimetheus* con esos monstruos esperando ahí fuera?

Benedict se movió lentamente hacia el panel de control que se extendía en el muro de enfrente.

—Entonces, ¿ahora prefieres a Sergei que a esas criaturas?

—No, es simplemente...

—Entonces, espero que estés a bordo del sumergible. Saldremos en veinte minutos. —Benedict se inclinó sobre los controles y activó el sello exterior de titanio, que lentamente empezó a cerrarse sobre la ventana de observación.

—Benedict, espera... —Terry se dio la vuelta hacia él.

Desde el oscurecido perímetro, otro *Kronosaurio* apareció repentinamente en el campo de visión. Con la cabeza por delante, aquella bestia de quince toneladas lanzó su ataque contra la sección reducida del cristal, sus ojos luminosos centelleantes a causa de las luces rojas.

Miró de nuevo a Benedict, que observaba con los ojos de par en par al carnívoro cercano, con una mirada sádica que se dibujaba en su cara.

Terry se encogió cuando la criatura abrió la boca, cuyas mandíbulas planas y afiladas eran mayores que la ventana.

Un gemido agudo hidráulico... y las puertas retráctiles de titanio se cerraron de golpe sobre el cristal. Un ensordecedor ruido retumbó en la habitación cuando el *Kronosaurio* golpeó la cúpula. Terry se dio la vuelta para encontrar a Benedict de pie en el panel de control, que le sonreía, mientras su bien afeitada cabeza brillaba bajo la luz del techo.

—Quizás, sobrevivir a la fosa tenga que esperar después de todo.

Ella le observó abrir la escotilla y bajar por la escalera del tubo mientras una sucesión de golpes aporreaban la parte exterior del *Benthos*.

## UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

*Centro de Salud Iliuliuk  
Dutch Harbor  
Unalaska, Alaska*

—Bienvenido.

Jonas abrió los ojos y vio la cara rolliza de una enfermera aleutiana.

Ella le dedicó una sonrisa amable, después le abrió las persianas, permitiendo que el sol de la mañana se filtrara en la habitación.

—Así está mejor. Apuesto a que le duele la garganta.

Jonas asintió.

—Le traeré algo de agua, pero primero desatemos estos brazos.

Jonas miró hacia abajo hasta sus muñecas, que estaban aseguradas a las barras de la cama por correas de velcro. Sentía los dedos, rodeados con gasa, extraños.

—El médico dice que se pondrá bien, aunque nos ha dado un buen susto — sostuvo una taza de agua cerca de su boca.

Jonas tomó unos cuantos sorbos, el líquido relajaba su garganta deshidratada.

—¿Qué ha pasado? —dijo con molestias.

—Aparentemente, decidió darse un baño en el golfo de Alaska. El frío extremo le causó hipotermia. Su cuerpo se paralizó.

—¿Mi corazón dejó de latir?

—Durante un momento, estuvo prácticamente muerto. Afortunadamente, su amigo sabía cómo realizar una reanimación cardiopulmonar cuando llegó en helicóptero, estaba respirando pero la temperatura de su organismo y la presión de su sangre habían caído peligrosamente a un nivel bajo. Después, su corazón se detuvo otra vez en el quirófano. Pero contamos con buenos médicos en nuestra plantilla. Hicieron que su corazón palpitará otra vez y el frío extremo ayudó a minimizar el daño potencial de sus órganos vitales.

—Espere, ¿me está diciendo que estaba... muerto? —Jonas cerró los ojos, intentando recordar lo que él había supuesto un sueño.

—Durante un minuto o dos. También ha sufrido alguna congelación seria. Los dedos de sus manos y sus pies tienen graves ampollas.

Jonas contorsionó los dedos, sintiendo un fuerte dolor.

—El médico está un poco preocupado por los dedos de su pie izquierdo. Quiere echarles un vistazo, solamente para asegurarse de que no vaya a haber gangrena. Y esa pierna izquierda suya, Dios mío. Todos los miembros del hospital quieren saber qué han causado esas horribles heridas.

—Un accidente de pesca —susurró Jonas—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Tres días. Sus amigos volvieron al barco, a algún lugar en el mar de Bering. Los hemos mantenido informados a través de la radio. Le diré a nuestra centralita que se ponga en contacto con ellos para decirles que está consciente.

La enfermera mulló su almohada y después, se fue.

Jonas cerró los ojos, para permitir que sus palabras le penetraran.

«Estuve muerto...».

Una tristeza increíble le sobrecogió. Pensó en todo lo que había acontecido en su vida durante los últimos once años desde la primera vez que había escapado de la muerte en la fosa de las Marianas. La culpabilidad le había empujado a convertirse en paleobiólogo, su ego necesitaba demostrar al mundo que sus acciones a bordo del *Seacliff* estaban justificadas. Su preocupación por las criaturas había destruido sus dos matrimonios. Ahora, su odio cegado le había llevado al borde de la muerte.

«Dios me está dando una segunda oportunidad...».

La enfermera volvió varias horas más tarde y colocó su bandeja de comida sobre una mesa que había al lado de la cama.

—Espero que tenga hambre. Por cierto, su novia, esa rubia bonita...

—No es mi novia.

—De acuerdo. Bueno, sea quien sea, acaba de llegar y está impaciente por verlo. ¿Debería decirle que espere a que termine de comer?

—No, dígame que pase.

Celeste entró un momento más tarde, con su largo pelo rubio platino colgando sobre un jersey de cuello vuelto negro. Se inclinó, le dio un suave beso en la mejilla y después tiró de una silla hasta llevarla cerca del borde de la cama.

—Ah, antes de que se me olvide —cogió un teléfono móvil de su bolso y lo puso encima de la mesa—. Harry insistió en que te trajera esto. Quiere que lo llames cuando estés preparado para que te recojan. Así que, ¿has visto una luz blanca o te dirigías a la dirección opuesta de ella?

—Recuerdo que vi una luz blanca, pero esta tenía dientes. He hecho una escena realmente estúpida, ¿verdad?

—No solamente eso, sino que además estabas intentando matar a mi tiburón. Todo este tiempo he pensado que podía confiar en ti. Pero la verdad es que nunca te importé lo más mínimo, solo estabas utilizándome para acercarte lo suficiente al *megalodon* y matarlo.

—Celeste...

—No mientas, simplemente admítelo.

—Bueno, sí, admito que acepté tu oferta porque quería matar al *meg*. En cuanto a lo de si me importas, yo nunca te he motivado para creer eso. Te dije que amaba a mi mujer. Tú eres la que ha venido a por mí.

—Me siento atraída por ti. ¿Es eso un crimen?

—Estoy casado.

—¿Y qué pasa si no lo estuvieras?

—¿Qué? —El tono de la voz de Celeste le provocó un escalofrío que recorrió

todo su cuerpo.

—Ya me has oído. ¿Qué pasa si Terry no fuera tu esposa? ¿Me hubieras rechazado entonces la otra noche?

«Ten cuidado, Jonas...».

—Celeste, eres una mujer preciosa y yo soy un viejo científico retrógrado. Simplemente no funcionaría. Lo que más aprecio de ti es tu amistad. El tiempo que pasamos juntos realmente significó algo para mí. Y tenías razón. He estado culpando a esos tiburones agigantados por todo lo malo que me ha pasado en la vida durante los últimos once años.

—Ya te lo dije... estás obsesionado.

—Terry y Mac llevan años diciéndome lo mismo, pero simplemente los ignoraba. Supongo que, de hecho, he tenido que morir para darme cuenta de que mi rabia y mi sentimiento de culpabilidad estaban cegándome. Creo que Mac lo resume bien cuando me llama Ahab. Celeste, estaba muy ansioso por echar a la basura mi vida, simplemente por matar a un pez gigante —reposó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos— quiero disculparme por haberte engañado.

Ella le acarició la mejilla.

—No te preocupes.

—Las cosas van a ser muy diferentes a partir de este momento. Dios me está dando una segunda oportunidad y voy a cogerla.

Ella lo miró con desconfianza.

—¿Qué significa eso?

—Significa que he terminado. Se acabó. No más *megalodones* en la vida de Jonas Taylor. Me he retirado oficialmente.

Ella se echó hacia atrás, con los orificios de la nariz dilatados.

—No seas tan ético conmigo Jonas Taylor. No puedes alejarte de esto sencillamente. No después de todo lo que ha pasado. Todavía no hemos capturado a tu tiburón.

—¿Mi tiburón? Creí que dijiste que era tu tiburón...

—Ya sabes lo que quiero decir. Tienes que aguantar... me lo debes.

—Deja en paz a la criatura.

—¿Estás delirando? —Se puso de pie, derramando su zumo de naranja por el suelo—. Jonas, ¿sabes cuánta gente ha muerto desde que ese tiburón tuyo se escapara de la laguna? ¿No crees que les debemos a todos rastrear a ese animal antes de que más gente inocente sea asesinada?

—Celeste, es un tiburón, por el amor de Dios. Está en su propio hábitat natural. Los humanos no son un elemento básico de su dieta. Parece simplemente que nosotros nos ponemos por medio...

—Te equivocas. Es culpa tuya que esas criaturas se escaparan de la fosa de las Marianas —presionó su torso con el dedo índice—. Tanaka y tú sois los responsables de que esos monstruos hayan salido a la superficie.

—Vaya, no me puedo creer que esté escuchando esto. ¿Qué ha pasado con tu consejo de no sentirse culpable por todo lo que ha sucedido?

—No deberías sentirte culpable... siempre y cuando hagas lo correcto. Y lo correcto es ayudarme a volver a capturar a Angel antes de que mate de nuevo.

—¿Por qué yo? ¿Porque resulté ser el idiota desgraciado que accidentalmente se cruzó en el camino con esas máquinas de matar hace once años? Escúchame, ya he ayudado a capturar a un *megalodon* y he matado a otro. Diría que he cubierto el cupo en cuanto a tiburones prehistóricos se refiere.

Celeste se paseaba de un lado a otro como un animal enjaulado.

—Tienes una responsabilidad con el Instituto, Jonas, con todos los que murieron.

—¿Y cuánto es suficiente? Tú misma lo dijiste. Mi vida ha estado demasiado estresada con esas criaturas demasiado tiempo. Lo siento, Celeste... no más odio, no más culpas, todo eso murió en la mesa conmigo hace tres días. Este es el nuevo Jonas Taylor, he vuelto a nacer. Y en cuanto a mis responsabilidades contigo y con el Instituto, ya intenté avisaros. Os dije que sedarais a la criatura hasta que pudiéramos sellar las puertas del canal permanentemente.

Celeste se sentó en el suelo, reposando la cabeza en su cama.

—Por favor, Jonas, necesito tu ayuda.

—Eso es precisamente, Celeste, en realidad no necesitas mi ayuda. Maren puede encargarse de todo. Personalmente, creo que Angel es demasiado grande para ser capturada, sin contar con el hecho de que esté en estro, lo que la hace incluso más peligrosa. Si quieres mi aviso, continúa buscando en el mar de Bering. Aparecerá, tarde o temprano. Solo es cuestión de tiempo.

—Te equivocas. No ha habido rastro de ella desde tu accidente y no somos los únicos que están vigilando. La Guardia Costera está fuera al completo y debe haber unos miles de barcos de pesca fuera también. Nadie ha divisado el tiburón, ni siquiera ningún rastro de león marino muerto o ballena. Incluso Maren está desconcertado.

—El mar de Bering es un lugar grande. Ofrece una recompensa a un pescador local. Estoy seguro de que alguien la verá rápidamente.

Celeste reposó la cabeza en su mano, emocionalmente vacía.

—Así que, ¿ya está? ¿Simplemente te quitas de en medio?

—Eso es —retiró su mano—. Voy a curarme, a recuperar todas mis fuerzas. Después, voy a regresar a California para empezar mi vida de nuevo con Terry.

Celeste lo miró a los ojos con dureza.

—De acuerdo, Jonas, entiendo cómo te sientes. Has pasado por una experiencia muy traumática y emocional y no te culpo por querer dejarlo simplemente. Pero hay algo que puedes hacer todavía para evitar que gente inocente muera.

—¿Qué es?

—Tu propia mujer está todavía a bordo del *Benthos*, junto con gente a la que a mí me importa mucho. Si están en el abismo, corren peligro.

—¿Qué me estás pidiendo que haga? —le dijo Jonas, esforzándose por sentarse.

—Sé el amigo que has afirmado ser. No he sido capaz de dormir una noche desde que me contaste lo del *Purgatorio del Diablo*. Llámame neurótica, pero estoy muy preocupada. Tengo terribles presentimientos sobre esa localización.

—Celeste, la garganta tiene unas mil quinientas millas de largo y más de cuarenta de ancho.

—Soy una mujer, Jonas. No intentes razonar con mis emociones.

Él apoyó la espalda, parecía agotado.

—De acuerdo, Celeste. ¿Qué quieres que haga?

—Antes de que vuelvas a tus responsabilidades, dame la misma tranquilidad que yo he intentado darte. Dime la localización del *Purgatorio del Diablo*. Puede que no signifique nada para ti, pero conociéndolo, el *Benthos* evitará la zona de la fosa, lo que me permitirá dormir por las noches. Creo que tú, más que nadie, puede entender eso.

Jonas cerró los ojos, preguntándose si debía o no dar aquella información. Hasta dónde él sabía, la Marina ya no estaba interesada en la fosa de las Marianas. ¿Qué daño podría causar darle las coordenadas y quitársela de encima, de una vez por todas?

Entonces, recordó las palabras de aviso de Mac.

—Lo siento, Celeste. Simplemente, no puedo decirte la localización. —Jonas observó cómo su cara se volvía de color escarlata por la rabia.

—¿Sabes qué, Jonas? ¡La Marina de los Estados Unidos y tú podéis iros a la mierda!

Él se encogió cuando ella golpeó la bandeja de su comida antes de salir hecha una furia de la habitación.

Michael Maren estaba mirando distraídamente el mapa del mar de Bering cuando Harry Moon entró en la sala de controles.

—Esas orcas acaban de coger la última carcasa de león marino —dijo Harry—, y ahora, ¿qué?

Maren miró hacia arriba.

—¿Cómo demonios he de saberlo?

—Tú eres el experto. Dijiste que la criatura estaría aquí.

—Está ahí fuera. Simplemente no está mostrándose. Quizás todos esos malditos helicópteros y botes y cúteres de la Guardia Costera la hayan ahuyentado. Fíjate en lo que te digo... tarde o temprano, se mostrará a sí misma.

—Pareces agotado. ¿Por qué no vas a descansar un poco?

—Sí, creo que lo haré. ¿Cuándo se supone que Celeste estará a bordo?

—En tres horas.

Maren salió de la sala de control y caminó por la cubierta. Mientras se ajustaba su parka contra el viento huracanado, oyó que alguien lo llamaba.

—Dr. Maren, aquí.

Maren miró el helipuerto. Vio a Mackreides que intentaba levantar una gran caja de cartón en el compartimento de carga de su helicóptero.

—Eh, Doctor, por favor. Solo será un momento.

Maren caminó cautelosamente.

—¿Qué quieres?

—Necesito una mano con esta caja, la espalda me está matando.

Maren se inclinó y levantó la caja, que pesaba menos de veinte kilos.

—¿Necesitabas mi ayuda para levantar esto? ¿Cuál es el problema? Pensaba que eras un tío fuerte.

—Ya te lo he dicho, tengo la espalda hecha polvo. ¿Te importaría meterla dentro?

Maren se dio la vuelta, arrojando la caja de cartón ligera como la pluma contra la pared más alejada.

—Ahora, si es todo, yo...

Mac lo levantó del suelo, y lo arrojó de cabeza dentro del compartimento.

Maren giró sobre sí mismo y, después de sentarse, se frotó la cabeza.

—¿Cuál es tu problema? Gilipollas...

La punta de la bota de Mac golpeó el plexo solar de Maren, al que quitó la respiración. Antes de que pudiera recuperar sus sentidos, Mac había atado sus muñecas juntas con una cuerda de nylon. Levantando al hombre joven por los pies, anudó la cuerda varias veces alrededor de un soporte en lo alto del techo del helicóptero, por lo que forzó a Maren a levantarse.

Maren luchó por soltarse.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Mac trepó hasta la cabina del copiloto y puso en marcha los motores.

—Es simple, doctor. Jode a mi chico y me jodes a mí.

El helicóptero se levantó del *William Beebe* y se dirigió hacia el norte.

—Espera un momento, maldita sea. ¿Hacia dónde me llevas?

—De excursión. Encuentro Alaska bastante bonita, ¿no te parece?

—Ya es suficiente. ¿Por qué estás haciendo esto?

Mac lo ignoró. El helicóptero voló al este sobre el mar de Bering, después al norte, remontando el vuelo por cimas cubiertas de nieve y valles frondosos.

Celeste miró hacia arriba desde su revista cuando la enfermera se acercaba a la habitación de Jonas.

—Perdone, ¿es esto para mi prometido? —Celeste señaló la bandeja de comida.

—¿Su prometido?

—Sí, Dr. Taylor.

—Oh, bueno, sí, de hecho lo es.

—¿Puedo?



La enfermera sonrió, pasándole la bandeja.

Celeste le devolvió la sonrisa y esperó hasta que la mujer se diera la vuelta antes de sacar dos pastillas amarillas de su bolsillo.

Jonas estaba viendo las noticias.

—Hola, estoy de vuelta —dijo Celeste mientras entraba como si tal cosa en la habitación.

Él apagó la televisión.

—Creí que habías vuelto al barco.

—Me sentía mal. Se suponía que éramos amigos y ahí estaba yo, gritándote. Todo lo que quiero es que seas feliz.

—Gracias, Celeste. Yo deseo lo mismo para ti.

Ella se inclinó y lo besó la frente.

—Aquí tienes —le pasó las dos pastillas y un vaso de zumo—, la enfermera confía en que me asegure de que te las tomas. Dice que te ayudarán a recobrar las fuerzas.

Jonas se tragó las pastillas.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Ella arrastró una silla y se sentó al lado de su cama.

—El *William Beebe* está de camino al puerto más cercano para reparar una serie de cosas antes de irnos...

Jonas empezó a sentirse cansado a medida que Celeste ronroneaba durante los siguientes diez minutos.

—... y hemos seguido tu consejo y ofrecido cinco mil dólares de recompensa para la primera persona que divise a Angel. Estoy segura de que no tardará en reaparecer.

Sus palabras empezaron a resonar en su cabeza.

Celeste observó cómo se le ponían los ojos en blanco.

—¿Te encuentras bien?

Jonas se frotó la sien.

—No lo sé. Me siento realmente cansado... —cerró los ojos.

Celeste se inclinó, susurrándole al oído.

—Jonas, ¿te sientes atraído por mi?

—Sí.

—¿Confías en mi?

—No.

—Pero, te encantaría hacer el amor conmigo, ¿verdad?

Sentía la mente divagar.

—Sí... pero no puedo —murmuró, el barbitúrico estaba haciendo su efecto—. Amo a Terry. No la engañaré.

—Jonas, Terry está en la fosa de las Marianas. Morirá a no ser que la informemos sobre el *Purgatorio del Diablo*. Jonas, no la dejes morir.

Jonas apretó los dientes, intentando con fuerza concentrarse a través de su delirio.

—No quiero que ella muera.

—Entonces, dame las coordenadas... rápido —le acarició la mejilla—. Jonas, el *Purgatorio del Diablo* ...

Se sintió dormido, sus palabras masculladas parecían pertenecer a otra persona.

—... la garganta norte... veintidós grados... cuarenta y cinco minutos... latitud norte...

—¡Sí, continúa!

—... uno... cuarenta y seis... grados... treinta y tres... minutos... longitud este.

Celeste lo besó con fuerza en la boca, después salió precipitadamente de la habitación.

Pasaron dos horas antes de que Mac bajara la velocidad de la aeronave, trazando círculos sobre una extensión de hierba salpicada con flores salvajes. Una cordillera cubierta por la nieve esculpía el horizonte al noreste, un bosque de pinos cubrían el sur.

El helicóptero tocó tierra.

—¿Dónde demonios estamos? —le gritó Maren.

—¿No has oído nunca hablar de una ciudad llamada Bethel?

—No.

—Yo tampoco, pero según el mapa, está en algún lugar al sur de este lugar, quizás a unos sesenta o setenta kilómetros. —Mac abrió la puerta del compartimento de cargo y arrojó la caja de cartón fuera.

—¿Qué? ¿Qué estás haciendo ahora?

—Solamente pensé que te gustaría traer tus efectos personales contigo. Me he tomado la libertad de recogerlo todo de tu camarote. No te molestes en darme las gracias, ha sido un placer.

—¿No irás a dejarme aquí?

—¿Por qué no? Estás en el campo, aunque puede que debas echarles un vistazo a los osos.

—Moriré aquí fuera.

Mac desanudó la cuerda del soporte, arrastrando fuera del helicóptero a Maren.

Maren cayó de rodillas, en una tierra medio helada y enlodada.

—*Mackreides*, espera. De acuerdo, lo confieso. Yo fui quien quitó el perno percutor del arma de Taylor. Pero te lo juro, no corté esa cuerda.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—No lo sé...

Mac caminó de vuelta al helicóptero y cerró la puerta del compartimento de cargo.

—Espera, *Mackreides*, ¡no te vayas! Si no me crees, pregúntale a Celeste. Estaba

acostándome con ella la noche que Taylor fue atacado.

—A mí me suena como motivo suficiente. Celeste ha estado yendo detrás de Jonas. Te pusiste celoso e intentaste matarlo.

—No, quiero decir, sí, estaba celoso, pero yo no corté la cuerda.

Mac estudió la cara de Maren. Sacó su cuchillo de caza.

Maren se estremeció.

Mac lo cogió por los puños y cortó sus nudos. Se metió dentro de la cabina del piloto y cogió una mochila que le tiró.

—Aquí dentro hay un mapa, junto con cerillas y unas pocas provisiones. Si nuestros caminos se cruzan otra vez, te mataré.

Mac volvió a subir a la cabina del piloto.

Maren corrió hacia la puerta de la cabina, pero la encontró cerrada.

—Mackreides ¡no me hagas esto!

Mac se dio la vuelta, su amplia sonrisa atravesaba la línea de su cuadrada mandíbula.

—Que tengas un bonito paseo.

Desesperado, Maren se agarró a los puntales de aterrizaje. El helicóptero se levantó, arrojándolo a tierra.

Maren se sentó y observó cómo el helicóptero desaparecía sobre una nube de pinos. Un rápido viento del norte aullaba entre los árboles, el aire fresco le produjo escalofríos.

Miró a su alrededor y se dio cuenta finalmente de la seriedad de su aprieto.

—Maldito seas, Mackreides —gritó él, corriendo detrás del helicóptero, mientras su voz resonaba en la distancia. Dio un traspie con un tronco hueco, se enderezó y después empezó a darle patadas, maldiciendo y gritando como un niño que ha cogido una rabieta.

Se detuvo después de varios minutos cuando sus pies empezaron a palparle.

Abrió la mochila y sacó el mapa que Mackreides le había dejado; lo desplegó.

—¡Hijo de puta!

Era un mapa de Cleveland.

Maren lo partió por la mitad y empezó a caminar, cojeando notablemente.

Jonas abrió los ojos. Celeste se había ido, el cuarto estaba a oscuras. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió en paz. En su mente, imaginaba las palabras que iba a decirle a Terry. Le ofrecería mudarse, vender la casa, simplemente recoger y empezar sus vidas de nuevo en cualquier lugar que ella deseara. Conseguiría un trabajo con horario normal, estaría en casa los fines de semana, fuera lo que fuera lo que aquello conllevara, siempre y cuando pudieran estar juntos.

Un profundo estruendo interrumpió sus pensamientos, haciendo temblar la habitación. Se sentó mientras la ventana traqueteaba en su marco. Una taza de agua

se derramó en su bandeja.

Segundos más tarde, cesaron las vibraciones.

La enfermera volvió a entrar, sonriéndole.

—¿Se encuentra bien?

—¿Ha sido eso un terremoto?

—Solo un pequeño temblor. Los tenemos todo el tiempo. La mayoría de la gente simplemente los ignora. Tenía que haber visto la última vez que el Makushin entró en erupción. Había ceniza por todos lados.

—No me había dado cuenta de que había volcanes en esta isla.

—Hay volcanes en activo por todas las islas Aleutianas. Después de todo, somos parte de los países de la costa del Pacífico.

Jonas se puso rígido, un terrible pensamiento se cruzó en su mente.

—¿Está usted bien, Mr. Taylor?

—No, enfermera, espere, por favor. Necesito su ayuda... necesito acceder a un ordenador.

—Mi hijo tiene un portátil...

—¿Puedo utilizarlo? Por favor, es muy importante. ¡Es una cuestión de vida o muerte!

# TRAMPA PARA RATONES

*Fosa de las Marianas*

Benedict Singer se inclinó sobre la mesa iluminada redonda, con sus ojos de color esmeralda con un aspecto más animal que humano bajo aquel brillo fluorescente.

A su izquierda estaba Vladislav Prokovitch, nuevamente designado como capitán del *Benthos*, a su derecha, el Dr. Liu Kwan, profesor de Física Plasma. Los tres hombres se levantaban ante el enorme mapa batimétrico computerizado de la fosa y las islas Marianas que la rodeaban.

La cadena de islas volcánicas aparecía como un largo continente en forma de arco que corría de norte a sur. Hacía millones de años, las islas se habían levantado del lecho marino y se habían dirigido hacia arriba mientras la placa tectónica del Pacífico descansaba bajo la placa filipina. Ensombreciendo las islas hacia el este estaba la fosa más profunda del mundo, la garganta que se arrastraba dividida por un estante elevado que servía para separar las profundidades del norte y las mitades sur del abismo por una extensión de treinta millas.

Una mancha azul en la región sur marcaba la localización actual del *Benthos*.

Benedict puso una X con rotulador rojo sobre un área en el norte de la fosa.

—Según Celeste, Jonas Taylor ha señalado esta zona como el lugar de los buceadores del *Seacliff*. Vladislav, ¿cuánto tardaríamos en llegar a la velocidad máxima?

Vladislav Prokovitch se tocaba el parche permanente que cubría la cuenca de su ojo izquierdo, un recuerdo duradero de la guerra afgana.

—Nos llevará treinta horas solo alcanzar la pared del cañón. El *Benthos* debe ascender entonces cuatro kilómetros para salir de la garganta y, después, viajar otras veintiocho millas al norte a lo largo de esta extensión de lecho marino, antes de descender a la región norte del abismo. Desde ahí, otras veinte horas hasta llegar al *Purgatorio del Diablo*... setenta y dos horas, quizás menos, dependiendo de las corrientes.

—Será útil tener al *Goliath* leyendo la cromatografía de gases del *Purgatorio del Diablo* antes de que lleguemos —sugirió Kwan.

Prokovitch negó con la cabeza.

—*Nyet*. No es inteligente permitir que el *Goliath* se mueva hacia delante mientras esas criaturas sigan atacándonos.

—¿Por qué no? —preguntó Kwan—. El casco del *Benthos* es impenetrable.

—Es cierto, pero los tanques de gasolina y lastre adheridos a la cobertura de motor bajo el barco son bastante vulnerables, como en el *Epimetheus* —dijo Prokovitch—. Las horas adicionales no justifican el riesgo.

—Las criaturas nos abandonarán una vez que empecemos nuestro ascenso —comentó Benedict—. Ordene al *Goliath* que continúe escoltándonos hasta entonces.

—¿Qué pasa con la chica? —preguntó Prokovitch—. Con Sergei muerto, ¿es inteligente permitirle que ande libre por el barco?

—Eso que llamas tú andar libre es solamente una ilusión —corrigió Benedict—, mis ojos la siguen a todas partes.

—Entonces, ¿por qué le permitiste matar a Sergei?

—Apenas permití que la situación se desarrollase. La chica fue ingeniosa. Sergei descuidado. Hace mucho tiempo que el alcohol lo echó a perder. Se merecía morir.

—Podemos ponerle un guardia...

Benedict dio un golpecito a un lado de la cabeza rapada de color rojo zanahoria del hombre joven.

—No te preocupes, Vladislav. La chica es asunto mío, un ratón desesperado atrapado en un laberinto sin salida. Yo estudio la naturaleza humana, la estoy observando sin que ella lo sepa, analizando sus respuestas al estrés.

—Ella sabe demasiado —dijo Kwan.

—¿Pero a quién puede decírselo? —preguntó Benedict—. Mientras esté viva, la opción es utilizarla como rehén, si acontece una situación inesperada. Después de completar nuestra misión, mi pequeño ratón será diseccionado y correctamente quitado de en medio. Hasta entonces, dejémosla vagar por su jaula.

3:20 horas

Terry se detuvo, el corazón le latía con fuerza mientras escuchaba las voces apagadas desde la habitación del reactor nuclear en el nivel F. tras abrir la puerta hermética, se deslizó hacia abajo, cerrando la escotilla tras ella, para salir finalmente en el módulo G.

Entró en el desértico pasillo. Con el corazón en la garganta, se movió rápidamente hacia abajo por el pasillo hasta una serie de puertas de seguridad que custodiaban la entrada de lo que a ella le habían dicho era una instalación de almacenamiento. Sacó la tarjeta de acceso de Sergei y pasó la banda magnética.

La puerta se abrió.

Terry entró en un pasillo pequeño y débilmente iluminado. Permitted que la puerta quedara sellada de un golpe tras ella, después siguió un pasillo estrecho, que llevaba a una puerta a su derecha. Primero escuchó, luego la abrió y descubrió un vestuario vacío con taquillas. En tres de las paredes había una docena de vestuarios semiprivados. Había trajes de una pieza, similares a aquellos que había descubierto a bordo del *Goliath*, que colgaban de ganchos en cada cubículo.

Moviéndose por el vacío vestuario, Terry continuó por una zona enmoquetada sobre un suelo embaldosado con casetas de duchas y finalmente llegó a una puerta de acero. Una señal de aviso en inglés, ruso, coreano y árabe estaba colgado sobre la puerta:

SE REQUIERE DUCHA DE AIRE ANTES DE ENTRAR EN EL LABORATORIO DE FUSIÓN

Ignorando el aviso, entró, aunque tuvo que cerrar los ojos cuando una ráfaga de aire sopló con fuerza contra su cara. Desapareció a medida que se movía más allá del umbral, al entrar en una pequeña antesala. Los bancos se alineaban a cada lado de la habitación de tres por cuatro metros y medio, que tenía una puerta acristalada al final.

Presionado su cara contra el oscuro vidrio se metió dentro.

Era un laboratorio, pero no como ninguno de los que había visto antes. En el centro de la habitación había un objeto que se parecía a un cubo de vidrio negro de casi dos metros. Rodeando el aparato había muchos ordenadores y bombas de aspiración.

Situado a lo largo del techo, en la parte alta del cubo, había un mecanismo que parecía un poderoso láser industrial.

No vio a nadie dentro, así que Terry abrió la puerta, y sintió otra ráfaga de aire mientras entraba en el laboratorio acondicionado. Moviéndose entre los ordenadores, observó las hileras de las mesas de examen de aluminio, cubiertas por pilas de rocas negras en forma de patata. Terry cogió una, para examinarla.

—Manganeso —susurró, reconociendo el nódulo.

—Correcto.

Terry se dio la vuelta, asustada al encontrarse cara a cara con Benedict Singer.

Cogida *in fraganti*, se levantó desafiante ante él, esperando recibir el castigo por portarse mal.

—Parece que estás haciendo una costumbre de estos paseos por la mañana temprano —le dijo Benedict—; en un futuro, te agradeceré que sigas las reglas de higiene antes de romper nuestras instalaciones de seguridad, una cortesía que hiciste cuando irrumpiste en el laboratorio Tokamak a bordo del *Goliath*.

Terry sintió cómo empezaba a perder los nervios.

—¿Qué vas a hacer, Benedict? ¿Vas a matarme? —«Eso ha sido una estupidez...».

—¿Matarte? ¿Por romper las reglas y entrar? Un poco duro, ¿no crees?... oh, pero tú asesinaste a Sergei, ¿verdad?

—¡Estaba violándome!

—¿Justifica el asesinato un intento de violación?

—Me hubiera matado, justo como lo hizo con el capitán Hoppe.

—*Sancta simplicitas*, ¿es eso, querida? —Benedict andaba en círculos a su alrededor como un buitre—. No tiene importancia. Tu acto atroz será un secreto.

—¿Qué quieres de mi? —le dijo, luchando por mantener el control de sus emociones.

—¿Qué quiero? —repitió Benedict, como estudiando la pregunta—. ¿Sabes? Para decirte la verdad, no estoy bastante seguro. Supongo que todavía calibro el valor que tienes. Tu proeza física en el hangar realmente me impresionó, sin mencionar tu atrevimiento a bordo del *Goliath*. Lo que prueba que evaluamos tu inteligencia.

Dime, ¿cuál es mi verdadero interés en la fosa de las Marianas?

Ella lo miró a los ojos, negándose a evitarlo.

—La fosa de las Marianas cae en las fronteras de las leyes de la Zona Económica Exclusiva. Estás utilizando el despliegue de los sistemas UNIS como tapadera mientras ilegalmente extraes nódulos de manganeso del abismo.

Los ojos de Benedict destellaron manifestando su aprobación.

—Muy bien. ¿Pero por qué voy a hacer un gasto tan costoso solamente para extraer algunos nódulos polimetálicos?

—Obviamente no vas detrás del manganeso, ni siquiera del níquel o cobalto, de hecho. Debe haber algo que tenga que ver con esos nódulos y que se relacione con la fusión.

—Bravo. Camina conmigo —Benedict le pasó su brazo derecho por el cuerpo, llevándola hacia la habitación ovoide—. Dime, ¿has oído hablar del Helio-3?

—Solo sé que es extremadamente raro.

—Raro sería una subestimación. La mayoría de los científicos creen que solo hay suficientes isótopos en la Tierra para llenar varias tazas, aunque mucho del elemento haya sido descubierto en la luna. Por supuesto, la extracción lunar sería obviamente una empresa inmensa.

—¿Por qué es el Helio-3 tan importante?

Benedict sonrió.

—Porque es la clave, querida, la clave que abre el secreto de la energía por fusión, el reto tecnológico más grande de todos los tiempos. Aunque la humanidad haya llegado lejos desde que Einstein dedujera en primer lugar que la masa puede producir energía, nuestro mayor reto ha sido contener el plasma caliente requerido para alcanzar las temperaturas de fusión de cien millones de grados centígrados.

—¿Y tú has resuelto el problema?

Benedict se inclinó sobre las mesas de aluminio.

—No yo, sino dos físicos brillantes, el profesor Dick Prestis y Michael Shaffer, el primero fue una vez colega mío.

—Prestis y Shaffer... esos nombres me suenan familiares.

—Deberían. Eran los dos hombres que murieron a bordo del *Seacliff*, un sumergible de la Marina que tu marido pilotó hace once años en esta misma fosa. Afortunadamente para mí, se llevaron el secreto de la fusión a la tumba con ellos.

—¿Jonas sabe algo acerca de todo esto?

—Dios, no. Ni siquiera la Marina era consciente de que esos físicos realmente lo sabían.

—Jonas me contó que estaban midiendo las corrientes abisales para enterrar varas de plutonio utilizado.

Benedict sonrió.

—Una historia tapadera inteligente, pero lejos de la realidad. Años antes, Prestis y Shaffer habían hecho un descubrimiento sorprendente mientras analizaban los



nódulos de manganeso, esos especímenes particulares que habían sido dragados del lecho marino hacía más de cien años por el *H.M.S Challenger*.

Benedict presionó un botón en el panel de control cerca de la máquina en forma de cubo, haciendo que un lado entero siseara hasta abrirse. Cogió uno de los nódulos de manganeso de las pilas y lo puso en una bandeja elevada dentro de la máquina.

Terry miró hacia arriba para ver el cañón de láser sobresaliendo del techo.

—Ponte esto —le ordenó Benedict, pasándole a Terry un par de gafas protectoras. Después de sellar la caja de cristal, volvió a la consola del ordenador y activó el láser.

Un resplandor brillante se encendió en la sala, visible a través del vidrio negro transparente. El nódulo, inmerso en un faro intenso, empezó a calentarse. Una bomba de succión dentro de la habitación empezó a escupir el gas.

—Aunque no comprendemos totalmente cómo estos nódulos completan su proceso de enriquecimiento, sabemos que los gases primordiales son descargados desde ciertas fuentes hidrotermales en el Pacífico. Uno de esos gases es el Helio-3, que ha sido desgaseado de la tierra desde que nuestro planeta se formó. Como el manganeso, los minerales y las aguas sobrecalentadas son extraídos de las chimeneas hidrotermales, los nódulos se forman y, a menudo, atrapan gases inertes en las rocas.

Los datos empezaron a aparecer en el monitor del ordenador, haciendo una lista de los metales y los componentes químicos encontrados en el nódulo.

—Prestis y Shaffer utilizaron un proceso similar a este, del que tú estás siendo testigo, en los nódulos de manganeso recuperados por el *H.M.S Challenger* en 1870. Lo que encontraron debió haberlos asombrado. Atrapado en la roca había una combinación única de Helio-3 y deuterio, una mezcla de combustible que los físicos descubrieron pronto como compatible con una reacción por fusión de larga combustión.

Benedict apagó el láser.

—Todos estos nódulos que hemos recogido en el último mes son inútiles. Por desgracia, los nódulos del *Challenger* están extraídos de una localización precisa conocida solamente por Prestis y Shaffer, un área remota en la fosa de las Marianas a la que humorísticamente se referían como el *Purgatorio del Diablo*. Para la inmersión secreta, el *Seacliff* estaba equipado con un gran mecanismo de succión diseñado para recoger los nódulos del lecho marino. Sospecho que pueden haber sido las vibraciones dadas por esa bomba aspiradora lo que atrajo al *megalodon* a su sumergible la primera vez.

—Dios mío...

Benedict apagó el ordenador.

—Prestis se las arregló para recoger una media docena de nódulos antes de que la criatura apareciera y atacara. La Marina confiscó los nódulos, pero no tiene ni idea del valor que tienen. Pasaron años después de la muerte de los dos científicos antes de que finalmente me las arreglara para conseguir unas pocas de esas rocas particulares, para probarlas en mi propio laboratorio y revelar sus secretos.

Benedict cogió otra roca.

—Buscar el *Purgatorio del Diablo* en la extensión de esta fosa ha sido el equivalente a localizar una aguja en un pajar. Por desgracia, las coordenadas fueron dadas solamente a un puñado de oficiales de la Marina... y por supuesto, al piloto del *Seacliff*.

—¿Jonas? Jonas nunca te lo diría.

—Ya lo ha hecho, o, para ser preciso, se lo ha dicho a mi protegida. —Benedict dibujó una sonrisa triunfante—. No te sorprendas tanto, Celeste puede ser bastante persuasiva.

—No te creo.

—Créelo. Estamos de camino al *Purgatorio del Diablo* mientras hablamos.

Terry negó con la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Por qué tanta confidencialidad?

—Ya has respondido a la pregunta. Las leyes de la Zona Económica Exclusiva previenen a otras naciones de minar los nódulos. Las frutas prohibidas son las más dulces, *n'est-ce pas?*

—Y entonces, ¿quién se beneficia de todo esto? ¿Para quién trabajas realmente?

—Benedict Singer no trabaja para nadie. Mis socios han resultado ser una pequeña coalición de inversores árabes que generosamente han proporcionado a la GTI fuentes humanas y medios financieros para completar una aventura al alcance de sus posibilidades.

—¿Inversores? No te referirás a terroristas, ¿verdad? —Terry barbotaba las palabras, deseando poder retirarlas.

Los ojos de Benedict se cerraron sobre los de ella.

—Ya veo, te he infravalorado otra vez. No importa. En respuesta a tu pregunta, etiquetar a uno como terrorista o luchador por la libertad depende más de la política de uno que de sus acciones. ¿Fueron los colonos británicos de los últimos setecientos años menos violentos? Mis nuevos afiliados árabes me permiten monopolizar la nueva fuente de energía del planeta de una manera que el mundo occidental nunca haría. Soy, por naturaleza, un explorador. Deseo acceder a nuevas fronteras. Como tal, no tengo ningún interés en ver mis fuentes atadas por ramas judiciales y legislativas.

Benedict la cogió del brazo y la acompañó fuera del laboratorio.

—En las siguientes cuarenta y ocho horas, el *Benthos* llegará al *Purgatorio del Diablo*. Con los esfuerzos mínimos combinados del *Prometheus* y el *Epimetheus* deberíamos ser capaces de aclarar el lecho marino de nódulos bastante rápidamente. Gracias al Instituto Tanaka, el *Benthos* ascenderá del abismo sin que los Estados Unidos ni Japón tengan ni idea del objetivo de nuestra misión actual.

Terry sintió que enfermaba, le temblaban las manos.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Todavía no lo he decidido. Me gustas cada vez más, te has convertido en una

especie de proyecto favorito. La idea ha devenido en dejarte vivir tus días a bordo del *Benthos* —le sonrió—. Dime, querida, ¿no me encuentras ni siquiera algo atractivo?

# EL ANILLO DE FUEGO

*Mar de Bering*

Jonas se protegió los ojos del torbellino de escombros mientras el helicóptero tocaba la zona de atracada del hospital. Tras despedirse de su enfermera, abrió la puerta del pasajero y subió a la familiar cabina del piloto.

—Tienes muy buen aspecto para ser un tipo muerto —le dijo Mac.

Jonas le dio a su amigo un rápido apretón de manos.

—Mac, yo...

—Olvídalo. Simplemente lo añadiré a tu lista, que, por cierto, se está volviendo bastante extensa. Sin embargo, en serio, me alegro de que finalmente hayas sentado la cabeza. Durante algún tiempo, yo estuve pensando en cambiar mi nombre por el de Ishmael.

Jonas se puso el cinturón de seguridad cuando el helicóptero se elevó.

—¿A cuánto estamos del *William Beebe*?

—A unos pocos minutos. Atracamos anoche en el Dutch Harbor. Por cierto, Celeste se ha ido del barco temprano esta mañana.

—¿Celeste se ha ido? ¿A dónde se ha ido?

—Un helicóptero de la GTI la recogió. El capitán Morgan dice que se llevó sus pertenencias con ella.

—No tiene sentido —dijo Jonas, divisando el *William Beebe* a lo lejos—. ¿Por qué razón se iría sin más después de reparar la laguna y gastar tanto dinero en capturar al tiburón?

—No lo sé. Quizás tenga algo que ver con que fuera detrás de ti mientras se tiraba a Maren.

—¿Celeste y Maren? ¿Quién te ha dicho eso?

—Maren, justo antes de que lo apareara para que diera un paseo por la naturaleza en la frontera de Alaska. Confesó que había quitado el perno percutor del rifle lanzagranadas, pero jura que no tiene nada ver con cortar la cuerda de la zódiac.

—¿Le creíste?

—Sí, lo que significa que hay alguien más a bordo que no siente lo que se dice afecto por ti. ¿Tienes alguna pista?

—No —Jonas se frotó los ojos, intentando comprenderlo todo de una vez—, no lo pillo. ¿Por qué iba a por mí con tanta insistencia si estaba acostándose con Maren?

—Quién sabe. Por mí, que se vayan los dos a tomar viento fresco.

Se unieron al capitán y a Harry Moon en la sala de control.

—Taylor, es bueno verlo de una pieza —le dijo el capitán—. Ahora, ¿qué pasa con lo de cambiar nuestro rumbo?

—Necesito que nos lleve a la fosa de las Marianas tan rápido como sea posible.

—Lo siento. Me han dado órdenes para completar las reparaciones del barco y

después volver al mar de Bering para capturar a la criatura.

—El *megalodon* no está en el mar de Bering —dijo Jonas—, se dirige hacia la fosa.

—Si el Dr. Maren estuviera aquí, creo que no estaría de acuerdo —dijo Henry, mirando a Mac sospechosamente.

Jonas buscó entre los mapas del barco, uno mapa batimétrico del océano Pacífico.

—Harry, estoy seguro de que le suena el Anillo de Fuego.

—Eh, de hecho, no.

—¿De verdad? Pensaba que sí. No importa... —Jonas desplegó el mapa de plástico. Utilizando un rotulador rojo de pizarra blanca, dibujó una línea sobre las costas sur y centrales del Pacífico americano pasando a lo largo de la costa noroeste del Pacífico de los Estados Unidos, continuando por Canadá, Alaska y las islas Aleutianas, y, después, a través del Pacífico y hacia el sur por las costas de Japón e Indonesia.

—Este es el Anillo de Fuego, un área sísmica situada alrededor de los países de la costa del Pacífico que alberga más de cuatrocientos volcanes en activo. En la profundidad de la tierra, sobre el núcleo y el manto, hay aproximadamente catorce placas tectónicas que flotan como gigantes balsas continentales que atraviesan la corteza de nuestro planeta. Las colisiones dinámicas a lo largo de las fronteras de estas placas producen terremotos y violentas erupciones volcánicas, pero las más poderosas tienen lugar a lo largo de este anillo sísmico.

—¿Qué tiene que ver todo eso con el *megalodon*? —preguntó Harry.

—Durante la última era glacial, las temperaturas del océano bajaron y mataron a la mayoría de los *megalodontes*. Los miembros supervivientes fueron capaces de habitar en el abismo, al aislar continuamente estratos de agua caliente alimentados por fuentes hidrotermales en el fondo de la fosa de las Marianas. Pero la fosa en sí misma es parte del Anillo de Fuego, una frontera de placa convergente creada por la subducción de la placa pacífica que empuja bajo la placa filipina.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir Harry, es que esos tiburones están equipados con sistemas sensoriales que pueden utilizar en el campo magnético de la propia tierra, junto con vibraciones sísmicas en las fallas para orientarse en largas distancias. Cuando la madre de Angel escapó de la fosa hace cuatro años, instintivamente se dirigió hacia el este: primero siguió la cadena de las islas hawaianas y, después, se movió hacia el norte por la costa central americana hasta que llegó al cañón de Monterrey. Todas esas localizaciones son parte del Anillo de Fuego, como la ruta que Angel ha estado siguiendo desde que escapó de la laguna.

—Creía que simplemente estaba siguiendo el curso migratorio de las ballenas —señaló Harry.

—Yo también. Ahora estoy convencido de que el tiburón bordeó el mar de Bering. Creo que continúa hacia el este, siguiendo las menudas vibraciones sísmicas

que emanan de la fosa Aleutiana. Mirad aquí —Jonas señaló la costa de Alaska—, si Angel sigue la fosa Aleutiana, cruzará el norte del Pacífico y se apresurará directamente a las fosas Kamchatka y Kuril. Estas gargantas continúan al suroeste pasando por las islas Kuril antes de que se conviertan en fosa japonesa... Una vez más, todo es parte del Anillo de Fuego. La fosa japonesa descarga sobre la fosa de las Marianas, el hogar de estas especies desde el último millón de años o más.

—Es como si el tiburón estuviera siguiendo algún tipo de autopista submarina —dijo Mac.

—No sé, Taylor —dijo el capitán Morgan—, el monstruo todavía podría estar siguiendo la migración estival cetácea.

Jonas miró hacia arriba, al capitán.

—El *megalodon* no está siguiendo a las ballenas. La hembra ha entrado en un estado intenso de estro. Como algún tipo de salmón gigante, está utilizando el Anillo de Fuego para navegar de vuelta a la fosa de las Marianas y reproducirse allí.

—Taylor...

—Capitán, por favor. Mi esposa está en la fosa. Necesito sacarla de allí, antes de que sea demasiado tarde.

*Pacífico Oeste*

*21 millas al sur de la península de Kamchatka*

El capitán del barco de investigación de ocho metros y medio, el *Cachalot*, giró su barco hacia el viento, lo que permitió que su tripulación disfrutara del paseo, y fue a la deriva en las densas aguas. Una brisa fría silbaba a través del mástil. La creciente luna de tres cuartos asomaba bajo un banco de nubes, vaciando su brillo luminoso en la cubierta del barco.

Dentro, la ingeniera de sonido Janis Henkel se ajustaba los auriculares y escuchaba, al tiempo que se recordaba a sí misma no mirar a la cámara de video del DISCOVERY, que señalaba en su dirección.

Se dio la vuelta para mirar a su marido.

—Bruce, según mis últimos cálculos, *Mad Max* está durmiendo ahora a doscientos cuarenta y tres metros del agua, serpenteando verticalmente bajo nuestro barco. Si obedece su patrón debería quedarse descansando por lo menos otras tres horas antes de continuar al norte.

—Y... corten —dijo Norton Binder, el director del DISCOVERY—. Muy bien, Jan. ¿Está el cachalote definitivamente dormido?

—Eso es justo lo que acabo de decir.

—Genial, aprovechemos entonces esta oportunidad para retomar unas cuantas escenas de las que hablamos antes. Bruce, ¿estás preparado?

El marido de Jan, el biólogo Bruce Henkel, se sujetó el micrófono a su camisa y después se ajustó el cuello de la misma.

—Estoy preparado.

—Bien —dijo Norton— ahora esto va a ser con la voz en off, así que no te preocupes por la cámara, solamente lee directamente tus notas. Josh, ¿estás colocado?

—El nivel de sonido está bien —gritó el cámara—, cuando quieran.

Bruce se aclaró la garganta.

—No cabe duda de que el cachalote macho es el depredador más formidable del planeta ya que alcanza una longitud de dieciocho metros y un peso de unas cuarenta y cinco toneladas. Fue a principios del siglo XIX cuando los balleneros cazaron por primera vez a estos gigantes ejemplares, que se convirtieron en los nuevos blancos, dada su enorme producción de grasa. A diferencia de las ballenas francas, los agresivos machos de cachalote se defienden a menudo, y sus acciones sin duda inspiraron el clásico *Moby Dick* de Herman Melville.

—Genial, mucho mejor que la última toma —dijo Norton—, ve al siguiente párrafo.

—Más grande y más agresivo que su homóloga hembra, los cachalotes machos suelen viajar en solitario, por lo que sus profundos descensos hacen que los elusivos cazadores encuentren dificultad a la hora de rastrearlos en océano abierto. Para aprender más acerca de estos depredadores, el *Cachalot* permanecerá a toda vela, haciendo el menor ruido posible para que podamos seguir la pista a las criaturas a través de micrófonos submarinos colocados en la quilla del barco. Como sus primos, los delfines, los cachalotes utilizan la ecolocalización, emisión e interpretación de sonidos para observar su hábitat, un sistema sensorial único en las ballenas dentadas. Durante los últimos cuatro días, nuestra expedición ha estado rastreando un macho enorme al que hemos apodado *Mad Max*. Escuchando la vocalización submarina de la ballena, Jan puede determinar la localización de Max en cualquier punto dentro de un radio de cinco millas.

—Corten. Vale, chicos. Diría que hoy hemos tenido un sólido día de trabajo. Josh y yo vamos a echarnos un rato. Aseguraos de despertarnos si algo interesante ocurre.

Jan observó a los dos hombres dirigirse hacia los camarotes de los huéspedes.

Sintió los fuertes dedos de Bruce masajeándole la espalda.

—Qué bien sienta eso. ¿He de suponer que significa que me toca quedarme toda la noche para escuchar a Max roncar?

—Es tu turno —Bruce le dio un beso en la nuca y después se arrastró hacia su cama.

Deslizándose lentamente en el flujo austral de la corriente *Anadyr*, la hembra continuaba su expedición hacia el suroeste por la costa asiática, pasando las islas Kuril a más de ciento ochenta metros bajo la superficie. A lo lejos, bajo la criatura, surgían amenazadoras las profundidades de la fosa de Kuril, con su punto más profundo, el *Vityaz Deep*, que descendía hasta casi diez kilómetros y medio.

Utilizando la fosa Aleutiana como rumbo, el depredador albino había cruzado ya el Pacífico norte y seguía la fosa de Kamchatka hacia el suroeste. Cuando atravesaba el cabo Lopatka, el tiburón, repentinamente, se encontró a sí mismo nadando en la trayectoria de mil ballenas, las cuales migraban al norte hacia las tierras de alimentación estival en el mar de Okhotsk.

Como un lobo hambriento que desciende sobre una manada de ovejas, la presencia inesperada del *megalodon* provocó un pánico inmediato a las manadas asustadas. Las ballenas establecieron rápidamente una ruta alternativa, para permitir al cazador supremo un amplio espacio de maniobra, pero no antes de que ella ya hubiera despedazado y comido a una cachalote y a su ballenato.

Estaba arrastrándose lentamente por las aguas orientales de la isla japonesa de Hokkaido, cuando el *megalodon* detectó unas nuevas vibraciones, el latido débil pero poderoso del corazón de una criatura que el tiburón reconoció inmediatamente como el de otro depredador. Setenta millones de años de instintos primarios se encargaban de ello. La presencia del contrincante en el dominio de la gran hembra tenía que ser abordada.

Agitada, el *megalodon* incrementó su velocidad.

El cachalote se cernía verticalmente, suspendido sin moverse en la extensión de océano oscuro de doscientos cuarenta y tres metros. A pesar del silencio y el descanso, la ballena nunca dormía verdaderamente, parte de su cerebro estaba en alerta constante.

Algo que se acercaba a lo lejos despertó al gran macho. Abriendo los ojos, agitó los enormes lóbulos de sus aletas, hasta enderezarse.

El cachalote se despertó y agitó su gigantesca cabeza. Utilizando sus chasquidos a modo de sonar, rápidamente localizó la irrupción del *megalodon*. El macho empezó a trazar círculos, sacudiendo la cabeza de forma desafiante mientras esperaba la llegada de su contrincante.

Jan Henkel cerró su periódico y después tomó un sorbo de café de su taza. El café estaba frío ya. Mientras se levantaba para ir a recalentar la bebida en el microondas, unos chasquidos intensos empezaron a chirriar del hidrófono.

—Bruce, ¡despiértate! Suena como si Max estuviera moviéndose otra vez.

El biólogo se dio la vuelta en la cama, atontado por la falta de sueño.

—Dile a esa ballena que se vuelva a dormir.

Jan escuchaba atentamente por los auriculares.

—Es extraño. No se está alejando, simplemente no deja de hacer círculos, a sesenta metros bajo nosotros.

—¿Crees que sabe que estamos aquí?



—No veo cómo. Creo que puede que estemos siendo testigos de un tipo de comportamiento no documentado de un cachalote macho.

Bruce giró sobre sí hasta levantarse de la cama.

—De acuerdo, despertaré a los chicos del DISCOVERY.

El cachalote esperó hasta que el *megalodon* se le acercara varios cientos de metros antes de romper su patrón defensivo. Batiendo furiosamente sus lóbulos arriba y abajo, el macho cargó contra el tiburón albino, intentando embestirlo con su colosal cabeza.

Al sentir el peligro, el *megalodon* se invirtió bruscamente e hizo círculos a lo lejos. El macho le dio caza, pero siendo incapaz de atrapar a su rápido adversario, volvió a su postura defensiva.

Aunque más veloz que el cachalote, el *megalodon* no podría atacar al enorme macho sin arriesgarse a ser destrozado por un cabezazo o por una bofetada desoladora de su poderoso lóbulo.

Los dos gigantes continuaron trazando círculos, midiéndose el uno al otro; el macho intentaba ir tras el ocasionalmente luminoso tiburón, que se alejaba, solo para regresar y buscar una abertura por la que atacar.

—¿Qué está pasando? —gritó Norton, sujetándose en el mástil cuando el barco empezó a dar vueltas en las aguas agitadas.

—Algo más está ahí abajo con Max —chilló Jan.

—¿Otra ballena?

—No, estamos registrando solamente una serie de chasquidos. Sea lo que sea, está claro que Max está perturbado.

—Necesitamos mantenernos alejados para que no abran ninguna brecha —dijo Bruce, mientras encendía los motores del barco.

El *Cachalot* dejó de zarandearse, su proa se inclinaba hacia el borde de la turbulencia.

Aunque su tamaño podía medirse con el del *megalodon*, el cachalote tenía una anomalía que no compartía su oponente... al ser un mamífero, necesitaba aire. Sin dejar de hacer círculos, el macho se abrió camino hacia la superficie para respirar.

El *megalodon* se invirtió, dirigiendo su ataque desde abajo.

Lanzándose hacia arriba, el tiburón frenó a la ballena, redondeando su aleta pectoral, agarrándola como un pitbull. Mad Max se agitó bruscamente mientras las hileras de dientes aserrados se le clavaban en el apéndice.

La tripulación del *Cachalot* se dio la vuelta para observar la gran cabeza del

cachalote levantada sobre la superficie. Entonces, apareció otra criatura, esta de color blanco como la nieve, que le golpeaba de costado. Antes de que la tripulación fuera capaz de reaccionar, se encontraron a sí mismos en medio de un campo de batalla entre dos titanes colosales.

El cachalote, que agitaba la cabeza de un lado a otro, enviaba olas de dos metros y medio que se estrellaban contra el pequeño barco de vela. A medida que las olas embestían de costado, Bruce agarró a su mujer con una mano, mientras que con la otra se agarraba al timón... justo cuando el lóbulo del macho golpeó el mar solo a sesenta centímetros de la proa del *Cachalot*.

Girando de un lado a otro, el cachalote luchaba furiosamente por liberarse de su asaltante, al que golpeaba con su aleta, que ahora estaba agitándose violentamente, mientras despedazaba un bocado de carne y huesos atrapado en sus mandíbulas.

La aleta pectoral del macho no estaba a la altura de los dientes del tiburón, que rápidamente perforaron el grueso músculo del apéndice de la ballena limpiamente por el hueso. Sacudiendo la cabeza salvajemente de un lado a otro, el *megalodon* arrancó la extremidad serrada de la ballena de su cuerpo, desgarrando una tajada sangrienta de grasa.

Atrozmente herido, la ballena macho golpeó su enorme cabeza contra la cara del tiburón, y su mandíbula larga y estrecha descargó sacudidas salvajes pues el cetáceo enfurecido intentaba morder el hocico del *megalodon*.

Un baño de sangre y espuma llovió sobre la tripulación del *Cachalot*. Jan se sujetó con fuerza a su marido mientras la nave se hundía hacia un lado a tres metros en el punto más bajo. Mientras la proa se levantaba con dificultad, pudo ver la espantosa mandíbula superior del *megalodon* sobresalir de su boca hacia delante y cerrarse sobre la mandíbula inferior del cachalote en un bocado que fragmentó sus huesos y lo aplastó con un crujido exasperante.

El macho de treinta y ocho toneladas, agonizante, trazaba círculos en la superficie, arremetiendo con su aleta, mientras los restos de su despedazado y dislocado maxilar inferior colgaban dolorosamente bajo la parte inferior de su cabeza.

Negras olas descargaban sobre el travesaño del *Cachalot*, depositando una fina película de aceite de ballena y sangre por toda la cubierta. Bruce hostigó los motores para distanciar el velero de la ballena torturada, que se agitaba por encima de la superficie, negándose a morir obstinadamente.

El macho se giró y quedó con el vientre hacia arriba esperando la muerte. La aleta dorsal de alabastro se apresuró por la proa del *Cachalot* y desapareció. Bruce apagó los motores del barco, aterrorizado por el hecho de que el sonido pudiera atraer a la criatura. Momentos más tarde, Mad Max se levantó en un espasmo final de dolor mientras el *megalodon* dirigía su ataque desde abajo, enterrando sus dientes en el lomo de la ballena. La aleta caudal en forma de hoz se azotaba hacia delante y detrás por la superficie, enviando espuma en todas direcciones.

La tripulación del velero se amontonaba unida en la cubierta, horrorizada por la

brutalidad del ataque y por su propia vulnerabilidad. Solo Norton miró hacia otro lado, echándole un vistazo a su cámara para asegurarse de que estaba filmando aquella escena.

Durante los siguientes veinte minutos, el *megalodon* continuó su asalto sobre la masa sangrienta de grasa que había sido Mad Max. Gradualmente, el torrente que corría por la superficie empujó al *Cachalot* lejos de la carnicería. Bruce y su tripulación levantaron una de las velas y se distanciaron más de aquella terrible pesadilla.

Mientras el bote navegaba, Jan divisó una media docena de aletas dorsales de color gris plomo emerger entre la oscuridad.

Más que acercarse a la matanza, los grandes tiburones blancos la rodearon, esperando pacientemente hasta que su primo mayor terminara de comer.

# HORAS DESESPERANTES

*Fosa de las Marianas*

Terry trepó por las escaleras del tubo de acceso y entró en el módulo de observación. Benedict estaba sirviéndose una copa detrás de la barra. El capitán Prokovitch, sentado en un taburete, le dedicó una mirada que le hizo desear darse la vuelta hacia el pasillo e irse por donde había venido.

—Ah, aquí estás —dijo Benedict—, vienes justo a tiempo. El *Benthos* está a punto de empezar su ascenso por el muro del cañón. ¿Qué puedo ofrecerte de beber?

—Nada.

—¿Nada? Bobadas. —Benedict le sirvió un vodka doble, después caminó alrededor de la barra, y le puso el vaso en la mano.

—*A votre santé...* a tu salud —Benedict retiró su vaso y después dijo algo en ruso al capitán Prokovitch.

Terry dejó la bebida encima de la barra. Observó que el hombre tuerto descendía por el puente, después de haber sellado la escotilla tras él.

Benedict caminó junto al panel de control. Apagó las luces interiores, después activó la cúpula retráctil.

La barra de titanio se abrió. El resplandor rojo de las luces externas reveló la cara rocosa perpendicular de la pared del cañón, rodeada por la oscuridad impenetrable del abismo.

El *Benthos* ascendió lentamente.

Terry ahogó un grito al ver que dos enormes *Kronosaurios* pasaban por la ventana salediza. Segundos más tarde, un ruido metálico zarandeó la nave.

—Se están volviendo más agresivos —susurró Terry.

—No quieren que nos vayamos. Por alguna razón, nos ven como su fuente de comida. —Benedict cogió su copa de la barra y se la ofreció, acompañándola a la ventana—. Mira. Mientras continuemos ascendiendo cerca de las corrientes de hollín hidrotermal que aíslan la capa del fondo, las criaturas se pondrán frenéticas.

Terry se concentró nerviosamente en el *Kronosaurio* de doce metros que maniobraba lentamente entre la cara de la pared del cañón y la ventana de observación.

—Benedict, ese parece como si fuera a arremeter...

Como respondiendo a su pregunta, la bestia se dio la vuelta y se acercó a toda velocidad directamente hacia ellos.

—Aquí viene... Benedict, ¿a qué estás esperando? ¡Cierra la cúpula!

Benedict permaneció impávido.

La cabeza del monstruo crecía inmensa, sus ojos se convertían en motas de fuego bajo la luz artificial. El corazón de Terry latía con fuerza. Se dio la vuelta para correr...

Benedict pulsó un botón del diminuto panel de control que llevaba en la mano.

Instantáneamente, unas luces blancas intensas salieron del *Benthos*, unos faros cegadores que iluminaron el abismo.

El *Kronosaurio* atacante realizó una pirueta brusca, provocando un temblor en la parte superior de su torso, como si hubiera sido golpeado con una carga de diez mil voltios. Terry observó cómo la criatura estuvo a punto de colisionar con la pared del cañón y después la vio desaparecer en la garganta negra.

Benedict estalló a carcajadas.

Terry apuró su vaso, después, sintiéndose mareada, se desplomó sobre una silla hundida de terciopelo.

—Te divierte burlarte de mí, ¿no es así?

—Es el colegial que hay en mí —dijo Benedict, irradiando una sonrisa triunfante—. ¿Otra copa?

—No. —Observó cómo la turbulencia del agua se hacía más espesa a medida que el *Benthos* subía a través de la densa capa de sulfuro y minerales que se extendían sobre la fosa como una manta de niebla. Escuchó débiles crujidos, como guijarros que se estrellaban contra la ventana exterior.

Y entonces, ya había pasado todo, la nave se había levantado sobre la capa hidrotermal, y continuaba ascendiendo a lo largo de la cara del cañón primordial.

—¿El *Kronosaurio* no nos seguirá?

—No, no pueden abandonar la capa hidrotermal —dijo Benedict—, las fuentes son el sistema salvavidas del abismo. Sin ellas, toda la cadena alimenticia quimiosintética moriría.

Durante un largo momento, sintió que estaba mirándola. Después, él bajó por el puente, y la dejó sola con sus pensamientos.

«Benedict nunca va a dejar que salga con vida de este barco. Solo yo puedo salvarme. Necesito encontrar un arma. Necesito matarlo antes de que él me mate a mí...».

Pasó una hora en un silencio espeluznante.

A siete kilómetros y medio, el *Benthos* se levantó majestuosamente sobre la cima del cañón y sobre la pequeña meseta que separaba las regiones norte y sur de la fosa de las Marianas. Como un gigantesco buque de guerra, la gran nave se movió a través de la oscuridad, dirigiéndose hacia el norte, con sus luces externas que perforaban agujeros en el abismo, y revelaban una extensión desértica y gris de lecho marino cubierto por sedimentos.

Terry miró la visión marina desprovista de vida, un verdadero Valle de la Muerte bajo las olas. Imaginó su cuerpo sin vida yendo a la deriva por el fondo, con su carne empapada seccionada y devorada por docenas de cangrejos blancos.

Sofocada, se sujetó con fuerza el pelo mientras las lágrimas bañaban su rostro y

un sudor frío recorría todo su cuerpo. Aferrándose a un cojín de sofá, se acurrucó hecha un ovillo y cerró los ojos, meciéndose hacia delante y hacia atrás.

A Terry le llevó varios minutos recobrar la compostura. Abrió los ojos y miró hacia el techo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de las lentes de la diminuta cámara, que la enfocaban desde el panel de arriba.

*Océano Pacífico*

*A 625 millas al noreste del Purgatorio del Diablo*

Jonas y Mac se levantaban sobre el estribor del *William Beebe*. Las tablas de contrachapado habían sido aseguradas en su sitio sobre la cubierta dañada, una barra de madera servía temporalmente como barandilla. La brisa fría de la noche se batía contra sus espaldas mientras observaban la estela agitada del barco.

—¿Cuánto tiempo queda para que el *megalodon* entre en la fosa? —preguntó Mac, girando la cara mientras empapaba un trapo con un líquido transparente.

—El informe dice que Angel atacó al cachalote en la costa de Japón. Al ritmo que se está moviendo ahora... un par de horas, como mucho.

—Partiremos con la primera luz del día. —Mac comprobó su reloj—. ¿Estás preparado?

Jonas miró la oscura superficie del océano, recordando su último encuentro con el tiburón.

—Sí, acabemos con esto —siguió a Mac dentro del barco, después subió un tramo de escalones que llevaba a las dependencias de los oficiales.

Mac llamó a la puerta de la cabina.

Después de un minuto, Harry Moon abrió la puerta, vestido con una camiseta y unos *bóxers*.

—Compañeros, es un poco tarde.

—Lo siento, pero es una emergencia —dijo Mac—, solo nos llevará un minuto.

Harry los miró con suspicacia.

—De acuerdo, pasad —abrió la puerta y permitió que Mac y Jonas entraran.

—Entonces, ¿cuál es esa emergencia?

—Alguien intentó asesinarme la semana pasada —dijo Jonas.

—¿Qué? —Harry parecía conmocionado—. ¿Cuándo?

—La noche de la costa de Alaska —dijo Mac.

—¿Cuándo el *megalodon* atacó la zódiac? ¿Estás seguro?

—Estamos seguros —dijo Mac, caminando en círculos por la pequeña cabina—: la cuerda que sujetaba la zódiac fue cortada deliberadamente.

—Sabemos quién lo hizo —dijo Jonas—, pero necesitamos tu ayuda para encargarnos de ese tipo.

Harry parecía nervioso.

—¿No sería mejor informar de ello al capitán?

—No, será mejor que nos encarguemos nosotros mismos —dijo Jonas, mientras Mac cerraba su brazo alrededor de Harry desde atrás, presionando el trapo empapado en éter contra su cara con la mano férrea.

Harry abrió los ojos y se encontró de espaldas, mirando al cable que había sostenido una vez la zódiac. Intentó hablar, pero tenía en la boca una toalla de manos sujeta con una cinta adhesiva. Esforzándose por sentarse, se dio cuenta de que sus tobillos y puños también estaban atados con la cinta.

—Buenas noches —dijo Mac, deslizando el extremo de la cuerda alrededor de la cintura de Harry—, perfectas para darse un baño.

Jonas se inclinó sobre Harry.

—Deberías haber conocido el Anillo de Fuego, Harry, es un conocimiento básico para alguien que se supone que tiene conocimientos de oceanografía. Hice algunas comprobaciones con unos amigos en el Woods Hole. Parece que nunca has estado relacionado con el programa SOSUS ni con el Instituto. El hecho es que solamente recibiste esta asignación horas antes de que el barco abandonara el puerto, cuando el verdadero copiloto tuvo que irse a la ciudad para resolver una cuestión familiar. No sé quién eres, pero estás a punto de convertirte en cebo, justo como tú hiciste conmigo.

Con los ojos abiertos de par en par, Harry empezó a murmurar algo incomprensible.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Mac, tirando del cable en sentido inverso, haciendo que Harry se pusiera de pie.

—Creo que ha dicho que ha olvidado la toalla —dijo Jonas, desgarrando la cinta adhesiva de boca de Harry.

Harry escupió la mordaza.

—No fui yo, ¡lo juro! No me hagáis esto...

Jonas relajó el cable.

Harry dejó escapar un grito cuando sumergió los pies en el agua.

El agua congelada le quitó la respiración, mientras era arrastrado por la oscuridad de las aguas del Pacífico. Cuando tragó un sorbo de agua salada, sintió cómo el agua helada le abrasaba la piel como si se le estuvieran clavando mil dagas. La cuerda alrededor de su cintura se hizo más tensa, arrojándole de un lado a otro, deslizándose bajo sus antebrazos para estirarse firmemente mientras el barco seguía tirando de él a más de un metro bajo la superficie.

Doblando el cuerpo, Harry agarró la cuerda con sus manos atadas y, desesperado, avanzó hacia la superficie con lentitud. Sentía los músculos como pesas de plomo mientras el cuerpo se agitaba en espasmos.

Incapaz de hacer progresos contra la fuerza del mar embravecido, Harry soltó la cuerda y cayó hacia atrás en las olas para ahogarse. Justo cuando estaba a punto de

desvanecerse, la cuerda tiró de él dolorosamente hasta sacarlo del mar.

Mac se inclinó y lo subió a bordo.

Harry se tambaleó en la cubierta, buscaba aire y temblaba de forma incontrolable.

—La próxima vez, cortaremos la cuerda —dijo Mac.

—Es... espera —resolló Harry, luchando por articular palabra—, soy de la C... C... CIA.

Jonas y Mac se intercambiaron las miradas.

—Y una mierda.

—Es verdad. Dej... dejad que me caliente dentro y os lo demostraré.

—Demuéstralo aquí —dijo Mac, tirándole una manta de lana.

Harry se puso la manta alrededor de los hombros.

—El teléfono móvil que le di a Jonas... tiene un micrófono en miniatura y un transmisor dentro. Estaba vigilando sus conversaciones con Celeste Singer. Le dijiste lo del *Purgatorio del Diablo*...

—¿Lo hice?

—En el hospital. Se te oía delirando. Debía haberte drogado.

—Hija de puta...

—¿Qué es el *Purgatorio del Diablo*? —preguntó Mac.

—La localización en la fosa de las Marianas donde yo piloté el *Seacliff* hace once años. ¿Qué hay tan importante en ese lugar para que ella me haya drogado y tú hayas intentado matarme?

—Celeste te reclutó para este viaje solo para conseguir esa localización —dijo Harry, con los dientes castañeándole—; sabía que se estaba acercando. Cortar la cuerda de la zódiac parecía la manera oportuna para evitar que divulgaras información confidencial.

—Ya te dije que esa zorra iba detrás de algo —dijo Mac—. Yo digo que nos olvidemos de tenerlo detenido y dejemos que este pedazo de mierda nade con los peces.

—Espera —Jonas se arrodilló para mirar a Harry—. ¿Qué hay en el *Purgatorio del Diablo* para que sea tan importante?

—No puedo decirte eso...

Mac restableció el cable.

—De acuerdo, espera... os lo diré, pero solo porque vuestra ayuda puede sernos útil.

—Primero, intentas matarme y ahora ¿quieres que te ayude? Tienes muchas pelotas, jefe.

—Y probablemente se estén volviendo de color azul ahora —dijo Mac.

—Benedict Singer tiene a tu mujer —dijo Harry, temblando—. Si quieres verla viva otra vez, será mejor que me desates.



Como un platillo volante, descendiendo a través de un cielo nocturno nublado, el *Benthos* caía por la capa de hollín, y entraba de nuevo en el aislado y profundo submundo de la fosa de las Marianas. Unas luces infrarrojas revelaban un bosque de chimeneas hidrotermales dentadas, de las que salían nubes en forma de champiñón que expulsaban minerales y agua sobrecalentada, y que se levantaban a más de veinticuatro metros del lecho marino prehistórico.

Benedict Singer se erguía impaciente sobre el profesor Kwan, mientras esperaba los resultados de los detectores de cromatografía de gases.

—Excelente —informó Kwan—, hemos detectado penachos de Helio-3 trituigénico que están siendo desfogados por el lecho marino en esta zona.

—Hemos encontrado penachos similares al menos una docena de veces.

—No como estas, Benedict. No con la misma concentración de Helio-3. Diría que hemos llegado definitivamente.

—Señor, el *Epimetheus* está preparado para ser lanzado —dijo el capitán Prokovitch—. También tenemos un mensaje entrante del *Goliath*.

Benedict caminó hacia la estación de ordenadores más próxima y tecleó su clave de acceso. Un mensaje confuso apareció. Volvió a introducir el código de acceso para traducir el criptograma.

CELESTE SINGER TIEMPO ESTIMADO DE LLEGADA: NOVECIENTAS HORAS. REPARACION COMPLETA DEL PROMETHEUS, MONTADAS LUCES EXTERIORES ADICIONALES. TRIPULACIÓN PREPARADA PARA EL DESCENSO. TIEMPO DE LANZAMIENTO: MIL DOSCIENTAS HORAS.

—Perdone, señor —interrumpió Prokovitch—, el capitán del *Epimetheus* dice que la chica está en la zona de atracada, pidiendo permiso para entrar a bordo.

Benedict sonrió de regocijo.

—Nuestro ratón está preparado para jugar su última carta. Ordene al capitán Warren que le dé la bienvenida a bordo a Mrs. Taylor.

—Sí, señor.

Terry bajó hasta el *Epimetheus*, y se situó junto al asiento del piloto.

—Plataforma para inmersión —dijo el capitán.

—Sí, señor. Sellando, despresurizando cubiertas del hangar.

Terry estudiaba cada movimiento, memorizando cada botón mientras se activaba.

—Desplieguen abrazaderas de atracada.

—Sí, señor, abrazaderas desplegadas, sumergible ahora libre de la estación de atracada.

—Interconecta el eje, llévanos fuera.

Terry se sujetó mientras los motores se encendían, propulsando el *Epimetheus* fuera del *Benthos* hacia su destino en el *Purgatorio del Diablo*.

Camuflada por la oscuridad abisal, la familia de *Kronosaurios* se deslizaba sin esfuerzo sobre el caliente lecho marino, la hembra adulta llevaba la delantera. Con sus más de doce metros de longitud y veinticinco toneladas de peso, era con probabilidad casi tres veces más larga que su compañero y dos veces el tamaño de la hembra superviviente de su retoño. Con dos compañeros más pequeños que se deslizaban a cada lado de su cintura pélvica, el reptil colosal guiaba a su manada en una configuración triangular y cerrada por la garganta.

La formación aerodinámica en forma de V era utilizada por las criaturas para conservar la energía, con el contorno de la hembra grande creando un canal de agua que de hecho remolcaba a los dos *pliosaurios* más pequeños hacia delante. Más importante aún, nadar juntos y apretados daba la sensación de un aspecto mucho mayor que el enemigo voraz del *Kronosaurio*, el *Carcharodon megalodon*.

Siendo lagartos (peces de sangre fría), las criaturas seguían un patrón de nado que las hacía entrar y salir de las fuentes hidrotermales. Hacía setenta millones de años, los antecesores originales de esas especies habían necesitado el sol para calentar sus cuerpos. Adaptándose a la vida en el abismo, los supervivientes se servían ahora de las aguas sobrecalentadas de las fuentes para mantener elevada la temperatura de sus cuerpos y sus agallas les permitían respirar en el mar.

Propulsándose a sí mismos hacia delante con embestidas amplias y hacia debajo con sus aletas, los *pliosaurios* eran rápidos, eficientes cazadores, su color oscuro los hacía casi invisibles en la oscuridad de la fosa. Solo el resplandor de sus ojos luminosos y nocturnos dejaba clara su presencia, motas de color púrpura que atraían mortalmente a peces desprevenidos cerca de sus mandíbulas poderosas de cocodrilo. La visión de la criatura, sorprendentemente buena para un habitante de las profundidades era capaz de distinguir los movimientos veloces de los peces bioluminiscentes que se levantaban a sesenta metros.

Pero cuando se trataba de acechar a la presa en el abismo, el *Kronosaurio* confiaba en una facultad sensorial completamente diferente. Localizado en el tejido externo del cerebro de la criatura, situado muy próximo a las terminaciones nerviosas, había una gran concentración de cristales de magnetita de óxido de hierro. Como mini imanes, los cristales permitían que las criaturas se orientaran continuamente en la fosa utilizando los campos de fuerza magnética naturales de la tierra. Durante millones de años, este sistema sensorial había evolucionado hasta el punto en que el *Kronosaurio* podía detectar las mínimas alteraciones en el campo magnético del cañón, alteraciones creadas por bancos de peces o calamares gigantes... o por su mortal enemigo.

Viajando hacia el sur en su interminable búsqueda de comida, los *Kronosaurios* detectaron fuertes alteraciones a lo largo del lecho marino. Con un recorrido descendente unificado de sus extremidades, las tres criaturas se movían a una para

investigar.

Terry miraba por la diminuta portilla, intentando pensar lo más rápido posible.

Durante las últimas cuatro horas, había visto la aspiradora del *Epimetheus* absorber nódulos de manganeso y sedimento del lecho marino cretáceo. En aquellas profundidades, el proceso era extremadamente difícil. Para sacar un metro cúbico de roca en una presión de mil ciento veinticinco kilogramos por centímetro cuadrado de agua requería un motor de mil caballos que funcionara durante cuatro minutos. De vez en cuando, el proceso de succión cesaba, lo que permitía que un miembro de la tripulación retirara las preciosas rocas de la sala de mantenimiento presurizada bajo el sumergible, mientras otro servía el equipo.

La generosidad de las rocas había demostrado abundantemente que la multitud había sobrepasado los límites de contenido hacía ya una hora. Sin embargo, Benedict se había negado a permitir que el sumergible volviera al *Benthos*. Ahora docenas de ramos de diez galones se derramaban con nódulos ensuciando el estrecho pasillo, forzando al capitán a trepar por las rocas simplemente para llegar a su panel de control.

Por centésima vez, Terry repetía la secuencia del pilotaje una y otra vez en su cabeza como un mantra. Cerrando los ojos, se imaginó a sí misma colándose en la estación de atracada más tarde aquella noche, deslizándose dentro del sumergible y encerrándose dentro. En unos minutos, liberaría al sumergible de sus abrazaderas de atracada, y haría imposible que Benedict impidiera su huida. Primero, maniobraría el *Epimetheus* lejos de la parte inferior del *Benthos*, luego ascendería rápidamente para aclarar la capa hidrotermal, y saldría del hábitat de las criaturas. Entonces, se dirigiría hacia el oeste y se quedaría bajo más de un kilómetro de agua para evitar así al *Goliath* antes de salir a la superficie y encallar en algún lugar de la cadena de las islas Marianas.

En su mente, se vio a sí misma saliendo de la escotilla para contemplar una isla tropical.

Después de deshacerse del sumergible en aguas superficiales, nadaría hacia la orilla, mientras el sol la bañaba con su brillo cálido. Su pesadilla habría terminado de una vez por todas...

El sonido de la radio la sobresaltó.

—Capitán, el *Goliath* ha detectado una única forma de vida moviéndose rápidamente hacia nuestra posición. Demasiado grande para ser un *Kronosaurio*. Alcance, dieciséis kilómetros y acercándose con rapidez.

El corazón de Terry latía con fuerza y rapidez. ¡Una única bioforma significaba un *megalodon*!

—¿Cuáles son las órdenes de Benedict? —preguntó el capitán.

—Quiere que sigáis extrayendo los nódulos mientras el *Benthos* maniobra para

situarse directamente sobre vosotros.

—Informe al *Benthos* de que hemos superado ya la capacidad —dijo el capitán.

—Las órdenes de Benedict son que sigan extrayendo —transmitió el hombre de la radio.

Los tres *Kronosaurios* hacían círculos alrededor de aquella extraña criatura desde una distancia segura, evaluando a su presa. Sintiendo como el gran *Benthos* se aproximaba en la distancia, los *pliosaurios* se dividieron. El macho y el retoño hembra se cerraron intentando conducir a su presa lejos de la criatura más grande y hacia la gran hembra, que se había quedado haciendo círculos en las sombras.

El *Benthos* descendió, apabullando al *Epimetheus* en los confines de sus tres patas colgantes que, como pilares, llegaron a descansar sobre el fondo. A treinta metros por encima del sumergible, la estación de atracada abisal desplegaba en toda su capacidad sus abrazaderas como alas, a la vez que esperaba a poner a salvo al *Epimetheus* hacia las abrazaderas de aterrizaje, que entonces subirían al sumergible y sellarían su torre de mando en la sala presurizada de arriba.

En el casco del *Benthos* se encendieron cuatro luces estroboscópicas que atravesaron la oscuridad como un resplandor gigante.

Terry se concentró en una de las columnas verticales de luz. A quince metros de su ventana, vio cómo una gran ráfaga de sedimento se arremolinaba en el fondo.

Antes de que pudiera reaccionar, los dos *Kronosaurios* golpearon con la cabeza en el estribor del *Epimetheus*, y ladearon con fuerza la nave hacia la proa. Arrojada hacia atrás en la más absoluta oscuridad, Terry gritó, pues había aterrizado con dureza contra ramos de nódulos de manganeso. Un miembro de la tripulación cayó sobre ella, lo que causó que las rocas se le clavaran en las piernas.

—¡Dejen de minar! —ordenó el capitán—, dejen caer las placas de peso...

Las luces rojas de emergencia de la cabina se encendieron mientras el sumergible se enderezaba.

Terry gimió de dolor cuando intentó sentarse. Empujando al hombre inconsciente lejos de sus piernas, se esforzó por ponerse en pie.

Una gota de agua cayó de la placa de titanio que había sobre su cabeza.

«Oh, Dios mío...».

El *Epimetheus* se irguió directamente desde el fondo hacia el seno del *Benthos*, con su torre de mando guiada por sus abrazaderas herméticas dentro de la zona de atracada.

Desde su posición de ventaja, tras un vidrio de lexan de dos metros en la sala de

control de la zona de atracada, Benedict observó cómo la cima de la torre de mando se levantaba en posición dentro de la sala inundada. Los sellos de latón se colocaban en posición alrededor de la aleta dorsal del sumergible, mientras las abrazaderas de atracada levantaban al *Epimetheus* para ponerlo en su posición cerrada.

Las poderosas bombas achicaron el agua hacia fuera, drenando y despresurizando la cámara en cuestión de minutos.

Terry se las arregló para caminar hacia la torre de mando. Observó impaciente mientras el capitán Warren ascendía por la escalera, esperando a que la alarma de luz verde sonara desde arriba. Se agachó y echó un vistazo hacia otra ventana.

Una sombra inmensa estaba acercándose, y ganando velocidad los rodeaba.

La campana metálica sonó. El capitán Warren abrió la escotilla.

Terry forzó su camino por la escalera dentro de la cámara húmeda. Vio a Benedict hablando por un micrófono en la sala de control.

—Capitán, ordene a sus hombres que descarguen los nódulos en la sala de atracada.

—Señor, el *Epimetheus* ha recibido un golpe. ¿Podemos esperar?

—¡Ahora, capitán!

Terry corrió hacia la puerta cerrada de la cámara y estampó su puño contra el metal inquebrantable.

—¡Déjanos salir!

Varios hombres ya habían salido del sumergible, solo para ser dirigidos de vuelta por la torre de mando por su capitán.

—¡Formen una línea! —ordenó—. ¡Saquen esas rocas del sumergible!

Cubos blancos llenos de rocas negras como patatas fueron sacados por la torre de mando.

Desde abajo, la hembra adulta de *Kronosaurio* se deslizaba bajo su presa inmóvil.

El capitán Warren le dedicó a Benedict una mirada desesperada.

—Señor, realmente necesitamos algo de ayuda.

Benedict observó a los agotados hombres luchar por sacar las rocas del sumergible.

—Prokovitch, manda a algunos de tus hombres a la sala para que nos ayuden.

—Sí, señor. —El ruso hizo señales a dos hombres.

Terry escuchó los pernos de titanio que se cerraban en su posición. Las puertas se abrieron, dos hombres corpulentos la apartaron del medio de un empujón y se metieron a toda prisa en la cámara.

Con una oleada tremenda, la hembra *Kronosaurio* de veintidós toneladas dirigió su cabeza hacia arriba, hacia la parte inferior del *Epimetheus*.

Las luces rojas destellaron y las alarmas se dispararon. Terry se lanzó por la puerta de la cámara, que se cerró de un golpe tras ella, con una fuerza que la propulsó

por el aire y hacia la pared más alejada del pasillo. Mientras levantaba la cabeza, un rugido ensordecedor resonó en el pasillo. Su cuerpo empezó a temblar y durante un momento extraño, se encontró saltando a quince centímetros del suelo mientras el *Benthos* se estremecía debajo de ella.

Se esforzó por mantener el equilibrio y corrió hacia la sala de control.

—Oh Dios... oh, Dios mío...

Con el casco de titano comprimido por el impacto, el *Epimetheus* había explotado instantáneamente bajo mil ciento veinticinco kilogramos por centímetro cuadrado de presión de agua. Mientras el sumergible se aplastaba como una lata de aluminio, el mar se elevaba hacia arriba, hizo estallar la cámara de la estación de atracada sellada y provocó la muerte de todo el que estuviera dentro. El aire que había dentro se comprimió, de manera que lo calentó todo a mil grados centígrados en un milisegundo. Fue la gruesa capa de titanio de tres metros la que evitó que el *Benthos* explotara con la fuerza de una pequeña explosión nuclear.

Un torrente arremolinado de agua infestada por escombros se batía alrededor de las paredes circulares internas de la sala inundada, buscando en vano un camino para perforar la placa de titanio que salvaguardaba al resto de la nave nodriza.

Mientras Terry observaba, el remolino de agua salobre empezaba a desenmarañarse, revelando su devastación. Los cadáveres deformados, que se agitaban como mermelada, se golpeaban contra la ventana de lexan, con las cuencas de los ojos vacías y goteando hilos de materia gris y sangre. Las grietas en la piel desfiguraban los cuerpos, enmascarando las expresiones heladas de terror de las caras irreconocibles de las víctimas.

Terry se dio la vuelta asqueada y escapó con los otros, todos silenciosos mientras huían por el pasillo adyacente para tomar aire. Solamente quedaba Benedict mirando el caleidoscopio de partes de cuerpo humano y excrementos flotantes.

—*Naturum expellas furca, tamen usque recurret*—susurró él, secándose una lágrima de su ojo esmeralda sin pestañas—: puedes deshacerte de la naturaleza, pero siempre seguirá regresando. —Cerró los ojos—. *C'est la guerre*.

# REVELACIONES

*Base Naval de los Estados Unidos  
Guam*

El comandante de la base James Adams ajustaba sus gafas de montura de oro mientras caminaba por detrás de su mesa para saludar a Masao Tanaka, haciendo señales a su secretaria para que cerrara la puerta tras ellos.

—Masao, me alegro de verte. Quiero que conozcas a alguien. Este es Dave Ross.

Un hombre bajo, delgado y con un aspecto severo a sus cuarenta y pocos años se levantaba y ofrecía su mano.

—Mr. Tanaka.

—Mr. Ross trabaja para la CIA. Tiene algo que quiere discutir contigo... se trata de Terry.

Masao se sentó.

—Lo escucho.

Ross giró su silla para mirar de frente al anciano.

—Mr. Tanaka, lo que digamos en esta habitación, no debe salir de ella, ¿estamos de acuerdo en eso?

—Continúe.

—Hace cuatro años, la Inteligencia israelí se enteró de una reunión secreta que tuvo lugar en Sudán entre un pequeño grupo de terroristas islámicos y su socio, Benedict Singer. Seis meses más tarde, empezó la construcción del *Benthos*, del *Prometheus* y del *Epimetheus*, construcción pagada con los fondos discretamente canalizados por la Geo-Tech desde la organización del millonario exiliado, Osama Bin Laden.

—Hace dieciocho meses, la NSA interceptó una comunicación que revelaba la naturaleza de la reunión de Singer. Resulta que Benedict Singer ha descubierto una fuente de combustible capaz de sostener la energía por fusión.

—¿A qué se refiere con «sostener»?

—Los científicos han experimentado con la energía por fusión desde hace cuarenta años —dijo Ross—, el reto más importante ha sido el de contener un plasma de tritio cargado o deuterio, mientras sus átomos se fusionan en helio. La nueva fuente de combustible de Singer se estabiliza en los campos magnéticos de alternación de su reactor Tokamak, creando una salida sostenida de energía por fusión. En lenguaje llano, ha roto la barrera de la fusión.

Masao arqueó las cejas, impresionado.

—Los Estados Unidos, Rusia, Japón y la Unión Europea han estado durante años trabajando para completar el ITER, las siglas para Reactor Termonuclear Experimental Internacional —dijo Ross—. El descubrimiento de Singer lo cambia todo. Esta nueva fuente de combustible lo pone treinta años por delante del ITER y

del resto del mundo.

—Masao, la coalición árabe que financia a Benedict Singer representa una organización responsable de actos que financian al terrorismo —dijo el comandante Adams—. Simplemente no podemos permitir que esas facciones monopolicen la fusión.

—¿En realidad, qué tiene que ver todo esto conmigo, o con mi hija?

Ross se inclinó hacia delante.

—Bin Laden no ha gastado mil millones de dólares para que la GTI pudiera explorar el océano o desplegar sus robots UNIS a lo largo del lecho marino de la fosa de las Marianas. La fuente del combustible de fusión de Benedict se origina en un área remota en algún lugar dentro de la garganta. El *Benthos* permite a Benedict robar el combustible de nuestras propias fronteras territoriales, las leyes de zonas de la CEE están siendo violadas. Es el equivalente a que los Estados Unidos se metan en países de la OPEP para robar su petróleo.

Masao cerró los ojos, pensando, absorbiendo la información.

—No lo entiendo. Si la CIA sabe lo que Benedict está haciendo, ¿por qué le permiten acceder a la fosa?

—Por dos razones —respondió Ross—: Primero, solo sabemos cuál es la fuente y la verdadera naturaleza del combustible de fusión. Segundo, controlar el acceso en una profundidad de siete millas y en una longitud de mil quinientos metros es mucho más complicado de lo que parece. Simplemente, no estábamos preparados.

El comandante Adams paseaba por detrás de su escritorio.

—El *Benthos* está a tanta profundidad que es imposible que nuestros satélites lo detecten. El reconocimiento del sonar es difícil en el mejor de los casos, los motores de la nave apenas nos dan una sintonía e incluso en el caso de que pudiéramos detectarla, ¿cómo podríamos alcanzarla una vez que ha descendido en la fosa?

—¿Qué hay sobre las cargas de profundidad?

—Incluso si pudiéramos identificarla, dudo que la explosión causara mucho daño. Su casco tiene casi tres metros de grosor de titanio.

Ross interrumpió.

—Nuestro mayor miedo era que la Geo-Tech simplemente transportara el *Benthos* a aguas internacionales y entrara en la fosa de las Marianas quedándose sin detectar en algún punto del fondo. Afortunadamente, los informantes del MOSSAD revelaron que Benedict Singer estaba buscando una expedición científica... una excusa para legitimizar la entrada en la fosa, lo que le permitiría utilizar al *Goliath* para seguir al *Benthos* por la superficie como precaución de seguridad.

El Comandante Adams forzó una sonrisa.

—Esos gigantes tiburones suyos se han convertido en nuestro comodín para salvarnos.

—Espere un momento... —una oscura revelación clareó repentinamente en la mente de Masao—. ¿El nuevo proyecto UNIS, el contrato lucrativo JAMSTEC?



Ross le dirigió a Adams una mirada.

—Necesitábamos proporcionar a Benedict una coyuntura legítima para acceder al foso de las Marianas. La finalización del proyecto UNIS se presentó como la oportunidad perfecta.

—Dios mío... ¿por qué han llegado tan lejos? Los pleitos de acción popular, las recompensas monetarias escandalosas... la Corte denegando nuestro derecho a apelar... ¿vosotros sois los bastardos que levantasteis mi compañía? ¡Querían que fuéramos a la bancarrota!

Masao se levantó, dándole una patada a la silla.

—Utilizasteis mi Instituto para ponerle un cebo a la Geo-Tech... seduciéndolos para que nos compraran y así darles una excusa para entrar legalmente a la fosa.

El comandante Adams se puso entre Masao y Ross, temiendo que su amigo pudiera realmente golpear al director de la CIA.

—Masao, cálmate, la CIA ha asegurado que esas reparaciones se harán. Trata de entender...

—¿Reparaciones? James, ¿sabes cuánto daño le han causado ellos a mi familia?

—No pudo evitarse —dijo Adams—, debe entender que lo que estaba en juego...

La cara de Masao se volvió roja por la ira.

—Mr. Tanaka, la vida de su hija puede correr peligro —dijo Ross—. Si quiere ayudarla, le aconsejo que se siente y me deje terminar.

—Si le pasa algo a mi hija...

—Señor, déjeme terminar.

Adams asintió a Masao, colocando la silla del anciano.

Masao se sentó.

—Realmente siento por lo que han pasado su familia y usted —dijo Ross—. Intente entender que no es solamente la operación de la CIA, que los japoneses, los rusos y los europeos están involucrados también. Benedict hubiera tenido sospechas de que íbamos tras él si los Estados Unidos o Japón se hubieran remitido a él directamente. Utilizamos el Instituto Tanaka como intermediario. El tiempo contaba. ¿Os empujamos nosotros a la bancarrota? Los pleitos eran reales...

—¿Pero y el cierre del Instituto? ¿La congelación de nuestros valores?

—Sin comentarios. Digamos simplemente que queríamos asegurarnos de que estaba lo suficientemente desesperado como para contactar con Benedict Singer y pedirle ayuda una vez que el JAMSTEC hubiera ofrecido el contrato lucrativo de los UNIS. Solo la Geo-Tech contaba con las fuentes necesarias para completar el proyecto, sin mencionar el dinero para sacarlo de sus dificultades económicas. Usted se vio obligado a vender y nosotros sabíamos que Benedict mordería el anzuelo... gancho, cable y plomo.

Masao realizó varias inspiraciones profundas, intentando recuperar la calma.

—El mayor problema al que nos enfrentamos —continuó Ross— fue el de adivinar cuál era la fuente del combustible de fusión. Tuvimos una interrupción

enorme cuando el MOSSAD se las arregló para conseguir uno de esos operativos a bordo del *Proteus*. Por desgracia, el sumergible explotó, y mató al agente antes de que pudiera transmitir la información.

—Una cosa que aprendimos entonces —dijo Adams— es que Benedict entró en la fosa de las Marianas sin saber exactamente la localización donde el combustible de fusión se encontraba. Resultó que el *Proteus* había sido diseñado para conducir una búsqueda por el suelo del cañón. Su destrucción añadió meses a la agenda de la GTI.

Ross se levantó.

—Dos días antes de que el *megalodon* escapara de sus instalaciones, la NSA interceptó una transmisión codificada del *Goliath* para Celeste Singer, en la que mencionaba a Jonas Taylor.

—¿Jonas? —Masao miró hacia arriba—. ¿Qué tiene Jonas que ver con todo esto?

—Hace once años, su yerno llevó a cabo como piloto una serie de inmersiones en la fosa de las Marianas a bordo de un sumergible de la Marina llamado *Seacliff* —le explicó el comandante Adams—. Fue en una de esas tres inmersiones cuando Taylor se cruzó aparentemente con uno de esos tiburones *megalodon* y le entró pánico. Los dos científicos que iban a bordo con él murieron. Pero resulta que ambos eran físicos de fusión, Dick Prestis había sido un anterior colega de Benedict Singer.

—Una vez que nos dimos cuenta de la relación, el resto fue fácil —dijo Ross—. El análisis de los nódulos de manganeso que quedaron recogidos por los dos científicos durante la inmersión del *Seacliff* revelaron gases inertes en las rocas.

—El combustible de fusión —añadió Adams.

Ross se inclinó sobre la mesa del capitán.

—Conocer la localización exacta de esos nódulos de manganeso en particular lo cambia todo. Empezamos a preparar nuestras propias unidades de robots sumergibles a distancia para extraer las rocas por nosotros mismos, esperando evitar una confrontación directa con Singer, que todavía ejerce mucho poder en el mundo financiero y político.

—Pero el *Benthos* ya está en la fosa —dijo Masao—, ¿cómo espera que sea posible sacar a Benedict sin que tenga la más mínima sospecha?

—Estableciendo la investigación del JAMSTEC sobre el accidente del *Proteus* —respondió Ross—. Estábamos esperando utilizar eso como excusa para sacar a Benedict fuera de la fosa antes de que pudiera localizar los nódulos. Por desgracia, su hija mandó al JAMSTEC un informe positivo relacionado con las actividades de la Geo-Tech en la fosa, mientras que Jonas inconscientemente divulgó información confidencial sobre la localización secreta del lugar de la inmersión a Celeste Singer. Gracias a su yerno, el *Benthos* está ahora recogiendo los nódulos y no hay nada que podamos hacer para detenerlo.

—No importa —dijo Adams—, el MOSSAD tiene agentes a bordo del *Goliath*. Una vez que sepamos que Benedict ha encontrado los nódulos de manganeso y los haya cargado a bordo, la Marina lo abordará y confiscará los bienes bajo las leyes de

la CEE.

—¿Y qué pasa con mi hija? Ha dicho que corría peligro.

—Por lo que sabemos, todavía está a bordo del *Benthos*, junto con uno de mis mejores agentes —dijo Ross—. Esperamos que lleguen arriba a bordo del *Goliath* en los próximos días. Es muy importante que los saquemos del barco antes de que la Marina aparezca o Benedict puede recurrir a utilizarlos como rehenes.

—Lo que viene a ser la razón por la que me ha revelado la verdad sobre todo esto —dijo Masao— es que quiere que yo intervenga y recoja a mi hija y a su agente para que la Marina pueda hacer sus movimientos sin que Benedict sospeche nada.

—Correcto —dijo Ross.

#### *Fosa de las Marianas*

Angel se quedaba justo por debajo de la termoclina, con su piel blanca luminiscente fundiendo una espeluznante luz a medida que se movía a través de las aguas del oscuro Pacífico. Mientras continuaba hacia el sur, una extraña sensación de hormigueo empezó a zumbear en su sistema nervioso, haciendo que la hembra sacudiera su enorme cabeza como un caballo que se quita de encima una mosca.

El radio de acción incorporado de la criatura junto al poderoso campo de fuerza magnética de la tierra de repente se habían distorsionado, la corriente norte-sur, desestabilizada por montes marinos y otras formaciones geológicas que rodeaban la fosa de las Marianas. Estas anomalías geomagnéticas fueron reconocidas instantáneamente por la ampolla de Lorenzini del tiburón. Encerrada en los límites primordiales, el *megalodon* empezó a descender en un patrón amplio y circular, permitiendo que su circunferencia muscular de treinta y una toneladas se ajustara a los dramáticos cambios en la presión del agua.

El agua helada mordió la gruesa piel de la criatura. Ignorando el dolor, la hembra nadó a mayor velocidad, así que la propulsión adicional la calentó momentáneamente. Bajó más y más abajo, y la temperatura de su sistema cayó peligrosamente a niveles muy bajos. Finalmente, el animal se sumergió en la densa capa de minerales flotantes y sulfuro y entró en las aguas calientes e hidrotermales del abismo.

Deslizándose justo debajo del techo como una nube de escombros llenos de cieno, Angel vació su brillo de luna sobre la antigua garganta, igual que sus ancestros habían hecho durante los últimos cien mil años. La hembra descendió y entró en calor con el fuego malgastado que fluía en el horno de la tierra antes de continuar por el sur a lo largo del suelo del cañón.

Horas más tarde, el sistema receptor del *megalodon* detectó otra forma de vida, que se acercaba rápidamente. La hembra se dio la vuelta para interceptarla y se dirigió hacia la fuente de las vibraciones que estimulaban velozmente su sistema reproductor.

Delante estaba el macho que surgía entre la oscuridad. Con apenas dieciocho metros y veinte toneladas, el tiburón era notablemente más pequeño, aunque más rápido que su compañera. Evitando la confrontación frontal, el macho, cauteloso, trazó círculos a su alrededor y luego fue detrás de la gran hembra.

Altamente estimulada, Angel permitió que el macho se deslizara por su flanco izquierdo.

Con una embestida de su aleta, el tiburón se arrojó hacia delante, mordiendo la aleta pectoral izquierda de la hembra, con lo que se inició el acto de copulación.

Angel arqueó su columna y se invirtió, girándose sobre la dorsal del macho *megalodon* que se levantaba para nadar en su espalda mientras esta se contorsionaba bajo su compañero más pequeño.

Los dos grandes blancos prehistóricos ahora nadaban vientre con vientre, el macho arriba.

Montando a su compañera, el macho deslizó uno de sus dos rígidos claspers dentro de la cloaca de la hembra, a la que de nuevo mordió en su invertida aleta pectoral. Durante varios minutos, los dos depredadores se quedaron cerrados juntos en la inseminación, pero el macho mordía con más fuerza en un intento inútil de controlar a la viciosa hembra.

Con la copulación completa, el agotado macho deslizó hacia fuera su claspers, y relajó un momento su mordedura en la aleta pectoral de la hembra.

Todavía invertida, Angel se arrojó hacia delante y cerró sus mandíbulas abiertas sobre la colgante aleta caudal del compañero, serrando el lóbulo inferior entero del apéndice en forma de luna creciente antes de que el macho pudiera reaccionar.

Retorciéndose de dolor, el macho agitó lo que quedaba de su aleta en un intento en vano por escapar.

Angel se dio la vuelta y siguió su ataque contra la aleta mutilada. Propulsándose hacia delante, su formidable mandíbula abierta, de casi tres metros, se cerró sobre la aleta anal, y con sus dientes inferiores como navajas desmenuzó los dos claspers, destrozando los órganos reproductores del macho.

El macho, indefenso, se agitaba con convulsiones, a la vez que la parte inferior de su torso se retorció en espasmos entre las mandíbulas de la hembra. Angel mordió con un poco más de fuerza y se agarró, feliz de esperar a que su compañero muriera, la sangre caliente del macho que se derramaba en su boca abierta.

Finalmente, con una brutal embestida de su cabeza, Angel serró la parte inferior del torso de su compañero.

Dejando un río de color púrpura, el cuerpo mutilado del macho sin vida caía de la boca de la hembra, la cabeza y los restos del torso superior carambolearon sobre una fuente hidrotermal antes de caer lentamente hacia el lecho marino. En unos minutos, enjambres de crustáceos albinos llegaban para devorar los restos, completando así el siniestro círculo de la vida.

Habiéndose quitado de encima la amenaza de su futura prole, la cazadora reina

continuaba hacia el sur por la pared del cañón, explorando su nuevo reinado.

# EL PURGATORIO DEL DIABLO

*Fosa de las Marianas*

El capitán Prokovitch se detuvo en las dobles puertas, donde las notas graves del contrabajo de *Carmina Burana* de Karl Orff resonaban en el pasillo. Se secó el sudor de las palmas de las manos y deslizó los dedos por los pelos de punta de su rapado pelo pelirrojo. Sin molestarse en llamar a la puerta, entró en el camarote de Benedict.

Benedict estaba tumbado en un sofá de ante negro, con los ojos cerrados, embriagado por la música. Al sentir otra presencia, abrió los ojos y utilizando un mando a distancia apagó la música.

—¿Han terminado tus hombres?

—Da.

Benedict observó la expresión hosca en la cara del capitán.

—Te preocupan nuestras pérdidas.

—Era predecible. Estábamos corriendo riesgos...

—Siempre hay un riesgo en las cosas importantes.

—Quizás sería mejor que nos calmáramos y nos preparáramos mejor para enfrentarnos a esas criaturas.

—Vladislav, calmarnos es un lujo que no podemos permitirnos. Si dudamos en completar nuestra misión, el ITER lo hará por nosotros. La desgracia pone a prueba a los hombres. ¿Preferirías que las muertes de nuestros colegas quedaran en vano?

—No.

—Entonces terminemos la tarea que nos ocupa.

Prokovitch lo condujo hacia la zona de atracada, que había sido drenada y limpiada precipitadamente. Benedict aspiró las trazas de amoniaco.

El profesor Kwan estaba inspeccionando varias docenas de cubos llenos de nódulos de manganeso.

Sonriendo, se dio la vuelta para mirar a Benedict.

—Los resultados de nuestros análisis han sido positivos. Has encontrado el don del mismo *Prometheus*.

—¿Cuántos hay ahí?

—Suficiente para proporcionar energía a cada nación industrial durante varios años.

Benedict agitó la cabeza en desacuerdo.

—No es suficiente. Necesitamos adquirir el resto antes de que los americanos descubran nuestro secreto y sellen la zona.

—¿Cómo? —preguntó Prokovitch, tirándose del parche nerviosamente—. Las criaturas todavía están merodeando por aquí. No dejarán la zona con tanta sangre de nuestra tripulación en el agua.

Benedict le ofreció una mirada tranquilizadora.

—Como hablamos antes, una serie de luces de alta potencia han sido dispuestas a lo largo del casco del *Prometheus*, luces que mantendrán a esos *pliosaurios* a distancia. Como medida de precaución adicional, el *Benthos* ascenderá a una posición de cincuenta metros sobre la capa de fuentes hidrotermales donde las criaturas no se atreverán a aventurarse. Desde ahora en adelante, acompañaremos al *Prometheus* en su camino hacia el lecho marino, después volveremos a la capa fría mientras la nave transporta los nódulos de manganeso hacia el *Goliath*.

—Sí, señor. ¿Y la chica?

Benedict sonrió.

—Ahora que hemos localizado los nódulos, ya no la necesitamos. Estará muerta antes de que acabe el día.

Terry estaba sentada en el borde de la cama, mirando la puerta de su cabina, ahora cerrada desde dentro, para evitar que escapara. Cada pocos minutos, una ola de pánico la inundaba, forzándola a caminar frenéticamente de un lado a otro hasta que la energía nerviosa desaparecía y otra vez se desplomaba sobre el colchón, esperando que su carcelero la llevara a la ejecución.

«Benedict me ha encerrado aquí por una razón. Se acabaron sus juegos psicológicos. Está preparado para matarme».

Desesperada, cogió la silla del escritorio y la golpeó contra la puerta cerrada hasta que el mueble se despedazó en sus manos. Intentó aporrear la puerta de nuevo y vio que el pomo estaba aflojado. Animada, buscó en la cabina algo que pudiera abrir la cerradura.

Terry cogió la tabla de madera del escritorio y la tiró a un lado, esperando romper una de sus patas. Fue entonces cuando vio la rejilla de ventilación.

El capitán Prokovitch y su tripulación miraban nerviosamente la hilera de monitores de circuito cerrado cuyas imágenes en blanco y gris revelaban el tren de aterrizaje del *Benthos*.

Corriendo la longitud del plano tren del monolito había un sinnúmero de tanques presurizados que parecían filas de pontones gigantes. La mitad de esos contenedores controlaban el lastre del barco extrayendo agua marina, para permitir que la flotabilidad positiva del *Benthos* cambiara con objeto de que fuera hacia el fondo. La otra mitad guardaba la gasolina, que, siendo más ligera que el agua, ayudaba a mantener la flotabilidad neutral.

Los tres *Kronosaurios* continuaban haciendo círculos bajo el tren de aterrizaje del *Benthos*, aparentemente excitadas por el sabor de la sangre. El sonido de los poderosos pisones hidráulicos del barco forzaba el agua marina de los numerosos agarres que había a lo largo de los niveles inferiores y que atraían la atención de las

criaturas. Ahora, los depredadores dirigían su interés hacia los pontones gigantes. Para sus ojos nocturnos, los contenedores se parecían en forma y tamaño al *Epimetheus*, una forma de vida que había resultado ser una fuente generosa de alimento. Mientras el *Benthos* ascendía del lecho marino, los depredadores empezaron a morder los contenedores de titanio.

Benedict entró en el puente.

—Situación, capitán.

—Tenemos un nuevo problema —Prokovitch señaló los monitores—: las criaturas han empezado a atacar los tanques de lastre.

—Los contenedores son demasiado gruesos, incluso para esos monstruos.

—Estoy de acuerdo, señor, sin embargo, es posible que causen una brecha en la superficie del cilindro. Si eso ocurre, las presiones extremas pueden ganar un punto de apoyo, e incrementarán la tensión compresiva.

—Y el tanque se rompería.

—Afirmativo, señor. No hemos sufrido ningún daño aún, pero las criaturas parecen estar volviéndose más atrevidas.

—Tres kilómetros y medio del techo hidrotermal —gritó un hombre de la tripulación.

Benedict observaba con fascinación mientras una cabeza plana y enorme aparecía en uno de los monitores. Con un despliegue increíble de velocidad, el animal golpeó uno de los tanques de gasolina, intentando arrancarlo de la plana cobertura del motor del tren de aterrizaje del barco.

Los hombres que trabajaban en el módulo G pudieron escuchar el sonido del metal que estaba siendo doblado forzosamente.

En cuestión de segundos, la enorme presión de la fosa expuso la grieta del cilindro. El tanque dañado se rompió y explotó, desplegando una rápida reacción en cadena que arrojó a un lado al *Benthos*. Las luces se apagaron y el barco se vio inmerso en la oscuridad más absoluta.

Unos momentos más tarde, las luces rojas de emergencia resplandecieron mientras se encendía el sistema auxiliar de monolito.

Prokovitch se levantó del suelo. El *Benthos* había dejado de ascender y, ahora, estaba inclinado a diez grados hacia babor.

—Informe de daños...

—Señor, los tanques de lastre del B-4 al B-8 han desaparecido. También estamos perdiendo gasolina de los tanques G-5, G-8 y G-9.

Otra explosión y un golpe provocaron el balanceo del *Benthos*. Durante un dilatado momento, la tripulación miró a Benedict con los ojos abiertos de par en par, sin estar muy seguros de qué sería lo próximo que iba a suceder.

Entonces, como si la madre naturaleza misma hubiera ordenado su vuelta, el gran barco volvió a sumergirse en el lecho marino.



El helicóptero remontaba el vuelo sobre el Pacífico azul oscuro, pues Mac rastreaba el océano buscando el barco de guerra soviético fuera de servicio.

—Ahí está —le dijo, señalando una forma gris en el horizonte. Jonas observó el *Goliath* a través de sus prismáticos antes de pasárselos a Harry Moon—. ¿Estás seguro de que Celeste está a bordo?

—Estamos seguros —dijo Harry—, una vez que supo la localización del *Purgatorio del Diablo*, salió disparada del *William Beebe*. Nunca ha tenido interés alguno en capturar a tu tiburón, solo quería tu información.

—¿Y cómo sabrás que Benedict ya ha localizado realmente esos nódulos? —preguntó Mac.

—Lo sabremos en el momento en que empiece el ir y venir de sus dos sumergibles entre la fosa y el *Goliath*. Nuestro objetivo es sacar a Terry y a nuestro agente del barco sin levantar sospechas. Una vez que Benedict haya completado el trabajo de extracción, la Marina entrará en escena.

Jonas sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que liberarán a Terry?

—No sabe nada de su operación —dijo Harry—, y Benedict querrá que continúe siendo así. El *William Beebe* está justo detrás de nosotros. La última cosa que Benedict quiere es que un puñado de civiles anden por el *Goliath* mientras miles de millones de dólares que valen esos nódulos de manganeso son cargados a bordo. Cuando Celeste se dé cuenta de que no nos iremos sin Terry, la traerá a la superficie antes de que llegue el *William Beebe*.

—¿Y qué pasa si mi mujer ya ha adivinado lo que realmente está pasando en esa fosa?

Harry agitó la cabeza.

—Solo reza para que no lo haya hecho.

Mac posó el helicóptero en la cubierta delantera, justo al lado de otro helicóptero. Un miembro de la tripulación del *Goliath* esperó hasta que los rotores recalentados se apagaran antes de saludar a los invitados no bienvenidos.

—Por favor, vengan conmigo —dijo un hombre en un tono de voz sombrío.

Mientras lo seguían por la popa, Jonas pudo ver a unos hombres trabajando en un sumergible enorme y en forma de cigarro, de color blanco, que estaba situado en la plataforma hidráulica de estribor. Dos series de luces submarinas estaban siendo montadas a ambos lados del casco del sumergible.

Jonas se apercibió del nombre del barco, pintado en letras rojas, a través de la quilla. *Prometheus*. Se acordó del nombre por un curso en Mitología Griega que

había hecho hacía mucho tiempo como estudiante universitario en Penn State. Prometheus era el Dios Titán que había robado la energía del sol, para dársela a los humanos a fin de que pudieran sobrevivir.

«El ego de Benedict empieza a mostrarse...».

Jonas reconoció la frágil figura que se levantaba en la barandilla de estribor.

—Masao...

Sintió cómo su corazón le aprisionaba el pecho, mientras su suegro se giraba para mirarlo, con lágrimas en los ojos.

—Lo siento...

—Masao... ¿qué ha pasado? ¡Dímelo!

—Terry está muerta —dijo con dificultad, sus ojos de almendra hinchados por el llanto.

Jonas notó cómo le flaqueaban las piernas mientras la conmoción recorría sus entrañas. Mac y Harry lo sujetaron.

—¿Qué ha pasado?

—Uno de los sumergibles estalló —dijo Masao, ahogando las palabras—. Terry estaba a bordo. Todos los tripulantes han muerto.

Jonas sintió cómo perdía el control.

—Masao, ¿quién te ha dicho eso?

—Lo he visto, Jonas. Lo he visto con mis propios ojos —Masao colocó una mano temblorosa sobre el brazo de su yerno, y lo llevó dentro del *Goliath*. El área de recepción había sido establecida en uno de los cuartos de grabación. Una televisión y un aparato de vídeo estaban colocados encima de una de las mesas.

Jonas observó las secuencias grabadas en blanco y negro de una cámara colocada en la sala de control de la zona de atracada del *Benthos*. Vio la torre de mando del *Epimetheus* emerger del suelo de la habitación inundada. Momentos más tarde, el agua se alejaba, la tripulación del sumergible salía.

—Ahí está Terry —señaló Masao.

Jonas sintió cómo le palpitaba el corazón en los oídos ante la imagen de su mujer corriendo por la habitación y alejándose de la pantalla, reapareciendo en ella unos momentos más tarde. Una explosión momentánea, y la cámara se agitó violentamente mientras la habitación se inundaba, matando a todo el que estaba dentro de forma instantánea.

A través de las lágrimas, Jonas vio el torbellino de cuerpos danzando en el monitor.

—¿Dónde está Terry? No la veo.

—Está ahí —dijo Celeste, entrando por el pasillo—. Jonas, lo siento mucho.

Jonas se dio la vuelta para mirarla, le temblaban los músculos de rabia.

—¿Cuál ha sido la causa? ¿Cómo ocurrió?

—El *Benthos* fue atacado por una manada de monstruos.

—¿*Megalodones*? Estás mintiendo. Los *meg* no cazan en manada.

—*Megs*, no. Benedict los llama *Kronosaurios*.

—¿*Kronosaurios*? —se desplomó en una silla, al tiempo que la sangre se le subía a la cara—. Oh, Dios mío...

—El *Benthos* está encallado en el fondo. Estamos disponiendo poderosas luces submarinas en el casco del *Prometheus* para mantener alejadas a las criaturas mientras rescatamos al resto de la tripulación.

—Voy contigo —dijo Jonas.

—Desafortunadamente es imposible. No hay espacio en absoluto. Tenemos que recoger a Benedict y a una docena de miembros de la tripulación.

—Voy a bajar —repitió, metiéndose en el bolsillo la cinta de vídeo—, necesito verla.

Celeste lo agarró por la muñeca, y lo llevó de vuelta a la cubierta hacia la quilla del *Prometheus*.

—¿Ves esos arañazos y mellas en el casco? Eso son marcas de dientes, Jonas, marcas de dientes hechas por un *Kronosaurio*. Uno de ellos despedazó el husillo y casi destroza esta nave. ¿Crees que estoy mintiendo?

—¡Necesito ver su cuerpo por mí mismo!

—Estás alterado. Vayamos dentro y...

—No me toques. Masao, no la he visto...

Masao miró a su yerno.

—Jonas, ven con nosotros, por favor...

Permitió que Mac y Harry lo llevaran de vuelta al helicóptero.

—Jonas, escúchame, querido —le dijo Celeste—, no hay cuerpos. El abismo se ha tragado los restos.

Terry metió otra moneda en la ranura del tercer perno. Apretando los dientes, hizo un gran esfuerzo por girar el tornillo, haciendo caso omiso del dolor que venía de las yemas hinchadas de sus dedos.

Después de varios intentos, el pomo se aflojó.

Sin molestarse con el último pomo, Terry se inclinó colgando para abrir la rejilla de ventilación y se metió dentro.

El eje de aluminio parecía correr paralelo al pasillo, conectando cada camarote con el sistema de ventilación de la cubierta. El conducto era solo de ciento quince centímetros cuadrados. Vio un reflejo de luz que venía del siguiente camarote, el enrejado estaba a unos cuatro metros y medio a su izquierda.

Inspirando profundamente, empujó sus brazos y la cabeza primero, después espiró, forzando los hombros en el estrecho espacio.

En cuestión de segundos, se vio apuntalada, con los hombros embutidos demasiado apretados contra las estrechas paredes del hueco. Cuando pudo darse la vuelta dolorosamente sobre su espalda, colocó sus brazos sobre su pecho y giró los

hombros, dejando libre el espacio suficiente como para meter las piernas dentro.

Arqueando la parte inferior de su cuerpo, Terry utilizó sus pies para empujar el cuerpo por el hueco, y se arrastró de cabeza hasta que alcanzó la siguiente rejilla de ventilación. Miró a través del enrejado, y encontró vacía la cabina, pero no pudo ganar la fuerza de palanca suficiente con sus brazos como para liberar la rejilla sellada.

Retorciéndose apartada del eje, se giró sobre sí misma, alineando sus pies y empezó a patear.

Le llevó varios minutos de labor persistente antes de retirar la cubierta. Empujó sus pies por la abertura, después avanzó lentamente hacia atrás contorsionado la parte superior de su cuerpo mientras caía en la cabina desértica.

Terry había sentido las explosiones y el impacto del *Benthos* como si hubiera aterrizado con fuerza en el lecho marino. Sospechó que el barco estaba encallado.

Aquello significaba que la única oportunidad de rescate era el *Prometheus*.

Se acordó de las cámaras de vigilancia de circuito cerrado colocadas en el barco.

Escapar de su camarote era una cosa, llegar hasta la zona de atracada sin ser detectada por las cámaras o los miembros de la tripulación era algo completamente distinto.

Terry vio una bata blanca de laboratorio y un casco colgados en el armario. Una idea salvaje le vino a la mente. Se apresuró hacia el cuarto de baño y se quitó el maquillaje de la cara con agua y jabón. Utilizando la navaja de afeitar de hombre, se cortó el pelo, después buscó en el lavabo algo pegajoso.

«¡Pasta de dientes!».

Con el dedo, se untó una ligera capa de pasta de dientes en la cara, subrayando las patillas y el bigote. Deshaciendo lo que se había cortado del pelo en pequeñas piezas, modeló su disfraz, rezando por que la pasta de dientes lo sujetara.

Y lo hizo.

Terry se vistió, cambiándose rápidamente la camisa, los pantalones y un par de botas de goma de trabajo de hombre. Sujetándose el pelo en un moño apretado, se puso el casco y después la bata de laboratorio.

Se miró a sí misma en el espejo del cuarto de baño, y se tocó el pelo de la cara.

Si estaba demasiado cerca de alguien, el disfraz sería inútil. Pero para una cámara de vigilancia... simplemente podía funcionar, al menos durante algún tiempo.

Con el corazón acelerado, abrió la puerta de la cabina y entró en el pasillo vacío, haciendo todo lo que podía por no caminar como una mujer.

El *William Beebe* llegó varias horas más tarde de que el *Prometheus* hubiera empezado su descenso en el *Purgatorio del Diablo*. De vuelta a bordo de la nave de investigación, Jonas se quedó solo en su camarote, mirando una y otra vez el video de la explosión, congelando la imagen cada vez que la cámara saltaba.

Mac entró con una botella de Jack Daniels.

—¿Dónde está Masao? —preguntó Jonas.

—El médico le ha dado un sedante —Mac sacudió la cabeza mientras su amigo rebobinaba la cinta—. Deja de torturarte.

Jonas pulsó PLAY y después redujo la velocidad.

—Observa atentamente.

Complaciendo a su amigo, Mac observó el monitor. Vio a Terry moverse fuera del alcance de la cámara y reaparecer de nuevo.

Jonas señaló.

—Ahí. ¡Mira cómo salta la cinta!

Mac se acercó y se arrodilló ante la pantalla.

—Rebobina otra vez.

Observaron la escena una vez más, la imagen saltaba justo antes de la explosión.

—Esos hijos de puta —dijo Mac— editaron la cinta.

—Terry está viva.

Mac miró a Jonas a los ojos.

—Equiparé el AG-2 para la inmersión.

Descendiendo a cincuenta metros sobre el techo de la capa hidrotermal, el capitán del *Prometheus* activó la nueva serie de luces submarinas del sumergible.

Celeste miraba a través de la portilla cómo el resplandor poderoso iluminaba una corriente rápida de aguas enlodadas que se arremolinaban bajo el sumergible.

—Fantástico —susurró ella mientras el *Prometheus* se abría camino a través de las nubes abisales para entrar en el *Purgatorio del Diablo*.

Benedict se asomó a la ventana de observación y observó cómo la estrella brillante se aproximaba. Eran tan luminosas las luces del sumergible que las formas de vida que vivían en el fondo parecían volver al lecho marino, cuando la nave pasaba por encima de sus cabezas.

Benedict se dio la vuelta cuando escuchó al capitán Prokovitch subiendo el puente.

—Ya ves, Vlad, nuestro plan está funcionando. Los tres *Kronosaurios* no se aventurarán con estas luces.

—Sí, señor. ¿Cuáles son sus órdenes?

—Carguen los nódulos de manganeso a bordo en el momento en que el *Prometheus* ataque. Después informe a Celeste que me gustaría verla en la sala de observación. Oh, y lleve a la chica al hangar para deshacernos de ella.

Jonas estaba de pie en la cubierta con su traje de buceo, inspeccionando el *Abyss-Glider-2* mientras la tripulación, colgaba los cables. Situado en su soporte, el sumergible submarino monoplaza parecía más un avión de caza que un sumergible.

Su diseño hidrodinámico y su construcción ligera como la pluma para que fuera veloz, le permitían volar por el mar como un pez manta. Aunque el *Prometheus* llegaría antes en la fosa, el *AG-2* completaría su descenso cinco veces más rápido de lo que lo haría el sumergible de la *Geo-Tech*.

La nave de tres metros estaba compuesta de dos cascos. Una envoltura exterior, hecha de kevlar y aluminio reforzado, cubría sus medias alas, sus dos propulsores y el ensamblaje de la cola. Entre ese casco había una cápsula de escape de lexan, que era la cabina del sumergible. En el caso de que sucediera una emergencia, el piloto podría deshacerse del módulo de la pesada envoltura exterior y flotar hacia la superficie.

Harry Moon y Mac se unieron a él mientras este terminaba su inspección.

—Jonas, ¿qué son esas dos pequeñas casillas bajo los propulsores? —preguntó Mac, señalando el ensamblaje de la cola—. El otro sumergible no lo tenía.

—El *AG-1* utiliza un elevador de potencia de hidrógeno como un cohete para rápidas ráfagas de velocidad. Para conseguir el mismo efecto en más de diez kilómetros de agua, tuvimos que rediseñar todo el ensamblaje de cola. Estas casillas sostienen dos propulsores auxiliares, que están alimentados por hidrógeno líquido y combustible de oxígeno. Este sumergible es capaz de causar ráfagas de velocidad que volverían celoso a un torpedo. Nos vino bien hace cuatro años.

—Quizás esta vez también nos venga bien —dijo Harry pasándole a Jonas una pistola del calibre 44.

—¿Crees que es necesario?

—No estás tratando con *boy scouts* ahí abajo. Mac me ha dicho lo de la cinta de video. Si tu mujer está viva todavía, Benedict no la mantendrá así mucho tiempo. El arma tiene un cierre. Mi consejo es que dispires a matar y después te deshagas de los cuerpos. Buena suerte.

Jonas miró a Mac a los ojos.

—Esto está pasando realmente, ¿verdad?

—Sí —Mac evitó los ojos de su amigo.

—Mac, yo... yo solo quiero darte las gracias, ya sabes, por estar siempre ahí...

—Cállate. Simplemente baja ahí abajo y recupera a tu mujer. Espero veros a los dos de vuelta para la hora de la cena.

Jonas le dio un fuerte abrazo.

Masao se levantaba sobre la escotilla trasera abierta del sumergible. Tomó las temblorosas manos de Jonas entre las suyas, y las apretó con fuerza.

—Jonas, sabes que te quiero tanto como amaba a mi propio hijo. Ya sé lo difícil que es esto para ti.

—Está viva, Masao, pero ese bastardo va a matarla a no ser que yo lo detenga.

—Entonces, escúchame con atención. El verdadero valor reside en hacer aquello que más temas. No puede existir el valor si uno no experimenta el temor primero. Pero para ganar la batalla, debe superar ese miedo. Encuentra el espíritu de guerrero que hay en ti... como hiciste cuatro años antes.

—¿Y qué pasa con mis sueños?

—Utilízalos. Sírvelte de ellos para prepararte a ti mismo, pero no hagas de ellos tu enemigo. Recuerda, todas las batallas verdaderamente significantes se emprenden en el ser mismo.

Masao le dio un beso rápido y después mantuvo abierta la puerta de la escotilla trasera. Jonas subió al AG-2, y selló el interior del módulo de lexan.

Boca abajo, se ató en el arnés, después mostró el pulgar hacia arriba a través del transparente cono protector del sumergible. Unos segundos más tarde, el AG-2 era izado de la cubierta, pasó por la barandilla y bajó hacia el mar.

El sumergible se giró bruscamente en las olas mientras Jonas esperaba impaciente a que los buceadores soltaran la nave de su cable.

«Esto está pasando realmente. —Con una mano temblorosa, se secó el sudor de la frente—. El Purgatorio del Diablo... el agujero infernal de donde escapé de la muerte hace once años. Es como si la fosa me hubiera llamado de vuelta a sus profundidades para cobrarse su venganza...».

Un buceador golpeó el cono protector, y le dio luz verde. Jonas encendió los motores y presionó la palanca hacia delante, haciendo que el sumergible descendiera en un ángulo de setenta grados.

«De acuerdo, me quieres de vuelta... bueno, ¡aquí estoy! Solo déjame tener a Terry una vez más entre mis brazos y después, ¡puedes acabar conmigo!».

Las profundidades azules del Pacífico se tornaban en sombras de color púrpura, y después en negro, a medida que Jonas Taylor guiaba el *Abyss-Glider* en su descenso en espiral, y se dirigía apresuradamente hacia su destino.

—¿Qué quieres decir con que ha escapado? —preguntó Benedict.

—Se las arregló para quitar la cobertura del conducto de ventilación y arrastrarse hasta el siguiente camarote.

Benedict se sonrió a sí mismo. Su ratón ingenioso había escapado de su laberinto, haciendo honor a su ingenuidad. Durante años, él había colocado casi a dos docenas de sujetos en las mismas situaciones desesperadas y amenazantes. En cada caso, el individuo, o bien había sucumbido rápidamente a la esperanza de la muerte inminente, o bien había elegido luchar hasta el más amargo de los finales. Benedict había estudiado las respuestas de sus sujetos, catalogando meticulosamente los rasgos de sus personalidades e historias particulares, analizando los puntos fuertes y débiles hasta haber desarrollado una serie de predicciones que entonces utilizaba para

determinar qué miembros de su personal funcionarían mejor en situaciones de crisis.

Para su sorpresa, las acciones de Terry Tanaka se oponían abiertamente a la información registrada, su lucha por la supervivencia, de hecho, hacía que ella se volviera más fuerte cuando los retos se convertían en más difíciles.

«Qué sujeto más interesante. Es una pena que deba morir».

—Rastrea el barco. Utiliza las cámaras de circuito cerrado que hay en mi camarote. Quiero que la encontréis inmediatamente y que me la traigáis. Se ha ganado mi atención personal.

Terry entró en el pasillo de la cubierta G, y se situó en línea detrás de media docena de hombres que esperaban para entrar en la estación de atracada, y que ahora estaba siendo drenada y despresurizada con la llegada del *Prometheus*. Descansó la espalda contra la pared, cruzó los brazos alrededor de su pecho y mantuvo la cabeza baja mientras el capitán Prokovitch pasaba apresuradamente delante de ella, acompañado de dos miembros del personal.

Gotas de sudor le caían por la cara. Podía saborear la pasta de dientes en sus labios.

«Cálmate...».

La puerta de titanio de la estación de atracada cedió. Ella siguió a la tripulación dentro de la cámara.

La torre de mando del *Prometheus* se abrió. Tres hombres salieron y estrecharon las manos con los otros.

Terry fue hacia la escalera, y se retiró cuando otro hombre de la tripulación salió de allí.

Evitando sus ojos, le dio una palmada en la espalda y descendió rápidamente en el *Prometheus*.

La nave estaba vacía.

Terry se dirigió hacia el cuarto de baño. Se encerró dentro de una de las taquillas y rezó para que nadie mirara dentro durante el ascenso de cinco horas del sumergible.

Mientras giraba la cerradura, alguien desde fuera del cuarto de baño empujaba la puerta simultáneamente.

Terry se quedó helada, sobresaltada.

Celeste miró hacia arriba, la mirada fue inevitable.

—Uf, lo siento... Dios mío, ¿Terry? Terry ¿eres tú? —Celeste rio a carcajadas.

Con un sentimiento de frustración, las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Celeste, por favor, no digas nada. Ayúdame a esconderme dentro. Por favor...

—Oh, Dios, si Jonas pudiera verte ahora. Así que, ¿has estado cuidando de Benedict mientras yo estaba fuera?

—Celeste, por favor...

—Jonas y yo nos los hemos pasado muy bien juntos. Ya sabes, creo que



realmente se sintió aliviado cuando le dije que estabas muerta.

—¿Qué?

—Quizás debería haberle dicho que te habías hecho un cambio de sexo.

El capitán Prokovitch bajó hasta el sumergible.

—Celeste, Benedict te espera en la sala de observación...

—Vlad, ¿has perdido algo? —preguntó Celeste, quitándole a Terry el casco.

En un acto de rabia ciega, Terry agarró a Celeste por la garganta y la tiró al suelo, presionando las uñas de sus pulgares en la tráquea.

Prokovitch intervino rápidamente, cogió a Terry por los brazos, y la arrojó a un lado, por la puerta abierta del cuarto de baño.

Terry se golpeó la cabeza dolorosamente contra una tubería que había bajo el lavabo.

Celeste se sentó, jadeando con dificultad para recuperar la respiración. Una gran roncha de color rojizo le rodeaba el cuello. Prokovitch la ayudó a levantarse.

—¿Estás bien?

Celeste se tocó la garganta y se limpió la sangre que salía de un pequeño corte.

—Enciérrala en el hangar, pero no le hagas daño, ¿me has entendido? —Saboreó su sangre—. Hay algo de lo que tengo que ocuparme antes. Me encontraré contigo en el hangar en veinte minutos.

Rodeado por una oscuridad impenetrable, Jonas perdió rápidamente el sentido de la orientación. A través del frío cono protector de lexan, miró en el olvido, pensando lo más rápido que podía.

La ira había dado paso al miedo, el sentido de su propósito le daba el valor suficiente. Sabía lo que le esperaba ahí abajo, pero ya no le importaba.

«Solo Terry importa...».

Jonas soltó la palanca para secarse el sudor de la palma de la mano.

Comprobó el indicador de profundidad: tres kilómetros y setenta y tres metros.

«Ni siquiera un tercio del camino...».

Empujó la palanca hacia abajo.

Celeste inspiró profundamente y después subió por la escalera del tubo de acceso hacia la cabina de observación. Benedict estaba solo, mirando en el abismo.

Cerró la escotilla tras ella.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó.

—Solamente pensé que nos daría algo de intimidad —se movió detrás de la barra, sirviendo dos copas.

Él se dio la vuelta para mirarla mientras esta terminaba de llenar su copa.

—¿Qué le ha pasado a tu garganta?

—Terry Taylor me ha atacado a bordo del *Prometheus* —le pasó su copa.

Benedict sonrió.

—Vaya una chica ingeniosa. Es una vergüenza que tengamos que matarla.

—Yo me encargaré, si no te importa.

—Por supuesto que no —le dijo, acabando su copa.

Celeste se movió más cerca.

—Pareces algo melancólico. ¿Qué pasa?

—Como Oscar Wilde dijo una vez «en este mundo, existen dos tipos de tragedia.

Una es no conseguir lo que uno desea, y la otra es conseguirlo».

Ella acarició la parte interior de su muslo con la mano.

—Quizás podamos hacer algo para ponerte de mejor humor.

Benedict le agarró un mechón de su pelo rubio, y la acercó a él.

—Te he echado de menos.

Ella sonrió, mirando sus ojos brillantes.

—Entonces, házmelo —se metió las manos bajo las medias y se quitó las bragas.

Jadeando como un animal, Benedict la llevó al sofá más cercano, pero se detuvo de forma inesperada a la vez que se sujetaba un lado de su cabeza.

—Benny, ¿qué pasa?

—No lo sé... un ataque repentino de vértigo.

—Quizás deberías tumbarte.

Benedict se tambaleó hacia delante, la habitación le daba vueltas. Miró a Celeste cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando. Observando sus ojos, su mirada esmeralda parecía más animal que humana.

—Mi copa...

—Solo algo para ayudarte a dormir.

Él la empujó, tambaleándose hacia la escotilla cerrada.

Celeste cogió la botella de vodka y la hizo pedazos contra la coronilla calva de su cabeza, dejándolo inconsciente.

Prokovitch ató precipitadamente los puños de Terry tras su espalda con una extensión de cable eléctrico, y después la empujó hasta meterla en el hangar, tras lo cual cerró la puerta desde fuera.

Mirando la puerta cerrada del hangar, Terry cerró los ojos, y se acordó de la muerte de Sergei.

—Oh, Dios —miró alrededor de la cámara de dieciocho por nueve metros, vacía salvo por media docena de robots UNIS que se alineaban en la pared más alejada.

Terry se encontró a sí misma respirando con dificultad, el pulso le retumbaba en la cabeza. Luchó por liberarse del cable, abrumada por la realidad de lo que le aguardaba.

Benedict abrió los ojos, el dolor le había hecho recuperar la consciencia.

Estaba sentado enfrente de la ventana de observación, con las muñecas y tobillos atados firmemente alrededor de la silla. La sangre brotaba por el profundo corte en la parte superior de su cabeza.

—¿Celeste?

—Estoy aquí —atravesó la habitación y se irguió delante de él, bebiendo una copa.

—¿Por qué?

—La oportunidad hace al ladrón, ¿no es eso lo que me enseñaste?

—Has pensado en eso, ¿verdad? —le dijo débilmente, parpadeando para retirar las gotas de sangre de sus ojos.

Celeste le secó la sangre.

—Estoy lista. Tú me has preparado bien.

—Quizás. Pero nuestro pequeño imperio se acaba de volver mucho más grande. Necesitarás mi ayuda.

—No lo creo. Perdona el juego de palabras, pero estoy harta de que me jodan. Esta organización puede estar bajo mi mando.

—No tiene... no tiene que acabar así...

Celeste se enderezó delante de él, con los ojos destellando odio.

—¿Me estás pidiendo algo de piedad, Benedict? Es gracioso, no recuerdo que tú te apiadaras de mi madre en absoluto.

—¿Tu madre? —Los ojos de Benedict se abrieron de par en par.

—No intentes siquiera negarlo. Ambos sabemos cómo Sergei adora chismorrear cuando está bebido.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—Desde que tenía dieciséis años. Desde aquel momento, fuiste mío. Cada vez que miraba estos ojos esmeraldas tuyos, sabía que estaba mirando a un hombre muerto.

—Nuestra relación, nuestros lazos, todo lo que te he dado durante estos años... ¿nada de eso significa algo para ti?

—¿Por qué crees que he esperado tanto tiempo?

—Incluso después de que la herida se cure, queda la cicatriz. —Sacudió la cabeza—. Qué decepcionante es saber que, después de todo lo que te he enseñado, todavía carezcas de las virtudes de honor y lealtad.

—Que te follen. ¿De repente eres el guardián de la moral? —Se montó a horcajadas sobre él y le levantó la barbilla, presionando los restos de la botella rota en su garganta—. Dime, ¿merecía la muerte de ese moscovita la vida de mi madre?

—Tu madre era una puta. La saqué de la calle cuando solo tenía diecinueve años. Le di una vida, le presenté a tu padre como un obsequio.

—¿Un obsequio?

—Un obsequio precioso, uno que tenía algo dentro muy especial. Tu padre era

incapaz de tener niños, así que yo dejé embarazada a tu madre y le di una familia.

Celeste vació la botella y se levantó, cubriéndose la boca mientras regresaba al vidrio de lexan.

Al detectar un movimiento, el adulto *Kronosaurio* macho empezó a dar vueltas al perímetro del barco.

Benedict le dedicó una sonrisa sádica a Celeste.

—Es verdad. Eres mi hija.

Miles de pensamientos atravesaron la mente de Celeste como un rayo.

—Tu madre era bellísima, la mujer más guapa que nunca he visto. También era una herramienta de incalculable valor, ayudándome a sacarle la información secreta a tu padre, que finalmente llevó a la adquisición de la Geo-Tech y al reactor Tokamak.

—¿Eso es todo lo que ella era para ti... una herramienta?

—No —Benedict parpadeó mientras un hilillo continuo de sangre le caía por los ojos—, la amaba, pero era débil. Después de la muerte de tu padre, volvió a recaer en las drogas. Me di cuenta de que ya no podía confiar más en ella mis secretos, sin mencionar en que pudiera encargarse de ti. Su último acto me ayudó a quitarme de encima a un enemigo potencial del Politburó, un hombre cuyo cargo hubiera bloqueado nuestra adquisición del *Goliath*.

—Entonces, ¿tú la mataste?

Benedict miró hacia arriba con dolor.

—Celeste, cura mi herida antes de que...

—¡Entonces tú la mataste!

Miró a su hija a los ojos.

—Le devolví el valor a su vida hace años. Cuando ella volvió a perder el rumbo, la saqué de su miseria. Hice algo infinitamente más valioso. Te hice a ti.

—Una manera extraordinaria de tratar a tu hija.

Benedict negó con la cabeza.

—Tu belleza me cautivó. Para mis ojos, tú eras la reencarnación de tu madre. Mi debilidad por la carne...

Ella se dio la vuelta para mirar el abismo.

—Entiendo que esos monstruos comparten esa debilidad. —Con el control remoto, encendió las luces externas.

Benedict vio el movimiento en la periferia.

—Celeste, escúchame. Podemos hacer grandes cosas juntos. El poder del sol nos pertenece...

—Lo haré yo sola.

—Celeste, eres de mi sangre. Soy lo que tú serás algún día, fui lo que tú eres ahora.

—Echo de menos a mi madre.

—*Ultra posse nemo obligatur*... no muerdas más de lo que puedes masticar.

—¿Por qué, Benedict, estás rogando?

—¿Te gustaría que lo hiciera?

—No, es demasiado tarde. Los dados están echados y no deseo estar en una posición inferior. —Le secó más sangre de los ojos—. Si no termino contigo ahora, eso me colocará en esta silla algún día.

—Ya veo que te he instruido demasiado bien.

—Debo llevarlo en los genes.

El *Kronosaurio* macho se inclinó bruscamente, para dirigirse a toda velocidad hacia la ventana de la sala de observación.

Benedict cerró los ojos.

—*Majori cedo...* claudico ante un superior. Supongo que la meta de todo padre es ver que su hijo vuela del nido por sus propias alas.

—Entonces, deberías sentirte orgulloso.

Abrió los ojos y vio un movimiento que venía desde el abismo.

—Creo que será mejor que te vayas.

Celeste se dio la vuelta. Viendo a la criatura, besó con fuerza a Benedict en los labios, después corrió hacia el tubo de acceso y abrió la escotilla.

—¿Celeste?

—Sí... padre.

—Te veo en el infierno.

Celeste descendió rápidamente la escalera, volviendo a cerrar la escotilla que había sobre ella. A su derecha estaba el teclado numérico que activaba la escotilla de emergencia diseñada para cerrar el módulo de observación del resto del barco. Introdujo su código de seguridad.

Sobre su cabeza, la hidráulica deslizaba una placa de titanio de tres toneladas hacia su posición sobre la escotilla del tubo de acceso.

Benedict continuaba mirando hacia el abismo, concentrándose en unos ojos de color escarlata que parecían hacerse más grandes por momentos. Desde su campo de visión, apareció la cabeza en forma de cocodrilo, con las mandíbulas abiertas.

Con una detonación estruendosa de vidrio, la criatura golpeó con la cabeza la ventana de lexan. La enorme presión hizo explotar instantáneamente la cabeza de Benedict y destruyó la cúpula del *Benthos*, que aplastó al *Kronosaurio* provocándole la muerte bajo más de doce mil toneladas de titanio. Una nube en forma de champiñón de burbujas, sangre y escombros emergió del plano nivel superior como si Dios mismo hubiera aplastado la parte más elevada del barco con su talón.

Un crujido atronador sacudió el barco mientras el casco del *Benthos* luchaba por mantener el equilibrio.

—¿Qué coño ha pasado? —gritó Prokovitch.

Celeste esperó hasta que el ruido se acallara.

—Uno de los *Kronosaurios* ha golpeado la ventana salediza. Benedict está muerto.

Un ingeniero irrumpió.

—¿Habéis oído ese crujido? Las placas de titanio están contrayéndose de verdad. Los analistas de tensión se refieren a ello como presión. El barco entero puede perder integridad y explotar en cualquier momento.

Celeste se dio la vuelta para mirar a Prokovitch.

—Vlad, ¿está cargado el *Prometheus*?

—Sí, pero tenemos otro problema. El sonar ha detectado una inmensa forma de vida dirigiéndose a nuestra posición. A trece kilómetros hacia el norte, debería llegar hasta nuestra localización en los siguiente dieciocho o veinte minutos. Sea lo que sea, es enorme, por lo menos de dieciocho metros de longitud.

Angel...

—¿Cuándo podemos irnos?

—En diez minutos. Pero eso no es todo. El *Goliath* informa que Jonas Taylor está de camino en uno de los *Abyss-Glider*.

—¿Jonas? Oh, esto es perfecto. ¿Está Terry en el hangar?

—Sí.

—Capitán, póngase en contacto con el *Goliath*. Hagan que establezcan comunicación con Jonas a través del *William Beebe*. Cogeré la llamada en la sala del hangar, después nos reuniremos a bordo del *Prometheus* en diez minutos. Avisa a la tripulación. Abandonamos el barco.

Rodeado por la oscuridad, Jonas miraba las profundidades arremolinadas del abismo, un sudor frío le corría por el cuerpo. El presentimiento le roía las entrañas, el sabor ácido del miedo le secaba la boca.

Un brillo apareció, trazando círculos debajo. Jonas se esforzó, luchó por inclinar el sumergible.

Una cabeza emergió, unas mandíbulas terroríficas, unos dientes desnudos...

Jonas parpadeó, mientras observaba la vacía oscuridad. Con las manos temblorosas, se secó el sudor de los ojos. «Estás teniendo alucinaciones —se dijo a sí mismo—, concéntrate, tienes que prestar atención, mantenerte despierto...».

Sin previo aviso, una explosión ensordecedora retumbó en sus oídos, seguida segundos más tarde por una ola expansiva que se elevaba y arrastraba al diminuto sumergible hacia atrás, invirtiendo el cono protector sobre la cola.

Jonas se sujetó la cabeza, pues los oídos le pitaban a causa de la explosión.

«Una explosión... ha tenido que ser el *Benthos*. Dios, no... Oh, Dios por favor...».

Jonas recuperó el control del sumergible y se dirigió apresuradamente hacia el fondo.

Pasaron varios minutos antes de que el pitido desapareciera y él pudiera escuchar otra vez.

—Jonas, adelante, por favor...

Encendió la radio.

—Masao, esa explosión...

—La hemos oído, pero Celeste Singer dice que el *Benthos* está intacto todavía. «Gracias a Dios...».

—Quiere hablar contigo. Dice que se trata de Terry.

—Pásamela.

Después de un momento de interferencias pesadas, escuchó la voz de Celeste.

—Jonas, ¿puedes oírme?

—Habla.

Mirando a Terry desde la ventana de la sala de control del hangar, Celeste encendió el altavoz externo, para permitir que su prisionera escuchara la conversación.

—Jonas, ha habido otro accidente a bordo del *Benthos* —dijo Celeste—, nos vemos obligados a abandonar el barco. Benedict está muerto. Jonas, he visto los restos de Terry. Cariño, no querrás ver...

—Necesito verlo por mí mismo.

Terry escuchaba la voz de su marido por el altavoz y empezaba a gritar su nombre.

Celeste sonreía detrás del vidrio insonorizado.

—Jonas, ya sé lo importante que es para ti asegurarte de lo que ha pasado. Sé que quieres ver a tu mujer y yo quiero ayudarte. Escúchame atentamente. Un gran hangar ocupaba la cubierta inferior del *Benthos*. Sobre las puertas hay un detector de movimiento. Voy a poner el sistema de entrada en automático. Necesitarás hacer un pase inicial para activar el sistema. Lleva cinco minutos inundar y presurizar la sala antes de que las puertas se abran. Una vez que estés dentro, el hangar volverá a cerrarse y se despresurizará automáticamente. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Jonas, son momentos muy difíciles, has perdido a Terry, yo he perdido a Benedict, pero quiero que sepas que te quiero y que estaré ahí para ti, cuando estés preparado...

Jonas apagó la radio.

Celeste activó el sistema de entrada automático, después salió de la sala de control, cerrando la puerta desde dentro. Caminó hacia Terry, que estaba sentada en el suelo, con las manos atadas a la espalda.

—¿Cómo te sientes al saber que tu marido será el que acabe matándote?

—Que te follen.

—No te preocupes, Jonas se encargará de eso cuando tú hayas muerto. Probablemente empezaremos una familia justo después...

Terry se puso de pie.

Celeste la empujó y volvió a caer al suelo.

—Lo siento, ya tengo bastante con una discusión hostil al día. Oh, en el caso de

que te lo estés preguntando, Benedict está realmente muerto. No te molestes derramando lágrimas de cocodrilo por él, Benedict está siendo sodomizado de camino al infierno. Bueno, de todas formas, que tengas una muerte agradable.

Terry esperó hasta que Celeste hubo cerrado la puerta tras ella. Entonces, se dio la vuelta sobre su espalda, deslizando las piernas por las muñecas atadas de manera que sus brazos acabaron delante de ella. Más determinada que nunca, empezó a rasgar el cable con los dientes, negándose a pensar en las puertas del hangar que su marido activaría inconscientemente en pocos minutos.

Celeste bajó al *Prometheus*, Prokovitch cerró la escotilla tras ella. El interior del sumergible estaba lleno de hombres de una pared a otra, todos ellos estaban de pie sobre los cubos llenos con toneladas de nódulos de manganeso.

—Equipe el barco para inmersión —ordenó el capitán del sumergible.

—Sí, señor. Puertas selladas, despresurizando la cubierta de la habitación.

—Suelte abrazaderas de atracada.

—Sí, señor, abrazaderas soltadas...

El *Prometheus* cayó como el plomo hacia el lecho marino.

—¡Desháganse de las placas de peso! Motores, a toda velocidad...

El sumergible se niveló, la proa luchaba por levantarse.

—¿Por qué demonios nos estamos moviendo tan lentos? —preguntó Celeste.

—Estamos sobrecargados —dijo el capitán—, pero mientras sigamos ascendiendo, estaremos bien.

Jonas encendió sus luces externas, mirando hacia el torbellino de lodo que aislaba la capa hidrotermal del resto de la fosa. Inspeccionó la oscuridad, con el corazón latiéndole salvajemente.

«De acuerdo, Jonas, no resplandor significa adelante...».

Bajando la palanca, guio el *AG-2* a través de la corriente de cieno.

Jonas se agarró mientras el sumergible alado era arrojado como si hubiera sido absorbido desde abajo. Momentos más tarde, el *Abyss-Glider* agujereaba el torrente, y entraba en el *Purgatorio del Diablo*.

Jonas activó el sonar y localizó al *Benthos*. Mientras ajustaba su rumbo, un brillo como una antorcha empezó a surgir del lecho marino hacia abajo y a su izquierda. Él se dirigió hacia esa luz, sabiendo que tenía que ser el *Prometheus*, pues una mancha roja aparecía en su pantalla, marcando la posición del sumergible.

Cuando aparecieron dos puntos más, se sobresaltó. Al moverse con mayor rapidez, los objetos daban vueltas arriba y alrededor a su derecha y se quedaban juntos, en algún lugar en la oscuridad.

«¡*Kronosaurios!*».



Apenas respirando, Jonas miró en el abismo, y no vio nada. Los puntos se acercaron más, las formas de vida parecían haber detectado su presencia.

Una de las criaturas se acercó por detrás, la otra trazaba círculos a su derecha.

Jonas se apresuró hacia el *Prometheus*.

El *Kronosaurio* que daba vueltas se inclinó bruscamente, cortándole el paso hacia el sumergible.

«Hijos de puta... ¡se están moviendo a más velocidad que yo!». Sintió una presión en su garganta. Los *Kronosaurios* no solo eran más grandes y más rápidos que su nave, sino que también eran cazadores inteligentes, y trabajaban conjuntamente.

Jonas presionó la palanca hacia abajo, y descendió hacia la criatura que bloqueaba su camino, al mismo tiempo que se concentraba en el indicador de ALCANCE DEL OBJETIVO en su panel de mandos.

Noventa metros...

Jonas vio aparecer una silueta negra bajo el foco de luz del *Prometheus*.

Treinta metros...

Se inclinó hacia el interruptor de luces externas.

Quince metros...

¡Ahora!

Jonas golpeó las luces y después dio la vuelta al *Abyss-Glider*, alrededor del aturdido *Kronosaurio*.

Antes de que pudiera reaccionar la mayor de las dos bestias que le cerraban desde atrás, repentinamente cambió de rumbo y desapareció con su retoño.

Los puntos de la pantalla de su radar se alejaban hacia el este.

No tuvo tiempo de sentir algo de alivio, porque otro punto apareció en la pantalla. Jonas sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. El objeto era diferente... mucho más grande... y se dirigía desde el norte.

Jonas sabía por qué razón había escapado el *Kronosaurio*. Miró en la oscuridad, con el pulso acelerado, esperando a que el resplandor apareciera.

El *Prometheus* pasó a su izquierda, y lentamente ascendió su mole, que, de vez en cuando, arrastraba su sumergible tras su estela. Con el surtido de luces cegadoras tras él, Jonas pudo entonces ver las luces del *Benthos*, que brillaban a doscientos cuarenta y tres metros abajo en el oscuro lecho marino.

A ciento veinte metros a su derecha, el brillo amenazador de Angel aparecía ahora, una punta de alfiler de luz que se volvía más grande con rapidez.

Jonas fue a toda velocidad hacia el *Benthos*.

La hembra de veintiocho toneladas entró en el campo de batalla, identificando con sus sentidos la presa múltiple. La ampolla de Lorenzini en la bestia registró el latido del corazón del *Kronosaurio*, mientras su línea lateral aislaba las vibraciones

generadas por los dos propulsores del *Abyss-Glider*.

Ignorando a ambos, Angel se dirigió hacia el que se movía más y con mayor lentitud de los tres contrincantes que rondaban por el dominio de la hembra.

Celeste miró por su portilla, con el corazón fuertemente acelerado mientras esperaba que el brillo sobrenatural apareciera.

—El *meg* se está acercando con rapidez —informó el sonar—, trescientos metros...

Celeste vio el resplandor.

—¡Maldita sea, capitán, haga algo!

Él empujó su mano a un lado.

—¿Como qué? ¿Deshacerme de la tripulación?

—Doscientos cuarenta y tres metros...

Se dio la vuelta hacia Prokovitch.

—Vlad...

—Es demasiado tarde —susurró él—, vamos a morir... ¿y por qué? Por un puñado de malditas rocas.

Los dos puntos reaparecieron. Las criaturas subían desde el lecho marino, cortando el camino de Jonas hacia el *Benthos*.

Empezó a maldecir, golpeando al *Abyss-Glider* con un giro brusco de ciento ochenta grados, y ascendió de nuevo hacia el *Prometheus*.

—Oh, mierda...

Vio a Angel. Se había acercado al sumergible de la Geo-Tech y ahora estaba dando círculos, lo que era un preludio antes del ataque.

—Jonas, ¡puedes escucharme!

Jonas encendió el interruptor de la radio.

—Te oigo y te veo, Celeste.

—Jonas, por favor, hay veinte personas a bordo... puedes atraer a tu tiburón lejos de aquí... al menos hasta que lleguemos a la siguiente capa.

¡*Paf!* El AG-2 fue golpeado con fuerza a estribor.

Jonas luchó por recuperar el control, mirando el ojo de color púrpura del demonio que presionaba la cara contra el cono protector de su izquierda.

Jonas se inclinó bruscamente hacia estribor.

—Jonas...

—¡Estoy un poco ocupado ahora mismo!

El *pliosaurio* adulto apareció en sus faros como salido de la nada.

—¡Dios! —Jonas agitó el AG-2 en un invertido treinta y seis, mientras una serie monstruosa de mandíbulas de cocodrilo golpeaba su aleta.

Trabajando conjuntamente, las criaturas empezaron a hacer círculos, manteniendo al AG-2 en el centro. Incapaz de liberarse, Jonas subió directamente en un ascenso vertical, y se dirigió hacia el *Prometheus* para salvarse en sus luces protectoras.

Celeste gritó cuando Angel embistió con su enorme hocico contra la proa del submarino, saboreando a su presa.

El sumergible se arrojó a un lado, los motores forzados contra las bobinas.

Angel trazaba círculos. La criatura no era comestible, pero aun así continuaba siendo un enemigo.

El hombre del sonar se secaba las gotas de sudor que caían en la pantalla.

—Ciento ochenta y dos metros hacia el techo... ¡aquí viene Taylor!

Jonas se dirigió apresuradamente hacia el *Prometheus*, con los ojos entrecerrados por las luces cegadoras que salían del casco del sumergible.

Los dos *Kronosaurios* abortaron repentinamente su ataque.

Aliviado durante unos momentos, Jonas continuó dirigiéndose hacia el techo, entonces inclinado bruscamente, y descendió en un amplio arco, de vuelta hacia el *Benthos*.

Jonas estiró el cuello a su izquierda y a su derecha, con el corazón a toda velocidad mientras buscaba en el vacío el resplandor, incapaz de ver mucho por las luces cegadoras del *Prometheus*. Mientras se alzaba sobre el sumergible Geo-Tech, la enorme cabeza blanca de Angel surgió de entre la oscuridad, directamente delante de él.

Con sus mandíbulas completamente abiertas, revelaba un vacío negro y llamativo, ese que él había visto cientos de veces en sus pesadillas.

—Oh, mierda... —Jonas tiró bruscamente de la palanca hacia atrás y a un lado.

Demasiado tarde.

Las puntas de sus dientes aserrados se cerraron sobre la media ala de babor, arrancándola limpiamente del casco.

El inhabilitado AG-2 dio vueltas hacia un lado, rodando una y otra vez, sin control.

Angel se dio la vuelta para seguirlo.

Jonas empujó la palanca hacia abajo, desplomando el cono protector para escapar de su veloz cazadora, y lanzándose directamente en el camino de los dos *Kronosaurios* ascendentes.

El asombrado *pliosaurio* se alejó de las mandíbulas de su inmenso enemigo, y, al mismo tiempo ejecutó un amplio arco para interceptar a su presa que huía por el fondo.

Celeste observó que el *Abyss-Glider* desaparecía en la oscuridad inferior, y que el *megalodon* le daba caza en el lecho marino.

—¿A cuánto estamos ahora del techo hidrotermal?

—Estaremos atravesándolo en dos minutos —dijo un aliviado Prokovitch. Estudió el sonar—. Parece que tu amigo no va a conseguirlo.

—*C'est la vie*. Espera, maldita sea... ¿qué ha pasado con Terry?

—La explosión de la cubierta A le ha costado al *Benthos* su forma espiral. Mientras hablamos, miles de millones de kilos de presión están empujando contra el casco aplastado. Las fuerzas de curvatura a estas profundidades son fantásticas. Te garantizo que el barco no durará otros veinte minutos.

Celeste sonrió, mientras cogía el receptor de radio.

—Jonas, mi amor, espero que puedas oírme. Muchas gracias por tu ayuda. Te prometo que te compraré una tumba preciosa.

Jonas la ignoró, pues estaba demasiado ocupado luchando por recobrar el control de su sumergible.

El hocico de Angel atacaba el ensamblaje de la aleta, con su brillo bioluminiscente alumbrando el interior de la cabina, mientras el *Abyss-Glider* se hundía ciegamente hacia el suelo inadvertido del abismo.

La voz de Celeste seguía sacándole de quicio desde la radio.

—Jonas, seamos honestos. ¿No hubieras deseado haberme hecho el amor aquella noche en mi cabina?

«El propulsor auxiliar...». Apretando los dientes, Jonas se esforzó por alcanzar la palanca.

La gran hembra de *Kronosaurio* dibujaba círculos desde el fondo hacia arriba, se dirigía a toda prisa hacia el combate, y abría sus mandíbulas para robarle la comida a su enemigo.

—Hubiera sido el mejor sexo de tu vida, Jonas, el mejor. Te hubieras enamorado de mí...

Sintiendo cómo el *Kronosaurio* se levantaba hacia su presa, Angel abrió la boca desnudando sus dientes mientras se estiraba, y dejando de morder la aleta del *Abyss-Glider*.

—... en lugar de eso, vas a morir. Eso no es muy bueno para Terry, que todavía está viva a bordo del *Benthos*, esperando que vayas a rescatarla.

—¿Qué? Está viva... y la has dejado ahí abajo...

—Está viva de momento. Estará muerta cuando llegue... cuando tú llegues.

—Zorra inhumana...

—Ojalá pudiera estar por allí para ver la reunión. Dale a su cadáver un fuerte abrazo de mi parte.

Jonas escuchó cómo la tripulación del *Prometheus* reía. Se le hizo un nudo en el estómago, un ataque de rabia subía por su garganta mientras su cara se enrojecía de rabia. Retorció la palanca en sentido contrario a las agujas de reloj, activó el tanque

de hidrógeno líquido, y encendió los propulsores auxiliares.

El AG-2 salió disparado de las enormes mandíbulas abiertas de Angel como un torpedo.

Al pasar, el mini sumergible golpeó al conmocionado *Kronosaurio*, después se dirigió hacia arriba, y remontó el vuelo para ir tras el *megalodon*, que se había dado la vuelta para darle caza.

Jonas cogió la radio.

—Eh, Celeste, no mires ahora, ¡pero estoy a punto de joderte como no te ha jodido nadie en tu vida!

Disminuyó la velocidad hasta la mitad, esperando que Angel lo alcanzara.

Celeste miró el sonar, y veía con incredulidad cómo el pequeño punto se hacía cada vez más grande, con rumbo para colisionar contra su sumergible.

—¡Maldito seas, Jonas! —Se agarró al brazo de Prokovitch—. ¿A cuánto estamos del techo hidrotermal?

Escuchó los sonidos de hollín que golpeaban el casco exterior.

—Está bien —sonrió él—, estamos en la capa ahora.

La visibilidad desapareció. Celeste contuvo la respiración, mirando por la portilla. Veinte segundos más tarde estaban atravesando la capa, ascendiendo a través de aguas frías en su camino hacia el *Goliath*.

La tripulación empezó a batir palmas, disipando la tensión de la cabina. Celeste sonrió, y cogió la radio.

—*Da-svida'ya*, Jonas, querido...

Jonas aceleró, en su seguimiento al *Prometheus* por la capa de hollín. Miró por encima de su hombro y vio cómo el resplandor de Angel crecía justo detrás de él.

Emergiendo en las aguas congeladas, se levantó hacia el sumergible de Celeste que se movía lentamente y empezó a rodearlo, haciendo círculos.

—Eh, Celeste, he encontrado a Angel. ¿Dónde la quieres?

Celeste se dio la vuelta hacia su portilla para ver a la criatura gigante levantarse de la corriente de lodo. Las últimas palabras de su padre resonaron en su cabeza. «Te veo en el infierno...».

Jonas esperó hasta que el *meg* se acercara a cuarenta y cinco metros del *Prometheus*. Entonces, tiró en un ángulo de ciento ochenta grados y dirigió el cono protector de nuevo hacia el fondo.

Los ojos de Celeste se abrieron de par en par cuando la monstruosa cabeza blanca abrió sus inmensas mandíbulas y con ellas rodeó la circunferencia del módulo de observación montado debajo del *Prometheus*.

Las placas de titanio rechinaron. El ascenso del sumergible se paralizó, la nave se estiró hacia arriba contra la masa añadida de la criatura.

Con un violento giro de su cabeza, el *megalodon* agitó a su contrincante, haciendo que la red eléctrica del sumergible se sobrecargara en una salva de chispas.

Cubiertos por una oscuridad total, los impotentes miembros de la tripulación

gritaron mientras eran arrojados ciegamente por la cabina a oscuras, tirados de un lado a otro como muñecos de trapo.

Prokovitch cayó hacia atrás, removiéndose en el módulo de observación.

Aterrizó en una pila de brazos retorcidos y piernas, golpeándose con la frente en la portilla. Cuando abrió su ojo, miró por el vidrio y entonces gritó, la cordura le había abandonado.

Las luces de emergencia del submarino revelaban los interiores de color rosa de la boca del gran blanco prehistórico, que rodeaba el módulo esférico en un abrazo aplastante.

Celeste presionó la cara contra su portilla y miró a la criatura, sus encías gigantescas se estiraron abiertas alrededor del módulo de observación, su ojo gris vuelto hacia atrás en su cabeza como si intentara en vano atravesar la carcasa de titanio con sus dientes.

La tragedia de su vida pasó repentinamente por sus ojos.

Entre los gritos de horror que resonaban en el caos de la oscuridad, Celeste lloró, no abrumada por el miedo, sino por el vacío de su propia existencia.

Incapaz de morder su presa, el *megalodon* contorsionó la cabeza de un lado a otro, intentando desgarrar el módulo de observación del casco.

El borde de la placa de titanio se aflojó...

Durante un momento desconcertante, la masa del *Prometheus* parecía aspirarse a sí misma en su propio centro de gravedad.

En una explosión de luz celestial, el dolor de Celeste se extinguió para siempre.

Jonas, ciego, se elevaba a gran velocidad hacia el implacable lecho marino.

Aterrorizado por estamparse de cabeza en la fosa, cortó el oxígeno líquido, ahogando la combustión de hidrógeno y, entonces, tiró fuertemente de la palanca hacia atrás, sacando al sumergible de su inmersión de cono.

El AG-2 se niveló a doce metros del suelo. En su faro aparecía una selva elevada de fuentes hidrotermales.

Apretando los dientes, Jonas agitó con dificultad el sumergible, alrededor de las pilas humeantes de minerales, que parecían saltar hacia él desde la oscuridad. Gimió... mientras el sumergible golpeaba una montaña elevada de roca, la chimenea de la fuente hidrotermal seccionaba lo que quedaba del ala derecha del casco.

Con la otra ala quitada, Jonas pudo recuperar el control parcial de su aeronave.

Giró el *Abyss-Glider* hacia arriba, después alzó el vuelo sobre los elevados humeros negros.

Una sombra imponente brillaba delante, detrás de una luz roja espeluznante, un objeto demasiado grande para ser otra cosa que no fuera el *Benthos*.

Los dos puntos reaparecieron, moviéndose para interceptarle.

Sirviéndose de sus dientes, Terry se las arregló para desenredar el rollo de cable eléctrico de sus puños. Mientras se levantaba un ruido ensordecedor de metal llenó sus oídos.

A lo largo del casco exterior del *Benthos*, las placas de titanio empezaban a ceder como fichas de dominó, creando arañazos y cavidades diminutas de espacio, lo que permitía que las presiones incalculables del abismo ganaran un hueco entre ellas.

Con un crujido ensordecedor, explotó el nivel B, aplastado bajo mil ciento sesenta atmósferas de presión.

El grito de Terry fue ahogado por otra explosión en el módulo C, que estaba siendo dejada en el olvido.

Un nanosegundo más tarde, el sistema de emergencia del *Benthos* se activaba, sus compresores hidráulicos golpearon veinte toneladas de chapa de titanio en su lugar para sellar el nivel D, previniendo temporalmente al resto del *Benthos* de deshacerse como una casa de cartas.

Terry cerró los ojos con fuerza y mantuvo el aliento mientras unos sonidos aterradores de metal resonaban alrededor de ella. El recuerdo de los cuerpos mutilados de la tripulación del *Epimetheus* dando vueltas por la estación de atracada inundada abrumaba sus pensamientos. Desprovista de toda esperanza, se desplomó en el suelo y se acurrucó en un ovillo, esperando para encontrarse con su Creador.

Jonas daba vueltas alrededor del *Benthos*, buscando la entrada al hangar. Una luz estroboscópica de color azul apareció frente a él. Dirigió el *Abyss-Glider* a través del faro, y puso en marcha el sistema de entrada automático.

Terry dio un salto y se puso de pie mientras el agua del océano empezaba a bombear hacia arriba desde una serie de deflectores colocados bajo el suelo. «Oh, Dios mío, voy a morir... voy a morir...».

La locura del momento se volvió abrumadora. Tiró bruscamente de nuevo de la puerta de la cabina, y, al comprobar la inutilidad del gesto, gritó; después se arrastró con el agua hasta los tobillos hacia el extremo final del hangar.

Se quedó de pie allí en la inundación creciente, temblando de miedo y mirando la hilera de robots UNIS.

Y entonces, una idea extravagante se le ocurrió. Volvió a poner en funcionamiento su mente, y se forzó a concentrarse.

Los mecanismos UNIS tenían unos cascos de titanio en forma de barril, diseñados para proteger los sensibles instrumentos de las presiones de la profundidad. Si pudiera abrir uno de esos y meterse dentro...

Terry escudriñó la tapa del primer barril, aterrada al darse cuenta de que el taladro que necesitaba para aflojar los tornillos de rueda de la tapa estaba dentro de la sala de

control.

El agua creció hasta sus rodillas.

«Oh, Dios, por favor...».

Corrió de barril en barril, delirando de miedo. Entonces, vio el último barril.

Jonas sobrevolaba el *AG-2* fuera del hangar en la oscuridad, esperando impacientemente a que la puerta de titanio de más de tres metros y medio se abriera.

Los dos puntos se volvieron más grandes.

Jonas miró a su derecha y a su izquierda, escudriñando nerviosamente la cúpula gris oscura del casco del *Benthos*, apenas visible por la luz roja. «Vamos, más rápido, ¡maldita sea!».

Una sombra tendinosa se deslizaba por el fondo, directamente bajo la parte inferior iluminada del *Benthos*. Jonas golpeó con el puño la palanca hacia abajo, mientras la salvaje cabeza del adulto *Kronosaurio* aparecía bajo el barco.

Terry lloró de alegría al ver el último UNIS. Quien fuera que hubiera trabajado en aquel instrumento no se había molestado en asegurar los pernos de la tapa.

Con el agua hasta la cintura, le dio la vuelta a la tapa voluminosa en forma de boca en el sentido opuesto a las agujas del reloj, y recitó una oración de gracias al hombre de la tripulación cuyo descuido le había ofrecido la mínima oportunidad de supervivencia.

Un olor putrefacto ascendió desde el barril.

Ella continuó dándole vueltas, aunque el olor la conmocionó. «¿Una rata muerta?». Con ambas manos, levantó la cobertura de veintisiete kilos del cierre, revelando un hedor que hizo que se tambaleara.

Terry se giró a un lado, respiró profundamente y metió la mano dentro del UNIS, sintiendo lo que parecía ser una bolsa pesada de arpillera.

«¿Qué coño...?».

Incapaz de recuperar el espacio de maniobra suficiente para levantar la bolsa desde abajo, Terry deslizó la cobertura de titanio hacia un lado y se subió a la parte de arriba del UNIS. Con la adrenalina disparada, se agachó, utilizando sus piernas, mientras sacaba forzosamente la bolsa de arpillera fuera del barril de titanio, arrojándola al agua que cada vez subía más.

Los oídos le estallaban, la presión de dentro del hangar estaba subiendo con rapidez.

Saltando hacia el agua, que ya le cubría el pecho, vació los contenidos de la bolsa. Su grito espeluznante fue ahogado por el vómito que corría por su garganta, mientras el cuerpo mutilado de Heath Williams caía al agua.

Terry empujó la decapitada cabeza hacia un lado, después se apresuró a meterse



en el barril, su abertura estaba ahora solo a quince centímetros de las crecientes aguas.

Se levantó y se encogió para meterse dentro, gritando de horror.  
¡El interior era demasiado pequeño para que pudiera caber dentro!

Jonas movía rápidamente el *AG-2* alrededor del *Benthos*, estrechándose en la puerta de titanio mientras el *pliosaurio* se le acercaba rápidamente desde atrás.

«Maldita sea... ¿dónde estará el otro?».

Incapaz de maniobrar más cerca del casco como su presa más pequeña, el reptil marino de veintidós toneladas y media cerró de golpe sus mandíbulas, intentando atrapar la aleta del sumergible.

Jonas echó un rápido vistazo hacia su derecha, captando la vista de un ojo luminoso de reptil. Una serie de mandíbulas aerodinámicas, más grandes que el sumergible, se abrían para revelar hileras de dientes afilados y cónicos.

El *Kronosaurio* impulsó la cabeza a un lado, y otra vez se cerró contra su presa huida.

Tirando hacia atrás de la palanca, Jonas condujo el sumergible en un ascenso vertical... segundos antes de que el pequeño *Kronosaurio* pasara navegando desde el otro lado del *Benthos*.

Trepando por encima y sobre la cúpula aplastada, Jonas se acercó a toda prisa a las puertas del hangar.

Metiendo a la fuerza los dedos detrás del principal tablero de circuito, Terry contorsionaba y tiraba desde dentro del vacío barril, utilizando todas sus fuerzas para arrancar la voluminosa consola hacia fuera del robot sumergible no tripulado.

El agua empezó a colarse dentro del UNIS.

Afirmando los pies contra los laterales internos, se impulsó hacia atrás, aplastándose la cabeza mientras sacaba el equipo de su almacén.

Terry arrojó fuera la consola y después se levantó, tirando de la cubierta de titanio en posición.

En la oscuridad más absoluta, arrodillada con angustia en el refugio estrecho, empezó desesperadamente a enroscar la tapa alrededor de los hilos de titanio, sabiendo que el cierre debía ser perfecto para evitar que la presión del abismo hiciera explotar cada célula de su cuerpo.

Durante varios minutos aterradores, el agua siguió colándose dentro.

Tres giros más... entonces, milagrosamente el flujo se detuvo.

Terry siguió girando la cobertura tan fuerte como pudo, intentando con todas sus fuerzas no tragar el olor putrefacto de la carne corrompida que todavía quedaba dentro del barril. Incapaz de girar más, se hizo hacia atrás en las más completa

oscuridad, jadeando en los confines sofocantes de lo que podría acabar perfectamente siendo su tumba.

Un sonido apagado de hidráulica retumbó en sus oídos mientras las puertas del gigante hangar empezaban a abrirse, permitiendo que el abismo entrara en la cámara.

Terry empezó a respirar sofocada. ¡Había llegado la hora! Mantuvo su cabeza en las manos, temblando en el vacío, esperando que su interior explotara.

La hidráulica se detuvo.

Encerrada en el barril, a siete millas bajo la superficie del Océano Pacífico, Terry Taylor sollozaba, dándose cuenta de que por un acto final desesperado de supervivencia, su vida no había acabado.

El sumergible monoplaza se levantó sobre el techo dañado del *Benthos*, mientras el *Kronosaurio* adulto le cerraba desde atrás. Bajando por el lado opuesto del casco, Jonas vio emanar un brillo suave a su izquierda.

«¡Las puertas del hangar se habían abierto!».

Todavía acoplado contra la superficie de titanio, Jonas estuvo a punto de ejecutar un giro brusco en la abertura cuando divisó al *Kronosaurio* más pequeño volando hacia él desde debajo del *Benthos*.

Acelerando el AG-2 lejos del casco, Jonas voló directamente hacia la bestia entrante. En el último segundo, inclinó violentamente el sumergible en un giro invertido y cerrado y se metió en el hangar.

El *Abyss-Glider* recorrió dos veces la pared más alejada antes de que Jonas calibrara el interior y tirara hacia abajo la palanca, para girar el cono protector en un círculo cerrado antes de aminorar la marcha y quedar suspendido.

Antes de que las puertas pequeñas pudieran cerrarse el *Kronosaurio* se coló dentro, aplastando a un lado el sumergible, cuya abrazadera cubría la cámara.

Jonas se agarró, mientras el AG-2 rodaba arriba y abajo, golpeándose con una serie de robots UNIS.

Encajonado en el espacio estrecho, la criatura se estiró para alcanzar a su presa mientras las puertas del hangar se cerraban.

Jonas, suspendido al revés en su arnés, solo pudo observar cómo la bestia abría sus mandíbulas y se acercaba hacia él con sus enormes dientes.

Él jadeó mientras un torso sin cabeza pasó flotando.

De un solo bocado, el *Kronosaurio* cogió la cabeza de Heath William en su boca, cortándola en pedazos.

Jonas cerró los ojos ante la carnicería, mientras sangre y tajadas de carne putrefacta se arremolinaban en el hangar.

El sonido de las bombas hidráulicas le hizo abrir los ojos.

El *Kronosaurio* empujaba el lado de su cara contra el cono protector de lexan, mirando dentro con su ojo de color escarlata.

Jonas luchó por liberarse del arnés de su cuerpo, pero se dio cuenta de que la criatura estaba a punto de morder el cono protector.

Entonces, algo extraño sucedió. En lugar de morder, el *Kronosaurio* empezó a girar una y otra vez, y todo su cuerpo temblaba con espasmos colosales.

Jonas vio que el nivel del agua descendía.

«¡El cambio en la presión!».

Exhalando salvajemente, el *Kronosaurio* dio un empujón final, después se desplomó bajo su propio peso, mientras la sangre salía de cada orificio de su cuerpo.

Jonas se soltó del arnés y se arrastró hacia la parte trasera del módulo. Abrió la escotilla y recorrió el sumergible, luchando por ponerse de pie.

—¡Terry! —continuó gritando el nombre de su mujer, se resbaló varias veces en el suelo mojado mientras se dirigía hacia una sala de control localizada en el lado más alejado de la cámara. Dándose cuenta de que no podría llegar a ella a no ser que fuera caminando sobre la espalda del animal muerto, se subió a la aleta trasera, y colocó cautelosamente las manos en la piel resbaladiza y escamosa de color marrón.

Atrapada en el UNIS, Terry gritó, sus gritos apagados no eran escuchados, aunque luchaba desesperadamente por desenredar la pesada cobertura en la sofocante oscuridad. Le pesaba el pecho mientras intentaba aspirar bocanadas de aire que ya se había acabado. Sintió una sensación extraña, mientras la oscuridad parecía abrazarla. Y entonces, cayó hacia delante, inconsciente.

Jonas lanzó su hombro contra la puerta cerrada de la sala de control.

Desistiendo, corrió hacia la puerta hermética que llevaba al *Benthos*, solamente para encontrar que también estaba cerrada.

Sobre su cabeza, el sonido del metal que crujía, resonaba por todo el barco.

Una sensación de desesperación lo inundó. No había lugar en el que buscar a su mujer, su propia vida estaba a punto de ser aplastada en el olvido, pero Jonas trepó por la cabeza del *Kronosaurio* muerto, dándose prisa por encontrar el arma que le había dado Harry Moon.

Fue entonces cuando vio la consola arrancada del UNIS.

Jonas miró el objeto, una idea perturbadora le pasó por la mente. ¿Por qué había permitido Celeste que él accediera al *Benthos* si Terry estaba todavía viva? ¿A qué se habría referido con la muerte por su llegada?

«Celeste quería que entrara en el hangar. ¿Por qué? Para activar el mecanismo. ¡Debe haber encerrado a Terry dentro!».

Jonas buscó en la cámara, después corrió hacia la hilera de robots UNIS.

Durante un largo momento miró las coberturas y la consola arrancada.

Entonces, se le aclararon las ideas.

«Terry, oh Dios, por favor...».

Cogió una de las coberturas del UNIS y empezó a desatornillarla.

—Terry, ¿puedes oírme?

Jonas levantó la pesada tapa, y la arrojó a un lado. Se introdujo dentro del UNIS,

cogió los brazos flácidos de su mujer y tiró de ella hasta sacarla del barril, inconsciente por el hedor de muerte que venía de dentro.

—Oh, Dios... Terry, cariño, háblame.

Su cara estaba azul. Echó su cabeza hacia atrás y Jonas empezó a hacerle el boca a boca.

El *Benthos* empezó a tambalearse como si hubiera sido cogido por un terremoto.

Comprobó su pulso.

Sí... débil.

Continuó haciendo el boca a boca, con las lágrimas escapándose de sus ojos.

La tez de Terry cambió de azul a roja. Ella empezó a tener arcadas y a abrir lentamente los ojos. Jonas temblaba de alivio, sonriendo, llorando, incapaz de controlar sus emociones. Terry lo reconoció y se le llenaron los ojos de lágrimas. Jonas la levantó suavemente mientras ella se abrazaba alrededor de su cuello, negándose a dejarlo ir.

—Jonas... Jonas... te quiero tanto...

—Yo también te quiero.

Por un momento, se quedaron allí abrazados, olvidándose de lo que los rodeaba.

Un ruido imponente de metal sonó en algún lugar sobre sus cabezas.

—Terry, el *Benthos* está viniéndose abajo. ¿Cómo podemos salir de aquí?

—Oh, Dios, no podemos —se dio cuenta ella—. La sala de control está cerrada —jadeó, mirando al monstruo muerto por primera vez—. ¿Qué le ha pasado?

—La presión atmosférica no ha congeniado muy bien con él. ¿Puedes operar las puertas del hangar si entramos dentro?

—Ya lo he intentado, es imposible.

Jonas corrió hacia el AG-2 y se arrastró dentro. Inclínándose bajo la consola, sacó la pistola.

—Vamos —Jonas la ayudó a pasar por encima del Kronosaurio muerto—. Voy a volar la cerradura, quédate atrás.

Jonas disparó dos veces, tras lo cual el mecanismo de cierre saltó.

Terry encontró la barra de hierro que había utilizado con Sergei. Jonas la metió en el cierre, y se las arregló para abrir la puerta un poco y ganar espacio de maniobra.

Juntos tiraron de la puerta lo suficiente para permitir que Terry se deslizara dentro.

Escaneó el tablero de mandos, después activó la secuencia de presurización.

El agua marina empezó a borbotar del suelo. El *Benthos* les aullaba en protesta.

—No tenemos mucho tiempo —gritó ella.

—Ayúdame con el AG-2.

Trepando sobre la bestia, corrieron con el agua por los tobillos hacia el invertido *Abyss-Glider*. Levantaron el cono protector, le dieron la vuelta y lo pusieron recto.

—Arrastrémoslo hacia las puertas del hangar —gritó Jonas, dándose cuenta de que la aleta y el soporte del motor estaban dañados.

Terry cogió el borde del ensamblaje de la aleta y tiró, caminando con el agua hasta la cintura.

—Terry, hay algo que tengo que decirte...

—Por favor, no me digas que te has acostado con esa mujer.

Jonas sonrió nerviosamente.

—Dios, no...

Un profundo estruendo reemplazó el crujido del metal.

—Jonas cuando se abran las puertas del hangar, el *Benthos* perderá la poca integridad que le queda. Nos aplastará como un...

—Métete dentro y arrástrate hacia el frente —le gritó Jonas, abriendo la escotilla para ella. Terry se escurrió hacia el cono protector, su peso levantaba la escotilla entre la crecida del agua. Jonas se deslizó con los pies por delante, sellando el módulo tras él.

Tumbado el uno al lado de otro, observaron juntos cómo la cámara se llenaba sobre sus cabezas.

Jonas encendió los motores.

Nada.

—¿Qué pasa?

—Creo que el monstruo ha aplastado el fuselaje. Maldita sea, el tanque de hidrógeno líquido está roto...

—¡Jonas!

La puerta del hangar se levantó.

El nivel D cedió y causó una explosión instantánea en el módulo de abajo.

Jonas cogió la palanca de emergencia y tiró con fuerza.

El cilindro de lexan estalló del ensamblaje del casco exterior y desapareció en la oscuridad... mientras el *Benthos* explotaba bajo ellos, aplastado como una tortita. La cáscara de titanio hundida momentáneamente los succionó hacia atrás, antes de relajar su fuerte abrazo.

El impotente módulo de lexan empezó a ascender en la total oscuridad.

Terry y Jonas se abrazaron, respirando con dificultad cada uno en el oído del otro.

—Jonas, ¿qué ibas a decirme?

—El *megalodon* está aquí.

—¿Aquí? ¿En la fosa? ¿En estos momentos? Oh, Dios, Jonas... tus sueños.

Jonas sintió que le temblaba todo el cuerpo.

Terry le acarició el pelo con un gesto maternal, tranquilizándolo.

—¿Qué pasa después? —le susurró.

Jonas abrió sus ojos de par en par incapaz de ver su cara ahí dentro.

—Angel nos detectará mientras nos acercamos al techo hidrotermal. En mis sueños, nos sigue hasta arriba y después emerge por la capa para engullir el módulo.

—Quizás no nos vea.

—Quizás. Terry, yo... siento tanto todo lo que ha pasado... He arruinado nuestro

matrimonio y...

Ella apretó su mano. —Jonas, has arriesgado tu vida para rescatarme.

—Prefería morir contigo que vivir sin ti —se inclinó y la besó.

Angel se deslizaba sin esfuerzo justo debajo del techo hidrotermal, arrojando con su brillo luminiscente unos destellos contra la capa arremolinada de hollín sobre su cabeza. La explosión masiva del *Benthos* había mantenido alejada a la criatura. Ahora ya estaba de vuelta, y detectaba un objeto solitario que se levantaba del lecho marino.

Se movió para interceptarlo.

Jonas se inclinaba sobre la consola de mandos, al tiempo que miraba en la oscuridad de la fosa, esperando que el resplandor apareciera.

Girándose hacia su derecha vio un brillo en forma de luna que se movía bajo las nubes negras, y se acercaba con rapidez. «¿Estaré soñando otra vez quizás?

¡Despiértate!».

A Jonas se le salía el corazón del pecho.

—¿Qué es eso? —susurró Terry, tumbándose hacia atrás y cerrando los ojos.

Jonas le cogió la mano y la sostuvo con fuerza mientras el brillo se materializaba en la demoniaca cara de su peor pesadilla.

El módulo subía a través de la capa hidrotermal, y se tambaleaba violentamente por la corriente de torbellinos. Jonas empezó a jadear.

Aclarando la capa hidrotermal, el módulo ascendió a través de unas aguas casi congeladas. Más de seis millas de océano se levantaban todavía sobre sus cabezas.

Jonas sabía lo que venía hacia ellos y aun así tenía que mirar. Una última vez... una horrible última vez..., tenía que mirar a la muerte a la cara. Apretó la mano de Terry y esperó que la cabeza luminosa y triangular apareciera... justo como si estuviera sucediendo hacía once años... justo como había sucedido en sus sueños cientos de veces.

—Terry, te quiero...

Un débil resplandor empujó los remolinos de escombros hacia abajo, haciéndose más grande. La sombra tomó forma, la luz fantasmal iluminaba los rasgos de Terry y los convirtió en una silueta gris.

Jonas tembló, un nudo de miedo le comprimía el estómago.

Terry se agarraba a él, mientras se daba la vuelta para mirar en las profundidades.

En un silencio sepulcral, la cara del *megalodon* salió de la niebla, su fantasmagórica piel blanca amenazaba contra el vacío negro. Esbozó una risa demoniaca, abrió una boca cavernosa que revelaba la elasticidad de las encías oscuras, las cuales sostenían las hileras de dientes triangulares y aserrados.

Jonas luchó por tomar algo de aire. Aterrorizado, todavía incapaz de apartar la vista, miró a la garganta en forma de catedral, con la mandíbula superior enormemente abierta que sobresalía de la boca.

Una mancha destelló a la derecha. Se dio la vuelta... impresionado al ver al adulto *Kronosaurio* cargando contra el módulo, con sus terribles mandíbulas abiertas.

Jonas y Terry gritaban mientras la boca del carnívoro se cerraba contra la parte de arriba del cilindro de lexan. Un grotesco sonido chirriante les llenó los oídos mientras el módulo ovoide era arrastrado entre la lengua del reptil y el techo de su boca.

Jonas agarró a Terry y la sujetó mientras sus mundos se volvían patas arriba.

El *pliosaurio* hembra se alejaba nadando con su presa, pero no podía tragarla entera. Estirando sus mandíbulas salvajes, el *Kronosaurio* intentó volver a colocar el sumergible resbaladizo entre sus colmillos superiores e inferiores para partirlo por la mitad.

Jonas y Terry se abrazaban desesperadamente, con los ojos cerrados con fuerza, esperando la muerte, mientras el módulo se daba la vuelta en la mandíbula enorme del *pliosaurio*.

Jonas abrió los ojos para ver un brillo débil, la luz luminiscente que iluminaba los dientes afilados como navajas del *Kronosaurio* los envolvía por completo.

De repente, la cápsula de escape salió de la boca del reptil.

Jonas observó con incredulidad cómo Angel se impulsaba hacia delante, cerrando sus enormes mandíbulas sobre la boca alargada del *pliosaurio* conmocionado.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

La parte inferior del torso del *Kronosaurio* se agitaba con violencia mientras las gigantescas mandíbulas de Angel aplastaban la cabeza del cocodrilo en un abrazo sofocante.

La sangre oscura del *pliosaurio* brotaba de la mandíbula abierta del tiburón. Se oyó un crujido enfermizo de huesos... cuando el depredador luminoso fragmentaba el cráneo del *Kronosaurio*.

Angel se detuvo para observar cómo el módulo se alejaba.

El corazón de Jonas latía con fuerza, rezando por que la hembra no le diera caza.

Por un momento interminable, miró el ojo de color gris catarata. «Déjanos ir...».

Para su alivio, el tiburón se dio la vuelta, descendiendo hacia la fosa, con el *Kronosaurio* muerto todavía en sus mandíbulas. Con una embestida final de su aleta caudal, desapareció.

Una vez más, fueron envueltos por la oscuridad.

Jonas derramó lágrimas de alegría. Abrazó a su esposa mientras la nave seguía ascendiendo.

Jonas estaba tumbado sobre su espalda, Terry se acurrucaba a salvo entre sus brazos, con la cabeza reposando en su pecho. Mirando hacia el techo de mar negro que tenían encima, se sintió totalmente en paz. Por primera vez en once años, ya no tenía miedo. Por primera vez, tenía la sensación de tener un futuro por delante.

La oscuridad se volvió gradualmente de color púrpura y después de azul oscuro.

Terry se agitó. Él le acarició su pelo negro como el ébano. Volvió a acomodarse para dormir.

Con un silbido poderoso, la nave emergió del mar, flotando en la superficie.

Terry se sentó, mirando la puesta de sol escarlata como si se estuviera despertando de un largo sueño. Sonrió, besó a su marido y le acarició el cuello con la nariz.

Jonas la apartó a un lado solo lo suficiente para activar la radiobaliza de socorro.

Diez minutos más tarde, el *William Beebe* aparecía en el oscurecido horizonte.

Una zódiac naranja fue rápidamente bajada al mar, Masao y Mac estaban a bordo.

—*De profundis*—susurró Terry, reposando la cabeza en su pecho.

—¿Qué significa eso?

—Benedict lo había escrito en sus sumergibles. Significa: fuera de las profundidades. Por mucho tiempo, mi único pensamiento, mi única obsesión, era escapar de la fosa. Estaba tan asustada, siempre rodeada por la muerte —se inclinó sobre él, sonriendo—. Me has salvado, Jonas, sacaste mi alma fuera de las profundidades. Cuando vi tu cara, sentí que mis oraciones habían sido finalmente escuchadas.

—Las mías, también —susurró Jonas, mirándola a los ojos—, las mías también.



## EPÍLOGO

El gran pez se deslizaba sobre los penachos elevados de agua caliente, su piel de alabastro destellaba un brillo incandescente sobre las hileras de chimeneas elevadas. En algún lugar hacia delante se ocultaba la cría superviviente del adulto *Kronosaurio* al que el tiburón había devorado solo hacía unos días. Pero cuando el *megalodon* se acercó hacia el borde del campo hidrotermal, le sobrecogió un espasmo involuntario que le hizo romper su curso.

Los gruesos músculos dorsales se contorsionaron, la espalda de Angel se arqueó rígidamente de manera que tuvo que forzar sus movimientos y la obligó a nadar en círculos cerrados. En unos momentos, su abdomen empezó a temblar, vencido por una serie de contracciones monstruosas.

Angel dejó de nadar, su oviducto comenzaba a dilatarse. Entonces, con un empujón agonizante, un cachorro macho completamente formado de cuatrocientos cincuenta kilos y tres metros y medio fue expulsado del vientre de su madre.

Con rápidos movimientos de su aleta, el joven cazador pasó a toda velocidad a su madre y desapareció en el campo de la garganta negra. Unos momentos más tarde, nació un segundo macho, este de más de dos metros y medio, algo más pequeño que su hermano. La cría se alejó de las formidables mandíbulas de su madre, y siguió a su hermano hacia el norte.

Hicieron falta más de una docenas de sacudidas de la aleta caudal de la agotada hembra antes de que el impulso pudiera ser restablecido. En un instante se vio rastreando a las dos crías macho por el abismo, intentando matar la vida que había dado a luz.

Al registrar las vibraciones de su madre que las perseguía, las crías nadaron a gran velocidad, distanciándose gradualmente el uno del otro mientras se movían entre humeros negros y nubes de gusanos de tubo. Para los depredadores recién nacidos, cuya supervivencia dependía ahora de su habilidad para evitar a su enferma madre así como a las manadas coléricas de *Kronosaurios*.

Incapaz de alcanzar a sus veloces crías, la hembra se detuvo, y abrió la boca de par en par mientras se esforzaba por respirar en el ambiente pobre de oxígeno. Aunque se había acostumbrado a existir en las aguas superficiales, la naturaleza había condenado a su especie a habitar en las calientes aguas de la garganta. La cazadora se quedaría allí... siempre y cuando pudiera saciar su hambre.

Angel continuó su curso hacia el sur, dirigiéndose hacia el joven *Kronosaurio*.

Un día quizás, el depredador mataría al último de esos *pliosaurios*, terminando para siempre la cadena alimentaria abisal que la había sustentado durante más de cien mil años. Ese día, la máquina de matar más temible de la Naturaleza se vería obligada a regresar a la superficie, conducida por sus instintos primarios de supervivencia... guiados por los recuerdos de la carne, la sangre y los huesos humanos.